



**ALICE  
MUNRO**  
Amistad de  
juventud

# Índice

[Cubierta](#)

[Amistad de juventud](#)

[Five Points](#)

[Meneseteung](#)

[Agárrame fuerte, no me sueltes](#)

[Naranjas y manzanas](#)

[Fotografías del hielo](#)

[Bondad y misericordia](#)

[Oh, de qué sirve](#)

[De otro modo](#)

[El día de la peluca](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori](#)

# **Amistad de juventud**

## **Alice Munro**

Traducción de  
Esperanza Pérez Moreno

**DEBOLSILLO**

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

*A la memoria de mi madre*

# Amistad de juventud

*Con mi agradecimiento para R.J.T.*

Soñaba a menudo con mi madre y, aunque los detalles del sueño variaban, la sorpresa era siempre la misma. El sueño se detenía, supongo que porque era demasiado transparente en su esperanza, demasiado complaciente en su perdón.

En el sueño, yo tenía mi edad real, vivía la vida que estaba viviendo realmente, y descubría que mi madre vivía todavía. (El hecho es que ella murió cuando yo tenía veintipocos años y ella cincuenta y pocos.) A

veces me encontraba en nuestra vieja cocina, donde mi madre estaba extendiendo una masa de pastel sobre la mesa, o lavando los platos en el maltrecho fregadero de color crema y borde rojo. Pero otras veces me la encontraba por la calle, en lugares donde nunca habría esperado verla. Podía ir andando por el vestíbulo de un hotel elegante, o estar haciendo cola en un aeropuerto. Se la veía bastante bien, no del todo joven, no totalmente a salvo de la enfermedad paralizante que la tuvo en sus garras durante una década o más antes de morir, pero mucho mejor de como yo la recordaba, lo cual me dejaba asombrada. «Oh, solo tengo este ligero temblor en el brazo —decía—, y algo de

rigidez en este lado de la cara. Es una molestia, pero puedo moverme.»

Recuperaba entonces lo que en la vida consciente había perdido: la vivacidad del rostro de mi madre y su voz, antes de que los músculos de la garganta se le pusieran rígidos y una máscara afligida, impersonal se le fijase a los rasgos. ¿Cómo podía haber olvidado, pensaba yo en mi sueño, el humor despreocupado que tenía, no irónico, sino alegre, su liviandad, su impaciencia, su confianza? Yo le decía que sentía no haberla ido a ver en tanto tiempo, sin que eso quisiera decir que me sintiera culpable, sino que sentía haber guardado un fantasma en mi mente en lugar de aquella realidad..., y lo más extraño,

la cosa más tierna de todas, era su desapasionada respuesta.

«Bueno —decía—, es mejor tarde que nunca. Estaba segura de que te vería algún día.»

Cuando mi madre era una mujer joven, de cara suave y traviesa, que llevaba medias de seda opacas en las piernas rollizas —he visto una fotografía suya, con sus alumnos—, fue a dar clases a una escuela que solo tenía un aula, la Escuela Grieves, en el valle de Ottawa. La escuela estaba en una parte de la granja que pertenecía a la familia Grieves, una granja muy buena para aquella región. Terrenos bien desecados, sin piedras



precámbricas que emergieran del suelo, con un riachuelo bordeado de sauces que corría a su vera, una arboleda de arces de azúcar, establos de troncos y una casa grande y sin adornos, cuyas paredes de madera nunca habían sido pintadas, sino dejadas a merced del tiempo. «Y cuando la madera sufre la acción de la intemperie en el valle de Ottawa —decía mi madre—, no sé por qué, pero nunca se vuelve gris, se vuelve negra. Debe de ser algo del aire», decía. Hablaba a menudo del valle de Ottawa, que era donde había nacido —se había criado a unos treinta kilómetros de la Escuela Grieves—, de una manera dogmática y desconcertante, recalcando cosas del valle que lo distinguían

de cualquier otro lugar del mundo. Las casas se vuelven negras, el jarabe de arce tiene un sabor que ningún otro jarabe de arce producido en otra parte puede igualar, los osos deambulan a la vista de las granjas. Por supuesto, me quedé decepcionada cuando finalmente fui a ver ese lugar. No era en absoluto un valle, si por eso se entiende una hendedura entre colinas; era una mezcla de campos llanos y peñascos bajos, de matorral denso y pequeños lagos; una región mezclada desordenadamente, sin armonía natural y que no se rendía fácilmente a descripción alguna.

Los establos de troncos y la casa sin pintar, bastante comunes en las granjas pobres, no eran un signo de pobreza en el caso de los

Grieves, sino de costumbre. Eso fue lo que la gente le dijo a mi madre. Los Grieves trabajaban mucho y estaban lejos de ser ignorantes, pero estaban muy atrasados. No tenían ni coche, ni electricidad, ni teléfono, ni tractor. Algunas personas pensaban que se debía a que eran cameronianos: eran los únicos de esa religión en el distrito escolar, pero de hecho su iglesia (que ellos llamaban siempre Iglesia presbiteriana reformada) no prohibía ni motores, ni electricidad, ni invención alguna de esa clase, solo jugar a las cartas, bailar, ver películas y, los domingos, cualquier actividad que no fuese religiosa o ineludible.

Mi madre no sabía quiénes eran los

cameronianos ni por qué se les llamaba así. Alguna religión rara de Escocia, decía desde el pedestal de su obediente y despreocupado anglicanismo. La maestra siempre se hospedaba con los Grieves y mi madre estaba algo atemorizada ante la idea de ir a vivir en aquella casa de madera negra, con sus domingos paralizados, sus lámparas de parafina y sus ideas primitivas. Pero para entonces estaba prometida y quería trabajar en su ajuar en lugar de dar vueltas por la región divirtiéndose, y pensaba que podría ir a su casa un domingo de cada tres. (Los domingos, en casa de los Grieves, se podía encender un fuego para calentarse, pero no para cocinar, ni siquiera se podía poner a hervir el agua para

hacer té, y se suponía que no se podía escribir cartas ni matar una mosca. Pero resultó que mi madre estaba libre de esas normas. «No, no —decía Flora Grieves, riéndose de ella—. Eso no te afecta a ti. Tú sigue haciendo lo que acostumbras hacer.» Y al poco mi madre se había hecho tan amiga de Flora que ni siquiera iba a su casa los domingos que tenía pensado ir.)

Flora y Ellie Grieves eran las dos hermanas que quedaban de la familia. Ellie estaba casada con un hombre llamado Robert Deal, que vivía allí y trabajaba la granja, la cual no había cambiado su nombre por el de Deal en la mente de nadie. Por la manera en que la gente hablaba, mi madre pensaba que las hermanas

Grievés y Robert Deal debían de ser al menos de mediana edad, pero Ellie, la hermana más joven, solo tenía unos treinta años, y Flora era siete u ocho años mayor. Robert Deal podría estar en medio de las dos.

La casa estaba dividida de un modo sorprendente. El matrimonio no vivía con Flora. Cuando se casaron, ella les cedió el salón y el comedor, las habitaciones delanteras, la escalera y la cocina de invierno. No hubo necesidad de decidir sobre el cuarto de baño, porque no había. Flora tenía la cocina de verano, con sus cabrios abiertos y sus paredes de ladrillo descubierto, la antigua despensa convertida en un estrecho comedor y las dos habitaciones traseras, una de las

cuales era la de mi madre. La maestra se alojaba con Flora, en la parte más pobre de la casa, pero a mi madre no le importó. Prefirió de inmediato a Flora y su jovialidad al silencio y la atmósfera de cuarto de enfermo de las habitaciones delanteras. En el territorio de Flora ni siquiera era cierto que todas las diversiones estuviesen prohibidas. Tenía un tablero de crokinole y enseñó a mi madre cómo se jugaba.

La división se hizo, desde luego, esperando que Robert y Ellie tuvieran familia y que necesitasen la habitación. Pero esto no había sucedido. Hacía más de una docena de años que se habían casado y ninguno de sus hijos sobrevivió. Una y otra vez, Ellie se había

quedado embarazada, pero dos bebés nacieron muertos y el resto fueron abortos. Durante el primer año de estancia de mi madre, Ellie parecía guardar cama más a menudo, y mi madre pensó que debía de estar embarazada de nuevo, pero nada se dijo al respecto. Una gente así no lo mencionaría. No se podía saber por el aspecto de Ellie cuando se levantaba y paseaba, porque mostraba una figura ancha y estropeada, aunque de pecho caído. Olía a lecho de enfermo y, igual que un niño, se impacientaba por todo. Flora la cuidaba y hacía todo el trabajo. Lavaba la ropa, arreglaba las habitaciones y preparaba la comida que se servía a ambos lados de la casa, además de ayudar a Robert a ordeñar y



desnatar. Se levantaba antes del amanecer y nunca parecía cansarse. Durante la primera primavera que mi madre estuvo allí se emprendió una limpieza a fondo de la casa. Flora se subió sola a las escaleras, bajó las contraventanas, las limpió y las guardó, llevó todo el mobiliario de una habitación a otra para poder restregar el enmaderado y barnizar los suelos. Lavó todos los platos y los vasos que había en los aparadores, supuestamente limpios. Escaldó todos los potes y las cucharas. La poseían tal urgencia y energía que apenas podía dormir: a mi madre la despertaba el sonido de los tubos de la chimenea cuando los desmontaba o el de la escoba envuelta en un paño de cocina, con la

que golpeaba las ahumadas telarañas. A través de las limpias ventanas sin cortinas entraba un torrente de luz despiadada. La limpieza era arrolladora. Entonces mi madre dormía en sábanas que habían sido blanqueadas y almidonadas y que le provocaron una erupción. Ellie, enferma, se quejaba cada día del olor del barniz y de los polvos de limpiar. Las manos de Flora estaban ásperas, pero su disposición seguía siendo excelente. El pañuelo, el delantal y los holgados pantalones de trabajo de Robert le daban el aire de un cómico, deportivo, impredecible.

Mi madre la llamaba derviche danzante.

«Pareces un derviche danzante, Flora», le decía, y Flora se detenía. Quería saber qué

significaba. Mi madre continuaba y explicaba, aunque tenía algo de miedo a ofender la piedad. (No se trataba exactamente de piedad, no se le podría llamar así. Rigurosidad religiosa.) Por supuesto, no era así. Nada había de ofensivo ni de vigilancia pagada de sí en la observancia de Flora a su religión. No temía a los paganos: siempre había vivido en medio de ellos. Le gustaba la idea de ser un derviche y fue a decírselo a su hermana.

«¿Sabes lo que la maestra dice que soy?»

Flora y Ellie eran mujeres de cabello y ojos oscuros, altas, de hombros estrechos y de piernas largas. Ellie era una ruina, desde luego, pero Flora se mantenía espléndidamente erguida y garbosa. Podía parecer una reina,

decía mi madre, incluso yendo a la ciudad en aquella carreta que tenían. Para ir a la iglesia utilizaban una calesa o un trineo de un solo caballo, pero cuando iban a la ciudad a menudo debían transportar sacos de lana (tenían unas cuantas ovejas), o de productos agrícolas para vender, y debían llevar provisiones a casa. El viaje, de unos cuantos kilómetros, no lo hacían a menudo. Robert iba delante, para guiar el caballo; Flora podía guiar un caballo perfectamente bien, pero siempre debía ser el hombre el que condujese. Ella iba de pie, detrás, agarrándose a los sacos. Iba hasta la ciudad y volvía de pie, manteniendo un equilibrio natural y llevando su sombrero negro. Casi ridícula, pero no del todo. Parecía

una reina gitana, creía mi madre, con su pelo negro y su piel que siempre parecía ligeramente bronceada, y con su ágil y valiente serenidad. Desde luego, le faltaban las ajorcas de oro y los vestidos brillantes. Mi madre le envidiaba la esbeltez y los pómulos.

Al volver en otoño, en su segundo año, mi madre se enteró de lo que le pasaba a Ellie.

«Mi hermana tiene un tumor», dijo Flora. Nadie hablaba entonces de cáncer.

Mi madre lo había oído anteriormente. La gente se lo imaginaba. Mi madre conocía a muchas personas de la región para entonces. Se había hecho muy amiga de una mujer joven que trabajaba en la oficina de Correos;

aquella mujer sería una de las damas de honor de mi madre. La historia de Flora, Ellie y Robert, o lo que la gente sabía de ella, había sido contada en varias versiones. A mi madre no le pareció que escuchaba chismes, porque siempre estaba alerta a cualquier observación despectiva acerca de Flora; ella no la habría tolerado. Pero realmente nadie le hizo ninguna. Todo el mundo decía que Flora se había portado como una santa. Incluso cuando llegaba demasiado lejos, como en lo de dividir la casa, se comportaba como una santa.

Robert había ido a trabajar a Grieves unos meses antes de que el padre de las muchachas falleciera. Ellos ya le conocían, de la iglesia. (Oh, esa iglesia, decía mi madre, donde había

ido una vez por curiosidad, aquel edificio lóbrego unos cuantos kilómetros al otro lado de la ciudad, sin órgano ni piano, con cristales sin adornos en las ventanas y con un ministro anciano y tambaleante, con sermones que duraban horas y un hombre que golpeaba un diapasón para cantar.) Robert había llegado de Escocia e iba camino del Oeste. Se detuvo en casa de unos parientes o conocidos, miembros de la reducida congregación. Para ganar algún dinero, probablemente, fue a casa de los Grieves. Muy pronto, él y Flora se prometieron. No podían ir a bailar ni a partidas de cartas como otras parejas, pero iban a dar largos paseos. La carabina, no oficial, era Ellie. Ellie era entonces una

muchacha aniñada, de cabello largo, atrevida y muy bromista, llena de energía. Subía corriendo por las colinas y golpeaba con un palo los tallos de gordolobo, gritando, haciendo cabriolas y simulando ser un guerrero a caballo. Eso, o el mismo caballo. Esto cuando tenía quince o dieciséis años. Nadie, excepto Flora, podía controlarla y, por lo general, Flora solo se reía por estar demasiado acostumbrada a ella para preguntarse si estaba del todo bien de la cabeza. Sentían mucho cariño la una por la otra. Ellie, con su cuerpo largo y flaco, con su cara larga y pálida, era como una copia de Flora, la clase de copias que a menudo se ven en las familias en las que, debido a algún



descuido o exageración de rasgos o de color, la hermosura de una persona pasa a ser fealdad o casi fealdad en la otra. Pero Ellie no estaba celosa por eso. Le encantaba peinar el pelo de Flora y sujetárselo. Pasaban muy buenos ratos lavándose el pelo la una a la otra. Ellie apretaba su rostro contra el cuello de Flora, como un potro hocicando a su madre. De modo que cuando Robert pretendió a Flora, o Flora a él, nadie sabía cómo había sido, hubo que incluir a Ellie. Ella no mostró la menor inquina hacia Robert, pero los seguía y los acechaba en sus paseos, se abalanzaba sobre ellos desde los arbustos o les seguía a hurtadillas tan de cerca que podía soplarles en el cuello. La gente vio cómo lo hacía. Y

oyeron sus bromas. Siempre había sido terrible para las bromas y a veces eso le había acarreado problemas con su padre, pero Flora la protegía. Así pues, ponía cardos en la cama de Robert. Ponía su sitio en la mesa con el cuchillo y el tenedor al revés. Cambiaba los cubos de la leche y le daba el viejo con un agujero. Quizá por Flora, Robert le seguía la broma.

El padre había hecho que Flora y Robert fijasen la fecha de la boda con un año de antelación, y después de su muerte no la adelantaron. Robert siguió viviendo en la casa. Nadie sabía cómo decirle a Flora que aquello era escandaloso, o que parecía escandaloso. Flora solo habría preguntado por qué. En lugar

de adelantar la fecha de la boda, la atrasó: de la primavera siguiente a principios del otoño, de manera que hubiese transcurrido todo un año entre la boda y la muerte de su padre. Un año entre la boda y el funeral, eso le parecía lo correcto. Confiaba plenamente en la paciencia de Robert y en su propia pureza.

Y bien podía ella. Pero en invierno empezó la conmoción. Allí estaba Ellie, vomitando, llorando, escapándose y escondiéndose en el henil, dando alaridos cuando la encontraron y la sacaron de allí, tirándose al suelo del granero, corriendo en círculos, revolcándose sobre la nieve. Ellie estaba trastornada. Flora tuvo que llamar al médico. Le dijo que su hermana había dejado de tener el período.

¿Podía la retención de la sangre estar volviéndola loca? Robert había tenido que cogerla y atarla, y junto con Flora la pusieron en la cama. No quería comer, solo movía la cabeza de un lado a otro, gritando. Parecía como si se fuese a morir muda. Pero de alguna manera la verdad salió. No por el doctor, que no pudo acercarse lo suficiente para examinarla por la manera en que ella se debatía. Probablemente Robert confesó. Flora por fin llegó a saber la verdad, con toda su magnanimidad. Tenía que haber boda, entonces, aunque no la que había sido planeada.

Sin pastel, ni trajes nuevos, ni viaje de novios, ni felicitaciones. Solo una vergonzosa

visita apresurada a la rectoría. Algunas personas, al ver los nombres en el periódico, pensaron que el director debía de haberse confundido de hermana. Creyeron que debía de ser Flora. ¡Una boda apresurada para Flora! Pero no..., fue Flora quien planchó el traje de Robert (debió de ser ella), sacó a Ellie de la cama, la lavó y la puso presentable. Sería Flora quien cogiera un geranio de la planta de la ventana y lo prendiera en el vestido de su hermana. Y Ellie no se lo había arrancado. Ellie se había amansado; ya no gritaba, ni pataleaba, ni lloraba. Dejó que Flora la arreglase, dejó que la casaran; a partir de aquel día ya nunca, nunca más fue salvaje.

Flora dividió la casa. Ella misma ayudó a

Robert a construir los tabiques necesarios. El niño llegó en su momento, nadie aparentó siquiera que fuese prematuro, pero nació muerto después de un parto largo y laborioso. Quizá Ellie le hubiese hecho daño cuando saltó desde la viga del establo y se revolcó por la nieve y se golpeó. Aunque ella no lo hubiera hecho, la gente esperaba que algo anduviese mal, con aquel niño o quizá con otro que llegó después. Dios castigaba las bodas apresuradas; no eran solo los presbiterianos quienes lo creían, casi todo el mundo lo creía. Dios pagaba la lujuria con hijos muertos, tontos, de labios leporinos y con miembros escuálidos y pies zopos.

En este caso el castigo continuó. Ellie tuvo

un aborto detrás de otro, luego le nació otro niño muerto y tuvo más abortos. Estaba constantemente embarazada, y los embarazos iban acompañados de vómitos que le duraban días, de dolores de cabeza, de mareos. Los abortos eran tan dolorosos como los embarazos que llegaban a buen fin. Ellie no podía trabajar. Caminaba cogiéndose a las sillas. Su aturdido silencio pasó y se convirtió en una quejica. Si alguien iba de visita, hablaba de las peculiaridades de sus dolores de cabeza, o describía su último desmayo o, incluso delante de los hombres, o delante de chicas solteras o de niños, entraba en sangrientos detalles acerca de lo que Flora llamaba sus «contratiempos». Cuando las

personas cambiaban de tema o se llevaban arrastrando a los niños, se quedaba taciturna. Pedía medicamentos nuevos, vilipendiaba al doctor, importunaba a Flora. Acusaba a Flora de lavar los platos con gran estruendo, por despecho, de tirarle del pelo cuando se lo peinaba, de sustituir con tacañería la medicina por agua con melaza. Dijera lo que dijese, Flora la calmaba. Toda persona que fuese a la casa tenía alguna historia de esa clase que contar. Flora decía: «¿Dónde está mi muchachita? ¿Dónde está mi Ellie? ¡Esta no es mi Ellie, esta es alguna cascarrabias que la ha suplantado!».

En las noches de invierno, cuando entraba en casa después de haber ayudado a Robert



en las tareas del establo, Flora se lavaba y se cambiaba de ropa e iba a la puerta de al lado a leerle a Ellie hasta que se durmiese. Mi madre también podía añadirse, llevando con ella lo que estuviese cosiendo de su ajuar. La cama de Ellie estaba instalada en el comedor grande, en el que había una lámpara de gas sobre la mesa. Mi madre se sentaba a un lado de la mesa y cosía, y Flora se sentaba al otro y leía en voz alta. Ellie decía: «No te puedo oír». O si Flora hacía una pausa para descansar un momento decía: «No estoy dormida todavía».

¿Qué leía Flora? Historias sobre la vida escocesa..., clásicos no. Historias de golfillos y de abuelas cómicas. El único título que mi madre podía recordar era *Wee MacGregor*.

No podía seguir muy bien las historias, ni reír cuando Flora se reía y Ellie emitía un quejido, porque gran parte de ellas era en dialecto escocés o porque las leía con aquel fuerte acento. Le sorprendía que Flora pudiera hacerlo..., no era en absoluto el modo en que ella hablaba habitualmente.

(Pero ¿no sería el modo en que Robert hablaba? Quizá esa sea la razón por la que mi madre nunca dice palabra de lo que Robert decía, nunca le hace aparecer aportando algo a la escena. Debía de estar allí, debía de estar allí sentado en el cuarto; solo calentaban la pieza principal de la casa. Le veo con el pelo negro, los hombros anchos, con la fuerza de un caballo de labranza y la misma clase de

belleza sombría y encadenada.)

Luego Flora decía: «Eso es todo por esta noche». Cogía otro libro, un libro viejo escrito por algún predicador de su religión. Había en él unas cosas que mi madre nunca había oído. ¿Qué cosas? No sabía explicarlas. Todas las cosas que había en su monstruosa y antigua religión. Eso hacía dormir a Ellie, o hacía que fingiera estar dormida al cabo de un par de páginas.

Toda aquella configuración de los elegidos y los condenados, debía de querer decir mi madre..., todos los argumentos sobre la ilusión y la necesidad del libre albedrío. El juicio y la esquiva redención. El torturante y frustrante, pero para algunas mentes irresistible, cúmulo

de nociones enlazadas y contradictorias. Mi madre pudo resistirlo. Su fe era sencilla, su temple, en aquella época, robusto. Las ideas no eran algo por lo que ella sintiera curiosidad, nunca.

Pero ¿qué cosa era aquella, se preguntaba —en silencio—, para leerle a una mujer moribunda? Aquello fue lo más cerca que estuvo de criticar a Flora.

La respuesta —y era lo único que cabía si uno creía en ello— nunca pareció habersele ocurrido.

En la primavera llegó una enfermera. Aquella era la manera en que se hacían las cosas entonces. Las personas morían en su casa, y

una enfermera iba a hacerse cargo.

El nombre de la enfermera era Audrey Atkinson. Era una mujer robusta, con corsés tan rígidos como los aros de un tonel, de cabello ondulado del color de candelabros de cobre y con una boca delineada por el lápiz de labios más allá de su propio y estrecho contorno. Llegó con su coche hasta el patio, su propio coche, un cupé verde oscuro, brillante y elegante. Las noticias de Audrey Atkinson y de su coche corrieron rápidamente. Se hicieron preguntas. ¿De dónde había sacado el dinero? ¿Había cambiado algún tonto su testamento a su favor? ¿Había influido ella? ¿O simplemente había cogido billetes escondidos debajo del colchón?

¿Cómo se podía confiar en ella?

El suyo era el primer coche que pasaba la noche en el patio de los Grieves.

Audrey Atkinson dijo que nunca la habían llamado para cuidar de un paciente en una casa tan primitiva. Escapaba a su comprensión, decía, cómo había gente que podía vivir de aquel modo.

«Ni siquiera es que sean pobres —le dijo a mi madre—. No es así, ¿verdad? Eso lo podría entender. Ni siquiera es por su religión. Entonces, ¿qué es? ¡Es que no les importa!»

Al principio trató de entablar amistad con mi madre, como si fueran aliadas naturales en aquel lugar sumido en la ignorancia. Hablaba como si fuesen aproximadamente de la misma

edad, como si ambas fuesen mujeres elegantes e inteligentes a quienes les gustaba pasárselo bien y que tenían ideas modernas. Se ofreció a enseñarle a conducir el coche. Le ofreció cigarrillos. A mi madre le tentó más la idea de aprender a conducir que la de los cigarrillos, pero dijo que no, que esperaría a que su marido le enseñase. Audrey Atkinson arqueó sus cejas de un naranja rosado a espaldas de Flora y mi madre se enfadó. La enfermera le gustaba todavía menos que a Flora.

«Yo sabía cómo era y Flora no —decía mi madre. Quería decir que ella había percibido el tufo de una vida barata, quizá incluso de establecimientos de bebidas y de hombres repugnantes, y de duros regateos, cosas que

Flora era demasiado poco mundana para percibir.»

Flora emprendió de nuevo una gran limpieza de la casa. Extendió las cortinas, sacudió las alfombras colgadas de una cuerda, se subió a las escaleras para limpiar el polvo de las molduras. Pero la estorbaban constantemente las quejas de la enfermera Atkinson.

«Me pregunto si podría hacer algo menos de ruido —decía la enfermera Atkinson con ofensiva cortesía—. Solo lo pido por el bien de mi paciente.»

Siempre hablaba de Ellie como de «mi paciente» y pretendía ser la única que la protegía e imponía respeto. Pero no le tenía



tanto respeto a la propia Ellie.

«Ale op —decía, arrastrando a la pobre criatura para ponerla sobre las almohadas, y le decía a Ellie que no iba a tolerar ni quejas ni lloriqueos—. De ese modo no se hace el menor bien. Y por supuesto no hace que yo venga más rápidamente. Sería mejor que aprendiese a dominarse.»

Esto exclamaba ante la espalda de Ellie a manera de reprensión, como si fuera otra desgracia de la casa. Pedía lociones, ungüentos, jabón caro..., la mayor parte de ello, sin duda, para proteger su propia piel, a la que ella aseguraba que perjudicaba el agua dura. (¿Cómo podía ser dura?, le preguntaba mi madre, defendiendo la casa cuando nadie

más lo hacía, ¿cómo podía ser dura si procedía directamente del agua de lluvia?)

La enfermera Atkinson también quería nata; decía que debían guardar un poco, no vendérsela toda a la lechería. Quería hacer sopas y pudines nutritivos para su paciente. Y realmente hacía pudines y jaleas de mezclas empaquetadas de las que nunca habían entrado anteriormente en aquella casa. Mi madre estaba convencida de que se las comía todas ella.

Flora todavía le leía a Ellie, pero entonces solo pequeños párrafos de la Biblia. Cuando terminaba y se levantaba, Ellie intentaba agarrarse a ella. Ellie lloraba y a veces se quejaba de cosas ridículas. Decía que fuera

había una vaca con cuernos que intentaba entrar en la habitación y matarla.

—A menudo les cogen manías así —decía la enfermera Atkinson—. No debe ceder ante ella o no la dejará ni de día ni de noche. Así es como son, solo piensan en sí mismas. Cuando estoy a solas con ella, se comporta muy bien. No tengo problema alguno. Pero cuando ha estado usted aquí, vuelvo a tener problemas porque la ve y se trastorna. No querrá usted hacerme el trabajo más difícil, ¿verdad? Quiero decir que me hicieron venir para que me hiciera cargo, ¿no es así?

—Ellie, cariño, Ellie, ahora debo irme —decía Flora; y a la enfermera—: Lo entiendo. Comprendo que tiene que hacerse usted cargo

y la admiro. La admiro por su trabajo. En un trabajo como el suyo hay que tener mucha paciencia y amabilidad.

Mi madre se quedaba perpleja ante aquello. ¿Estaba Flora realmente tan ciega o esperaba con aquel elogio inmerecido exhortar a la enfermera Atkinson a tener la paciencia y la amabilidad que no tenía? La enfermera Atkinson era demasiado insensible y autocomplaciente para que funcionara un truco como aquel.

—Es un trabajo duro, realmente, y no hay muchas personas que puedan hacerlo —decía—. No es como el de las enfermeras de hospital donde lo tienen todo dispuesto para ellas. —No tenía tiempo de conversar más...,

estaba intentando captar «Baile de salón imaginario» en su radio a pilas.

Mi madre estaba ocupada con los exámenes finales y los ejercicios de junio en la escuela. Se estaba preparando para la boda en julio. Llegaban amigos en coche y se la llevaban a la modista, a fiestas, a escoger las invitaciones y a encargarse del pastel. Las lilas florecieron, las tardes se hicieron más largas, los pájaros volvieron a hacer sus nidos y mi madre atraía la atención de todo el mundo, a punto de iniciar la deliciosamente solemne aventura del matrimonio. Su vestido tenía que ser de encaje con rosas de seda, el velo sostenido por un casquete de perlitas. Pertenece a la primera generación de mujeres jóvenes que

ahorraban dinero y se pagaban sus propias bodas, mucho más lujosas de lo que sus padres se habrían podido permitir.

En su última tarde, la amiga de la oficina de Correos fue para llevarla en coche, con la ropa, los libros y las cosas que había preparado para su ajuar y con los regalos que sus alumnos y otras personas le habían hecho. Hubo una gran conmoción y risas al cargarlo todo en el coche. Flora salió a ayudar. Eso de casarse da todavía más molestias de las que había pensado, dijo Flora, riendo. Le regaló a mi madre un tapete de ganchillo para la cómoda que había hecho en secreto. La enfermera Atkinson no podía ser excluida de una ocasión importante: le obsequió una

botella de colonia con atomizador. Flora se quedó en la cuesta en el lateral de la casa para decirle adiós con la mano. Había sido invitada a la boda, pero, por supuesto, había dicho que no podía ir, que no podía «salir» en un momento como aquel. Lo último que mi madre vio de ella fue aquella figura solitaria, diciendo adiós con energía, con el delantal de limpiar y un pañuelo, en la cuesta verde junto a la casa de paredes negras, a la luz del atardecer.

«Bueno, quizá ahora tenga lo que debería haber tenido la primera vez —dijo la amiga de la oficina de Correos—. Quizá ahora puedan casarse. ¿Es demasiado vieja para formar una familia? Y, en cualquier caso, ¿cuántos años

tiene?»»

Mi madre pensó que aquella era una manera grosera de hablar de Flora y respondió que no lo sabía. Pero tenía que admitir que había estado pensando exactamente lo mismo.

Una vez casada e instalada en su propio hogar, a casi quinientos kilómetros, mi madre recibió una carta de Flora. Ellie había muerto. Había muerto firme en su fe, decía Flora, y agradecida por su liberación. La enfermera Atkinson se iba a quedar durante algún tiempo más, hasta que tuviera que ir a atender a su próximo paciente. Eso fue a fines del verano.

Las noticias de lo que sucedió a continuación no procedían de Flora. Cuando



escribió en Navidad, parecía dar por sentado que la información se le había anticipado.

«Con toda probabilidad habrás oído — escribió Flora— que Robert y la enfermera Atkinson se han casado. Viven aquí, en la parte de la casa de Robert. La están arreglando a su gusto. Es de muy mala educación llamarla enfermera Atkinson, como veo que he hecho. Debería haberla llamado Audrey.»

Desde luego la amiga de la oficina de Correos le había escrito, y también otras personas. Fue una gran conmoción, un escándalo, una cuestión que había excitado a las gentes de la zona: la boda tan secreta y sorprendente como lo había sido la primera de

Robert —aunque seguramente no por la misma razón—, la enfermera Atkinson instalada permanentemente en la comunidad y Flora derrotada por segunda vez. Nadie se había dado cuenta de galanteo alguno, y se preguntaban cómo la mujer podía haberle engatusado. ¿Le habría prometido hijos mintiendo acerca de su edad?

Las sorpresas no iban a terminar con la boda. La novia se puso inmediatamente a la tarea de hacer «los arreglos» que Flora mencionaba. Llegó la electricidad a la casa y luego el teléfono. Entonces a la enfermera Atkinson —siempre se la llamaría enfermera Atkinson— se la podía oír en la línea telefónica colectiva reprendiendo a los pintores

y a los empapeladores y a los servicios de reparto. Se lo hacía hacer todo. Había comprado una cocina eléctrica e iba a instalar un baño... ¿Quién sabía de dónde procedía el dinero? ¿Era todo suyo?, ¿procedía de sus tratos en los lechos de muerte?, ¿de donaciones dudosas? ¿Era de Robert, que reclamaba su parte, la parte de Ellie, legada a él y a la enfermera Atkinson para que la pareja desvergonzada se lo pasara bien?

Todas esas mejoras tuvieron lugar solamente en un lado de la casa. La parte de Flora siguió exactamente como estaba. Allí no había luz eléctrica, ni empapelado nuevo, ni persianas nuevas. Cuando se pintó el exterior de la casa, de color crema con un adorno

verde oscuro, la parte de Flora se dejó sin pintar. Esta extraña manifestación pública fue recibida al principio con compasión y desaprobación, luego con menos simpatía, como una señal de la terquedad y excentricidad de Flora —ella podría haberse comprado su propia pintura y haberla adecentado— y finalmente como una broma. La gente se apartaba del camino para ir a verlo.

Siempre se ofrecía un baile en la escuela a una pareja de recién casados. Se les obsequiaba con el producto de una colecta en efectivo, llamada «bolsa de dinero». La enfermera Atkinson hizo correr la voz de que no le importaría que se siguiera esa

costumbre, aunque la familia en la que había entrado por matrimonio era contraria al baile. Algunas personas pensaron que sería una vergüenza satisfacerla, una bofetada para Flora. Otras tenían demasiada curiosidad para no hacerlo. Querían ver cómo se comportarían los recién casados. ¿Bailaría Robert? ¿Con qué clase de atuendo se presentaría la novia? Se postergó un poco, pero finalmente se celebró el baile y mi madre tuvo su informe.

La novia llevaba el vestido que se había puesto para la boda, o eso dijo, pero ¿quién se pondría un vestido así para una boda en la casa del párroco? Era más que probable que lo hubiese comprado especialmente para hacer

su aparición en el baile. Satén de un blanco puro, con un escote en forma de corazón tontamente juvenil. El novio se vistió con un traje azul oscuro y ella le puso una flor en el ojal. Eran algo digno de verse. El pelo de ella estaba recién arreglado para cegar con sus reflejos cobrizos, y la cara parecía que se le iba a desprender sobre la chaqueta de algún hombre si se apoyaba sobre el hombro en el baile. Desde luego que bailó. Bailó con cada uno de los hombres presentes, excepto con el novio, que estaba sentado aplastado en uno de los pupitres de la escuela que había junto a la pared. Bailó con cada uno de los hombres presentes, todos dijeron que tenía que hacerlo, que era la costumbre, y luego arrastró a

Robert para que recibiera el dinero y les diera las gracias a todos por sus buenos deseos. A las señoras, en los aseos, incluso les insinuó que no se sentía bien por la razón habitual en las recién casadas. Nadie la creyó, y en efecto, nada surgió jamás de esa esperanza, si es que realmente la tenía. Algunas de las mujeres pensaron que les estaba mintiendo por malevolencia, insultándolas, dando a entender que eran muy crédulas, pero nadie le expresó sus dudas, quizá porque estaba claro que podía soltar una grosería capaz de dejar mudo a cualquiera.

Flora no estuvo presente en el baile.

«Mi cuñada no es una bailarina —decía la enfermera Atkinson—, se ha quedado anclada

en los viejos tiempos. —Les invitó a que se rieran de Flora, a quien siempre llamaba su cuñada, aunque no tenía derecho a hacerlo.»

Mi madre le escribió una carta a Flora después de haberse enterado de todas esas cosas. Al estar alejada de la escena, y quizá en un ataque de importancia debido a su propio y reciente estado de casada, debió de olvidarse de la clase de persona a quien estaba escribiendo. Le ofreció su solidaridad, le demostró su indignación e hizo comentarios despectivos y contundentes acerca de la mujer que, según consideraba mi madre, le había propinado tal golpe. En respuesta, recibió una carta de Flora en la que decía que no sabía de dónde había obtenido su información, pero



que parecía que no lo hubiera comprendido bien, o que hubiese escuchado a personas maliciosas, o que hubiera llegado precipitadamente a conclusiones injustificadas. Lo que sucediera en la familia de Flora no era asunto de los demás, y por supuesto nadie necesitaba sentirse ni apenado ni enfadado por ella. Flora decía que era feliz y que estaba satisfecha de su vida, como siempre lo había estado, y que ella no se metía en lo que los demás hacían o querían, porque esas cosas no eran de su incumbencia. Deseaba toda la felicidad a mi madre en su matrimonio y esperaba que pronto estuviera demasiado ocupada con sus propias responsabilidades para preocuparse de las vidas de la gente que

había conocido.

Esta carta tan bien escrita hirió a mi madre, como ella decía, en lo más vivo. Ella y Flora dejaron de escribirse. Mi madre estuvo realmente ocupada con su propia vida, y finalmente fue prisionera de ella.

Pero pensaba en Flora. Años más tarde, cuando a veces hablaba de las cosas que podría haber sido, o hecho, decía: «Si hubiera podido ser escritora, y realmente creo que lo hubiera podido ser, entonces habría escrito la historia de la vida de Flora. Y ¿sabes cómo la habría llamado? “La dama soltera”».

*La dama soltera.* Decía esas palabras con un tono de voz sentimental y solemne que a mí no me gustaba. Yo conocía, o creía que

conocía, exactamente el valor que encontraba en ellas. La dignidad y el misterio. El indicio de burla convirtiéndose en respeto. Yo tenía quince o dieciséis años entonces y creía que podía leer el pensamiento de mi madre. Veía lo que haría con Flora, lo que ya había hecho. La convertiría en una figura noble que acepta el abandono, la traición, que perdona y se mantiene al margen, no una vez, sino dos. Sin un momento de queja. Flora anda de un lado para otro con sus placenteras labores, asea la casa y limpia con la pala el establo de las vacas, quita la porquería de la cama de su hermana, y cuando por fin el futuro parece abierto para ella (Ellie morirá, Robert le pedirá perdón y Flora lo silenciará con el glorioso

regalo de sí misma), Audrey Atkinson llega al patio y deja a Flora fuera de nuevo, más inexplicable y concienzudamente la segunda vez que la primera. Debe soportar la pintura de la casa, la luz eléctrica, toda la próspera actividad en la puerta de al lado. «Baile de salón imaginario», «Amos y Andy». Ya no más comedias escocesas ni sermones antiguos. Tenía que verles salir a bailar, a su antiguo novio y a aquella mujer insensible, estúpida y en absoluto hermosa, con el vestido de novia de satén blanco. Se burlan de ella. (Y por supuesto ella ha cedido la granja a Ellie y a Robert, por supuesto él la ha heredado, y ahora todo pertenece a Audrey Atkinson.) Los malvados medran. Pero está bien. Está bien,

los elegidos están ocultos bajo la paciencia y la humildad e iluminados por una certeza que los acontecimientos no pueden perturbar.

Así es como yo creí que le parecían las cosas a mi madre. En su insistencia, sus ideas se habían vuelto místicas, y a veces había un silencio, un solemne estremecimiento en su voz, que me molestaba, que me alertaba sobre lo que parecía un peligro personal. Yo sentía una gran confusión de tópicos y devociones al acecho, un poder incontestable de madre impedida que podía capturarme y ahogarme. Nunca se acabaría. Tenía que mantenerme mordaz y cínica, discutir y rebajar los humos. Finalmente abandoné incluso ese reconocimiento y me opuse a ella en silencio.

Esta es una extraña manera de decir que no le serví de consuelo y que fui una pobre compañía para ella cuando casi no tenía otra parte adonde ir.

Yo tenía mis propias ideas sobre la historia de Flora. Yo no creía poder escribir una novela, sino que escribiría una. Pero yo tomaría otro punto de partida. Miré a través de la historia de mi madre y añadí lo que ella se dejó. Mi Flora sería tan negra como blanca era la suya. Alegrándose de las malas pasadas que le hacían a ella y, en su propia misericordia, espiando la ruina de la vida de su hermana. Una bruja presbiteriana, leyendo en voz alta su venenoso libro. Se precisa una crueldad rival, la comparativamente inocente

brutalidad de la insensible enfermera para hacerla retroceder, florecer en su sombra. Pero se la obliga a retroceder; el poder del sexo y una avaricia ordinaria la hacen retroceder y encerrarse en su propia parte de la casa con las lámparas de parafina. Se contrae, se hunde, sus huesos se endurecen y sus articulaciones se entumescen, y (¡oh, ya lo tengo, ya lo tengo, veo la desnuda belleza del final que inventaré!) ella misma queda parálitica, con artritis, apenas capaz de moverse. Entonces Audrey Atkinson llega a su pleno poder..., pide toda la casa. Quiere que las divisiones que Robert construyó con la ayuda de Flora cuando se casó con Ellie sean derribadas. Ella le dará a Flora una habitación

y la cuidará. (Audrey Atkinson no desea que se la considere un monstruo, y quizá no lo sea realmente.) De modo que un día Robert lleva a Flora (por primera y última vez la lleva en brazos) a la habitación que su esposa Audrey ha preparado para ella. Y una vez que Flora está instalada en su rincón bien iluminado y caliente, Audrey Atkinson se encarga de limpiar las habitaciones recién desocupadas, las habitaciones de Flora. Lleva un montón de libros viejos al patio. Es primavera de nuevo, el tiempo de la limpieza de la casa, la estación en la que la misma Flora llevaba a cabo esas hazañas, y entonces el pálido rostro de Flora aparece detrás de los nuevos visillos. Se ha arrastrado desde su rincón, ve el luminoso



cielo azul con sus nubes que se deslizan en lo alto sobre los campos mojados, los cuervos en lucha, los riachuelos desbordados, las ramas de los árboles teñidas de rojo. Ve salir el humo del incinerador del patio, en el que sus libros se están quemando. Esos malolientes libros viejos, como Audrey les ha llamado. Palabras y páginas, los siniestros lomos oscuros. Los elegidos, los condenados, las débiles esperanzas, los extraordinarios tormentos... suben con el humo. Ese era el final.

Para mí la persona realmente misteriosa de la historia, según la contaba mi madre, era Robert. Nunca tiene una palabra que decir. Se promete a Flora. Camina a su lado junto al río cuando Ellie salta sobre ellos. Encuentra los

cardos que le pone Ellie en la cama. Realiza los trabajos que se hacen necesarios para su boda con Ellie. Escucha o no escucha mientras Flora lee. Finalmente está sentado encogido en el pupitre de la escuela mientras su ostentosa novia baila con todos los hombres.

Hasta aquí en cuanto a sus actos y apariciones públicas. Pero él fue quien lo empezó todo, en secreto. Él «se lo hizo a» Ellie. Se lo hizo a aquella delgada muchacha salvaje estando comprometido con su hermana, y se lo volvió a hacer una y otra vez cuando no era más que un pobre cuerpo arruinado, una mujer fracasada en su maternidad, en cama.

También debió de hacérselo a Audrey Atkinson, pero con resultados menos desastrosos.

Esas palabras, «se lo hizo a», las palabras que ni mi madre ni tampoco Flora se atreverían nunca a pronunciar, eran simplemente excitantes para mí. No sentía la menor repugnancia ni indignación razonable. Yo rechazaba la advertencia. Ni siquiera el destino de Ellie podía darme asco. No cuando pensaba en aquel primer encuentro, en la desesperación del mismo, en la acometida y en la lucha. En aquel tiempo yo acostumbraba lanzar a los hombres miradas de deseo a hurtadillas. Admiraba sus muñecas, sus cuellos y cualquier trozo del pecho que un botón

suelto dejase entrever, incluso las orejas y los pies en los zapatos. Nada razonable esperaba de ellos, solo que estuviesen envueltos en su pasión. Yo tenía similares pensamientos acerca de Robert.

Lo que hacía mala a Flora en mi historia era exactamente lo que la hacía admirable en la de mi madre: su rechazo del sexo. Luché contra todo lo que mi madre quería explicarme sobre este asunto; despreciaba incluso que bajase la voz, la tenebrosa cautela con la que lo abordaba. Mi madre había crecido en un tiempo y en un lugar en los que el sexo era una oscura empresa para las mujeres. Sabía que se podía morir a causa de él. Así que honraba la decencia, la gazmoñería, la frigidez

que podían protegerla a una. Y yo crecí sintiendo horror por esa misma protección, por la elegante tiranía que a mí me parecía que se extendía a todas las áreas de la vida, para imponer tertulias y guantes blancos y todas las demás estupideces de campanillas. Yo era partidaria de las palabrotas y de una ruptura; me atormentaba el pensamiento de la falta de consideración y de la dominación de un hombre. Lo curioso es que las ideas de mi madre estaban en consonancia con algunos conceptos progresistas de su época, y las mías se hacían eco de los conceptos preferidos en mis tiempos. Eso a pesar del hecho de que las dos nos considerábamos independientes y vivíamos en lugares apartados que no

registraban tales cambios. Es como si las tendencias que parecen más profundamente arraigadas en nuestra mente, las más personales y singulares, hubieran entrado como esporas en el viento predominante, buscando un lugar apropiado donde aterrizar, una bienvenida.

No mucho antes de morir, pero cuando yo estaba todavía en casa, mi madre recibió una carta de la Flora real. Procedía de aquella ciudad cercana a la granja, de la ciudad a la que Flora acostumbraba ir, con Robert, en la carreta, agarrada a los sacos de lana o de patatas.

Flora contaba que ya no vivía en la granja.

«Robert y Audrey todavía siguen allí — escribía—. Robert tiene problemas con la espalda, pero, por lo demás, está muy bien. Audrey tiene mal la circulación y a menudo se queda sin aliento. El doctor dice que tiene que perder peso, pero ninguno de los regímenes parece funcionar. La granja ha ido muy bien. Ya no tienen ovejas y ahora se dedican a las vacas lecheras. Como es posible que sepas, lo principal hoy en día es obtener la cuota de leche del gobierno y entonces ya está. En el antiguo establo se han puesto máquinas de ordeñar y el equipo más moderno, es una maravilla. Cuando voy allí de visita apenas sé dónde estoy.»

Seguía diciendo que hacía algunos años que

vivía en la ciudad y que tenía un trabajo de dependienta en una tienda. Debía de decir qué clase de tienda era, pero ahora no lo recuerdo. Por supuesto, nada decía acerca de qué le había llevado a tomar esa decisión, si realmente la habían echado de su propia granja o si había vendido su parte, aparentemente sin mucho provecho. Ella subrayaba el hecho de su amistad con Robert y Audrey. Decía que estaba bien de salud.

«Me he enterado de que tú no has tenido tanta suerte en ese sentido —escribió—. Me encontré con Cleta Barnes, antes Cleta Stapleton, en la oficina de Correos de delante de casa y me dijo que tienes problemas con tus músculos y que tu habla también se ha



visto afectada. Es triste escuchar eso, pero se pueden hacer cosas tan maravillosas hoy en día que espero que los doctores puedan ayudarte.»

Una carta inquietante, pues dejaba muchas cosas fuera. Nada había en ella sobre la voluntad de Dios o Su papel en nuestras aflicciones. No mencionaba si Flora seguía yendo a aquella iglesia. No creo que mi madre le respondiese. Su excelente y legible escritura, su caligrafía de maestra de escuela, se había deteriorado y tenía dificultad para sostener una pluma. Siempre estaba comenzando cartas y nunca las terminaba. Yo las encontraba por la casa. «Mi querida Mary», comenzaban. «Queridísima Ruth», «Mi

pequeña Joanne (aunque ya me doy cuenta de que ya no eres pequeña)», «Mi querida y vieja amiga Cleta», «Mi encantadora Margaret». Estas mujeres eran amigas de sus días de maestra, de sus tiempos en la Escuela Normal, y del instituto. Unas cuantas eran antiguas alumnas. Tengo amigas por todo el país, decía, desafiante. Tengo amigas muy, muy queridas.

Recuerdo haber visto una carta que empezaba: «Amiga de mi juventud». No sé a quién iba dirigida. Todas eran amigas de su juventud. No recuerdo una sola que comenzase con «Mi muy querida y admirada Flora». Yo siempre las miraba, intentaba leer el encabezamiento y las pocas frases que

había escrito, y como no podía soportar sentir tristeza, me impacientaba con el lenguaje florido, la petición directa de amor y compasión. Tendría más, pensaba yo —más de mí, quería decir— si pudiera conseguir retirarse con dignidad, en lugar de alargarse todo el tiempo para proyectar su sombra enferma.

Para entonces había perdido mi interés por Flora. Estaba siempre pensando en historias y en aquel momento probablemente tenía una nueva en mente.

Pero he pensado en ella desde entonces. Me he preguntado en qué clase de tienda trabajaría. ¿Una ferretería o un almacén de baratillo, en la que tendría que llevar una bata,

o una farmacia en la que se lleva uniforme como una enfermera, o una tienda de ropa de señora en la que generalmente se espera que se vaya elegante? Quizá había tenido que aprender sobre batidoras o sobre sierras de cadena, saltos de cama, cosméticos o incluso condones. Tendría que trabajar todo el día con luz eléctrica y manejar una caja registradora. ¿Se haría la permanente, se pintaría las uñas y los labios? Debía de haber encontrado un lugar donde vivir; un pequeño apartamento con cocina que diese a la calle principal, o una habitación en una casa de huéspedes. ¿Qué hacía para seguir siendo cameroniana? ¿Qué para llegar a aquella iglesia alejada a no ser que consiguiese

comprar un coche y aprendiera a conducirlo? Y si lo hiciera, podría ir no solamente a la iglesia, sino también a otros sitios. Podría irse de vacaciones. Podría alquilar una casita junto a un lago por una semana, aprender a nadar, visitar una ciudad. Podría comer en un restaurante, posiblemente en un restaurante en el que se sirvieran bebidas. Podría hacerse amiga de mujeres que estuvieran divorciadas.

Podría encontrar un hombre. El hermano viudo de una amiga, quizá. Un hombre que no supiese que era cameroniana, ni qué eran los cameronianos. Que nada supiese de su historia. Un hombre que nunca hubiese oído hablar de la pintura parcial de la casa, ni de las dos traiciones, o que evitar ser tomada a

broma había requerido de toda su dignidad e inocencia. Él podría querer llevarla a bailar, y ella tendría que explicarle que no podría ir. Él estaría sorprendido, pero no desanimado..., toda esa cuestión de los cameronianos podría parecerle peculiar, incluso encantadora. Y también al resto del mundo. La educaron en una religión extraña, diría la gente. Vivió durante mucho tiempo en alguna granja olvidada de Dios. Es un poco rara, pero realmente muy agradable. Y también guapa. Especialmente desde que se arregló el pelo.

Podría ir a una tienda y encontrarla.

No, no. Debe de estar muerta hace mucho tiempo.

Pero supongamos que yo hubiese ido a una

tienda: quizá a unos almacenes. Veo un lugar con una atmósfera de actividad, con escaparates sencillos, la antigua apariencia moderna de los años cincuenta. Imaginemos que una mujer alta, guapa y bien arreglada hubiese venido a atenderme y que yo hubiese sabido, de alguna manera, a pesar del cabello cardado y con laca y de los labios y las uñas rosas o de coral, que hubiese sabido que aquella era Flora. Habría querido decirle que yo sabía, que yo conocía su historia, aunque nunca nos hubiésemos conocido. Me imagino a mí misma intentando decírselo. (Esto ahora es un sueño, lo entiendo como un sueño.) La imagino escuchando, con una agradable compostura. Pero sacude la cabeza. Me

sonríe, y en su sonrisa hay algo de burla, una tenue y confiada malicia. Aburrimiento, también. No le sorprende que le diga esto, pero está cansada de ello, de mí y de la idea que tengo de ella, de mi información, de que me imagine que puedo saber algo de ella.

Por supuesto, es en mi madre en quien estoy pensando, en mi madre como era en aquellos sueños en los que decía: «No es nada, es solo este ligero temblor», o con aquella indulgencia asombrosamente feliz: «Oh, sabía que algún día vendrías». Mi madre me sorprendía y lo hacía casi desinteresadamente. Su máscara, su destino y la mayor parte de su mal habían desaparecido. Qué aliviada y qué feliz me sentí. Pero ahora



recuerdo que también me sentí desconcertada. Tendría que decir que también me sentí ligeramente engañada. Sí. Ofendida, burlada, engañada, por aquel cambio bien recibido, por aquel alivio temporal. Mi madre, que salía más bien con descuido de su antigua prisión, mostrando facultades y poderes que nunca soñé que tuviera, cambiaba así algo más que su propia persona. Cambia el amargo bulto de amor que he llevado todo este tiempo en un fantasma, en algo inútil e inapropiado, como un embarazo fantasma.

He descubierto que los cameronianos eran o fueron un residuo irreconciliable de los *Covenanters*, aquellos escoceses que en el

siglo XVII se comprometieron con Dios a resistir a los libros de oraciones, a los obispos, a cualquier mancha de papismo por parte del rey. Su nombre procede de Richard Cameron, un predicador proscrito, o «de campo», pronto derribado. Los cameronianos — durante largo tiempo han preferido ser llamados presbiterianos reformados— iban a la batalla cantando los salmos 74 y 78. Acuchillaron en la carretera al arrogante obispo de Saint Andrews hasta matarlo e hicieron que sus caballos pasaran sobre su cuerpo. Uno de sus ministros, con el ánimo de gozar firmemente de su propia ejecución en la horca, excomulgó a todos los demás sacerdotes del mundo.

## Five Points

Mientras beben vodka y zumo de naranja en el aparcamiento de caravanas en los acantilados del lago Hurón, Neil Bauer le cuenta a Brenda una historia. Sucedió muy lejos, en Victoria, en la Columbia Británica, donde Neil creció. Neil no es mucho más joven que Brenda —menos de tres años—, pero a veces a ella le parece como si hubiera un abismo generacional entre ambos, porque ella se crió aquí, y aquí se quedó, casándose con Cornelius Zendt cuando tenía veinte años, y Neil se crió en la Costa Oeste, donde las cosas eran muy distintas, y se marchó de casa

a los dieciséis años para viajar y trabajar por todas partes.

Lo que Brenda ha visto de Victoria, en fotografías, son flores y caballos. Flores que rebosan de los cestos que cuelgan de las farolas antiguas, que llenan grutas y decoran parques; caballos que llevan carretadas de gente a mirar el paisaje.

«Todo eso es solamente bazofia turística — dice Neil—. Casi la mitad de la zona no es más que bazofia turística. No es de ahí de donde estoy hablando.»

Está hablando de Five Points que era, es, una parte, o quizá solo un rincón de la ciudad, donde había una escuela, una farmacia, una tienda de comestibles china y una confitería.

Quando Neil iba a la escuela pública, la tienda de caramelos estaba regentada por una anciana malhumorada con las cejas pintadas. Dejaba que su gato se repantigase al sol en la ventana. Cuando murió, otra gente, europeos, ni polacos ni checos, sino de otro país más pequeño (de Croacia, ¿es un país?), se hicieron cargo de la tienda de caramelos y la cambiaron. Tiraron todas las golosinas pasadas, los globos que no se hinchaban, los bolígrafos que no escribían y los frijoles saltarines mexicanos ya sin vida. Pintaron el lugar de arriba abajo y pusieron unas cuantas sillas y mesas. Todavía vendían golosinas — en potes limpios en lugar de cajas de cartón meadas por el gato— y reglas y gomas de

borrar, pero también empezaron a funcionar como una especie de café del vecindario, en el que servían cafés, bebidas sin alcohol y pasteles caseros.

La esposa, que hacía los pasteles, era muy tímida y remilgada, y si uno se acercaba e intentaba pagarle a ella, llamaba a su marido en croata, o lo que fuese —digamos que era croata— con un sobresalto tal que parecía que uno hubiese entrado a la fuerza en su casa y hubiese irrumpido en su vida privada. El marido hablaba inglés bastante bien. Era un tipo bajo y calvo, educado y nervioso, fumador empedernido, y ella era una mujer grande y corpulenta, de hombros caídos, que siempre llevaba un delantal y un suéter de lana

tejida. Él limpiaba los escaparates, barría la acera y cogía el dinero, y ella hacía los bollos y los pasteles y cosas que la gente nunca había visto antes, pero que rápidamente se hicieron populares, como *pierogi*\* y pan de semillas de amapola.

Sus dos hijas hablaban inglés como si fueran canadienses, e iban a la escuela de monjas. Se presentaban por la tarde con sus uniformes escolares y se ponían a trabajar. La más joven lavaba las tazas de café y los vasos y limpiaba las mesas, y la mayor hacía todo lo demás. Atendía a los clientes, manejaba la caja registradora, llenaba las bandejas y ahuyentaba a los pequeños que rondaban por ahí pero que no compraban. Cuando la menor

terminaba la limpieza, se sentaba en el cuarto de atrás a hacer sus deberes, pero la mayor nunca se sentaba. Si no había nada que hacer en aquel momento, se quedaba junto a la caja registradora, observando.

La menor se llamaba Lisa, la mayor María. Lisa era pequeña y bastante bonita, una niña pequeña. Pero María, de unos trece años, tenía unos pechos grandes y flojos, un estómago rechoncho y salido y unas piernas gruesas. Llevaba gafas y el pelo en trenzas recogidas alrededor de la cabeza. Parecía tener cincuenta años.

Y los representaba, por la manera en que llevaba la tienda. Los padres, se diría, deseaban ocupar una posición inferior a ella.



La madre se retiraba al cuarto trasero y el padre se convertía en un criado hacendoso. María entendía el inglés y el dinero y nada la desconcertaba. Todos los niños pequeños decían: «¡Uf, esa María! ¿Verdad que está gorda?». Pero le tenían miedo. Parecía como si ella ya lo supiera todo sobre cómo llevar un negocio.

Brenda y su esposo también dirigían un negocio. Compraron una granja al sur de Logan y llenaron el establo con aparatos usados (que Cornelius sabe arreglar), mobiliario de segunda mano y todas las demás cosas: platos, cuadros, cuchillos y tenedores, adornos y joyería, que a la gente le gusta

curiosear y pensar que está comprando barato. Se llama Establo de Muebles de Zendt. En la localidad, mucha gente se refiere a él como el «mobiliario usado de la carretera».

No siempre se habían dedicado a eso. Brenda daba clases en un jardín de infancia, y Cornelius, que es doce años mayor que ella, trabajaba en la mina de sal en Walley, en el lago. Después del accidente tuvieron que pensar en algo que pudiese hacer sentado durante la mayor parte del tiempo y utilizaron el dinero que les dieron para comprar una granja maltrecha con una buena estructura. Brenda dejó su empleo, porque el trabajo era demasiado para que Cornelius pudiese hacerlo solo. Durante algunas horas al día, y a veces

durante días enteros, tiene que echarse y ver la televisión, o simplemente echarse en el suelo de la sala, enfrentándose al dolor.

Por las noches, a Cornelius le gusta ir en coche hasta Walley. Brenda no se ofrece nunca, espera a que él diga: «¿Por qué no conduces?», si no quiere que el movimiento de sus brazos o de sus piernas le produzca tirones de espalda. Los niños solían acompañarles, pero ahora que ya van al instituto —Lorna está en el undécimo curso y Mark en el noveno—, normalmente no quieren ir. Brenda y Cornelius se sientan en la camioneta aparcada y observan las gaviotas alineadas en el rompeolas, los elevadores de grano, los grandes pozos y rampas, iluminados

con luces verdes, de la mina en la que Cornelius trabajaba, las pirámides de gruesa sal gris. A veces hay un barco grande en el puerto del lago. Por supuesto, hay barcos de recreo en verano, windsurfistas en el agua y gente pescando en el muelle. La hora de la puesta de sol se indica entonces diariamente en la playa en un tablón; la gente va especialmente a verla. Ahora, en octubre, el tablón está limpio y hay luces en todo el muelle (uno o dos obcecados están pescando todavía), el agua está agitada y parece fría, y el puerto tiene un aspecto totalmente comercial.

Aún se está trabajando en la playa. Desde principios de la primavera pasada, en algunos

lugares se han puesto cantos rodados, se ha echado arena en otros, se ha construido un largo banco de rocas, todo lo cual forma una curva protegida de playa con una carretera llena de baches junto a ella, por la que ellos circulan. No importa la espalda de Cornelius, él quiere ver. Los camiones, las máquinas excavadoras, las aplanadoras han estado ocupados todo el día, y aún están ahí, monstruos domados y temporalmente inútiles por la noche. Ahí es donde trabaja Neil. Conduce esas máquinas: transporta las piedras, despeja el lugar y hace la carretera para que Brenda y Cornelius circulen en coche. Trabaja para la Compañía Constructora Fordyce, de Logan, que tiene la

concesión.

Cornelius lo mira todo. Sabe lo que están cargando las barcas —trigo blando, sal, maíz — y adónde va, entiende cómo se está haciendo más profundo el puerto, y siempre quiere echar un vistazo a la enorme tubería que corre en ángulo hasta la playa y la cruza, para dejar salir finalmente agua, lodo y piedras del fondo del lago que nunca antes habían visto la luz del día. Se dirige hacia esa tubería y se queda junto a ella para escuchar la agitación en su interior, el golpeteo y el crujido de las piedras y del agua precipitándose en su camino. Se pregunta qué le haría un invierno crudo a toda esta transformación y arreglo si el lago simplemente se llevara las piedras y la

playa y las apartara y desgastara los acantilados de arcilla, como antes.

Brenda escucha a Cornelius y piensa en Neil. Le produce placer estar en el lugar donde Neil pasa sus días. Le gusta pensar en el ruido y en la fuerza imperturbable de esas máquinas y en los hombres en las cabinas con los brazos desnudos, cómodos con aquel poder, como si supiesen de forma natural adónde lleva todo aquel estrépito y aquel machacar la orilla. Su indiferente y alegre autoridad. Le encanta el olor del trabajo en sus cuerpos, el lenguaje de trabajo que hablan, su ensimismamiento en él, que no le hagan caso. Le encanta conseguir a un hombre recién salido de todo eso.

Cuando está allí abajo con Cornelius y no

ha visto a Neil durante un tiempo, puede sentirse intranquila y abandonada, como si este mundo pudiese volverle la espalda. Inmediatamente después de haber estado con Neil es su reino, pero ¿qué no lo es, entonces? La noche anterior a su encuentro —anoche, por ejemplo— debería sentirse feliz e ilusionada, pero, a decir verdad, las últimas veinticuatro horas, incluso los últimos dos o tres días, parecen demasiado llenos de peligros ocultos, demasiado trascendentales para que sienta algo más que cautela y angustia. Es una cuenta atrás; ella cuenta realmente las horas. Tiene tendencia a llenarlas con buenas obras: trabajos de limpieza de la casa que iba dejando para más adelante, cortar el césped,



reorganizar el Establo de Muebles, incluso quitar las malas hierbas en el jardín de piedras. En la mañana del mismo día las horas pasan más lentas y están llenas de peligros. Siempre tiene un cuento sobre dónde se supone que va a ir aquella tarde, pero su expedición puede no ser absolutamente necesaria —eso llamaría demasiado la atención—, porque existe siempre la posibilidad de que surja algo que le haga decir a Cornelius: «¿No puedes dejar eso para otro día de la semana? ¿No puedes hacerlo cualquier otro día?». No es tanto el hecho de no poder ponerse en contacto con Neil lo que le preocupa. Neil esperaría una hora aproximadamente y luego se imaginaría lo sucedido. Es que cree que no podría

soportarlo. Estar tan cerca y luego tener que pasar sin. No obstante, no siente ningún deseo físico durante esas últimas horas atormentadoras; ni siquiera sus preparativos secretos —lavarse, depilarse, ponerse crema y perfumarse— la estimulan. Se queda insensible, preocupada por los detalles, las mentiras, los arreglos, hasta el momento en que ve el coche de Neil. Al miedo de no conseguir marcharse le sucede, durante el recorrido de quince minutos en coche, el miedo de que él no se presente en aquel lugar del pantano solitario y sin salida que es su lugar de encuentro. Lo que está deseando, durante aquellas últimas horas, llega a no ser tanto algo físico, de modo que esa ausencia

sería como perderse, no una comida que uno está deseando, sino una ceremonia de la que dependiese tu vida o tu salvación.

Cuando Neil era un adolescente mayor —pero no lo suficiente para poder entrar en los bares, por lo que andaba todavía rondando por la Confitería Five Points (los croatas conservaron el nombre antiguo)—, el cambio, que todo aquel que estaba vivo entonces recuerda, había llegado. (Eso es lo que Neil piensa, pero Brenda dice: «No lo sé..., en cuanto a mí se refiere, todo aquello era como ir a otro lugar».) Nadie sabía qué hacer, nadie estaba preparado. Algunas escuelas eran estrictas en cuanto al pelo largo (para los

chicos), otras pensaban que era mejor dejar pasar aquello y concentrarse en las cosas serias. Todo lo que pedían era que se lo recogieran con una goma. ¿Y la ropa? Cadenas y cuentas de semillas, sandalias de cuerdas, algodón indio, estampados africanos, todo ello de repente fino, suelto y brillante. Tal vez en Victoria el cambio no estuvo tan bien contenido como en algunos otros lugares. Se expandió. Quizá el clima ablandó a la gente, no solo a los jóvenes. Hubo una gran explosión de flores de papel, humos de marihuana y música —que entonces parecía tan desmandado, dice Neil, y que ahora parece tan inocuo—, y aquella música que salía de las ventanas del centro de la ciudad

engalanadas con banderas deshonoradas, por encima de los macizos de flores en el parque Beacon Hill, hasta la retama sobre los acantilados, hasta las felices playas que daban a las mágicas cumbres de las Olympics Mountains. Todo el mundo estaba en escena. Los profesores universitarios se paseaban con flores detrás de las orejas y las madres aparecían con esos atuendos. Neil y sus amigos sentían desprecio por esas personas, naturalmente..., por esos viejos hippies. Neil y sus amigos se tomaban en serio el mundo de las drogas y la música.

Cuando querían drogarse, salían de la confitería. A veces se iban hasta el cementerio y se sentaban en el dique marítimo. A veces

se sentaban junto al cobertizo que estaba en la parte posterior del almacén. No podían entrar; el cobertizo estaba cerrado con llave. Luego volvían a la confitería, bebían Coca-Colas, comían hamburguesas, solas y con queso, y panecillos de canela y pasteles, porque les cogía mucha hambre. Apoyaban la espalda en las sillas y observaban cómo se movían los dibujos del antiguo techo de estaño prensado que los croatas habían pintado de blanco. Flores, torres, pájaros y monstruos se soltaban y nadaban por encima de sus cabezas.

—¿Qué tomabais? —pregunta Brenda.

—Bastante buena mercancía, a menos que nos vendiesen algo estropeado. Hachís, ácido, mescalina a veces. Otras veces mezclas. Nada

demasiado serio.

—Todo lo que yo llegué a hacer fue fumarme casi un tercio de un cigarrillo de marihuana en la playa, al principio, cuando ni siquiera estaba segura de lo que era, y cuando llegué a casa mi padre me dio un bofetón.

(Aquello no era verdad. Fue Cornelius. Cornelius la abofeteó. Fue antes de que se casaran, cuando Cornelius trabajaba de noche en la mina y ella se quedaba por la playa después de anochecer con algunos amigos de su edad. Al día siguiente ella se lo contó y él la abofeteó.)

Todo lo que hacían en la confitería era comer, vagar sin rumbo, felizmente intoxicados, y jugar a tonterías, como a hacer

carreras con coches de juguete por encima de las mesas. Una vez un chico se tumbó en el suelo y le echaron chorros de ketchup. A nadie le importó. Los clientes diurnos (las amas de casa que compraban panes y pasteles y los pensionistas, que mataban el tiempo con un café) no entraban nunca por la noche. La madre y Lisa se iban a casa en autobús, donde fuera que viviesen. Luego, incluso el padre se iba a casa, un poco después de la cena. María se quedaba al cargo. A ella no le importaba lo que hicieran mientras no estropeasen algo y pagasen.

Este era el mundo de las drogas que pertenecía a los muchachos mayores, ellos mantenían fuera de él a los más jóvenes. Pasó



bastante tiempo antes de que se dieran cuenta de que los más jóvenes también tenían algo. Tenían algún secreto propio. Se hacían cada vez más insolentes y vanidosos. Algunos de ellos estaban siempre importunando a los chicos mayores para que les dejaran comprar drogas. Fue así como se hizo evidente que tenían mucho dinero injustificable.

Neil tenía, tiene, un hermano menor llamado Jonathan. Ahora muy severo, casado, un profesor. Jonathan empezó a dejar caer insinuaciones; otros muchachos hicieron lo mismo, no podían guardarse el secreto para sí y muy pronto se supo todo. Conseguían el dinero de María. María les pagaba para que tuvieran relaciones sexuales con ella. Lo

hacían en el cobertizo de atrás, después de que ella cerrase la tienda por la noche. Ella tenía la llave del cobertizo.

También tenía el control diario del dinero. Vaciaba la caja por la noche, llevaba los libros. Sus padres confiaban en ella para hacerlo. ¿Por qué no? Era muy buena en aritmética y se dedicaba al negocio. Comprendía la operación completa mejor que ellos. Parecía que se sintiesen muy inseguros y supersticiosos con el dinero, y no querían ponerlo en el banco. Lo guardaban en una caja de caudales, o quizá solo en una caja fuerte en algún lugar, y lo sacaban cuando lo necesitaban. Seguramente creían que no podían confiar en nadie, ni en bancos ni en

persona alguna, fuera de la familia. Qué regalo del cielo les debió de parecer María; formal e inteligente, y no lo suficientemente bonita para que le tentase poner sus esperanzas o sus energías en algo que no fuese el negocio. María, un pilar.

Les pasaba una cabeza y pesaba quince o veinte kilos más que aquellos muchachos a quienes pagaba.

Siempre hay unos cuantos momentos malos después de que Brenda se desvía de la carretera —por la que tiene alguna excusa para ir si alguien la viera— para coger la carretera lateral. La furgoneta se ve, es inconfundible. Pero cuando ha dado el paso

decisivo, conduciendo por donde no debería, se siente más fuerte. Cuando gira hacia la carretera sin salida del pantano, no hay excusa posible. Si la ven ahí, está acabada. Tiene que circular unos setecientos metros en medio del campo antes de llegar a los árboles. Había esperado que hubieran plantado maíz, que habría crecido alto y la ocultaría, pero no lo habían hecho, habían plantado judías. Al menos los bordes de la carretera no habían sido fumigados; la hierba, las malas hierbas y los arbustos de bayas habían crecido mucho, aunque no lo suficiente para ocultar una furgoneta. Había varas de oro y algodoncillo con las vainas totalmente abiertas y racimos colgantes de un fruto brillante y venenoso, y

vides silvestres extendiéndose por encima de todo, que incluso llegaban hasta la carretera. Y por fin estaba dentro, estaba dentro del túnel de árboles. Cedro, cicuta, más hacia el interior, en el terreno más húmedo, el alerce americano, de aspecto espigado, montones de suaves arces con las hojas manchadas de amarillo y marrón. No había agua estancada, ni pozos negros, ni siquiera donde estaban los árboles. Habían tenido suerte con el verano seco y el otoño. Ella y Neil habían tenido suerte, no los agricultores. Si hubiese sido un año húmedo, nunca habrían podido utilizar este lugar. Las duras roderas por las que hace pasar la furgoneta con facilidad habrían sido una masa de fango y el lugar donde daba la

vuelta, un pastoso sumidero.

Eso está aproximadamente a unos dos kilómetros y medio hacia dentro. Hay algunos lugares difíciles por donde pasar, un par de pequeñas colinas llenas de baches que surgen del pantano, y un estrecho puente de troncos sobre un riachuelo en el que no se ve agua, solo berros y ortigas sofocados y amarillentos, alimentándose del barro seco.

Neil conduce un viejo Mercury azul, de un azul oscuro, que se puede convertir en un charco, en una mancha de oscuridad pantanosa bajo los árboles. Ella se esfuerza por verle. No le importa llegar allí unos cuantos minutos antes que él para arreglarse, cepillarse el pelo, examinarse la cara y rociarse

el cuello con colonia de un atomizador de bolsillo (a veces también entre las piernas). Más de unos cuantos minutos la ponen nerviosa. No tiene miedo a los perros salvajes, ni a los violadores, ni a que haya ojos observándola desde los matorrales..., ella venía aquí a coger bayas cuando era niña, por eso conocía el lugar. Siente temor de lo que puede no estar allí, no de lo que haya. De la ausencia de Neil, de la posibilidad de su desertión, de que la rechace repentinamente. Eso puede convertir cualquier lugar, cualquier cosa, en algo feo, amenazador y estúpido. Árboles, jardines, parquímetros o mesas de café..., daría lo mismo. Una vez él no fue; estaba enfermo: intoxicación por alimentos o

la resaca más increíble de su vida —algo terrible, le dijo por teléfono aquella noche—, y ella tuvo que fingir que era alguien que les quería vender un sofá. Nunca olvidó la espera, la pérdida de la esperanza, el calor y los insectos —era en julio— y su cuerpo sudoroso, allí en el asiento de la furgoneta, como una enfermiza admisión de derrota.

Él está allí, ha llegado primero; puede ver un faro del Mercury en la oscura sombra del cedro. Es como dar con agua cuando una está muerta de calor y llena de arañazos y picaduras por todas partes tras coger bayas en los matorrales veraniegos; su envolvente dulzura, la fría amabilidad empapando todos tus problemas en sus súbitas profundidades.



Aparca la furgoneta, se ahueca el cabello y baja de un salto, comprueba que la puerta esté cerrada, o él la hará volver rápidamente, como Cornelius (¿estás segura de que has cerrado la furgoneta con llave?). Atraviesa el pequeño espacio soleado, el suelo lleno de hojas, viéndose caminar, con sus pantalones blancos y ajustados, su camiseta corta color turquesa, el cinturón blanco caído, los tacones altos y el bolso al hombro. Una mujer bien proporcionada, de piel clara y pecosa, ojos azules atractivamente contorneados contra cualquier luz con sombra azul y lápiz de ojos. Su pelo rubio cobrizo —retocado ayer— refleja el sol como una corona de pétalos. Lleva tacones solo para este paseo, solo para

este momento en que cruza la carretera con sus ojos puestos sobre ella, con el movimiento pélvico, ligeramente mayor, y la longitud de piernas que le dan.

A menudo, muy a menudo, han hecho el amor en su coche, justo aquí en su lugar de encuentro, aunque siempre se aconsejan mutuamente esperar. Basta, espera hasta que lleguemos a la caravana. «Espera» significa lo contrario de lo que dice, al cabo de un momento. Una vez empezaron mientras circulaban. Brenda se quitó rápidamente las bragas y se levantó la falda suelta de verano, sin decir una palabra, mirando directamente hacia adelante, y acabaron por detenerse a un lado de la carretera, con lo que corrieron un

riesgo espantoso. Ahora, cuando pasan por ese lugar, ella siempre dice algo así como: «No te salgas de la carretera aquí», o «Alguien debería poner una señal de aviso».

—Una señal histórica —dice Neil.

Tienen una historia de pasión, del mismo modo que tienen una historia las familias, o las personas que han ido juntas a la escuela. No tienen mucho más. Nunca han comido juntos, ni han ido a ver una película. Pero han salido bien juntos de algunas aventuras complicadas y de peligros..., no solo de la clase «paradas en la carretera». Se han arriesgado, sorprendiéndose el uno al otro, siempre correctamente. En sueños una puede tener la impresión de que ya ha tenido ese sueño

antes, de que tiene ese sueño una y otra vez, y sabe que realmente no es algo tan simple. Una sabe que hay todo un sistema subterráneo que una llama «sueños», por no tener mejor nombre que darle, y que este sistema no se parece a las carreteras ni a los túneles, sino que se parece más a la cadena de un cuerpo vivo, enrollándose y estirándose, impredecible pero finalmente familiar..., donde una está ahora, donde siempre ha estado. Así es como ocurría con ellos y con el sexo, yendo hacia alguna parte así, y entendían las mismas cosas sobre él y confiaban el uno en el otro, hasta entonces.

Otro día, en la carretera, Brenda vio un descapotable blanco que se acercaba, un viejo

Mustang con la capota bajada —era en verano—, y se deslizó hasta el suelo.

—¿Quién va en ese coche? —preguntó—.

¡Mira! ¡Date prisa! Dímelo.

—Chicas —dijo Neil—. Cuatro o cinco chicas. Buscando chicos.

—Mi hija —dijo Brenda subiendo de nuevo al asiento—. Menos mal que no llevaba puesto el cinturón.

—¿Tienes una hija en edad de conducir?

¿Tienes una hija que tiene un descapotable?

—Es de su amiga. Lorna aún no conduce. Pero podría..., tiene dieciséis años.

Ella percibió entonces que había cosas en el aire que él pudo haber dicho y que ella esperaba que no dijese. Las cosas que los

hombres se sienten obligados a decir de las jóvenes.

—Tú también podrías tener una de esa edad —dijo ella—. Quizá la tienes y no lo sabes. Ella también me ha mentido. Me dijo que se iba a jugar a tenis.

De nuevo, él nada dijo de lo que ella esperaba no escuchar, nada que recordara disimuladamente las mentiras. Un peligro pasado.

Todo lo que dijo fue:

—Tranquila, tómatelo con calma. No ha sucedido nada.

Ella no tenía modo de saber cuánto comprendía él sus sentimientos en aquel momento, o si comprendía realmente algo.

Casi nunca mencionaban aquella parte de su vida. Nunca mencionaban a Cornelius, aunque fue con quien habló Neil la primera vez que entró al Establo de Muebles. Había ido a buscar una bicicleta..., una bicicleta vieja para ir por el campo. En aquel momento no tenían bicicletas, pero se quedó y habló un rato con Cornelius acerca de la clase de bicicleta que quería, maneras de repararla o mejorarla y cómo podían estar al tanto de una. Dijo que se pasaría otra vez. Lo hizo al cabo de muy poco tiempo y solo Brenda estaba allí. Cornelius se había ido a la casa a echarse, era uno de sus días malos. Entonces Neil y Brenda se lo dejaron todo muy claro el uno al otro, sin decir nada claro. Cuando telefoneó para

invitarla a tomar algo con él en una taberna de la carretera que bordeaba el lago, ella sabía qué le estaba pidiendo y sabía qué le respondería.

Ella le dijo que no había hecho algo como aquello antes. Eso era mentira en cierto modo, y en cierto modo verdad.

Durante las horas en las que la tienda estaba abierta, María no dejaba que una clase de transacción interfiriese con la otra. Todo el mundo pagaba como de costumbre. Ella no se comportaba de forma distinta, todavía estaba al cargo. Los chicos sabían que tenían algún poder de regateo, pero nunca estaban seguros de cuánto. Un dólar. Dos dólares. Cinco. No



era como si tuviera que depender de uno o dos de ellos. Siempre había varios amigos fuera, esperando y dispuestos, cuando ella se llevaba a uno de ellos al cobertizo, antes de coger el autobús para irse a casa. Ella les advertía que dejaría de tratar con ellos si hablaban y, durante un tiempo, le creyeron. Al principio ella no les alquilaba con regularidad, o tan a menudo.

Eso era al principio. Al cabo de unos cuantos meses, las cosas comenzaron a cambiar. Las necesidades de María aumentaron. El regateo se hizo más abierto y ruidoso. La noticia se difundió. Los poderes de María estaban siendo desportillados, y después hechos pedazos.

Vamos, María, dame un billete de diez dólares. A mí también. María dame también un billete de diez dólares. Vamos, María, tú me conoces.

Veinte, María. Dame veinte. Vamos. Veinte pavos. Me lo debes, María. Venga ya. No querrás que lo diga. Vamos, María.

Uno de veinte, uno de veinte, uno de veinte. María suelta el dinero. Va cada noche al cobertizo. Y como si eso ya no fuera suficientemente malo para ella, algunos muchachos empiezan a negarse. Primero quieren el dinero. Cogen el dinero y luego dicen que no. Dicen que ella no les ha pagado. Ella les ha pagado, les ha pagado delante de testigos, y todos los testigos niegan que lo

hiciera. Dicen que no con la cabeza, se burlan de ella. No, no le has pagado. Yo no te he visto. Si me pagas ahora, iré. Te prometo que iré. Iré. Págame veinte, María.

Y los muchachos mayores, que han sabido por sus hermanos menores lo que está pasando, se acercan a ella a la caja registradora y dicen: «¿Y yo, María? Tú también me conoces. Vamos, María, ¿qué te parece un billete de veinte?». Esos chicos nunca van al cobertizo con ella. ¿Creía ella que lo harían? Ni siquiera se lo prometieron nunca, solo le pidieron dinero. Me conoces desde hace mucho María. La amenazan, la halagan. ¿No soy también amigo tuyo, María?

Nadie era amigo de María.

La calma venerable y vigilante de María desapareció. Se la veía violenta, malhumorada y miserable. Les lanzaba miradas llenas de odio, pero seguía dándoles dinero. Seguía entregándoles billetes. Ya no intentaba siquiera regatear, ni discutir, ni rechazar. Lo hacía encolerizada..., con una cólera silenciosa. Cuanto más se burlaban de ella, más prontamente volaban de la caja los billetes de veinte dólares. Muy poco, quizá nada, hacían entonces para ganárselos.

Neil y sus amigos están todo el tiempo drogados. Todo el tiempo, ahora que tienen ese dinero. Ven dulces riachuelos de átomos corriendo por las mesas de formica. Sus almas coloreadas se proyectan por debajo de sus

uñas. María se ha vuelto loca, la tienda sangra dinero. ¿Cómo puede seguir esto? ¿Cómo terminará? María debe de haber llegado ya a la caja fuerte; la caja registradora al final del día no debe de tener lo suficiente para ella. Y su madre sigue todo el tiempo haciendo bollos y *pierogi*, y su padre sigue barriendo la acera y saludando a los clientes. Nadie se lo ha dicho. Siguen como siempre.

Tuvieron que enterarse por sí mismos. Encontraron una factura que María no había pagado (algo así, alguien que llegó con una factura impagada), fueron a buscar el dinero para pagarla y se encontraron con que no había dinero. El dinero no estaba donde lo guardaban, en la caja de caudales, o en la caja

fuerte, o donde fuera, y no estaba en ninguna otra parte: el dinero había volado. Así fue como se enteraron.

María había conseguido regalarlo todo. Todo lo que habían ahorrado, todas sus ganancias lentamente acumuladas, todo el dinero con el que hacían funcionar su negocio. De verdad, todo. No podían pagar el alquiler, no podían pagar la factura de la electricidad ni a sus proveedores. No podían seguir regentando la confitería. Al menos ellos creyeron que no podían. Quizá simplemente no tuvieron el valor de seguir.

La tienda cerró. Pusieron un letrero en la puerta: CERRADO HASTA PRÓXIMO AVISO . Pasó casi un año antes de que volviesen a abrir el

local. Lo habían convertido en una lavandería.

La gente decía que fue la madre de María, aquella mujer gruesa, sumisa y encorvada, quien insistió en formular los cargos contra su hija. Tenía miedo del inglés y de la caja registradora, pero llevó a María a los tribunales. Desde luego, María solo podía ser acusada como menor y solo podía ser enviada a un lugar para delincuentes juveniles, y nada se podía hacer contra los chicos. De todos modos, todos mintieron..., dijeron que ellos no eran. Los padres de María debieron de encontrar trabajo, debieron de seguir viviendo en Victoria, porque Lisa seguía allí. Seguía nadando en el YMCA, y al cabo de pocos años trabajaba en Eaton's, en cosmética. Era

muy atractiva y altiva entonces.

Neil siempre tiene vodka y zumo de naranja para beber. Lo ha escogido Brenda. En alguna parte leyó que el zumo de naranja aporta la vitamina C que el licor se lleva y espera que el vodka no pueda detectarse en el aliento. Neil arregla también la caravana, o eso cree ella, por la bolsa de papel llena de latas de cerveza que hay apoyada en el armario, el montón de periódicos puestos juntos, doblados sin exactitud, un par de calcetines apartados de una patada en un rincón. Quizá lo hace su compañero de vivienda. Un hombre llamado Gary a quien Brenda nunca ha conocido, ni visto en fotografía, y a quien no reconocería si



se encontrasen por la calle. ¿La reconocería él a ella? Sabe que va allí, sabe cuándo..., ¿sabría siquiera su nombre? ¿Distingue su perfume, el olor de su sexo, cuando llega a casa por la noche? A ella le gusta la caravana, la manera en que en ella nada se ha hecho para que parezca equilibrado o permanente. Las cosas puestas donde sea que convengan. Sin cortinas ni mantelitos individuales, ni siquiera un salero y un pimentero..., solo el paquete de sal y el pote de pimienta tal como vienen de la tienda. Le encanta ver la cama de Neil: mal hecha, con una tosca manta escocesa y una almohada plana, ni una cama de matrimonio ni una cama de enfermo, ni de comodidad, ni de complicación. La cama de su lujuria y de su

sueño, igualmente agotadores y abstraídos. Le gusta la vida del cuerpo de él, tan seguro de sus derechos. Quiere órdenes de él, nunca peticiones. Quiere ser su territorio.

Es solo en el cuarto de baño donde la suciedad le molesta un poco, como la suciedad de cualquier otra persona, y le gustaría que hubiesen hecho un trabajo mejor al limpiar el inodoro y el lavabo.

Se sientan a la mesa para beber, mirando por la ventana de la caravana el agua acerada, brillante y agitada del lago. Allí los árboles, expuestos a los vientos del lago, están casi pelados. Esqueletos de abedules y álamos tiesos y brillantes como la paja sirven de marco al agua. Puede haber nieve dentro de

un mes, y con toda seguridad dentro de dos. La vía marítima se cerrará, los barcos del lago se amarrarán durante el invierno, habrá un agreste paisaje de hielo levantado entre la orilla y el agua abierta. Neil dice que no sabe qué hará cuando el trabajo de la playa se acabe. Quizá quedarse, intentar conseguir otro trabajo. Quizá coger el seguro de desempleo durante un tiempo, conseguir un vehículo a motor para ir sobre la nieve y disfrutar del invierno. O podría irse a buscar trabajo a otra parte, ir a visitar amigos. Tiene amigos por todo el continente de América del Norte y fuera de él. Tiene amigos en Perú.

—Entonces, ¿qué sucedió? —dice Brenda—. ¿Tienes idea de qué le sucedió a María?

Neil dice que no, que no tiene ni idea.

La historia no deja a Brenda sola; se queda con ella como una capa en la lengua, un gusto en la boca.

—Bueno, quizá se casara —dice ella—. Cuando salió. Hay muchas personas que se casan y que no son bellezas. Eso es seguro. Pudo perder peso y tener incluso una buena apariencia.

—Seguro —dice Neil—. Quizá tenga tipos que le paguen en lugar de ser al revés.

—O puede estar todavía en uno de esos lugares. En uno de esos sitios donde meten a la gente.

Ahora siente un dolor entre las piernas. No es inusual después de una de aquellas

sesiones. Si tuviera que ponerse de pie en aquel momento, sentiría una palpitación allí, sentiría la sangre volver a correr bajando por todas las venitas y arterias que han sido estrujadas y magulladas, se sentiría palpitar toda ella como una gran ampolla hinchada.

Toma un trago largo y dice:

—¿Cuánto dinero le sacaste?

—Nunca me dio nada —dice Neil—.

Conocí a esos otros chicos que sí le sacaron. Era mi hermano Jonathan quien sacaba dinero de ella. Me pregunto qué diría si se lo recordase ahora.

—Los chicos mayores también..., tú dijiste que también los chicos mayores. No me digas que te quedaste atrás mirando y que nunca

recibiste tu parte.

—Eso es lo que te estoy diciendo. Nunca saqué nada.

Brenda chasca la lengua, tch-tch, vacía el vaso y lo mueve dándole vueltas sobre la mesa, mirando con escepticismo los círculos húmedos.

—¿Quieres otro? —le pregunta Neil, cogiéndole el vaso de la mano.

—Me tengo que ir —dice—. Pronto.

Se puede hacer el amor deprisa si tienes que hacerlo, pero se necesita tiempo para una pelea. ¿Es eso lo que están empezando? ¿Una pelea? Ella se siente inquieta, pero feliz. Su felicidad es hermética y privada, no de la clase que sale de uno y lo empaña todo y te hace

desconsiderado con lo que dices. Muy al contrario. Se siente ligera, hiriente e inconexa. Cuando Neil le trae un vaso lleno, toma un sorbo enseguida, para salvaguardar esta sensación.

—Te llamas como mi marido —dice—. Es curioso que no lo hubiera pensado antes.

Ella ha pensado en ello antes. Solo que no lo ha mencionado; sabe que a Neil no le habría gustado oírlo.

—Cornelius no es lo mismo que Neil —dice.

—Es neerlandés. Algunos neerlandeses lo abrevian Neil.

—Sí, pero no soy neerlandés y no me pusieron Cornelius, solo Neil.

—Con todo, si el suyo lo hubiesen abreviado, te llamarías igual.

—El suyo no está abreviado.

—No he dicho que lo esté. He dicho si lo estuviera.

—Entonces, ¿por qué dices eso si no lo está?

Él debe de sentir lo mismo que ella, la lenta pero irresistible ascensión de una nueva excitación, la necesidad de decir, y de oír, cosas terribles. Qué placer hiriente y reconfortante hay en el primer golpe y qué deslumbrante tentación delante: destrucción. No te paras a pensar por qué quiere esa destrucción. Sencillamente lo haces.

—¿Por qué tenemos que beber siempre? —



pregunta bruscamente Neil—. ¿Queremos alcoholizarnos o algo parecido?

Brenda da un sorbo rápido y aparta su vaso.

—¿Quién tiene que beber? —pregunta.

Ella cree que él quiere decir que deberían beber café, o Coca-Cola. Pero él se levanta y se dirige hacia la cómoda en la que guarda su ropa, abre un cajón y dice:

—Ven aquí.

—No quiero ver nada de eso —dice.

—Ni siquiera sabes lo que es.

—Seguro que sí.

Por supuesto, ella no lo sabe, no exactamente al menos.

—¿Crees que te va a morder?

Brenda bebe de nuevo y sigue mirando por la ventana. El sol ya está bajo en el cielo, empujando la brillante luz al otro lado de la mesa, para calentarle las manos.

—No lo apruebas —dice Neil.

—Ni lo apruebo ni lo desapruebo —dice ella, consciente de haber perdido algo de control, de no ser tan feliz como era—. No me importa lo que hagas. Es asunto tuyo.

—Ni lo apruebo ni lo desapruebo —dice Neil, con voz remilgada—. No me importa lo que hagas.

Aquella es la señal que uno u otro tenía que dar. Un destello de odio, pura mezquindad, como el fulgor de una hoja. La señal de que la pelea puede salir al exterior. Brenda toma un

sorbo prolongado, como si se lo mereciese mucho. Siente una satisfacción desolada. Se levanta y dice:

—Es hora de que me vaya.

—¿Y qué pasa si yo no estoy dispuesto a irme todavía? —dice Neil.

—He dicho yo, no tú.

—Ah. ¿Tienes un coche fuera?

—Puedo caminar.

—Hay ocho kilómetros hasta donde está la furgoneta.

—Hay gente que camina ocho kilómetros.

—¿Con zapatos como esos? —pregunta Neil.

Ambos miran los zapatos amarillos, que hacen juego con los pájaros de adorno de

satén del suéter color turquesa. ¡Ambas cosas compradas y usadas para él!

—No te has puesto esos zapatos para andar—le dice—. Te los has puesto para que cada paso que dieras realizase tu gordo culo.

Camina por la carretera que bordea el lago, por la grava, que magulla sus pies a través de los zapatos y hace que tenga que prestar atención a cada paso para no torcerse un tobillo. La tarde es ahora demasiado fría para llevar solo un suéter. El viento que llega del lago le sopla en los costados y cada vez que pasa un coche, especialmente un camión, gira a su alrededor un remolino de viento fuerte y los granos de arena le dan en la cara. Algunos

de los camiones disminuyen la velocidad, desde luego, y también algunos coches, y los hombres le gritan por las ventanillas. Un coche se desliza sobre la grava y se detiene delante de ella. Se queda quieta, no puede pensar en qué otra cosa puede hacer y, al cabo de un momento, vuelve a la calzada y empieza a caminar de nuevo.

Está bien, no está en un peligro real. Ni siquiera le preocupa que la vea alguien que la conozca. Se siente demasiado libre para que le importe. Piensa en la primera vez que Neil fue al Establo de Muebles, en cómo puso el brazo alrededor del cuello de Samson y dijo:

—No es un gran perro guardián lo que tiene usted aquí, señora.

Ella pensó que el «señora» era descarado, falso, sacado de alguna vieja película de Elvis Presley. Y lo que dijo a continuación fue peor. Ella miró a Samson y dijo:

—Es mejor por la noche.

Y Neil dijo:

—Yo también.

Descarado, fanfarrón, engreído, pensó ella. Y no es lo bastante joven para decirlo impunemente. Su opinión ni siquiera cambió mucho la segunda vez. Lo que sucedió fue que todo aquello se convirtió solo en algo de lo cual pasar. Era algo que ella le daba a entender que no tenía que hacer. La tarea de ella era tomarse las facultades de él seriamente, para que él pudiera ser serio

también, y natural, y agradecido. ¿Cómo se aseguró ella tan pronto de que lo que no le gustaba de él no era real?

Cuando ha llegado al segundo kilómetro, o quizá solo a la segunda mitad del primer kilómetro, el Mercury la alcanza. Se detiene en la grava al otro lado de la carretera. Ella la cruza y entra en el coche. No ve por qué no. Eso no quiere decir que vaya a hablar con él o a estar con él más tiempo que los pocos minutos que les tomará llegar hasta la carretera del pantano y hasta la furgoneta. Su presencia no tiene por qué pesar en ella más que la arena que se levanta junto a la carretera.

Baja la ventanilla completamente para que

pase una corriente de aire frío por todo lo que él pueda tener que decir.

—Quiero pedirte perdón por los comentarios personales —dice él.

—¿Por qué? —dice ella—. Es cierto. Lo tengo gordo.

—No.

—Sí —dice ella con un tono de aburrida resolución que es muy sincero. Lo deja con la boca cerrada durante unos cuantos kilómetros hasta que giran por la carretera del pantano y están debajo de los árboles.

—Si pensaste que había una aguja allí en el cajón, no la había.

—No es asunto mío lo que hubiera —dice ella.



—Todo lo que había allí eran algunos Percs y Quaaludes y un poco de hachís.

Ella recuerda una pelea que tuvo con Cornelius, una que casi rompió su compromiso. No era en la época en que la abofeteó por fumar marihuana. Por aquello hicieron las paces rápidamente. No era algo que tuviera que ver con sus propias vidas. Estaban hablando de un hombre con el que Cornelius trabajaba en la mina, de su mujer y de su hijo retrasado. Aquel niño era solo un vegetal, decía Cornelius; todo lo que hacía era hablar de manera ininteligible en una especie de corral en un rincón del salón y ensuciarse los pantalones. Tenía unos seis o siete años, y eso era todo lo que podría llegar a hacer.

Cornelius opinaba que si alguien tenía un niño como aquel tenía derecho a deshacerse de él. Decía que eso era lo que él haría. Sin duda. Había un montón de maneras en que uno podía hacerlo sin que le cogieran y él apostaba a que eso era lo que mucha gente hacía. Él y Brenda tuvieron una terrible pelea acerca de eso. Pero durante todo el rato en que estuvieron discutiendo y peleando, Brenda pensaba que Cornelius no haría eso realmente, sino que era algo que tenía que decir que haría. A ella. A ella, tenía que insistirle en que lo haría. Y eso hizo que se enfadase mucho más con él de lo que se habría enfadado si hubiera creído que estaba siendo total y brutalmente sincero. Quería que ella discutiera

con él por aquello. Quería que ella protestara, se horrorizara, y ¿por qué? Los hombres querían que una hiciera aspavientos por deshacerse de bebés vegetales, por tomar drogas o por conducir un coche como un loco, y ¿por qué? ¿Para poder pavonearse con su maldad cruel y fanfarrona frente a la bondad apocada y almibarada de una? ¿Para poder finalmente ceder ante ti gruñendo y no tener que ser tan malo ni tan desconsiderado nunca más? Fuera lo que fuese, una se hartaba de ello.

En el accidente de la mina, Cornelius pudo haber muerto aplastado. Estaba trabajando en el turno de noche cuando sucedió. En las grandes paredes de sal gema se hace una

hendidura, luego se perforan agujeros para los explosivos, y se ponen las cargas en ellos; cada noche se produce una explosión cinco minutos antes de la medianoche. El enorme pedazo de sal se desprende para empezar su viaje hacia la superficie. Subieron a Cornelius en una jaula al final de la palanca del escalador. Tenía que separar el material suelto del techo y fijarlo en los tornillos que lo sostenían para la explosión. Algo se estropeó en los controles hidráulicos que estaba manejando: se atascó, probó a dar un poco de potencia y le llegó una onda que le levantó, de manera que vio el techo de roca cerrarse sobre él como una tapadera. Se agachó, la jaula se detuvo y un afloramiento rocoso le golpeó la

espalda.

Había trabajado en la mina durante siete años antes de aquello y casi nunca le contaba a Brenda cómo era. Ahora se lo cuenta. Es un mundo propio, dice: cavernas y pilares, kilómetros debajo del lago. Si te metes en un pasadizo donde no hay máquinas que iluminen las paredes grises, ni el aire polvoriento de sal, y apagas la linterna del casco, puedes descubrir cómo es la oscuridad real, la oscuridad que las personas sobre la superficie de la tierra nunca llegan a ver. Las máquinas se quedan allí abajo para siempre. Algunas se montan allí, se bajan a piezas; todas se reparan allí y, finalmente, se les sacan las piezas utilizables; luego se amontonan en una

galería sin salida que se sella; una tumba para esas máquinas subterráneas. Hacen un ruido atronador durante el tiempo que están trabajando; el ruido de las máquinas y de los ventiladores suprime cualquier voz humana. Y ahora hay una nueva máquina que puede hacer lo que Cornelius pretendía hacer subido en la jaula. Puede hacerlo sola, sin un hombre.

Brenda no sabe si echa de menos el estar allí abajo. Él dice que no. Dice que solo es que no puede mirar la superficie del agua sin ver todo aquello debajo, que nadie que no lo haya visto podría imaginárselo.

Neil y Brenda circulan bajo los árboles, donde de repente apenas se nota el viento.

—También cogí algo de dinero —dice Neil—. Conseguí cuarenta dólares que, comparado con lo que consiguieron algunos chicos, no era nada. Te juro que eso fue todo, cuarenta dólares. No recibí más.

Ella no dice nada.

—No era mi intención confesarlo —dice él—. Solo quería hablar de ello. Y lo que me jode es que de todos modos mentí.

Ahora que puede oír mejor su voz, ella se da cuenta de que está casi tan apagada y cansada como la suya. Ve sus manos sobre el volante y piensa en lo difícil que sería describir su aspecto. A cierta distancia —en el coche, esperándola— ha sido siempre una mancha brillante, su presencia un alivio y una

promesa. De cerca, ha sido algunas zonas sueltas: piel sedosa o endurecida, cabello fuerte o pinchos afeitados, olores que son únicos o compartidos con otros hombres. Pero principalmente una energía, una cualidad de su ser que ella puede ver en sus dedos rudos y cortos o en la bronceada curva de su frente. E incluso llamarlo energía no es exacto; es más como su savia que sube desde las raíces, diáfana y en movimiento, y la llena hasta estallar. Eso es lo que se ha puesto a seguir: la savia, la corriente, bajo la piel, como si eso fuera la única cosa verdadera.

Si ella se volviese ahora, le vería como lo que es: la frente bronceada y curva, el borde del pelo rizado y castaño que retrocede, cejas



espesas con unos cuantos pelos grises, ojos hundidos de color claro y una boca que se deleita en sí misma, bastante resentida y orgullosa. Un hombre juvenil que comienza a envejecer, aunque él todavía se siente ligero y bravo encima de ella, después de la mole de Cornelius acomodándose posesivamente, como una tonelada de mantas. Brenda experimenta entonces una responsabilidad. ¿Va a sentir lo mismo por este?

Neil da la vuelta completa con el coche, lo deja listo para volver, a ella le toca bajar y dirigirse a la furgoneta. Él levanta la mano del volante con el motor en marcha, dobla los dedos y luego coge fuerte el volante de nuevo, lo bastante fuerte, pensarías, para convertirlo

en pulpa.

—¡Por Dios, no te bajes todavía! —le dice —. ¡No salgas del coche!

Ella ni siquiera ha puesto una mano en la puerta, no ha hecho ni un movimiento para marcharse ¿No sabe él qué está sucediendo? Quizá necesitaría la experiencia de muchas peleas de casados para saberlo. Para saber que lo que uno cree —y, por un momento, espera —, que es el final absoluto puede ser solamente el comienzo de una nueva etapa, una continuación. Eso es lo que está sucediendo, eso es lo que ha sucedido. Para ella, él ha perdido algo de su resplandor; quizá no lo recupere. Probablemente le sucede lo mismo a él con ella. Ella también siente lo

mismo en sí misma. Piensa que hasta ahora fue fácil.

# Meneseteung

## I

*Columbine, bloodroot,  
And wild bergamot,  
Gathering armfuls,  
Giddily we go.\**

*Ofrendas* se llama el libro. Letras de oro sobre una cubierta de un azul deslustrado. El nombre completo de la autora está debajo: Almeda Joynt Roth. El periódico local, el *Vidette*, se refería a ella como a «nuestra poetisa». Parece haber una mezcla de respeto y de desprecio, tanto por su profesión como

por su sexo, o por su predecible coyuntura. Al principio del libro hay una fotografía con el nombre del fotógrafo en una esquina, y la fecha: 1865. El libro se publicó más tarde, en 1873.

La poetisa tiene un rostro alargado, una nariz bastante larga, ojos oscuros, profundos y tristes, que parecen dispuestos a rodar por sus mejillas como lágrimas gigantes; un montón de pelo oscuro reunido en lánguidas ondas alrededor de la cara. Un mechón de pelo gris a la vista, aunque en esta fotografía tiene solo veinticinco años. No es una chica bonita, pero es de la clase de mujer que puede envejecer bien, que probablemente no engordará. Lleva un vestido o una chaqueta oscura con

pliegues, galoneado con un adorno de encaje de material blanco —volantes o un lazo— que le cubre la profunda V del escote. También lleva un sombrero, que podría estar hecho de terciopelo, de un color oscuro, para hacer juego con el vestido. Un sombrero sin adornos y sin forma, algo parecido a una gorra blanda, lo que me hace suponer intenciones artísticas, o al menos una excentricidad tímida y obstinada, en esta mujer joven, cuyo largo cuello y cuya cabeza inclinada hacia adelante indican también que es alta, delgada y algo desgarrada. De la cintura para arriba, parece un joven noble de otro siglo. Pero quizá era la moda.

«En 1854 —escribe en el prólogo de su

libro—, mi padre nos trajo (a mi madre, a mi hermana Catherine, a mi hermano William y a mí) a las tierras despobladas del oeste de Canadá (como era entonces). El oficio de mi padre era fabricar arreos, pero era un hombre culto, que podía citar de memoria la Biblia, Shakespeare y los escritos de Edmund Burke. Prosperó en esta tierra recién abierta y pudo establecer una tienda de arreos y artículos de cuero, y al cabo de un año pudo construir la cómoda casa en la que vivo, sola, hoy en día. Yo tenía catorce años, era la mayor de los hijos, cuando llegamos a esta tierra desde Kingston, una ciudad cuyas bellas calles no he vuelto a ver, pero que recuerdo a menudo. Mi hermana tenía once años y mi hermano

nueve. El tercer verano que vivimos aquí, mi hermano y mi hermana enfermaron de una calentura corriente y murieron con diez días de diferencia el uno del otro. Mi querida madre no recuperó su temple después de este golpe para nuestra familia. Su salud se debilitó y, al cabo de otros tres años, murió. Entonces me convertí en el ama de casa de mi padre y estuve contenta de llevar su hogar durante doce años, hasta que murió una mañana, de repente, en su tienda.

«Desde mi más temprana edad me han deleitado los versos y me he entretenido —y a veces he aliviado mis pesares, que no han sido más, lo sé, que los que cualquier morador de la tierra debe encontrar—, esforzándome



mucho, en componerlos. Mis dedos eran realmente demasiado torpes para hacer ganchillo, y aquellos deslumbrantes bordados que a menudo ves hoy en día —los rebosantes cestos de frutas y de flores, los pequeños holandeses, las doncellas con cofias con sus regaderas— resultaron estar igualmente fuera de mis habilidades. De modo que yo ofrezco en su lugar, como producto de mis ratos libres, estas toscas poesías, estas baladas, estos pareados, estas reflexiones.»

Títulos de algunos de los poemas: «Niños en sus juegos», «La feria gitana», «Una visita a mi familia», «Ángeles en la nieve», «Champlain en la desembocadura del Meneseteung», «La desaparición del antiguo

bosque», «Un jardín variado». Hay otros poemas, más cortos, sobre pájaros, flores silvestres y tormentas de nieve. Hay algún verso burlesco de intención cómica sobre lo que la gente está pensando mientras escucha el sermón en la iglesia.

«Niños en sus juegos»: la escritora, una niña, está jugando con su hermano y su hermana a uno de esos juegos en los que los niños en distintos bandos intentan atraerse y agarrarse. Sigue jugando mientras el crepúsculo avanza, hasta que se da cuenta de que está sola y es mucho mayor. Inmóvil, oye las voces —espectrales— de su hermano y de su hermana que la llaman. Ven, ven, que vengas, Meda. (Quizá a Almeda la llamaban

Meda en familia, o quizá se acortó el nombre para adaptarlo al poema.)

«La feria gitana»: los gitanos tienen un campamento cerca de la ciudad, una «feria» en la que venden ropa y baratijas, y la escritora de niña teme que ellos la roben y la lleven lejos de su familia. En lugar de eso, unos gitanos, a quienes no puede localizar y con quienes no puede negociar, se llevan a su familia lejos de ella.

«Una visita a mi familia»: una visita al cementerio, una conversación unilateral.

«Ángeles en la nieve»: la escritora enseñó una vez a su hermano y a su hermana a hacer «ángeles» echándose sobre la nieve y moviendo los brazos para formar alas. Su

hermano siempre se levantaba con descuido, y dejaba a un ángel con un ala estropeada. ¿La habrá perfeccionado en el cielo, o estará volando en círculos con la suya provisional?

«Champlain en la desembocadura del Meneseteung»: este poema celebra la creencia popular y falsa de que el explorador bajó por la orilla oriental del lago Hurón y llegó a la desembocadura del río principal.

«La desaparición del antiguo bosque»: una lista de todos los árboles, con sus nombres, su aspecto y su utilización, que fueron cortados en el bosque primitivo, con una descripción general de los osos, lobos, águilas, ciervos y aves acuáticas.

«Un jardín variado»: quizá pensado como

compañero del poema del bosque. Catálogo de plantas traídas de los países europeos, con sus pedazos de historia y de leyenda, y la esencia canadiense final que resulta de esta mezcla.

Los poemas están escritos en cuartetos o en pareados. Hay un par de intentos de sonetos, pero en su mayoría la rima es sencilla: *a b a b* o *a b c b*. La rima utilizada es la que antes se llamaba «masculina» («canción/mansión»), aunque de vez en cuando es «femenina» («costa/angosta»). ¿Todavía se conocen esos términos? No hay un solo poema sin rimar.

## II

*White roses cold as snow*

*Bloom where those «angels» lie.*

*Do they but rest below*

*Or, in God's wonder, fly?\**

En 1879, Almeda Roth vivía todavía en la casa de la esquina de las calles Pearl y Dufferin, la casa que su padre había construido para su familia. La casa sigue allí hoy; el encargado de la tienda de licores vive en ella. Está cubierta con planchas de aluminio y un porche cerrado ha sustituido la veranda. La leñera, la valla, las puertas, el retrete, el establo..., todo ha desaparecido. Una fotografía tomada hacia 1880 lo muestra todo en su lugar. La casa y la valla se ven algo estropeadas, necesitadas de una mano de pintura, pero quizá sea solo por el aspecto

descolorido de la amarillenta fotografía. Las ventanas, con cortinas de encaje, parecen ojos blancos. No se ve la sombra de ningún árbol grande y, de hecho, los altos olmos que dieron sombra a la ciudad hasta los años cincuenta, así como los arces que le dan sombra ahora, son árboles jóvenes y enjutos, con toscas vallas a su alrededor para protegerlos de las vacas. Sin la protección de esos árboles, saltan a la vista patios traseros, tendederos, montones de leña, cobertizos remendados, establos y retretes, todo al descubierto, expuesto, con aire provisional. Pocas casas tenían algo parecido al césped, solo un pedazo de llantén, hormigueros y suciedad removida. Quizá unas petunias crecían en la parte de

arriba de un tocón, en una caja redonda. Solo la calle principal está cubierta con grava; las demás calles son caminos sucios, de barro o de polvo, según la estación. Hay que vallar los patios para que no entren los animales. Las vacas están atadas con cuerdas en terrenos libres, o pacen en patios traseros, pero a veces se escapan. Los cerdos también se sueltan y los perros vagan libres o dormitan como verdaderos señores en las aceras de madera. La ciudad ha arraigado, no va a desaparecer, y no obstante todavía conserva algo del aspecto de un campamento. Y, como un campamento, está todo el tiempo bulliciosa: llena de gente que, dentro de la ciudad, camina normalmente allá adonde vaya; llena de animales que dejan



bostas de caballo, boñigas de vaca y cagarrutas de perros, por lo que las señoras tienen que levantarse las faldas; llena del ruido de los edificios y de los carreteros gritando a sus caballos y de los trenes que llegan varias veces al día.

Me enteré de esa vida leyendo el *Vidette*.

La población era más joven de lo que lo es ahora, de lo que lo será nunca. Las personas mayores de cincuenta años, por lo general, no van a un lugar nuevo y duro. Hay todavía pocas personas en el cementerio, pero la mayor parte de ellas murieron jóvenes, en accidentes, de parto o por epidemias. Es la juventud lo que salta a la vista en la ciudad. Los niños vagan por las calles en pandillas. La

escuela es obligatoria solo durante cuatro meses al año, y hay muchos trabajos eventuales que incluso un niño de ocho o nueve años puede hacer: cardar lino, sujetar caballos, repartir comestibles, barrer las aceras de madera delante de las tiendas. Una gran parte del tiempo lo pasan buscando aventuras. Un día siguieron a una mujer anciana, una borracha apodada Reina Aggie. La metieron en una carretilla, la llevaron por toda la ciudad y después la echaron a una acequia para que se le pasara la borrachera. También pasan una gran parte del tiempo por los alrededores de la estación del ferrocarril. Saltan sobre vagones de maniobras y corren entre ellos y se retan a arriesgarse, lo que de vez en cuando tiene

como resultado que queden mutilados o se maten. Y vigilan a cualquier extranjero que llegue a la ciudad. Le siguen, le ofrecen llevarle las maletas y le indican —por una moneda de cinco centavos— un hotel. Se burlan de los extranjeros que no parecen prósperos y los atormentan. La especulación les rodea a todos ellos: es como una nube de moscas. ¿Han venido a la ciudad para emprender un nuevo negocio, para persuadir a la gente de que invierta en algún proyecto, para vender curas o artilugios, para predicar en las esquinas de las calles? Todas estas cosas son posibles cualquier día de la semana. Esté alerta, dice el *Vidette* a la gente. Estos son tiempos de oportunidades y de peligro.

Vagabundos, timadores, buhoneros, picapleitos y simples ladrones viajan por los caminos, y especialmente por las carreteras. Se anuncian los robos: dinero invertido que jamás se vuelve a ver, un par de pantalones cogidos del tendedero, troncos del montón, huevos del gallinero. Tales incidentes aumentan durante el tiempo caluroso.

El tiempo caluroso acarrea también accidentes. Más caballos se desbocan entonces, y vuelcan las calesas. Manos pilladas en la máquina de escurrir mientras se hace la colada, un hombre cortado en dos en el aserradero, un muchacho que saltaba muerto al caer sobre las tablas en el almacén de maderas. Nadie duerme bien. Los niños

pequeños languidecen con dolencias veraniegas y a las personas gordas les falta el aliento. Hay que enterrar los cuerpos rápidamente. Un día un hombre va por las calles tocando un cencerro y gritando: «¡Arrepentíos, arrepentíos!». Esta vez no es un extraño, es un joven que trabaja en la carnicería. Llévalo a casa, envuélvelo en paños fríos, dale una medicina para los nervios, manténlo en la cama, ruega por su juicio. Si no se recupera, tendrá que ir al manicomio.

La casa de Almeda Roth da a la calle Dufferin, que es una calle de considerable respetabilidad. En esa calle tienen sus casas comerciantes, el propietario de un molino y un

operario de los pozos de sal. Pero la calle Pearl, adonde dan las ventanas y las puertas traseras es otra historia. Las casas de los trabajadores son contiguas a la suya. Hileras de casas pequeñas, pero decentes, correctas. Las cosas se deterioran hacia el final del bloque, y el siguiente, el último, llega a ser tético. Nadie, a no ser las personas más míseras, las no respetables y los pobres indignos, viviría allí, al borde del hoyo de un pantano —desechado desde entonces— llamado Pantano de la calle Pearl. Allí crecen abundantes y exhuberantes malas hierbas; se han levantado chabolas improvisadas, hay montones de basura y escombros, y cantidad de niños pequeños, escuchimizados, arrojan

las heces desde la puerta. La ciudad intenta obligar a esas personas a que se construyan retretes, pero prefieren ir a la maleza. Si una pandilla de chicos baja allí en busca de aventura, es posible que consiga más de la que fue a buscar. Se dice que ni el policía de la ciudad bajaría a la calle Pearl un sábado por la noche. Almeda Roth nunca ha ido más allá de la hilera de casas. En una de ellas vive la joven Annie, que la ayuda en la limpieza de la casa. Esa misma muchacha, como es una chica decente, nunca ha ido más allá del último bloque del pantano. Ninguna mujer decente lo haría.

Pero aquel mismo pantano, que se extiende al este de la casa de Almeda Roth, ofrece una

bonita vista al amanecer. Almeda duerme en la parte de atrás de la casa. Sigue en la misma habitación que compartió con su hermana Catherine: no pensaría siquiera en trasladarse a la habitación grande de delante, en la que su madre acostumbraba permanecer en cama todo el día y que más tarde fue el dominio solitario de su padre. Desde su ventana puede ver salir el sol, la niebla del pantano llenándose de luz, los macizos árboles más cercanos flotando frente a esa niebla y los árboles de detrás que se hacen visibles. Robles de pantano, suaves arces, alerces americanos.



*Here where the river meets the inland sea,  
Spreading her blue skirts from the solemn wood,  
I think of birds and beasts and vanished men,  
Whose pointed dwellings on these pale sands  
stood.\**

Uno de los extranjeros que llegaron a la estación de ferrocarril hace unos pocos años fue Jarvis Poulter, que ahora ocupa la casa contigua a la de Almeda Roth, separada de la suya por un solar vacío, que él ha comprado, en la calle Dufferin. Su casa es más sencilla que la de los Roth y no tiene árboles frutales ni flores a su alrededor. Se entiende que es el resultado natural de que Jarvis Poulter sea viudo y viva solo. Un hombre puede tener decente su casa, pero nunca —si es un

hombre como es debido— hará demasiado para decorarla. El matrimonio le obliga a vivir con más adorno, así como con más sentimiento, y también le protege de los extremos de su propia naturaleza: de una parsimonia apática o de una indolencia lujuriosa, de la suciedad, y de dormir o leer, beber, fumar o de ser librepensador en exceso.

Por ahorrar, se cree, un estimable caballero de nuestra ciudad continúa yendo a buscar agua a la fuente pública y complementa su suministro de combustible recogiendo el carbón suelto a lo largo de la vía del ferrocarril. ¿Piensa pagárselo a la ciudad o a la compañía del ferrocarril con un suministro gratuito de sal?

Esto es el *Vidette*, lleno de tímidos chistes,

indirectas, acusaciones claras que ningún periódico haría impunemente hoy en día. Es a Jarvis Poulter a quien se refiere, aunque en otros párrafos se habla de él con gran respeto, como juez de paz, patrón, feligrés. Es reservado, eso es todo. Excéntrico, hasta cierto punto. Todo lo cual puede ser resultado de su condición de solitario, de su vida de viudo. Incluso yendo a buscar el agua a la fuente de la ciudad y llenando su cubo de carbón en la vía del ferrocarril, es un ciudadano decente, próspero: un hombre alto (¿con algo de barriga?), con traje oscuro y botas lustradas. ¿Con barba? Cabello negro con mechones grises. ¿Un aire severo y sereno con una gran verruga pálida entre los

tupidos pelos de una ceja? La gente habla de una esposa joven, bonita y amada, muerta de parto o en un accidente horrible, como el incendio de una casa o una catástrofe de ferrocarril. No hay el menor fundamento para eso, pero le añade interés. Todo lo que él les ha dicho es que su mujer está muerta.

Llegó a esta parte del país buscando petróleo. El primer pozo de petróleo del mundo fue perforado en el condado de Lambton, al sur de aquí, allá por 1850. Al perforar en busca de petróleo, Jarvis Poulter descubrió sal. Se puso a trabajar para sacar de ello el mayor partido. Cuando vuelve a casa desde la iglesia con Almeda Roth, él le habla de sus pozos de sal. Tienen trescientos sesenta

y cinco metros de profundidad. Con una bomba se introduce agua caliente en ellos y eso disuelve la sal. Luego se bombea la salmuera hacia la superficie. Se vierte en grandes cazuelas evaporadoras puestas a fuego lento y constante, de modo que el agua se evapora y queda sal pura y excelente. Un artículo para el que nunca faltará demanda.

—La sal de la tierra —dice Almeda.

—Sí —responde él frunciendo el entrecejo.

Puede pensar que eso es irrespetuoso. Ella no tenía esa intención. Él habla de competidores de otras ciudades que están siguiendo su ejemplo y que intentan acaparar el mercado. Afortunadamente, sus pozos no están excavados con tanta profundidad, o su

evaporación no se hace con la misma eficacia. Hay sal por todas partes por debajo de esta tierra, pero no es tan fácil conseguirla como alguna gente cree.

—¿No significa eso —pregunta Almeda— que hubo una vez un gran mar?

—Muy probablemente —responde Jarvis Poulter—. Muy probablemente.

Él le sigue hablando de otras empresas suyas: una fábrica de tejas y ladrillos, un horno de cal. Y le explica cómo funciona eso y dónde se encuentra la buena arcilla. También posee dos granjas, cuyas zonas boscosas le suministran el combustible para sus operaciones.

Entre las parejas que regresaban a casa desde la

iglesia una reciente y soleada mañana de domingo, observamos a cierto salado caballero y a una literaria dama, quizá no en su primera juventud, pero en modo alguno marchitos por las escarchas de la edad. ¿Podemos hacer conjeturas?

Estas cosas aparecen inesperadamente en el *Vidette* muy a menudo.

¿Pueden hacer conjeturas, y es eso cortejar? Almeda Roth tiene algo de dinero que su padre le dejó, y tiene su casa. No es demasiado mayor para tener un par de hijos. Es un ama de casa bastante buena, con la propensión a hacer caprichosos pasteles helados y tartas decoradas que se ve bastante a menudo en las viejas solteronas. (Mención de honor en la Feria de Otoño.) Nada malo

hay en su apariencia y, naturalmente, está en mejor forma que la mayoría de las mujeres casadas de su edad, ya que no ha sido agobiada por el trabajo y los hijos. Pero ¿por qué se la pasó por alto en sus años jóvenes y casaderos, en un lugar que necesita que las mujeres se emparejen y sean fértiles? Era una chica bastante triste..., ese podría haber sido el problema. Las muertes de su hermano y de su hermana y luego la de su madre —que perdió la razón, de hecho, un año antes de morir y que permaneció en cama diciendo tonterías —... todo eso pesaba en ella, de modo que no era una compañía animada. Y toda aquella lectura y poesía... parecía una desventaja, una barrera, una obsesión, más en la chica joven



que en la mujer de mediana edad, que necesitaba algo, después de todo, para llenar su tiempo. Sin embargo, hace cinco años que se publicó su libro, de modo que tal vez ya se habrá sobrepuesto a todo eso. ¿Quizá el padre, orgulloso y estudioso, la animaba?

Todo el mundo da por sentado que Almeda Roth piensa en Jarvis Poulter como en un marido y que diría sí si él se lo pidiera. Y ella piensa en él. No quiere hacerse demasiadas ilusiones, no quiere ponerse en ridículo. Le gustaría una señal. Si él fuera a la iglesia los domingos por la tarde, habría una oportunidad, durante algunos meses del año, de ir andando a casa después del anochecer. Él llevaría una linterna. (Todavía no hay

alumbrado eléctrico en la ciudad.) Movería la linterna para iluminar el camino delante de los pies de la dama y observaría su forma estrecha y delicada. Podría cogerle del brazo al bajar la acera de madera. Pero él no va a la iglesia por la noche.

Tampoco va a recogerla para ir con ella a la iglesia los domingos por la mañana. Eso sería una declaración. Él la acompaña, deja atrás su casa y va hasta la de ella; entonces se quita el sombrero y la deja. Ella no le invita a pasar; una mujer que vive sola no puede hacer algo así. En cuanto un hombre y una mujer de casi cualquier edad están juntos y a solas dentro de cuatro paredes, se supone que puede suceder cualquier cosa. Combustión espontánea,

fornicación instantánea, un ataque de pasión. El instinto bruto, el triunfo de los sentidos. ¿Qué posibilidades deben de ver los hombres y las mujeres en los otros para inferir tales peligros? O, creyendo en los peligros, con qué frecuencia deben de pensar en las posibilidades.

Cuando caminan el uno junto al otro, ella puede oler su jabón de afeitar, la loción del barbero, su tabaco de pipa, el olor a lana, lino y cuero de sus prendas masculinas. Las prendas correctas, ordenadas y pesadas son como las que ella cepillaba, almidonaba y planchaba para su padre. Echa de menos ese trabajo; el agradecimiento de su padre, su autoridad amable y triste. Las prendas de

Jarvis Poulter, su olor, sus movimientos, todo hace que la piel de su cuerpo cercana a él hormiguee esperanzadamente y un ligero estremecimiento le erice el vello de los brazos. ¿Hay que tomar eso como una señal de amor? Ella se lo imagina entrando en la habitación «de ellos» con su ropa interior larga y su sombrero. Sabe que esas prendas son ridículas, pero en su imaginación no se lo parece; él tiene el solemne descaro de una figura en sueños. Entra en la habitación y se mete en la cama junto a ella, preparado para tomarla en sus brazos. ¿Seguro que se quita el sombrero? Ella no lo sabe, porque en este punto un acceso de alegría y sumisión la sobrecoge, un jadeo oculto. Él sería su

marido.

Ha observado una cosa en las mujeres casadas, y es cuántas de ellas tienen que volcarse en crear a sus maridos. Tienen que empezar por atribuirles preferencias, opiniones y modos dictatoriales. Oh, sí, dicen, mi esposo es muy especial. No toca los nabos. No quiere comer carne frita. (O solo come carne frita.) Le gusta que siempre vaya de azul (o de marrón). No soporta la música de órgano. Detesta ver a una mujer que vaya sin sombrero. Me mataría si diese una calada de tabaco. De este modo, se fabrica hombres desconcertados y que miran de soslayo, se los convierte en esposos, en cabezas de familia. Almeda Roth no puede imaginarse haciendo

eso. Ella quiere un hombre que no tenga que hacerse, que ya sea firme, determinado y misterioso para ella. Ella no busca compañía. Los hombres, a excepción de su padre, le parecen de algún modo pobres, indiferentes. No hay duda de que es necesario, para que hagan lo que tienen que hacer. Sabiendo que había sal en la tierra, ¿descubriría ella cómo sacarla y venderla? No es probable. Se quedaría pensando en el antiguo mar. Para esa clase de especulación es para lo que Jarvis Poulter no tiene, propiamente, tiempo.

En lugar de ir a buscarla y acompañarla a la iglesia, Jarvis Poulter podría hacer otra declaración, más atrevida. Podría alquilar un caballo y llevarla a dar un paseo por el campo.

Si lo hiciera, ella estaría a la vez encantada y apenada. Encantada de estar a su lado, de que él la llevara, de recibir de él esa atención ante el mundo. Y apenada por que el campo se apartara de ella, como cubierto por un velo, por la charla y las preocupaciones de él. El campo sobre el que ella ha escrito en sus poemas realmente requiere asiduidad y determinación para verlo. Algunas cosas deben pasarse por alto. Montones de estiércol, por supuesto, y terrenos pantanosos llenos de tocones altos y carbonizados, y grandes montones de matorrales esperando el día para ser quemados. Los meandros de los riachuelos se han enderezado, convertidos en acequias con riberas altas y fangosas. Algunos de los

campos de cultivo y de pasto están vallados con tocones arrancados, grandes y pesados; otros están limitados por un tosco cercado. Se ha limpiado de árboles hasta las áreas reservadas para la conservación del bosque. Y todas esas zonas son de bosque renacido. No hay árboles a lo largo de las carreteras ni de los senderos, ni alrededor de las granjas, excepto unos cuantos que están recién plantados, jóvenes y cubiertos de malas hierbas. Montones de establos de troncos (los grandes establos que tienen que dominar el campo durante los próximos cien años se han empezado a construir recientemente) y casas de troncos de aspecto humilde y, cada seis u ocho kilómetros, una pequeña colonia



desordenada con una iglesia, una escuela y una herrería. Un campo tosco recién arrancado al bosque, pero lleno de gente. Cada cien acres hay una granja, cada granja tiene una familia, la mayoría de las familias tienen diez o doce hijos. (Este es el país que enviará una ola tras otra de colonos, ya está empezando a enviarlos, al norte de Ontario y al oeste.) Es cierto que se pueden coger flores silvestres en primavera en las áreas reservadas para la conservación del bosque, pero hay que caminar a través de rebaños de vacas astadas para llegar hasta ellas.

*The Gypsies have departed.  
Their camping-ground is bare.  
Oh, boldly would I bargain now  
At the Gypsy Fair.\**

Almeda padece bastante de insomnio y el médico le ha recetado bromuro y una medicina para los nervios. Se ha tomado el bromuro, pero las gotas le han producido sueños que eran demasiado intensos e inquietantes, de modo que ha dejado el frasco para una emergencia. Le dijo al médico que notaba los globos oculares secos, como vidrio caliente, y que le dolían las articulaciones. No lea tanto, le dijo, no estudie; póngase buena y cáñtese con el trabajo de la casa, haga ejercicio. Piensa que sus problemas

desaparecerían si ella se casara. Lo piensa a pesar de que la mayor parte de la medicina para los nervios la prescribe a mujeres casadas.

De modo que Almeda limpia la casa y ayuda a limpiar la iglesia, les echa una mano a amigas que están empapelando o preparándose para una boda, hace uno de sus famosos pasteles para el picnic de la escuela dominical. Un caluroso sábado de agosto decide hacer jalea de uva. Potes pequeños de jalea de uva serían un buen regalo navideño o un buen presente para los enfermos. Pero ha empezado a hacerla tarde y la jalea no está terminada al anochecer. De hecho, acaba de poner la pulpa caliente en el saquito de

estopilla para colar el jugo. Almeda se toma un té y come un trozo de pastel con mantequilla —un capricho infantil suyo—, y eso es todo lo que necesita de cena. Se lava el pelo en el fregadero y se lava el cuerpo con la esponja para estar limpia para el domingo. No enciende la luz. Se echa en la cama con la ventana totalmente abierta y una sábana hasta la cintura, y se siente maravillosamente cansada. Incluso puede notar una ligera brisa.

Cuando se despierta, la noche parece muy calurosa y llena de amenazas. Está sudando en la cama y tiene la impresión de que los ruidos que oye son cuchillos, sierras y hachas, todas las herramientas airadas cortando, golpeando y taladrándole la cabeza. Pero no es cierto. Ya

más despierta, reconoce los sonidos que ha oído algunas veces anteriormente: la gresca de una veraniega noche de sábado en la calle Pearl. Normalmente el ruido se centra en una pelea. La gente está borracha, protesta y anima la pelea, alguien grita: «¡Se van a matar!». Una vez hubo un homicidio, pero no fue en una pelea. Mataron a un viejo a puñaladas en su cabaña, quizá por unos cuantos dólares que guardaba en el colchón.

Se levanta de la cama y se dirige a la ventana. El cielo nocturno está claro, sin luna y con estrellas brillantes. Pegaso pende enfrente, sobre el pantano. Su padre le enseñó esa constelación; automáticamente, cuenta las estrellas. Ahora puede distinguir voces claras,

contribuciones individuales a la pendencia. Algunas personas, como ella, han sido evidentemente despertadas. «¡Callaos!», gritan. «¡Basta de escándalo o bajaré y os zurraré en el culo!»

Pero nadie se calla. Es como si hubiera una bola de fuego subiendo por la calle Pearl, soltando chispas: el fuego es solo ruido; es gritos y risas y alaridos y maldiciones, y las chispas son voces que salen solas. Dos voces se van distinguiendo gradualmente: un tremendo grito que sube y baja y una palpitación continuada, un torrente de injurias en tono bajo que contiene todas aquellas palabras que Almeda asocia con el peligro y la depravación, con olores hediondos y

espectáculos repugnantes. Están pegándole a alguien, a la persona que grita: «¡Mátame! ¡Mátame ahora!». Están pegándole a una mujer. Ella sigue gritando «¡Mátame! ¡Mátame!», y a veces su boca parece ahogada por la sangre. No obstante hay algo provocador y triunfante en su grito. Hay algo teatral en él. Y la gente alrededor grita: «¡Basta! ¡Basta ya!» o «¡Mátala! ¡Mátala!», con frenesí, como si estuvieran en el teatro, en un encuentro deportivo o en un combate de boxeo. Sí, piensa Almeda, ya se ha dado cuenta de eso antes; con esa gente siempre es en parte una charada; se da una especie de torpe parodia, una exageración, una coherencia que falla. Como si cualquier cosa

que hicieran —incluso un asesinato— pudiera ser algo en lo que no creían del todo pero que eran incapaces de detener.

Ahora se oye el sonido de algo que arrojan (¿una silla, un tablón?) y de un montón de leña o parte de un cercado que ha cedido. Muchos gritos de sorpresa otra vez, el sonido de unos pies que corren, personas que se apartan y la conmoción ha llegado mucho más cerca. Almeda puede ver una figura con un vestido ligero, doblada y corriendo. Esa debe de ser la mujer. Ha cogido algo así como un palo de madera o un guijarro, se vuelve y lo arroja contra la figura más oscura que corre tras ella.

—¡Cógela! —gritan las voces—. ¡Dale una



buena!

Ahora mucha gente se retira; solo las dos figuras avanzan, luchan cuerpo a cuerpo, se separan de nuevo y finalmente caen contra la valla de Almeda. El ruido que producen se hace muy confuso..., amordazando, vomitando, gruñendo, golpeando. Luego un largo, vibrante y sofocado sonido de dolor y de humillación, de abandono, que podría proceder de cualquiera de ellos o de ambos.

Almeda se ha apartado de la ventana y se ha sentado en la cama. ¿Es el sonido de un homicidio lo que ha oído? ¿Qué se hace, qué hace ella? Tiene que encender una linterna, tiene que ir abajo y encender una linterna..., debe salir al patio, debe bajar. Al patio. La

linterna. Se deja caer sobre la cama y se pone la almohada en la cara. Dentro de un momento. La escalera, la linterna. Ya se imagina allí abajo, en el vestíbulo de atrás, corriendo el cerrojo de la puerta trasera. Se queda dormida.

Se despierta, asustada, con las primeras luces. Cree que hay un gran cuervo posado en el alféizar de su ventana, hablando con desaprobación pero sin sorpresa sobre los sucesos de la noche anterior. «¡Despierta y aparta la carretilla!», le dice, regañándola, y ella comprende que por «carretilla» quiere indicar alguna otra cosa, algo horrible y deplorable. Luego se despierta y ve que no hay tal pájaro. Se levanta de inmediato y mira

por la ventana.

Abajo contra su cerca hay un pálido bulto apretado: un cuerpo.

*Carretilla.*

Se pone una bata sobre el camisón y baja. Las habitaciones delanteras están todavía oscuras, las persianas bajadas en la cocina. Algo va haciendo plop, plup de una forma pausada y reprobadora, que le recuerda la conversación del cuervo. Es solo el zumo de uva, colándose desde la noche anterior. Descorre el cerrojo y sale por la puerta de atrás. Por la noche las arañas han colgado sus telas sobre la entrada y las malvas se inclinan, llenas de rocío. Cerca de la valla, separa las pegajosas malvas, mira hacia abajo y puede

ver.

El cuerpo de una mujer acurrucado allí, de lado, con el rostro aplastado contra la tierra. Almeda no puede ver su cara. Pero tiene un pecho desnudo y suelto con el pezón oscuro estirado como la ubre de una vaca y una cadera y una pierna descubiertas, y muestra en la cadera un cardenal tan grande como un girasol. La piel que no presenta magulladuras es grisácea, como el palillo de un tambor tosco y pelado. Lleva puesto una especie de camisón o un vestido para todo uso. Huele a vómito. Orina, bebida, vómito.

Descalza, con su camisón y su delgada bata, Almeda se va. Da la vuelta a la casa corriendo entre los manzanos y la veranda;

abre la puerta principal y corre calle Dufferin abajo hacia la casa de Jarvis Poulter, que es la más cercana a la suya. Golpea la puerta muchas veces con la palma de la mano.

—Hay un cuerpo de mujer —dice cuando finalmente aparece Jarvis Poulter. Lleva sus pantalones oscuros, sostenidos con tirantes, la camisa a medio abrochar, la cara sin afeitarse y el pelo de punta—. Señor Poulter, disculpe. El cuerpo de una mujer. En mi puerta trasera.

Él la mira intensamente.

—¿Está muerta?

Su aliento es desagradablemente húmedo, el rostro arrugado, los ojos inyectados en sangre.

—Sí. Creo que la han matado —dice Almeda. Puede ver un trozo del sombrío

vestíbulo principal. El sombrero en una silla —. Por la noche me desperté. Escuché una barahúnda abajo en la calle Pearl —dice, luchando por mantener la voz baja y juiciosa —. Pude oír a esta... pareja. Oí que un hombre y una mujer se peleaban.

Él coge su sombrero y se lo pone en la cabeza. Cierra la puerta principal y echa la llave, y se mete la llave en el bolsillo. Caminan por la acera de madera y ella se da cuenta de que va descalza. Se calla lo que siente necesidad de decir a continuación: que ella es responsable, que podría haber salido corriendo con una linterna, que podría haber gritado —pero ¿quién necesitaba más gritos?—, podría haber rechazado el ataque del hombre. Podría

haber salido corriendo a buscar ayuda en aquel momento, no ahora.

Tuercen por la calle Pearl hacia abajo, en lugar de pasar por el patio de Almeda Roth. Por supuesto, el cuerpo sigue allí. Acurrucado, medio desnudo, igual que antes.

Jarvis Poulter ni se apresura ni se detiene. Camina directo hacia el cuerpo y lo mira, toca ligeramente la pierna con la punta de su bota, igual que haría uno con un perro o con una cerda.

—Tú —dice, no en voz demasiado alta, pero firmemente, y vuelve a darle con la bota.

Almeda tiene sabor a bilis en la parte posterior de la garganta.

—Viva —dice Jarvis Poulter, y la mujer lo

confirma. Se agita, gruñe débilmente.

Almeda dice:

—Iré a buscar al médico.

Si hubiese tocado a la mujer, si se hubiese obligado a tocarla, no habría cometido tal equivocación.

—Espere —dice Jarvis Poulter—. Espere. Veamos si se puede levantar.

—Levántese —le dice a la mujer—. Vamos, arriba. Levántese.

En aquel momento ocurre algo asombroso. El cuerpo se pone a cuatro patas, la cabeza se levanta —con el pelo desgredado cubierto de sangre y vómito—, y la mujer empieza a golpeársela, fuerte y rítmicamente, contra la estaca de la valla de Almeda Roth. Mientras se



golpea la cabeza, se encuentra la voz y suelta un clamoroso alarido, lleno de fuerza y de lo que parece un placer angustiado.

—Nada de muerta —dice Jarvis Poulter—. Y yo no molestaría al médico.

—Hay sangre —dice Almeda, cuando la mujer vuelve su rostro manchado.

—De la nariz —dice—. No es reciente. — Se inclina y coge el horrible cabello cerca del cuero cabelludo para que ella deje de darse golpes en la cabeza.

—Deje ya de hacer eso —le dice—. Basta. Váyase a casa ahora. Váyase a su casa.

El sonido que salía de la boca de la mujer ha cesado. Él le sacude ligeramente la cabeza, advirtiéndole, antes de soltarle el pelo:

—¡Váyase a casa!

Una vez suelta, la mujer se abalanza hacia adelante y se pone de pie. Puede caminar. Zigzagueando y dando tumbos calle abajo, emitiendo intermitentes y prudentes ruidos de protesta. Jarvis Poulter la observa un momento para asegurarse de que sigue su camino. Después encuentra una gran hoja de bardana en la que limpiarse la mano. Dice:

—¡Ahí va su cadáver!

Como la puerta de atrás está cerrada con llave, dan la vuelta hasta la principal. La verja delantera está abierta. Almeda se siente enferma. Tiene el abdomen hinchado; se siente acalorada y mareada.

—La puerta principal está cerrada con llave

—dice desmayadamente—. Salí por la cocina.

Si al menos él la dejara, podría ir directamente al lavabo. Pero él la sigue. La sigue hasta la puerta y el vestíbulo traseros. Le habla en un tono de áspera jovialidad que nunca antes le había escuchado.

—No hay necesidad de alarmarse —dice—. Solo son las consecuencias de la bebida. Una señora no debería vivir sola tan cerca de un barrio malo.

La coge del brazo justo por encima del codo. Ella no puede abrir la boca para hablarle, para decirle gracias. Si abriese la boca, le darían náuseas.

Lo que Jarvis Poulter siente en aquel momento por Almeda Roth es exactamente lo

que no ha sentido durante todos aquellos circunspectos paseos ni durante todos sus cálculos solitarios acerca de la probable valía, indudable respetabilidad e idónea gracia de ella. Ha sido incapaz de imaginársela como esposa. Ahora eso es posible. Está lo suficientemente excitado por su cabello suelto —prematuramente gris, pero espeso y suave—, por su cara arrebolada, su ropa ligera, que nadie excepto un esposo debería ver. Y por su nerviosismo, su imprudencia, ¿su apuro?

—La vendré a ver más tarde —le dice—. Iré con usted a la iglesia.

En la esquina de las calles Pearl y Dufferin el pasado domingo por la mañana fue descubierto, por una señora que reside allí, el cuerpo de cierta mujer de

la calle Pearl, que se creía estaba muerta pero que solo resultó estar borracha como una cuba. Fue reanimada de su celestial (o no) letargo por la firme persuasión del señor Poulter, vecino y juez de paz, quien había sido llamado por la señora que allí vive. Incidentes de esta clase, impropios, penosos y desgraciados para nuestra ciudad, se han vuelto demasiado frecuentes últimamente.

## V

*I sit at the bottom of sleep  
As on the floor of the sea.  
And fanciful Citizens of the Deep  
Are graciously greeting me.\**

En cuanto Jarvis Poulter se ha marchado y oye cerrarse la verja delantera, Almeda corre

hacia el retrete. Su alivio, sin embargo, no es completo, y se da cuenta de que el dolor y la sensación de plenitud de la parte baja de su cuerpo proceden de una acumulación de sangre menstrual que no ha comenzado todavía a circular. Cierra la puerta trasera y echa la llave. Luego, recordando las palabras de Jarvis Poulter sobre la iglesia, escribe en un trozo de papel: «Hoy no me encuentro bien y deseo descansar». Lo engancha firmemente en el marco exterior de la ventanita de la puerta principal. También cierra con llave aquella puerta. Está temblando, como por un gran shock o peligro. Pero enciende el fuego para poder hacerse un té. Hierve el agua, mide las hojas de té y se hace una gran tetera, cuyo

vapor y olor todavía la marean más. Se sirve una taza mientras el té está todavía bastante flojo y le añade varias gotas de medicina para los nervios. Se sienta para bebérselo sin subir la persiana de la cocina. Allí, en medio del suelo, está el saco de estopilla colgando del mango de la escoba entre los dos respaldos de las sillas. La pulpa y el zumo de la uva han manchado de color púrpura oscuro la hinchada tela. Plop, plup, en el cuenco de debajo. No puede sentarse y contemplar una cosa así. Coge su taza, la tetera y el frasco de medicina y las lleva al comedor.

Todavía está sentada allí cuando los caballos empiezan a pasar por delante, camino de la iglesia, levantando nubes de polvo. Las

calles se estarán poniendo calientes como brasas. Está allí cuando se abre la verja y los pasos seguros de un hombre suenan en la veranda. Su oído es tan fino que le parece oír cómo quita el papel del marco y lo desdobra; casi puede oírlo leyéndolo, oír las palabras en su mente. Luego los pasos se dirigen hacia el otro lado, escaleras abajo. La verja se cierra. Acude a ella una imagen de tumbas..., le hace reír. Las lápidas están bajando por la calle, los piecitos con botas, los cuerpecitos inclinados hacia adelante, las expresiones preocupadas y severas. Las campanas de la iglesia están sonando.

Luego el reloj del vestíbulo da las doce: ya ha transcurrido una hora.



La casa se está calentando. Bebe más té y pone más medicina. Sabe que la medicina le está haciendo efecto. Es responsable de su extraordinaria languidez, de su perfecta inmovilidad, de su rendición sin resistencia al ambiente. Eso está bien. Parece necesario.

Su entorno, algo de su entorno, en el comedor es esto: paredes cubiertas con papel verde oscuro con guirnalda, cortinas de encaje y cortinas de terciopelo morado en las ventanas, una mesa con un mantel de ganchillo y un bol con frutas de cera, una alfombra de un gris rosáceo con ramilletes de flores azules y rosas, un tapete de aparador con corredores bordados debajo de varios platos y jarras decorados y las cosas de plata

para el té. Un montón de cosas que vigilar. Porque en cada uno de esos diseños los adornos parecen llenos de vida, dispuestos a moverse, a fluir y a alterarse. O posiblemente a explotar. La ocupación de todo el día de Almeda Roth es vigilarlos. No tanto para prevenir su alteración como para captar su esencia, comprenderla, ser parte de ella. Suceden tantas cosas en esta habitación que no hay necesidad de salir de ella. Ni siquiera existe el pensamiento de salir de ella.

Por supuesto, Almeda, en sus observaciones, no puede evitar las palabras. Ella quizá piense que sí, pero no puede. Muy pronto este resplandor y esta hinchazón empiezan a sugerir palabras; no palabras

específicas sino un fluir de palabras en algún lugar, casi dispuestas a dársele a conocer. Incluso poemas. Sí, otra vez, poemas. O un poema. ¿No es esa la idea? ¿Un poema realmente grande que lo contenga todo y que convierta todos los demás poemas, los poemas que ha escrito, en meras tentativas y errores, meros jirones? Las estrellas, las flores, los pájaros, los árboles y los ángeles en la nieve y los niños muertos en el crepúsculo..., eso no es ni la mitad. Tienes que lograr meter el obsceno alboroto de la calle Pearl, la pulida punta de la bota de Jarvis Poulter y la pierna como de pollo desplumado con su flor azul oscuro. Almeda está ahora muy lejos de las simpatías humanas, o de los miedos, o de las

acogedoras consideraciones familiares. No piensa en lo que podría hacerse por aquella mujer o para mantener caliente la cena de Jarvis Poulter y tender su larga ropa interior. La marmita de zumo de uva se ha derramado y está cayendo en el suelo de la cocina, manchando las tablas del suelo, y la mancha nunca se irá.

Tiene que pensar en tantas cosas a la vez: en Champlain, los indios desnudos, la sal en lo profundo de la tierra, pero al igual que en la sal también en el dinero, en el intento de hacer dinero que urden eternamente cabezas como la de Jarvis Poulter. También en las brutales tormentas de invierno y en los hechos incómodos y sumidos en la oscuridad de la

calle Pearl. Los cambios de clima son a menudo violentos, y si se piensa en ello no hay paz ni siquiera en las estrellas. Todo esto puede soportarse únicamente si está canalizado en un poema, y la palabra «canalizado» es apropiada, porque el nombre del poema será —«es»— «El Meneseteung». El nombre del poema es el nombre del río. No, en realidad, el río, el Meneseteung, es el poema, con sus profundos hoyos, sus rápidos y sus maravillosos remansos bajo los árboles del verano, sus pesados bloques de hielo arrojados al final del invierno y sus desoladoras avenidas primaverales. Almeda mira en lo profundo, en lo profundo del río de su imaginación y en el mantel, y ve que las

rosas hechas a ganchillo flotan. Las rosas de ganchillo de su madre se ven arracimadas y absurdas, no se parecen demasiado a las flores reales. Pero a ella su esfuerzo, su independencia flotante, su placer en sus absurdas identidades le parece realmente muy admirable. Una señal esperanzadora. Meneseteung.

No sale de la habitación hasta el anochecer, cuando vuelve a ir al retrete y descubre que sangra, que su flujo ha comenzado. Tendrá que ir a buscar una toalla, ponérsela y sujetársela. Anteriormente nunca, estando buena, ha pasado un día entero con el camisón. No siente una particular angustia por eso. Al atravesar la cocina, camina por el

charco de zumo de uva. Sabe que tendrá que limpiarlo, pero todavía no, y sube dejando pisadas color púrpura y oliendo la sangre que se le escapa y el sudor de su cuerpo que ha estado sentado todo el día en el cuarto cerrado y caliente.

No hay necesidad de alarmarse.

Porque no ha pensado que las rosas de ganchillo puedan ir flotando ni que las lápidas puedan bajar corriendo por la calle. Ella no lo confunde con la realidad y tampoco confunde alguna otra cosa con la realidad, y es así como sabe que está cuerda.

*I dream of you by night,  
I visit you by day.  
Father, Mother,  
Sister, Brother,  
have you no word to say?\**

22 de abril de 1903. El martes pasado, en su residencia, entre las tres y las cuatro de la tarde, falleció una mujer talentosa y refinada, cuya pluma, en días pasados, enriqueció nuestra literatura local con un volumen de delicada y elocuente poesía. Es una triste desgracia que en los últimos años la mente de esta magnífica persona se hubiese enturbiado de algún modo y que su comportamiento, en consecuencia, se hiciese algo atolondrado y extraño. Su miramiento en cuanto al decoro y al cuidado y adorno de su persona se había resentido, hasta el punto de que se había convertido, a los ojos de aquellos que no pensaban en su antigua dignidad y delicadeza, en una excéntrica familiar o incluso, tristemente, en una figura de burla.



Pero ahora todo ese deterioro se olvida y lo que se recuerda es su excelente poesía publicada, su trabajo en tiempos pasados en la escuela dominical, el respetuoso cuidado de sus padres, su naturaleza noble y femenina, sus preocupaciones caritativas y su inquebrantable fe religiosa. Su última enfermedad fue misericordiosamente corta. Se resfrió después de haberse mojado totalmente en un paseo por el pantano de la calle Pearl. (Se ha dicho que algunos chiquillos la persiguieron hasta el agua, y tal es el descarado y la crueldad de algunos de nuestros jóvenes y de su notoria persecución de esta señora que la historia no se puede descartar totalmente.) El resfriado degeneró en neumonía y murió, atendida en sus últimos momentos por una antigua vecina, la señora Bert (Annie) Friels, que fue testigo de su tranquilo y piadoso final.

Enero de 1904. Uno de los fundadores de nuestra comunidad, uno de los primeros constructores y

promotores de esta ciudad, fue bruscamente separado de nosotros el pasado lunes por la mañana, mientras atendía su correspondencia en la oficina de su empresa. El señor Jarvis Poulter poseía un agudo y enérgico espíritu comercial, que contribuyó a la creación no solo de una sino de varias empresas locales, que trajeron las ventajas de la industria, la productividad y el empleo a nuestra ciudad.

Y así prosigue el *Vidette*, florido y seguro de sí. Difícilmente ocurre una muerte sin ser contada, o una vida sin ser valorada.

Busqué a Almeda Roth en el cementerio. Encontré la lápida de la familia. En ella solo había un nombre: Roth. Luego vi dos lápidas horizontales en el suelo, a una distancia de unos cuantos palmos..., ¿unos siete palmos?..., de la lápida vertical. Una de ellas

decía «Papá», la otra «Mamá». Un poco más allá encontré otras dos lápidas horizontales con los nombres de William y Catherine en ellas. Tuve que apartar un poco la hierba y la suciedad que las cubría para ver el nombre completo de Catherine. No había fechas de nacimiento ni de muerte para nadie, nada acerca de que eran muy queridos. Era una especie de memorial privado, no para el mundo. Tampoco había rosas ni rastros de un rosal. Pero quizá lo habían arrancado. A la persona que cuida el cementerio no le gustan esas cosas; son un estorbo para la segadora de césped y si no queda alguien que pueda poner reparos, las arranca.

Pensé que Almeda debería de haber sido

enterrada en alguna otra parte. Cuando se compró aquel terreno (en el momento de la muerte de los dos niños) todavía esperaba casarse y reposar finalmente junto a su esposo. Podían no haber dejado sitio para ella allí. Luego vi que las lápidas del suelo se abrían como un abanico desde la lápida vertical. Primero las dos de los padres, luego las dos de los hijos, pero estaban colocadas de modo que había sitio para un tercero, para completar el abanico. Di a partir de «Catherine» el mismo número de pasos que eran precisos para ir desde «Catherine» a «William», y en aquel lugar empecé a arrancar la hierba y a escarbar en la suciedad con las manos. Pronto noté la piedra y supe que había

acertado. Seguí trabajando, limpié toda la lápida y leí el nombre de «Meda». Allí estaba con las demás, mirando hacia el cielo.

Me aseguré de que había llegado al borde de la lápida. Ese era todo el nombre que había: Meda. De modo que era cierto que en la familia se la llamaba así. No solo en el poema. O quizá escogió su nombre por el poema, para que lo escribieran en su lápida.

Pensé que, salvo yo, no había nadie vivo en el mundo que supiera eso, que pudiera establecer la relación. Y que yo sería la última persona en establecerla. Pero quizá no es así. Las personas son curiosas. Algunas personas lo son. Se ven impulsadas a averiguar cosas, incluso cosas triviales. Recopilan cosas. Se las

ve yendo por ahí con libretas, rascando la suciedad de las lápidas, leyendo microfilmes, solo con la esperanza de ver ese goteo en el tiempo, de establecer una relación, de rescatar una cosa de la basura.

Y, después de todo, pueden entenderlo mal. Puedo haberlo comprendido mal. No sé si ella tomó láudano alguna vez. Muchas señoras tomaban. No sé si hizo alguna vez jalea de uva.

# Agárrame fuerte, no me sueltes

Ruinas de «Kirk of the Forest». Viejo cementerio, William Wallace declarado Guardian of Scotland aquí, 1298.

Palacio de Justicia en el que sir Walter Scott administraba juicio, 1799-1832.

¿Philiphaugh? 1945.

Ciudad gris. Algunas antiguas piedras grises como Edimburgo. También estuco de un marrón grisáceo, no tan antiguo. La biblioteca fue antiguamente la prisión.

El terreno de los alrededores es muy escarpado, casi montañas bajas. Colores canela, lila, gris. Algunos trozos oscuros, parecen pinos. ¿Repoblación? Los bosques al borde de la ciudad, roble, haya, abedul, acebo. Las hojas vueltas, marrón dorado. El sol está fuera, pero el viento desapacible y húmedo parece salir del suelo. Un riachuelo bonito y limpio.

Una lápida hundida, doblada..., el nombre, la fecha, etc., todo se ha borrado, solo una calavera y los huesos cruzados. Chicas de pelo rosa pasan fumando.

Hazel tachó la palabra «juicio» y escribió «justicia» en su lugar. Luego tachó «lila» que le parecía una palabra demasiado frívola para describir las bellas y sombrías colinas. No supo qué escribir en su lugar.

Había apretado el timbre junto a la chimenea, con la esperanza de pedir una bebida, pero nadie había acudido.

Hazel tenía frío en aquella habitación. Al registrarse aquella tarde en el Hotel Royal, una mujer con un mechón de pelo dorado y un rostro suave y afilado le había echado una ojeada, le había dicho a qué hora servían la



cena y le había señalado la sala de arriba como el lugar en el que debía sentarse, excluyendo de ese modo el cálido y ruidoso bar de abajo. Hazel se preguntaba si las huéspedes eran consideradas demasiado respetables para sentarse en el bar. ¿O no era ella lo bastante respetable? Llevaba pantalones de pana, zapatillas de deporte y una chaqueta con capucha. La mujer del pelo dorado llevaba un bonito traje sastre azul pálido con botones brillantes, medias de nailon de encaje y unos zapatos de tacón que hubiesen matado a Hazel en media hora. Cuando volvió, al cabo de un par de horas de paseo, pensó en ponerse su único vestido, pero decidió no dejarse intimidar. Se cambió y se puso un par

de pantalones negros de terciopelo y una blusa de seda para demostrar que había hecho algún esfuerzo, se cepilló y se volvió a recoger el cabello, que entonces era tan gris como rubio, y lo suficientemente fino para habersele enredado con el viento.

Hazel era viuda. Andaba por los cincuenta años y enseñaba biología en el instituto de Walley, Ontario. Aquel año disfrutaba de una excedencia. Era una persona que no te sorprendería encontrar sentada sola en un rincón del mundo al que no pertenecía, escribiendo cosas en un cuaderno para evitar la aparición del pánico. Se había dado cuenta de que era normalmente optimista por la mañana, pero que el pánico era un problema

al anochecer. Aquella clase de pánico nada tenía que ver con el dinero, los billetes, planes o peligros cualesquiera que pudieran encontrarse en un lugar extraño. Tenía que ver con una pérdida de fuerza en el propósito y con la pregunta: ¿por qué estoy aquí? Uno podría, igual de razonablemente, hacerse esa pregunta en casa, y algunas personas lo hacen, pero por lo general allí hay lo bastante que hacer para pasarla por alto.

En ese momento se ha dado cuenta de la fecha que había escrito junto a «Philiphaugh»: 1945. En lugar de 1645. Pensó que debía de haberla influido el estilo de aquella habitación. Ventanas de ladrillo y cristal, alfombra rojo oscuro con un dibujo que da vueltas, cortinas

de cretona con flores rojas y hojas verdes sobre un fondo beige. Muebles macizos, polvorientos, oscuros y tapizados. Lámparas de pie. Todo esto pudo haber estado allí cuando el marido de Hazel, Jack, acostumbraba ir a aquel hotel, durante la guerra. Algo debía de haber entonces en la chimenea, una estufa de gas, o bien una parrilla auténtica, de carbón. En ese momento no había allí nada. Y el piano se había mantenido probablemente abierto, afinado, para bailar. O bien tenían un gramófono de 78 revoluciones. El cuarto habría estado lleno de militares y de chicas. Podía ver el oscuro lápiz de labios de las chicas, el pelo recogido y buenos vestidos de crepé, con sus escotes en

forma de corazón o sus cuellos desmontables de puntilla blanca. Los uniformes de los hombres serían tiesos y ásperos contra los brazos y las mejillas de las chicas, y tendrían un olor excitante, a agrio y a humo. Hazel tenía quince años cuando terminó la guerra, de modo que no fue a muchas fiestas de esa clase. E incluso cuando conseguía ir a una era demasiado joven para que la tomaran en serio, y tenía que bailar con otras chicas o quizá con el hermano mayor de una amiga. El olor y el tacto de un uniforme debían de ser solo algo que ella se imaginaba.

Walley es un puerto lacustre. Hazel creció allí, y también Jack, pero ella no le conoció, ni le vio como para poder recordarle, hasta que

apareció en un baile del instituto acompañando a la profesora de inglés, que era una de las carabinas. Para entonces Hazel tenía diecisiete años. Cuando Jack bailó con ella estaba tan nerviosa y excitada que temblaba. Él le preguntó qué le pasaba y ella tuvo que decirle que creía que estaba incubando una gripe. Jack se lo comentó a la profesora de inglés y acompañó a Hazel a casa.

Se casaron cuando Hazel tenía dieciocho años. En los cuatro primeros años de matrimonio tuvieron tres hijos. Después ya no tuvieron más. (Jack decía a la gente que Hazel había descubierto cuál era la causa.) Jack había empezado a trabajar en una empresa de venta y mantenimiento de electrodomésticos

en cuanto salió de las fuerzas aéreas. El negocio pertenecía a un amigo suyo que no había ido a ultramar. Hasta el día de su muerte Jack trabajó en aquel lugar, más o menos en el mismo trabajo. Por supuesto, tuvo que aprender sobre cosas nuevas, como hornos microondas.

Después de haber estado casada durante unos quince años, Hazel empezó a hacer cursos a distancia. Luego viajó a diario a un colegio, a unos ochenta kilómetros de su casa, como estudiante de dedicación plena. Se licenció y se convirtió en profesora, que era lo que había querido ser antes de casarse.

Jack debió de estar en aquella habitación. Podría fácilmente haber visto aquellas

cortinas, haberse sentado en aquella silla.

Finalmente, un hombre entró para preguntarle qué quería beber.

—*Scotch* —dijo ella.

Aquello, a él, le hizo sonreír.

—Whisky será suficiente.

Pues claro. No se pide un whisky escocés en Escocia.

Jack estaba destacado cerca de Wolverhampton, pero acostumbraba ir hasta allí durante sus permisos. Fue a hacer una visita y luego regresó para quedarse con el único pariente que conocía en Gran Bretaña: una prima de su madre, una mujer llamada Margaret Dobie. No estaba casada, vivía sola; en aquel entonces era de mediana edad, de



modo que en ese momento sería bastante vieja, si realmente seguía viva. Jack no mantuvo contacto con ella después de volver a Canadá; no era escritor de cartas. Hablaba de ella, no obstante, y Hazel encontró su nombre y su dirección cuando revisó sus cosas. Escribió una carta a Margaret Dobie, solo para decirle que Jack había muerto y que a menudo había mencionado sus visitas a Escocia. La carta nunca fue contestada.

Jack y esta prima parecían haber hecho buenas migas. Se alojó con ella en una casa grande, fría y descuidada, en una montañosa granja donde ella vivía con sus perros y sus ovejas. Le pidió prestada una motocicleta con la que iba a dar vueltas por el campo. Iba

hasta la ciudad, hasta aquel mismo hotel, a beber y a hacer amigos, o a armar broncas con otros militares o a ir tras las chicas. Allí conoció a Antoinette, la hija del hotelero.

Antoinette tenía dieciséis años, demasiado joven para que le fuera permitido ir a fiestas o entrar en un bar. Tenía que salir a hurtadillas para encontrarse con Jack detrás del hotel o en el camino junto al río. Una chica deliciosa, descuidada, dulce y ligera de cascos. La pequeña Antoinette. Jack hablaba de ella delante de Hazel y a Hazel con tanta facilidad como si la hubiese conocido no solo en otro país, sino en otro mundo. Tu fardo rubio, acostumbraba llamarla Hazel. Se imaginaba a Antoinette llevando alguna prenda de cama de

lana color pastel y creía que tendría el pelo sedoso como un niño pequeño y una boca suave y magullada.

La misma Hazel era rubia cuando Jack la conoció, aunque no ligera de cascos. Era tímida, remilgada e inteligente. Jack venció fácilmente la timidez y el remilgo, y no le irritó, como irritaba entonces a la mayoría de los hombres, la inteligencia. La tomó como una especie de broma.

El hombre volvió en ese momento con una bandeja. En ella había dos whiskies y una jarra de agua.

Le sirvió a Hazel su copa y cogió la otra. Se acomodó en una silla frente a la de ella.

Así que no era el camarero. Era un extraño

que le había invitado a una copa. Empezó a protestar.

—Toqué el timbre —dijo—. Creí que usted había venido porque yo había tocado el timbre.

—Ese timbre es inútil —le dijo con satisfacción—. No. Antoinette me dijo que la había puesto a usted aquí, así que pensé que vendría y que le preguntaría si quería tomar algo.

Antoinette.

—¿Antoinette —dijo Hazel— es la señora con la que he estado hablando esta tarde?

Ella sintió que algo caía en su interior: su corazón, su estómago o su valor..., lo que sea que se cae.

—Antoinette —dijo él—. Esa es la señora.

—¿Y ella es la directora del hotel?

—Es la propietaria del hotel.

El problema era exactamente lo contrario de lo que ella había esperado. No era que las personas se hubieran ido y que los edificios hubieran desaparecido sin dejar rastro. Exactamente lo contrario. La primera persona con la que había hablado aquella tarde había sido Antoinette.

No obstante, debería haberse dado cuenta. Debería haberse dado cuenta de que una mujer tan bien arreglada, Antoinette, no emplearía a ese tipo como camarero. Mira sus pantalones marrones con rodilleras y el agujero de una quemadura en la parte

delantera de su suéter de cuello en V. Debajo del suéter llevaba una camisa de color oscuro y una corbata. Pero no parecía mal cuidado ni desanimado. Más bien parecía un hombre que se tenía en tan buen concepto que podía permitirse ser algo dejado. Tenía un cuerpo robusto y fuerte. Un rostro cuadrado y lozano, cabello blanco ahuecado que le surgía como un adorno vigoroso alrededor de la frente. Estaba encantado de que ella le hubiese tomado por el camarero, como si eso pudiera ser una especie de jugarreta que él le hubiese gastado. En la clase ella le habría tomado por un posible alborotador, no de los ruidosos ni de los tontos, ni de la clase definitivamente despectiva y hastiada, sino de los que se

sientan en la parte de atrás de la clase, inteligentes e indolentes, y hacen observaciones de las que no puedes estar totalmente seguro. Subversión mansa, astuta y decidida..., una de las cosas más difíciles de erradicar en una clase. Lo que hay que hacer (Hazel les había dicho esto a los profesores más jóvenes, o a aquellos que tendían a desanimarse más fácilmente que ella), lo que hay que hacer es encontrar alguna manera de desafiar su inteligencia. Convertirla en una herramienta, no en un juguete. La inteligencia de una persona así está infrutilizada.

De todos modos, ¿qué le importaba a ella aquel hombre? El mundo no es una clase. Te he calado, se dijo, pero nada tengo que hacer

al respecto.

Estaba pensando en él para mantener su mente apartada de Antoinette.

Él le dijo que su nombre era Dudley Brown y que era representante. Dijo que vivía allí — ella entendió que quería decir que tenía una habitación en el hotel— y que su oficina estaba un poco más abajo de la calle. Un huésped permanente; un viudo, pues, o un soltero. Ella pensó que un soltero. Aquel aire de satisfacción, centelleante y agudo, no sobrevivía normalmente a la vida de casado.

Demasiado joven, a pesar del cabello blanco, unos cuantos años demasiado joven para haber estado en la guerra.

—¿De modo que ha venido usted aquí en



busca de sus raíces? —le preguntó, dándole a la palabra su pronunciación estadounidense más exagerada.

—Soy canadiense —le dijo Hazel muy amablemente—. No pronunciamos «raíces» de esa manera.

—Ah, le ruego me perdone —dijo—. Me temo que es lo que hacemos. Tendemos a englobarlos a todos, a ustedes y a los estadounidenses.

Después ella empezó a hablarle de su asunto, ¿por qué no? Le dijo que su marido había estado allí durante la guerra y que siempre habían pensado en hacer aquel viaje juntos, pero no lo habían hecho y su esposo había muerto, y entonces ella había ido sola.

Aquello era cierto solo a medias. A menudo le había sugerido a Jack aquel viaje, pero siempre había dicho que no. Creyó que era por ella..., que no lo quería hacer con ella. Ella se tomó las cosas más personalmente de lo que debería haberlo hecho durante mucho tiempo. Probablemente él solo quería decir lo que dijo. Dijo: «No, no sería lo mismo».

Se equivocaba si quería decir que las personas no estarían en su sitio, en el que acostumbraban estar. Incluso en aquel momento, cuando Dudley Brown le preguntó el nombre de la prima del campo y Hazel dijo «Margaret Dobie, la señorita Dobie, pero probablemente ya esté muerta», el hombre se echó a reír. Se rió, sacudió la cabeza y dijo:

—Oh, no, de ningún modo, por supuesto que no. Maggie Dobie está lejos de estar muerta. Es una señora muy vieja, ciertamente, pero no creo que haya pensado en absoluto en morirse. Vive en la misma tierra en la que siempre ha vivido, aunque es una casa distinta. Goza de buena salud.

—No respondió a mi carta.

—Ah, no querría.

—Entonces supongo que tampoco querrá una visita.

Casi deseaba que él dijese que no. Me temo que la señorita Dobie vive muy recluida. No, ninguna visita. ¿Por qué entonces había ido tan lejos?

—Bueno, si llega usted sola, no lo sé, eso

sería una cosa —dijo Dudley Brown—. No sé cómo se lo tomaría, pero si yo le telefonease, le hablase de usted y luego fuésemos juntos, entonces creo que sería usted muy bien recibida. ¿Le importaría? Es también una bonita excursión. Escoja un día en el que no llueva.

—Eso sería muy amable por su parte.

—Ah, no está lejos.

En el comedor, Dudley Brown comía en una mesa pequeña y Hazel en otra. Era una bonita sala, con paredes azules y sólidas ventanas que daban a la plaza del pueblo. Hazel no percibía la penumbra ni el descuido que predominaban en el vestíbulo. Antoinette les

servía. Ofrecía las verduras en bandejas de plata con utensilios bastante complicados. Era muy correcta, incluso altiva. Cuando no servía se quedaba junto al aparador, alerta, erguida, con el cabello tieso en su red de laca, su traje immaculado, y los pies delgados y deshinchados en sus zapatos de tacón alto.

Dudley dijo que no comería el pescado. Hazel también lo había rechazado.

—¿Ves? Hasta los estadounidenses —dijo Dudley—. Ni siquiera los estadounidenses se comerían esa cosa congelada. Y uno pensaría que estaban acostumbrados; ellos lo congelan todo.

—Soy canadiense —dijo Hazel. Pensó que él se disculparía al recordar que ya se lo había

dicho antes. Pero ni él ni Antoinette le hacían el menor caso. Se habían enzarzado en una discusión cuyo tono de experimentada acritud les hacía parecer casi casados.

—Bueno, pues yo no comería otra cosa —decía Antoinette—. No comería ningún pescado que no hubiese sido congelado. Y no lo serviría. Quizá estaba bien antiguamente, cuando no teníamos toda la química que ahora tenemos en el agua y toda esta contaminación. Los peces están ahora tan llenos de contaminación que necesitamos la congelación para matarla. Es así, ¿no? —dijo volviéndose para incluir a Hazel—. En Estados Unidos lo saben todo sobre eso.

—Yo simplemente prefería el asado —dijo

Hazel.

—De modo que el único pescado seguro es el congelado —dijo Antoinette, ignorándola—. Y otra cosa: cogen el mejor pescado para congelarlo. El desechado lo dejan para venderlo fresco.

—Pues entonces dame el defectuoso —dijo Dudley—. Déjame probarlo con la química.

—Tú estás loco. Yo no me metería un trozo de pescado fresco en la boca.

—No tendrías esa posibilidad. No por aquí. Mientras se dictaba la ley de este modo acerca del pescado, Dudley Brown llamó una o dos veces la atención de Hazel. Tenía una expresión muy franca que indicaba, más de lo que lo habría hecho una sonrisa, una mezcla

establecida de afecto y desprecio. Hazel siguió mirando el traje de Antoinette. Aquel traje le hacía pensar en Joan Crawford. No el estilo del traje, sino su perfecto estado. Había leído una entrevista con Joan Crawford, hacía años, que explicaba los numerosos trucos que tenía para mantener el pelo, el calzado y las uñas en perfectísimo estado. Recordaba algo acerca de la forma de planchar las costuras. No hay que planchar nunca las costuras abiertas. Antoinette parecía una mujer que debía de saberse todo aquello al dedillo.

Al fin y al cabo, no había esperado encontrarse a Antoinette todavía aniñada, bulliciosa y encantadora. Ni mucho menos. Hazel se había imaginado —y no sin



satisfacción— a una mujer regordeta con dientes postizos. (Jack solía recordar la costumbre de Antoinette de meterse caramelos en la boca entre besos y hacerle esperar hasta que hubiese chupado su dulzura hasta el último trozo.) Un alma afable, charlatana, vulgar, una abuelita contoneante, eso es lo que ella creyó que quedaría de Antoinette. Y ahí estaba aquella mujer delgada, alerta, perspicaz y tonta, perfumada, pintada y conservada a un palmo de su vida. Alta también. No parecía probable que hubiese sido un fardo acogedor, ni siquiera a los dieciséis años.

Pero ¿cuánto encontrarías en Hazel de la chica que Jack llevó a casa después del baile? ¿Cuánto de Hazel Joudry, una chica pálida, de

voz chillona, que se sujetaba el pelo rubio atrás con dos lazos de plástico rosa, en Hazel Curtis? Hazel era también delgada, pero fuerte, no frágil como Antoinette. Tenía músculos de cultivar la huerta, de hacer caminatas y de esquiar en la montaña. Estas actividades también le habían secado, arrugado y endurecido la piel, y en algún momento había dejado de preocuparse por ello. Tiró todos los potingues de colores, lápices y ungüentos mágicos que había comprado en momentos de envalentonamiento o de desesperanza. Se dejó crecer el pelo del color que le saliera y se lo sujetó por detrás de la cabeza. Abrió a la fuerza la concha de su belleza cada vez más dudosa y cara; salió. Lo

hizo incluso años antes de que Jack muriese. Tuvo algo que ver con cómo asumió el mando de su vida. Ha dicho y ha pensado que llegó un momento en el que tuvo que asumir el mando de su vida, y ha instado a otros a tomar el mismo camino. Anima a la acción, al ejercicio, al gobierno. No le importa que la gente sepa que cuando tuvo treinta años sufrió lo que se llamaba un colapso nervioso. Durante casi dos meses fue incapaz de salir de casa. Se quedaba en cama la mayor parte del tiempo. Pintaba los dibujos de los libros de colorear de los niños. Eso era todo lo que podía hacer para controlar su miedo y su pena difusa. Entonces tomó el mando. Solicitó prospectos de facultades. ¿Qué es lo que la

puso en marcha de nuevo? No lo sabe. Tiene que decir que no lo sabe. Quizá solo se cansó, tiene que decir. Quizá solo se cansó de su crisis nerviosa.

Sabía que cuando se levantó de la cama — esto es lo que ella no dice— dejó atrás alguna parte de sí misma. Tenía la sospecha de que era una parte que tenía que ver con Jack. Pero entonces ella no pensaba que cualquier abandono tendría que ser permanente. De todos modos, no podía evitarse.

Cuando hubo terminado su asado y sus verduras, Dudley se levantó bruscamente. Saludó a Hazel con la cabeza y le dijo a Antoinette:

—Me voy ahora, corderita.

¿Había dicho eso realmente: «corderita»? Fuera lo que fuese, tenía la inflexión satírica que precisaría un cariño entre él y Antoinette. Quizá dijo «muchachita». La gente decía «muchachita» aquí. El conductor del autobús de Edimburgo se lo había dicho a Hazel aquella tarde.

Antoinette le sirvió a Hazel flan de albaricoque y empezó de inmediato a informarle acerca de Dudley. Se suponía que la gente era muy reservada en Gran Bretaña—eso era lo que a Hazel le habían inducido a pensar sus lecturas, si no Jack—, pero no siempre parecía ser el caso.

—Va a ver a su madre antes de que se acueste —dijo Antoinette—. Siempre se va

temprano a casa los domingos por la noche.

—¿No vive aquí? —preguntó Hazel—.

Quiero decir, ¿en el hotel?

—Él no dijo eso, ¿verdad? —dijo Antoinette—. Estoy segura de que no dijo eso. Tiene su propio hogar. Tiene una casa muy bonita. La comparte con su madre. Ahora está siempre en la cama; hay que hacérselo todo. Tiene una enfermera de día y también una enfermera de noche. Pero él siempre le hace una visita y va a charlar con ella los domingos por la noche, aunque ella no distinga entre él y Adán. Debió querer decir que come aquí. No puede esperar que la enfermera le haga la comida. De todos modos, ella no lo haría. Ya no hacen nada extra por uno. Quieren saber

exactamente lo que se supone que deben hacer y no hacen ni un gesto más. Es lo mismo que yo tengo aquí. Si les digo: «Barran el suelo» y no les digo: «Recojan la escoba cuando hayan terminado», dejan la escoba por ahí.

«Ahora es el momento», pensó Hazel. No podría decirlo si lo dejaba para más adelante.

—Mi esposo venía aquí —dijo—. Venía aquí durante la guerra.

—Bueno, de eso hace mucho tiempo, ¿verdad? ¿Quiere tomar el café ahora?

—Gracias —dijo Hazel—. Vino aquí primero porque tenía un pariente. Una tal señorita Dobie. El señor Brown parecía saber quién era.

—Es una persona bastante anciana —dijo Antoinette, con desaprobación, pensó Hazel—. Vive fuera, en el valle.

—El nombre de mi esposo era Jack.

Hazel esperó, pero no obtuvo respuesta alguna. El café era malo, lo que fue una sorpresa, porque el resto de la comida había sido muy buena.

—Jack Curtis —dijo—. Su madre era una Dobie. Venía aquí durante los permisos, se quedaba con su prima y venía al pueblo por las noches. Venía aquí, al Hotel Royal.

—Era un lugar muy bullicioso durante la guerra —dijo Antoinette—. Eso me han dicho.

—Me hablaba del Hotel Royal y también la mencionó a usted —dijo Hazel—. Me



sorprendió oír su nombre. No creí que todavía estaría usted aquí.

—No he estado aquí siempre —dijo Antoinette, como si el que se supusiera que había estado allí siempre hubiese sido un insulto para ella—. Viví en Inglaterra mientras estuve casada. Por eso no hablo igual que los de aquí.

—Mi esposo ha muerto —dijo Hazel—. La mencionó. Dijo que su padre era propietario del hotel. Dijo que era usted rubia.

—Todavía lo soy —dijo Antoinette—. Mi pelo es del mismo color de siempre; nunca he tenido que hacerme nada en él. No me acuerdo muy bien de los años de la guerra. Yo era muy pequeña en aquel momento. Creo

que no había nacido cuando comenzó la guerra. ¿Cuándo empezó la guerra? Yo nací en 1940.

Dos mentiras en una parrafada, difícilmente cabía alguna duda. Mentiras descaradas, hipócritas, deliberadas, a su servicio. Pero ¿cómo podría saber Hazel si Antoinette estaba mintiendo al decir que no conocía a Jack? A Antoinette no le quedaba más remedio que decir eso, por la mentira que debía de haber dicho siempre sobre su edad.

Durante los tres días siguientes llovía y dejaba de llover. Cuando no llovía, Hazel se daba una vuelta por el pueblo, mirando las coles reventonas en los huertos traseros, las cortinas

floreadas y sin arrugas de las ventanas, e incluso cosas como un frutero con frutas de cera sobre la mesa de un comedor estrecho y reluciente. Debía de creer que era invisible por la forma en que se detenía y escudriñaba. Se acostumbró a que las casas estuviesen todas juntas en hilera. Al girar la calle, de repente tenía una vista brumosa de las subyugantes colinas. Caminó junto al río y se metió en un bosque que era todo de hayas, con cortezas parecidas a la piel de un elefante y bultos como ojos hinchados. Le daban una especie de luz gris al aire.

Cuando llegaron las lluvias, se quedaba en la biblioteca, leyendo historia. Leyó sobre los antiguos monasterios que había antiguamente

allí, en el condado de Selkirk, y sobre los reyes con su bosque real, y sobre todas las guerras contra los ingleses. Flodden Field. Ella ya conocía algunas cosas por la lectura que había hecho en la Enciclopedia Británica antes de salir de casa. Sabía quién era William Wallace y que Macbeth mató a Duncan en una batalla en lugar de matarle en la cama.

Cada noche antes de cenar Dudley y Hazel tomaban un whisky en la sala. Había aparecido un radiador eléctrico y estaba colocado delante de la chimenea. Después de cenar, Antoinette se sentaba con ellos. Tomaban juntos el café. Más tarde, por la noche, Dudley y Hazel tomaban otro whisky. Antoinette veía la televisión.

—¿Qué historia más larga! —decía Hazel educadamente. Le contó a Dudley algo de lo que había leído y observado—. Cuando vi al principio el nombre de Philiphaugh en aquel edificio al otro lado de la calle no sabía qué significaba.

—En Philiphaugh empezó la lucha —dijo Dudley, sin duda repitiendo una cita—. ¿Sabe cómo?

—Los covenanters —dijo Hazel.

—¿Sabe qué sucedió después de la batalla de Philiphaugh? Los covenanters colgaron a sus prisioneros. Aquí mismo, en la plaza del pueblo, debajo de las ventanas de los comedores. Luego asesinaron sanguinariamente a todas las mujeres y los

niños en el campo. Muchas familias viajaban con el ejército de Montrose, porque muchos de ellos eran mercenarios irlandeses. Católicos, por supuesto. No, no los asesinaron a todos. A algunos les hicieron avanzar hacia Edimburgo. Pero por el camino decidieron arrojarlos por un puente.

Le contó aquello en un tono muy cordial, con una sonrisa. Hazel había visto anteriormente aquella sonrisa y nunca había estado segura de lo que significaba. ¿Acaso un hombre que sonreía de aquel modo te estaba desafiando a no creer, a no aceptar, a no estar de acuerdo en que así debían ser las cosas, para siempre?

Jack era una persona con la que resultaba difícil discutir. Aguantaba cualquier disparate: de los clientes, de los niños, probablemente también de Hazel. Pero cada año se enfadaba el día de la conmemoración del fin de la guerra, porque el diario local imprimía alguna historia lúgubre sobre ella.

NADIE GANA EN UNA GUERRA era el titular de una de esas historias. Jack tiraba el periódico al suelo.

—¡Bendito sea Dios! ¿Creen que todo sería igual si Hitler hubiese ganado?

También se enfadaba cuando veía a los manifestantes pacifistas en televisión, aunque normalmente no decía palabra, solo silbaba a la pantalla, de un modo controlado y harto.

Por lo que Hazel veía, lo que pensaba era que muchas personas, mujeres desde luego, pero, según avanzaba el tiempo, cada vez más hombres también, estaban decididas a estropear la imagen de la mejor parte de su vida. La estaban estropeando con piadosos lamentos y reproches y cierta dosis de mentira absoluta. Ninguna de ellas admitiría que algo de la guerra fuese divertido. Incluso en la Legión se suponía que había que poner una cara larga, no se esperaba que dijeras que no te la habrías perdido por nada del mundo.

Cuando estaban recién casados, Jack y Hazel iban a bailes, o a la Legión, o a las casas de otras parejas, y más pronto o más tarde los hombres empezaban a contar sus historias de



la guerra. La mayoría de las historias no las contaba Jack, ni las más largas, y las suyas nunca estaban cargadas de heroísmo ni de estar cara a cara con la muerte. Por lo general hablaba de cosas que eran divertidas. Pero entonces estaba en la cúspide, porque había sido piloto de bombardero, que para un hombre era una de las cosas más admiradas que se podía haber sido. Había volado en dos turnos completos de operaciones («ops»; incluso las mujeres se referían a las «ops»); es decir, había volado en cincuenta bombardeos.

Hazel acostumbraba sentarse con las demás jóvenes esposas a escuchar, paciente, orgullosa y, en su caso al menos, aturdida por el deseo. Aquellos maridos llegaron a ellas

adornados con un probado valor. Hazel se apiadaba de las mujeres que se habían entregado a hombres inferiores.

Diez o quince años más tarde, las mismas mujeres se sentaban con caras cansadas, o se miraban las unas a las otras, o incluso se retiraban —Hazel lo hacía, a veces— cuando se contaban las historias. El grupo de hombres que contaba aquellas historias se había reducido, y se redujo más. Pero Jack seguía estando en el centro del mismo. Se hizo más descriptivo, más cuidadoso, algunos dirían que prolijo. Recordaba entonces el ruido de los aviones en el cercano campo de aviación estadounidense, el potente ruido que hacían al calentar motores a primeras horas de la

mañana y después despegar, en grupos de tres, y volar sobre el mar del Norte en sus grandes formaciones. Las fortalezas volantes. Los estadounidenses bombardeaban de día, y sus aviones nunca volaban solos. ¿Por qué no?

—No sabían navegar —decía Jack—. Bueno, sabían, pero no como nosotros.

Se enorgullecía de una destreza especial, o de una temeridad que no se molestaba en explicar. Contaba cómo los aviones de la RAF se perdían de vista los unos a los otros casi de inmediato y volaban durante seis o siete horas solos. A veces la voz que les dirigía por radio era una voz alemana con un perfecto acento inglés, que les daba información

absolutamente falsa. Hablaba de aviones que surgían de la nada, deslizándose por encima o por debajo de uno, y de la destrucción de aviones en irreales fogonazos de luz. Nada era como en las películas, nada tan concentrado u organizado: nada tenía sentido. A veces había pensado que podía oír muchas voces, o música instrumental, misteriosa pero familiar, justo al lado o dentro de los ruidos del avión.

Luego parecía volver a la tierra, en más de un sentido, y explicaba sus historias de despedidas y borracheras, peleas en las puertas a oscuras de los bares, bromas pesadas en los cuarteles.

La tercera noche, Hazel pensó que sería mejor

que hablase con Dudley sobre el viaje para ir a ver a la señorita Dobie. La semana iba transcurriendo y la idea de la visita no la alarmaba tanto, pues ya se había acostumbrado un poco a estar allí.

—Telefonaré por la mañana —dijo Dudley. Parecía encantado de que se lo hubiera recordado—. Veré si le va bien. También hay posibilidades de que el tiempo aclare. Mañana o pasado mañana iremos.

Antoinette estaba viendo un programa de televisión en el que las parejas se seleccionaban sin conocerse, por medio de un complicado ritual, tenían una cita, y luego iban a la semana siguiente a explicar cómo había ido todo. Se reía abiertamente de las

confesiones catastróficas.

Antoinette acostumbraba ir al encuentro de Jack solo con su camisón debajo del abrigo. Su papá la habría zurrado, solía decir Jack. Nos habría zurrado a los dos.

—Yo la llevaré, pues, a ver a la señorita Dobie —le dijo Antoinette a Hazel durante el desayuno—. Dudley tiene muchas cosas que hacer.

Hazel dijo:

—Sí, sí; de acuerdo, si es que Dudley está demasiado ocupado.

—Ya está todo arreglado —dijo Antoinette—. Pero iremos algo más pronto de lo que Dudley había planeado. He pensado que esta

mañana, un poco más tarde, antes de la comida. Solo tengo un par de cosas que hacer antes.

De modo que se fueron en el coche de Antoinette, alrededor de las once y media. La lluvia había cesado, las nubes se habían disipado, los robles y las hayas dejaban caer las gotas del agua de lluvia de la noche anterior al agitar sus hojas de color dorado y óxido. La carretera corría entre paredes bajas de piedra. Cruzaba el claro riachuelo de abundante caudal.

—La señorita Dobie tiene una bonita casa —dijo Antoinette—. Es un pequeño y bonito chalet. Está en un rincón de la antigua granja. Cuando la vendió, se quedó un trozo de tierra

y se hizo construir un pequeño chalet. Su otra casa, la antigua, estaba muy destartalada.

Hazel tenía en la mente una clara imagen de aquella otra casa antigua. Podía ver la gran cocina, toscamente revocada, con sus ventanas sin cortinas. La fresquera, el horno, el suave sofá de crin. Una gran cantidad de baldes, herramientas y escopetas, carretes de pesca, latas de aceite, linternas, cestos. Una radio a pilas. En una silla sin respaldo, una mujer enorme y robusta, con pantalones, sentada, engrasando un arma o cortando patatas de siembra o limpiando pescado. No había ni una sola cosa que no pudiera hacer ella misma, le había dicho Jack, al transmitirle esta imagen a Hazel. Él mismo también se



puso en ella. Se sentaba en los escalones de la puerta de la cocina, en días de brumoso resplandor como el de ese día —excepto que la hierba y los árboles eran verdes— y se pasaba el tiempo jugando con los perros o intentando quitar el barro de los zapatos que le había pedido prestados a su anfitriona.

—Jack una vez le pidió prestados los zapatos a la señorita Dobie —le dijo a Antoinette—. Aparentemente, tenía unos pies grandes. Siempre llevaba zapatos de hombre. No sé qué le habría pasado a los suyos. Quizá solo tenía botas. De todos modos, se llevó sus zapatos a un baile y bajó al río, no sé a qué (era para encontrarse con una chica, desde luego, probablemente para encontrarse con

Antoinette), y los zapatos quedaron empapados y cubiertos de barro. Estaba tan borracho que no se quitó nada al irse a la cama, solo perdió el conocimiento sobre la colcha. La señorita Dobie no dijo ni una palabra de ello. A la noche siguiente llegó tarde a casa y se fue arrastrando hasta la cama a oscuras, ¡y un cubo de agua fría le dio en toda la cara! Ella había preparado aquel montaje de pesos y cuerdas, para que cuando los muelles de la cama se hundieran bajo su peso, el cubo se volcase y el agua le cayese encima de aquel modo, para escarmentarlo.

—No debió de importarle tomarse tantas molestias —dijo Antoinette. Luego dijo que se pararían para comer. Hazel había pensado que

el motivo de haber salido cuando lo hicieron era para terminar pronto con la visita, porque Antoinette no tenía mucho tiempo. Pero en ese momento, aparentemente, se estaba guardando de llegar demasiado pronto.

Se detuvieron en un bar que tenía un nombre famoso. Hazel había leído que hubo un duelo allí; se mencionaba en una antigua balada. Pero entonces el bar parecía ordinario y era regentado por un inglés que estaba redecorándolo. Calentaban los bocadillos en un horno microondas.

—Yo no pondría en una casa uno de esos —dijo Antoinette—. Humedecen la comida.

Empezó a hablar sobre la señorita Dobie y la chica que tenía para que la cuidase.

—Bueno, ya no es una chica. Su nombre es Judy Armstrong. Era una de esas, ¿cómo se llaman?, huérfanas. Fue a trabajar para la madre de Dudley. Estuvo trabajando allí un tiempo y luego se quedó embarazada. El resultado fue que tuvo un niño. Eso ocurre a menudo. No se podía quedar en el pueblo tan fácilmente después de aquello, de modo que fue una suerte que la señorita Dobie necesitase a alguien. Judy y su hija fueron allí y resultó ser el mejor arreglo para todas las partes.

Se quedaron en el bar hasta que Antoinette consideró que Judy y la señorita Dobie estarían dispuestas a recibirlas.

El valle se estrechaba. La casa de la señorita Dobie estaba cerca de la carretera,

con cerros que se elevaban por detrás. Delante había un brillante seto de laurel y algunos arbustos húmedos, con hojas rojizas o llenos de bayas. La casa estaba estucada, con piedras puestas aquí y allí en un caprichoso estilo suburbano.

Había una mujer joven delante de la puerta. Tenía un cabello magnífico: un rizado abanico de pelo rojo, que le brillaba sobre los hombros. Llevaba un vestido bastante extraño para la hora del día: una especie de vestido de fiesta de una tela marrón fina y sedosa, atornasolada, con un hilo de oro metálico. Debía de estar helada con él; tenía los brazos cruzados, estrujándose los pechos.

—Aquí estamos ya, Judy —dijo Antoinette,

hablando fuerte, como si se dirigiera a una persona algo sorda o rebelde—. Dudley no podía venir. Estaba demasiado ocupado. Esta es la señora de la que te hablé por teléfono.

Judy se sonrojó al dar la mano. Sus cejas eran muy claras, casi invisibles, lo que daba a sus ojos marrón oscuro una mirada indefensa. Parecía consternada por algo..., ¿era por los visitantes, o era solo el resplandor de su propio pelo suelto? Pero era ella quien debía de haberlo cepillado hasta dejarlo así de brillante y quien se lo había arreglado para lucirlo.

Antoinette le preguntó si la señorita Dobie estaba bien.

Una flema espesó la voz de Judith cuando

intentaba responder. Se aclaró la garganta y dijo:

—La señorita Dobie ha estado bien todo este año.

Se produjo cierto embarazo al quitarse los abrigos, al no saber muy bien Judy cuándo cogerlos o cómo indicar a Antoinette y Hazel adónde ir. Pero Antoinette se hizo cargo y cruzó el vestíbulo hasta la sala de estar, que estaba llena de tapicería estampada, cobre y adornos de porcelana, cortadera argentina, plumas de pavo real, flores secas, relojes, cuadros y cojines. En medio de todo esto una anciana estaba sentada en una silla de respaldo alto, contra la luz de las ventanas, esperándolas. Aunque era vieja, no estaba

arrugada en absoluto. Tenía los brazos y las piernas gruesos y una aureola tupida de pelo blanco. Su piel era morena, como la piel de una manzana russet, y tenía grandes bolsas color púrpura bajo los ojos. Pero esos ojos eran brillantes y taimados, como si allí mirase hacia fuera alguna inteligencia, pero solo cuando quería; algo tan rápido e imprudente como una ardilla que se precipitase hacia atrás y hacia adelante detrás de aquel grueso, verrugoso, oscuro y viejo rostro.

—De modo que es usted la dama de Canadá —le dijo a Antoinette. Tenía una voz fuerte. Los lunares de sus labios eran como uvas azul oscuro.

—No, esa no soy yo —dijo Antoinette—.



Yo soy del Hotel Royal y usted ya me conoce. Soy la amiga de Dudley Brown —dijo sacando una botella de vino de Madeira de su bolso y entregándola, como una credencial—. Este es el que le gusta, ¿verdad?

—Todo este camino desde Canadá —dijo la señorita Dobie, cogiendo la botella. Seguía utilizando zapatos de hombre; los llevaba puestos, con los cordones desatados.

Antoinette repitió lo que había dicho antes, en voz más alta, y presentó a Hazel.

—¡Judy! ¡Judy, tú sabes dónde están los vasos! —dijo la señorita Dobie. Judy llegaba con una bandeja. Sobre ella había un montón de tazas y platos, una tetera, un plato con trozos de tarta de frutas, leche y azúcar. El

pedido de vasos pareció desviarla de su trayectoria y miró a su alrededor como una loca. Antoinette la libró de la bandeja.

—Creo que a ella le gustaría probar primero el vino, Judy —dijo Antoinette—. ¡Qué bonito! ¿Hiciste tú misma la tarta? ¿Me puedo llevar un trozo para Dudley cuando nos vayamos? Le gusta tanto la tarta de frutas. Creerá que la hicieron para él, aunque no puede ser así, puesto que llamó esta mañana y las tartas de fruta llevan mucho más tiempo que eso, ¿verdad? Pero nunca se dará cuenta de la diferencia.

—Ya sé quién es usted —dijo la señorita Dobie—. Es usted la mujer del Hotel Royal. ¿Se han casado usted y Dudley Brown?

—Yo ya estoy casada —dijo Antoinette de mal humor—. Me divorciaría, pero no sé dónde está mi marido. —Su voz se suavizó rápidamente, lo que pareció tranquilizar a la señorita Dobie—. Quizá con el tiempo.

—Así que es por eso por lo que se fue a Canadá —dijo la señorita Dobie.

Judy llegó con vasos. Cualquiera podía ver que sus manos eran demasiado inseguras para servir el vino. Antoinette cogió la botella de las manos de la señorita Dobie y levantó un vaso hacia la luz.

—Si pudieras traerme una servilleta, Judy —dijo Antoinette—. O un paño de cocina limpio. ¡Que sea uno limpio!

—Jack, mi marido —intervino Hazel con

resolución, hablando con la señorita Dobie—, mi marido, Jack Curtis, estaba en las fuerzas aéreas y venía a visitarla durante la guerra.

La señorita Dobie entendió aquello muy bien.

—¿Por qué iba a querer visitarme su marido?

—Entonces no era mi marido. Era muy joven. Era primo suyo. De Canadá. Jack Curtis, Curtis. Pero ha debido de tener usted muchos parientes que la habrán visitado a lo largo de los años.

—Nunca tuvimos visitantes. Estábamos demasiado lejos de las carreteras principales —dijo la señorita Dobie con firmeza—. Viví en casa con mi madre y mi padre, luego viví

con mi madre y luego sola. Dejé de dedicarme a las ovejas y fui a trabajar al pueblo. Trabajé en la oficina de Correos.

—Es cierto, así es —dijo Antoinette solícitamente, ofreciendo el vino.

—Pero nunca viví en el pueblo —dijo la señorita Dobie, con un orgullo vago que sonaba a venganza—. No. Iba cada día, todo ese camino, con la motocicleta.

—Jack mentó su motocicleta —dijo Hazel para animarla.

—Entonces yo vivía en la casa antigua. Ahora viven allí unas personas terribles.

Alargó el vaso para pedir más vino.

—Jack acostumbraba pedirle prestada la motocicleta —dijo Hazel—. También iba a

pescar con usted, y cuando limpiaba el pescado, los perros se comían las cabezas.

—¡Puf! —dijo Antoinette.

—Menos mal que no la puedo ver desde aquí —dijo la señorita Dobie.

—La casa —explicó Antoinette, en pesarosa voz baja—. La pareja que vive en ella no está casada. Se han juntado, pero no están casados. —Y como si lo hubiera recordado de manera natural, le dijo a Judy—: ¿Cómo está Tania?

—Está bien —comentó Judy, que no tomaba vino. Levantó la bandeja de pastel de fruta y la colocó—. Ahora va al jardín de infancia.

—Va en autobús —dijo la señorita Dobie

—. El autobús viene y la recoge en la puerta.

—Eso está bien —dijo Antoinette.

—Y la vuelve a traer —continuó la señorita Dobie impresionada—. La vuelve a dejar en la misma puerta.

—Jack decía que tenía usted un perro que comía gachas —dijo Hazel—. Y que una vez le pidió prestados los zapatos. Quiero decir Jack. Mi marido.

La señorita Dobie pareció reflexionar un momento sobre esto. Luego dijo:

—Tania tiene el pelo rojo.

—Tiene el pelo de su madre —dijo Antoinette—. Y los ojos marrones de su madre. Es otra Judy.

—Es ilegítima —dijo la señorita Dobie, con

el aire de quien no hace caso de un montón de tonterías—. Pero Judy la cría bien. Judy es una buena trabajadora. Me gusta ver que tienen un hogar. Es a las inocentes, de todos modos, a las que atrapan.

Hazel pensó que aquello acabaría completamente con Judy, que haría que se fuese corriendo a la cocina. En lugar de eso, pareció llegar a una decisión. Se levantó y fue ofreciendo la tarta. En ningún momento el sonrojo había abandonado su cara, ni el cuello, ni la parte de su pecho que dejaba al descubierto el vestido de fiesta. Su piel abrasaba como si la hubieran abofeteado, y su expresión, al inclinarse hacia cada una de ellas con la bandeja, era la de una niña que estaba



furiosa, ahogando un grito lleno de rencor y desdén. La señorita Dobie se dirigió a Hazel. Dijo:

—¿Puede usted recitar algo?

Hazel tuvo que pensar por un momento lo que era recitar. Luego dijo que no podía.

—Yo recitaré si quiere —dijo la señorita Dobie.

Dejó el vaso vacío, enderezó la espalda y puso los pies juntos.

—Perdone que no me levante —dijo.

Empezó a hablar con una voz que parecía forzada y vacilante al principio, pero que pronto se hizo persistente y absorta. Su pronunciación escocesa se agudizó. Prestaba menos atención al contenido del poema que al

esfuerzo maratoniano de decirlo en el orden apropiado: una palabra detrás de otra, un verso detrás de otro, una estrofa detrás de otra. Su rostro se iba oscureciendo más con el esfuerzo. Pero el recitado no carecía totalmente de expresión; no era como esas presentaciones insensibles de «trabajo memorístico» que Hazel recordaba haber tenido que aprender en la escuela. Parecía más la ofrenda del mejor alumno en la fiesta de la escuela, una especie de martirio público voluntario, con cada inflexión, cada gesto ensayado y ordenado.

Hazel empezó a captar trozos y fragmentos. Una jerigonza sobre hadas, un muchacho capturado por las hadas, luego una chica

llamada Rubia Jennet que se enamoraba de él. Rubia Jennet replicaba de modo insolente a su padre, se envolvía en su manto verde e iba al encuentro de su amado. Luego parecía ser la víspera de Todos los Santos a altas horas de la noche, y un gran número de hadas llegaba a caballo. No hadas delicadas, en absoluto, sino un grupo fiero que cabalgaba por la noche provocando un terrible alboroto.

La Rubia Jennet se quedó en pie, con la mente impasible en el deprimente páramo; y el sonido era cada vez más y más alto a medida que llegaban cabalgando.

Judy se sentó con la bandeja sobre el regazo y se comió un trozo grande de tarta de

frutas. Después se comió otro... todavía con expresión irritada y rencorosa. Cuando se inclinó para ofrecerle tarta, Hazel olió su cuerpo...; no olía mal, pero se trataba de un olor que el lavarse y el desodorizarse habían hecho poco común. Brotaba acaloradamente por entre los pechos generosos de la chica.

Antoinette, sin preocuparse por estar muy callada, se apoderó de un pequeño cenicero de cobre, sacó los cigarrillos del bolso y empezó a fumar. (Dijo que se permitía tres cigarrillos al día.)

Y primero pasó junto al corcel negro,  
negro,  
y luego pasó junto al marrón;

pero rápidamente cogió el corcel blanco como la leche, y tiró al jinete.

Hazel pensó que de nada servía seguir preguntando por Jack. Alguien de por allí probablemente lo recordase, alguien que lo hubiera visto bajar por el camino en la motocicleta, o que hubiese hablado con él una noche en el bar. Pero ¿cómo iba a encontrar a esa persona? Probablemente fuese cierto que Antoinette le había olvidado. Antoinette ya tenía bastante en la cabeza con lo que sucedía en aquel momento. En cuanto a lo que había en la mente de la señorita Dobie, eso parecía estar sacado del aire, todo testarudez y

capricho. En ese momento un duende tenía la prioridad en su parloteante poema.

Le dieron forma en los brazos de Rubia Jennet, un esquí, pero y una víbora;  
lo mantiene firme en cada forma,  
para ser el padre de su hijo.

Una nota de triste satisfacción en la voz de la señorita Dobie indicaba que el final podía estar a la vista. ¿Qué era un esquipero? No importaba, Jennet estaba arrojando a su amado con su manto verde, un «hombre desnudo como Dios lo trajo al mundo» y la reina de las hadas estaba lamentando su pérdida, y justo en el punto en el que la audiencia temía que se produjera algún nuevo

acontecimiento —porque la voz de la señorita Dobie había cedido de nuevo y se había acelerado un poco, como para una larga marcha— el poema se terminó.

—¡Dios mío! —dijo Antoinette cuando estuvo segura—. ¿Cómo puede tener todo eso en la cabeza? Dudley también lo hace. Usted y Dudley, ¡vaya par!

Judy empezó a hacer ruido, distribuyendo tazas y platos. Empezó a servir el té. Antoinette la dejó llegar hasta ahí antes de detenerla.

—Ahora estará un poco fuerte, ¿no crees? —dijo Antoinette—. Me temo que demasiado fuerte para mí. De todos modos, tenemos que marcharnos, de veras. La señorita Dobie

estará deseando descansar, después de todo eso.

Judy recogió la bandeja sin protestar y se dirigió hacia la cocina. Hazel la siguió, con la bandeja de la tarta.

—Creo que el señor Brown tenía la intención de venir —le dijo a Judy discretamente—. No creo que supiera que íbamos a salir tan temprano.

—Ah, sí —dijo aquella muchacha resentida y sonrosada, mientras vaciaba en el fregadero el té que había servido.

—¿Le importaría abrir mi bolso —dijo Antoinette— y sacarme otro cigarrillo? Tengo que fumarme otro cigarrillo. Si bajo la vista



para hacerlo yo, me marearé. Me está entrando dolor de cabeza, a causa de esos quejidos y ese tono monótono.

El cielo se había vuelto a oscurecer, y circulaban bajo una ligera lluvia.

—Debe de ser una vida solitaria para ella —dijo Hazel—. Para Judy.

—Tiene a Tania.

Lo último que había hecho Antoinette al marcharse era poner algunas monedas en la mano de Judy. «Para Tania», había dicho.

—Quizá le gustaría casarse —dijo Hazel—. Pero ¿conocerá por allí a alguien para casarse?

—No sé si puede resultarle difícil encontrar a alguien en cualquier parte —dijo Antoinette—. Teniendo en cuenta la posición en que se

encuentra.

—Eso no es tan importante hoy en día — dijo Hazel—. Las chicas tienen hijos primero y se casan después. Las estrellas de cine y también las chicas corrientes. Constantemente. No importa.

—Yo diría que por aquí sí que importa — dijo Antoinette—. Por aquí no somos estrellas de cine. Un hombre tendría que pensárselo dos veces. Tendría que pensar en su familia. Sería un insulto para su madre. Lo sería aunque ella no tuviese posibilidad de enterarse de la historia. Y si uno se gana la vida tratando con el público, también tiene que pensar en eso.

Detuvo el coche a un lado de la carretera.

Dijo: «Perdón», se bajó y fue andando hasta el muro de piedra. Se inclinó hacia adelante. ¿Estaba llorando? No. Estaba vomitando. Tenía los hombros encorvados y le temblaban. Vomitó hábilmente por encima del muro sobre las hojas caídas del bosque de robles. Hazel abrió la puerta del coche y se dirigió hacia ella, pero Antoinette le hizo señas de que volviera.

El impotente e íntimo sonido del vómito, en la quietud del campo, la vaporosa lluvia.

Antoinette se inclinó y se agarró al muro un instante. Luego se irguió, volvió al coche y se limpió con pañuelos, vacilante pero concienzudamente.

—Me da eso —dijo— con los dolores de

cabeza que tengo.

Hazel dijo:

—¿Quiere que conduzca yo?

—No está usted acostumbrada a este lado de la carretera.

—Iré con cuidado.

Se cambiaron de sitio y Hazel (bastante sorprendida de que Antoinette hubiese aceptado) condujo despacio, mientras Antoinette permanecía sentada con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo y con las manos apretándose la boca. Se le veía la piel grisácea a través del maquillaje rosa. Pero cerca de las afueras de la ciudad abrió los ojos, bajó las manos y dijo algo como:

—Esto es Cathaw.

Estaban pasando por un campo bajo cerca del río.

—Donde en aquel poema —dijo Antoinette, hablando deprisa como lo haría alguien que temiese ser sorprendido por más vómitos— la chica se va y pierde su himen, etcétera.

El campo estaba oscuro y empapado, y rodeado por lo que parecían viviendas protegidas.

A Hazel le sorprendió recordar en ese momento toda una estrofa. Podía oír a la señorita Dobie recitándosela con voz firme.

*Ahora, podéis comprar anillos de oro,  
doncellas,  
mantos verdes podéis hilar;  
pero, si perdéis vuestra virginidad,*

*nunca luego volverá.*

La señorita Dobie tenía una tonelada de palabras para enterrar cualquier cosa.

—Antoinette no está bien —le dijo Hazel a Dudley Brown cuando llegó al salón aquella noche—. Tiene dolor de cabeza acompañado de vómitos. Hoy fuimos a ver a la señorita Dobie.

—Me dejó una nota —dijo Dudley, sacando el whisky y el agua.

Antoinette estaba en la cama. Hazel la había ayudado a llegar hasta allí porque estaba demasiado mareada para valerse por sí misma. Antoinette se metió en cama con sus enaguas

y pidió un paño para lavarse la cara, para poder quitarse lo que le quedaba de maquillaje y no ensuciar la funda de la almohada. Luego pidió una toalla por si vomitaba de nuevo. Indicó a Hazel cómo colgar su traje —aún el mismo y aún milagrosamente immaculado— en el colgador forrado. Su dormitorio era humilde y estrecho. Daba a la pared de estuco del banco contiguo. Dormía en una cama de metal. Sobre la cómoda estaba desplegada toda la parafernalia que utilizaba para teñirse el pelo. ¿Se sentiría molesta cuando se diera cuenta de que Hazel debía de haberlo visto? Probablemente no. Podría haber olvidado ya aquella mentira. O podría estar preparada para seguir mintiendo, como una reina, que

convierte en verdad cualquier cosa que diga.

—Hizo que la mujer de la cocina subiese para lo de la cena —dijo Hazel—. Estará en el aparador y tenemos que servirnos nosotros mismos.

—Sirvámonos de esto primero —dijo Dudley. Había llevado la botella de whisky.

—La señorita Dobie no fue capaz de recordar a mi esposo.

—¿No?

—Había allí una chica. Más bien una mujer joven. Cuida de la señora Dobie.

—Judy Armstrong —dijo Dudley.

Esperó para ver si él podía abstenerse de preguntar más, si podía obligarse a cambiar de tema. No pudo.



—¿Tiene todavía aquel maravilloso pelo rojo?

—Sí —dijo Hazel—. ¿Pensaba que se lo habría rapado?

—Las chicas le hacen cosas terribles a su pelo. Veo espantajos todos los días. Pero Judy no es de esa clase.

—Sirvió una oscura tarta de frutas muy buena —dijo Hazel—. Antoinette dijo que traería un trozo a casa para usted, pero creo que se olvidó. Me parece que ya se sentía mal cuando nos fuimos.

—Quizá la tarta estuviese envenenada —dijo Dudley—. Como lo está a menudo, en los cuentos.

—Judy se comió dos trozos, yo comí un

poco y también la señorita Dobie, de modo que no lo creo.

—Quizá solo lo estaba el de Antoinette.

—Antoinette no comió. Solo tomó un poco de vino y fumó un cigarrillo.

Al cabo de un momento de silencio, Dudley preguntó:

—¿Cómo la agasajó la señorita Dobie?

—Recitó un largo poema.

—Ah, sí, lo hace a menudo. Baladas, se llaman, no poemas. ¿Recuerda cuál era?

Los versos que le venían a Hazel a la cabeza eran los referentes a la virginidad. Pero los rechazó por ser crudamente maliciosos e intentó encontrar otros.

—¿Primero méteme en un puesto de leche?

—dijo vacilante—. ¿Luego en un puesto de agua?

—Pero agárrame fuerte, no me sueltes — gritó Dudley, muy complacido—. ¡Seré el padre de tu hijo!

Casi tan falto de tacto como los primeros versos en los que había pensado, pero a él no parecía importarle. Se echó hacia atrás en la silla, con aire aliviado, levantó la cabeza y empezó a recitar... el mismo poema que había recitado la señorita Dobie, pero ahora con un tranquilo deleite, y con estilo, con una cálida, triste y espléndida voz masculina. Exageró su acento pero, al haberse empapado ya de buena parte del poema la primera vez, casi en contra de su voluntad, Hazel fue capaz de

entender cada palabra. El muchacho apresado por las hadas, que vivía una vida de aventuras y ventajas (incapaz de sentir dolor en primer lugar), pero que se va volviendo más cauto a medida que se va haciendo mayor, asustado de «pagar su debilidad en el infierno», y, anhelando un ambiente humano, seduce a una chica atrevida y le indica cómo puede liberarle. Tiene que hacerlo agarrándose a él, agarrándole sin importar en qué horrores puedan transformarlo las hadas, agarrándole hasta que sus trucos se agoten y le dejen ir. Desde luego, el estilo de Dudley era anticuado y, desde luego, él se burlaba un poco de sí mismo. Pero eso era solo en apariencia. Aquel recitado era como un canto. Uno podía pasar

revista a sus anhelos sin temer caer en el ridículo.

*Le dieron forma en sus brazos finalmente,  
un hombre desnudo como Dios lo trajo al  
mundo:*

*ella le arropó en su manto verde,  
y así ganó su verdadero amor.*

Usted y la señorita Dobie, vaya par.

—Vimos el lugar al que ella iba a verle —  
dijo Hazel—. En el camino de vuelta,  
Antoinette me lo enseñó. Abajo, junto al río.

Pensó que era maravilloso estar allí, en  
medio de las vidas de aquellas personas,  
viendo lo que había visto de sus intrigas, sus

heridas. Jack no estaba allí, Jack no estaba allí después de todo, pero ella sí.

—¿Carterhaugh? —dijo Dudley, con voz desdeñosa y emocionada—. ¡Eso no está junto al río! ¡Antoinette no sabe de qué habla! Eso está en el campo de arriba, tiene vistas al río. Ahí es donde estaban los anillos de las hadas. Hongos. Si hubiese luna, podríamos ir esta noche a verlo.

Hazel podía percibir algo, como si un gato hubiese saltado a su regazo. Sexo. Notó que los ojos se le dilataban, la piel se le estiraba y las piernas se acomodaban, atentas. Pero la luna no iba a salir; aquello era la otra cosa que su tono dejaba claro. Sirvió más whisky, y no para seducirla. Toda la fe y la energía, la

habilidad, la falta de memoria que son necesarias para manejar incluso un asunto ínfimo (Hazel lo sabía, porque había tenido dos mínimas aventuras, una en la facultad y otra en un congreso de profesores), todo aquello estaba fuera de su alcance en aquel momento. Dejarían que la atracción pasara por encima de ellos y decayera. Antoinette habría estado dispuesta, Hazel estaba segura de ello. Antoinette habría tolerado a alguien que iba a marcharse, alguien que no importaba realmente, que era solo una estadounidense. Eso era otra cosa para hacerles retroceder: la aceptación de Antoinette. Eso era suficiente para hacerles precavidos, exigentes.

—La pequeña —dijo Dudley con voz más

tranquila—. ¿Estaba allí?

—No. Va al jardín de infancia.

Hazel pensó en qué poco se precisaba realmente —una balada— para llevar su mente del estímulo al consuelo.

—¿Sí? ¿Qué nombre le han puesto a esa niña! Tania.

—No es un nombre tan raro —dijo Hazel—. Hoy en día no.

—Lo sé. Todas tienen extravagantes nombres internacionales, como Tania, Natasha, Erin, Solange y Carmen. Ni una tiene un nombre conocido. Esas chicas con el pelo de gallo que veo por las calles. Ellas eligen los nombres. Son las madres.

—Yo tengo una nieta llamada Brittany —



dijo Hazel—. Y he oído de una niña llamada Cappuccino.

—¿Cappuccino? ¿De verdad? ¿Por qué no ponerle a una Cassoulet? ¿Fettucini? ¿Alsacia-Lorena?

—Probablemente lo hagan.

—¿Schleswig-Holstein! ¡He ahí un buen nombre para usted!

—Pero ¿cuándo la ha visto por última vez?

—preguntó Hazel—. A Tania.

—No la veo —dijo Dudley—. No voy allí. Tenemos asuntos financieros, pero no voy.

Bueno, pues tendría que ir, estuvo a punto de decirle. Debería ir y no hacer arreglos tontos en los que se puede meter Antoinette para estropearlos, como hizo hoy. No

obstante, él fue el primero que habló. Se inclinó hacia adelante y le habló con una sinceridad que en algo se debía al alcohol.

—¿Qué tengo que hacer? No puedo hacer felices a dos mujeres.

Una afirmación que podría haberse considerado fatua, vanidosa, evasiva.

No obstante, era cierto. Hazel se interrumpió. Era cierto. Al principio el derecho parecía ser todo de Judy, por su hija, su soledad y su precioso cabello. Pero ¿por qué tenía que salir Antoinette derrotada, solo porque había estado mucho tiempo en la carrera y podía calcular y evitar los abandonos y sabía cómo cuidar de su apariencia? Antoinette debía de haber sido útil, leal, y

quizá tierna en privado. Y ni siquiera pedía todo el corazón de un hombre. Podía cerrar los ojos ante una visita secreta de vez en cuando. (Si bien se pondría enferma; tendría que volver la cabeza y vomitar.) Judy no toleraría todo eso. Ella estaría rebosante del fervor de una balada, toda promesas e imprecaciones. Él no podía soportar tal sufrimiento, tal cerco. Así que, ¿le había frustrado hoy Antoinette por su propio bien? Esa era la manera en la que ella debía de verlo; la manera en que él podría verlo también, al cabo de un tiempo. Incluso en ese momento, quizá, en ese momento en que la balada había agitado y aliviado su corazón.

Jack había dicho algo así una vez. No sobre

dos mujeres, sino de hacer a una mujer — bueno, era a Hazel— feliz. Ella pensó en lo que él le había dicho. «Yo podría hacerte muy feliz.» Él quería decir que podría hacer que ella sintiese un orgasmo. Era algo que los hombres decían entonces, cuando intentaban persuadirte, y eso era lo que querían decir. Quizá todavía lo decían. Probablemente no eran tan indirectos hoy en día. Y había tenido razón en lo que prometió. Pero nadie le había dicho aquello antes a Hazel, y ella se quedó asombrada y se tomó la promesa al pie de la letra. Le pareció temerario y profundo; deslumbrante, pero presuntuoso. Tuvo que intentar verse entonces, como alguien a quien se podía «hacer feliz». Todo el preocupado,

luchador y complicado fardo de Hazel..., ¿era aquello algo que podía simplemente ser recogido y «hecho feliz»?

Un día, unos veinte años después, iba en coche por la calle principal de Walley y vio a Jack. Miraba a través del escaparate de la tienda de electrodomésticos. Era mientras ella iba a la facultad. Tenía recados que hacer, clases a las que ir, trabajos, laboratorios, deberes. Podía percibir las cosas solo si se detenía durante uno o dos minutos, como ahora, esperando el semáforo. Vio a Jack —lo delgado y juvenil que se le veía con sus pantalones y su suéter— gris e insustancial. No hubo nada que se pareciera a una insinuación de que él iba a morir allí; en la

tienda. (Murió realmente allí; se desplomó mientras hablaba con un cliente..., pero aquello fue años después.) No advirtió de inmediato en qué se había convertido su vida: dos o tres noches a la semana en la Legión, las otras noches las pasaba tumbado en el sofá desde la hora de cenar hasta el momento de irse a la cama, viendo la televisión, bebiendo. Tres, cuatro copas. Jamás vulgar, jamás ruidoso, nunca perdió el sentido. Enjuagaba el vaso en el fregadero de la cocina antes de irse a la cama. Una vida de trabajo rutinario, hábitos, momentos, chistes. Todo lo que vio fue su tranquilidad, una mirada que podría haberse llamado espectral.

Vio que su hermosura —una hermosura

particular de la Segunda Guerra Mundial, según creía ella, con cierta tendencia a bromear sobre la misma y una orgullosa pasividad— estaba todavía intacta. Lo que él le mostraba a través del cristal era una dulzura espectral.

Ella podría estar esforzándose por llegar hasta él, en ese momento tanto como entonces. Llena de esperanzas que lastimaban, y de pasión, y de acusaciones. Ella entonces no se soltó..., pensaba en un examen, o en comestibles. Y si en ese momento se soltase, sería como intentar sentir el dolor en un miembro perdido. Una prueba rápida, una punzada que lleva toda la forma en el aire. Eso sería suficiente.

Estaba algo borracha para entonces, y pensó en decirle a Dudley Brown que quizá «estaba» haciendo felices a esas dos mujeres. ¿Qué querría decir con eso? Quizá que les estaba dando algo en qué centrarse. Un duro límite que quizá un día una podría atravesar en un hombre, un nudo en su mente que una podría deshacer, una tranquilidad que una podría sacudir o una ausencia que se le podría hacer lamentar..., esas cosas que harán que una preste atención, aunque crea que le han enseñado a no hacerlo. ¿Podría decirse de eso que la hace a una feliz?

Entretanto, ¿qué hace feliz a un hombre?

Tiene que ser algo totalmente distinto.



## Naranjas y manzanas

—He contratado a una chica bien parecida de Shawtown —dijo el padre de Murray—, es una Delaney, pero por el momento no parece tener malas costumbres. La he puesto en el departamento de prendas masculinas.

Eso era en la primavera de 1955. Murray acababa de salir de la universidad. Había vuelto a casa y había visto al instante la suerte que le aguardaba. Cualquiera podía verlo, escrito en el rostro ensombrecido y hundido de su padre, creciendo casi a diario en el estómago de su padre, la dura masa que lo mataría antes del invierno. En seis meses

Murray estaría al cargo, sentado en el pequeño despacho de vigilancia que colgaba como una jaula en la parte posterior del almacén, por encima del linóleo.

Zeigler's se llamaba entonces todavía Grandes Almacenes Zeigler's. Tenía casi la misma edad que la ciudad. El edificio actual, de tres plantas, ladrillo rojo, el nombre en angulosas letras de ladrillo gris, que a Murray siempre le habían parecido desconcertantemente elegantes y orientales, había sido levantado en 1880, en sustitución de un primer edificio de madera. El almacén ya no vendía ni comestibles ni quincallería, pero aún tenía ropa de señoras, caballeros y niños, mercería, zapatería, tapicería, artículos

del hogar, muebles.

Murray se dio una vuelta para echar un vistazo a la chica bien parecida. La encontró acorralada tras hileras de camisas envueltas en celofán. Barbara. Era alta y bien desarrollada, como su padre había dicho en voz baja y pesarosa. Su espeso pelo negro no era ni rizado ni liso, le salía como un penacho de la amplia y blanca frente. Sus cejas eran espesas y negras también, y brillantes. Murray se enteró más tarde de que se ponía vaselina y se arrancaba los pelos que se encontraba por encima de la nariz.

La madre de Barbara había sido el sostén de una apartada granja. Cuando murió, la familia emigró a Shawtown, que era un pueblo

ruidoso y medio rural de las afueras de Walley. El padre de Barbara hacía trabajos esporádicos y sus dos hermanos habían tenido problemas con coches y allanamientos de moradas. Uno de ellos desapareció después. El otro se casó con una chica mandona y sentó cabeza. Era el primero el que había ido al almacén en aquel momento y daba vueltas con el pretexto de visitar a Barbara.

—Cuidado con él —dijo Barbara a los demás dependientes—. Es un pelmazo, pero sabe cómo hacer que se le queden las cosas pegadas en los dedos.

Al oír esto, Murray quedó impresionado por su falta de sentimiento familiar. Él era hijo único, no mimado, sino favorecido, y se sentía

obligado por muchos lazos de deber, decencia y amor. En cuanto llegaba a casa desde la facultad, tenía que ir a saludar a todas las personas que trabajaban en el almacén, a la mayoría de las cuales conocía desde que era niño. Tenía que hablar y sonreír en las calles de Walley, afable como un príncipe coronado.

Al hermano de Barbara lo cogieron con un par de calcetines en un bolsillo y un paquete de ganchos para cortinas en el otro.

—¿Para qué cree que quería los ganchos de cortina? —preguntó Murray a Barbara. Estaba deseoso de convertir aquello en una broma para demostrarle que nada había contra ella a causa de su hermano.

—¿Y cómo voy a saberlo? —le respondió

Barbara.

—Quizá necesita que le aconsejen —dijo Murray. Había hecho algunos cursos de sociología, porque en un determinado momento esperaba llegar a ser pastor de la Iglesia unificada.

Barbara dijo:

—Quizá necesita que le cuelguen.

Murray se enamoró de ella entonces, si no estaba ya enamorado. «He aquí una chica noble —pensó—. Una vigorosa azucena blanca y negra de la marisma irlandesa: Lorna Doone con una lengua más procaz y un temple más fuerte. A mi madre no le gustaría.» (En eso estaba absolutamente en lo cierto.) Era más feliz de lo que había sido en

cualquier época desde que perdiera la fe. (Ese era un modo insatisfactorio de expresarlo. Fue como si hubiese entrado en una habitación cerrada, o hubiese abierto un cajón y hubiese visto que su fe se había secado, que se había convertido en un montón de polvo en el rincón.)

Siempre decía que enseguida decidió conquistar a Barbara, pero que no utilizó táctica alguna más allá de un franco despliegue de adoración. Una capacidad de adoración había sido evidente en él durante toda su época de estudiante, junto con su buen carácter y una tendencia a amparar a los desvalidos. Pero era lo bastante fuerte, tenía las suficientes ventajas propias, y ningún golpe

serio lo había alcanzado. Era capaz de encajar los golpes menores.

Barbara se negó a ir en una carroza, en el desfile de la elección de la reina del día de la Soberanía, como representante de los comerciantes del centro de la ciudad.

—Estoy absolutamente de acuerdo contigo —dijo Murray—. Los concursos de belleza son degradantes.

—Es por las flores de papel —respondió Barbara—. Me hacen estornudar.

Murray y Barbara viven ahora en Zeigler, un lugar de veraneo, a unos cuarenta kilómetros al norte de Walley. Allí la tierra es desigual y montañosa. Los granjeros la abandonaron al



terminar el siglo y la dejaron a merced de la maleza. El padre de Murray compró doscientos acres, construyó una cabaña rudimentaria y llamó al lugar su coto de caza. Cuando Murray perdió el almacén en Walley, y la casa grande y la casita en el terreno detrás del almacén, se fue allí con Barbara y sus dos hijos pequeños. Conducía un autocar escolar para tener unos ingresos en efectivo y trabajaba el resto del tiempo construyendo ocho nuevas cabañas y renovando la que había allí para que sirviera de alojamiento y vivienda para su familia. Aprendió carpintería, albañilería, electricidad, fontanería. Cortó árboles, cegó el riachuelo, limpió el fondo, y acarreó arena para hacer un estanque donde

bañarse y una playa. Por razones evidentes — como él dice—, Barbara llevaba las cuentas.

Murray dice que la suya es una historia corriente. ¿Merece el apelativo de clásica? «Mi bisabuelo puso el negocio en marcha. Mi abuelo lo estableció en toda su gloria. Mi padre lo conservó. Y yo lo perdí.»

No le importa decírselo a la gente. No es que les aborde y les abra su pecho de inmediato. Los huéspedes están acostumbrados a verle siempre trabajando: reparando el dique, pintando el bote de remos, transportando provisiones, cavando zanjas; se le ve tan competente e infatigable, tan dedicado al trabajo que está haciendo, que le toman por un granjero que cuida del lugar.

Tiene una paciencia, una cordialidad nada curiosa, el cuerpo poco atlético pero fortalecido y útil, el rostro tostado por el sol, el entrecano aire juvenil que podrían esperar de un hombre del campo. Pero los mismos huéspedes vuelven año tras año y a veces se convierten en amigos que son invitados la última noche a cenar en casa. (Entre los habituales se considera un éxito hacerse amigos de la majestuosa Barbara. Algunos nunca lo consiguen.) Entonces pueden llegar a escuchar la historia de Murray.

—Mi abuelo acostumbraba subirse al tejado de nuestro edificio de Walley —dice Murray—. Se subía al tejado y echaba dinero. Cada sábado por la tarde. Monedas de veinticinco

centavos, de diez, de cinco..., perras chicas creo que se les llamaba entonces. Atraía a la multitud. Los hombres que levantaron Walley eran tipos chulos. No tenían educación. No eran corteses. Se pensaban que estaban construyendo Chicago.

Dijo que luego sucedió algo distinto. Llegaron las damas, los párrocos y la escuela primaria. Se acabaron los bares y empezaron las reuniones sociales en el jardín. El padre de Murray era una de las autoridades de Saint Andrew's; fue candidato por el partido conservador.

—Es curioso..., decíamos «ser candidato» en lugar de «presentarse como candidato». El almacén era una institución por aquel

entonces. Nada cambió durante décadas. Los antiguos mostradores con tapas de vidrio curvado y el cambio pasando rápidamente por encima de sus cabezas. En los años cincuenta, toda la ciudad era así. Los olmos todavía no habían desaparecido. Habían empezado a desaparecer. En verano los antiguos toldos estaban por toda la plaza.

Cuando Murray decidió modernizarse, se jugó el todo por el todo. Era 1965. Cubrió el edificio entero de estuco blanco y abrió escaparates. Escaparates pequeños, elegantes, a la altura de la vista, puestos a lo largo de la calle, como si estuviesen pensados para exhibir las joyas de la corona. El nombre de Zeigler's —solo eso—, escrito de un lado a

otro del estuco, en neón rosa y letra corriente. Tiró los mostradores que había a la altura de la cintura, alfombró el piso barnizado y puso luces indirectas y muchos espejos. Una gran claraboya por encima de la escalera. (Tenía goteras, tuvo que ser reparada y la quitaron antes del segundo invierno.) Árboles interiores, pequeños estanques y una especie de fuente en la sección de señoras.

Una insensatez.

Mientras tanto, se había abierto un centro comercial al sur de la ciudad. ¿Debería Murray haberse mudado allí? Estaba demasiado endeudado para trasladarse. También se había convertido en promotor de la ciudad. No solamente había cambiado la

imagen de Zeigler's, él mismo había cambiado, y se había convertido en un ocupado portavoz de la escena municipal. Era miembro de comités. Estaba en el comité de urbanismo. Fue así como descubrió que un hombre de Logan, un comerciante y constructor, obtenía dinero del gobierno para restaurar edificios viejos, pero la verdad era que estaba derribando los viejos edificios y conservaba únicamente parte de los cimientos para añadir sus nuevos, feos, mal contruidos y lucrativos edificios de apartamentos.

—¡Ajá...! ¡Corrupción! —dice Murray cuando lo recuerda—. ¡Que la gente se entere! Se lo vociferé a los periódicos, prácticamente vociferé en las esquinas de las calles. ¿Qué

creía? ¿Creía que la gente «no» lo sabía? Debió de ser un sentimiento de autodestrucción. Fue un sentimiento de autodestrucción. Llegué a ser un orador tan populachero que me echaron del comité. Había perdido credibilidad. Eso dijeron. También había perdido el almacén. Lo perdí en beneficio del banco, además de la gran casa que mi abuelo construyó y la casita en el mismo terreno en la que Barbara, los niños y yo vivíamos. El banco no podía apoderarse de todo, pero yo lo vendí, para liquidar la deuda..., así fue como quise hacerlo. Fue una suerte que mi madre muriese antes de que llegase la bancarrota.

A veces Barbara se excusa mientras Murray



está hablando. Puede ir por más café y volver en un momento, o puede coger al perro, Sadie, e ir a dar un paseo hasta el estanque, por entre los pálidos troncos de los abedules y los álamos y bajo los inclinados abetos. A Murray no le importa contar, aunque, sin aparentarlo, escucha para oírla llegar. Cualquiera que se convierta en su amigo tiene que entender cómo Barbara equilibra el contacto con las ausencias, del mismo modo que tiene que comprender que Barbara no quiere «hacer» nada. Hace muchas cosas, desde luego. Cocina, dirige el lugar. Pero cuando las personas descubren lo mucho que ha leído y que nunca ha ido a la universidad, a veces sugieren que debería ir, que debería

obtener un título.

—¿Para qué? —dice Barbara.

Y resulta que no quiere ser ni profesora, ni erudita, ni bibliotecaria, ni editora, ni hacer documentales para televisión, ni crítica de libros, ni escribir artículos. La lista de cosas que Barbara no quiere hacer es tan larga como un brazo. Aparentemente, quiere hacer lo que hace: leer, ir a dar paseos, comer y beber con agrado, tolerar alguna compañía. Y, a menos que la gente pueda valorar eso en ella —sus retiros, su rigurosa indolencia (tiene un aire indolente incluso cuando está haciendo una cena excelente para treinta personas)—, no permanece entre quienes tolera.

Mientras Murray estaba ocupado haciendo

renovaciones, pidiendo dinero prestado y comprometiéndose en la vida municipal, Barbara leía. Siempre había leído, pero en ese momento permitía que le ocupase cada vez más tiempo. Sus hijos habían empezado a ir a la escuela. Algunos días Barbara no salía de casa. Siempre había una taza de café junto a su silla, y un montón de gruesos y polvorientos libros de la biblioteca, *En busca del tiempo perdido*, *José y sus hermanos*, libros de rusos menores de quienes Murray nunca había oído hablar. «Barbara tiene una auténtica obsesión por leer —decía su madre—, ¿es que no le preocupa traer todos esos libros de la biblioteca a casa? Nunca se sabe quién los ha manejado.»

Leyendo aquellos libros tan gruesos, Barbara también engordó. No se puso realmente gorda, pero añadió diez o doce kilos bien distribuidos a su figura alta y nunca frágil. Su cara también cambió..., la carne desdibujó las líneas firmes dándole un aspecto más dulce y en cierto modo más joven. Se le hincharon las mejillas y la boca parecía más reservada. A veces tenía, todavía la tiene, la expresión de una niña abstraída y bastante testaruda. Ahora lee libros más ligeros de checos, japoneses o rumanos, y sigue estando gruesa. Tiene el pelo largo, todavía, y también negro, menos el de alrededor de la cara, que se le ha puesto cano, como si hubieran echado sobre él un trozo de velo.

Murray y Barbara descenden por la colina, desde carreteras serpenteantes y empinadas hasta la cuadrícula recta y llana de los terrenos de cultivo. Se dirigen a Walley por una razón especial. Hace dos semanas, Barbara se descubrió un bulto en la carne de una de las nalgas. Se estaba secando al salir del estanque... (era el último baño, el último momento de tiempo cálido del año). El bulto era aproximadamente del tamaño de una canica.

—Si no estuviese tan gorda, probablemente lo habría visto antes —dijo, sin un pesar ni una alarma especial. Ella y Murray hablaban del bulto como si hablaran de un diente picado..., una molestia que debía ser tratada.

Se lo quitaron en el hospital de Walley. Luego tuvieron que hacerle una biopsia.

—¿Es posible tener cáncer de nalgas? — preguntó al médico—. ¡Qué cosa tan indigna!

Él dijo que el bulto podía ser una especie de boya, células malignas que tuvieran su origen en algún otro lugar del cuerpo. Un mensaje sellado. Y podían seguir siendo un misterio: células malignas cuyo hogar de base nunca podría encontrarse. Si es que se demostraba que fuesen células malignas.

—El futuro es incierto hasta que lo sepamos —dijo el médico.

Ayer, la recepcionista del médico telefoneó y dijo que ya tenían los resultados. Le dio hora para que Barbara viera al médico en su

consulta de Walley aquella tarde.

—¿Eso es todo? —preguntó Murray.

—¿Qué todo?

—¿Es eso todo lo que dijo?

—Solo es la recepcionista. Eso es todo lo que se supone que debe decir.

Circulan entre muros de trigo. Las cañas son de dos metros o dos metros y medio. En cualquier momento los agricultores empezarán a segarlas. El sol está lo bastante bajo, incluso siendo media tarde, para brillar a través de ellas y volverlas color oro cobrizo. Circulan en medio de un ordenado resplandor, kilómetro tras kilómetro.

La noche anterior no se acostaron hasta tarde; estuvieron viendo una película muy,

muy antigua, *El camino del pino solitario*. Murray la había visto cuando era niño, en el teatro Roxy, en Walley. Todo lo que recordaba era cuando mataban a Buddy y a Henry Fonda haciendo astillas el ataúd de pino.

Pensando en ello, empieza a cantar:

—«Cortaron el viejo pino y lo transportaron hasta el molino». Siempre creí —dice, interrumpiéndose— que esa canción era de esa película.

Barbara sigue cantando.

—«Para hacer un ataúd de pino para mi amor.» —Luego dice—: No seas remilgado.

—No es eso —dice Murray—. Había olvidado lo que venía a continuación.



—No quiero que te quedes sentado en la sala de espera. Es horrible. Vete a la playa y espérame allí. Yo bajaré por la Escalera de la Puesta de Sol.

Pasan por delante de la granja en la que Beatrice Sawicky tenía caballos. Hubo un tiempo en el que tuvo una escuela de equitación. No duró mucho. Después tuvo caballos en pupilaje y debía de ganarse la vida con ello porque siguió haciéndolo y se quedó allí hasta hace cuatro o cinco años, cuando lo vendió todo y, presumiblemente, se marchó a otro sitio. No sabían adónde había ido; la habían visto unas cuantas veces en la ciudad, pero nunca habían hablado con ella. Cuando pasaban y veían los caballos en los campos,

uno u otro decía:

—Me pregunto qué fue de Victor.

Cada vez que pasaban no, pero aproximadamente una vez al año, uno de ellos lo decía y el otro respondía: «Sabe Dios», o algo por el estilo. Pero no se han molestado en decirlo desde que Beatrice y los caballos se marcharon.

La primera vez que Victor Sawicky entró en el almacén, ahuyentó a los dependientes —eso le dijo Murray a Barbara—, como un gato entre palomas. Y, de hecho, muchos de los dependientes que Murray había heredado con el almacén parecían realmente palomas..., eran solteronas de pelo gris cuya doncellez no

les había impedido hacerse robustas y de pecho voluminoso. Era fácil imaginar un sudor pegajoso de alarma entre aquellos pechos a la vista de Victor. Una de las mujeres fue corriendo rampa arriba hasta la pequeña oficina de Murray para decirle que había un extraño y que nadie podía entender qué era lo que quería.

Quería ropa de trabajo. No era tan difícil entender lo que decía. (Después de todo, había vivido varios años en Inglaterra.) No era el acento polaco lo que había desanimado a los dependientes del almacén Zeigler's, era el aspecto de Victor. Murray catalogó de inmediato a Victor en la misma clase de seres humanos que Barbara, pero, de los dos,

encontró que Victor era, con mucho, el más espléndido y perturbador. Había sido capaz de mirar a Barbara y pensar: «Esa es una chica excepcional». Pero era todavía una muchacha y él quería acostarse con ella. (Entonces hacía siete años que se habían casado.) Victor llamó su atención como podría hacerlo un elegante y regio animal..., por ejemplo un palomino dorado, atrevido pero muy nervioso, avergonzado de la sensación que producía. Uno podía intentar decir algo conciliador pero cortés y pasar la mano por su brillante cuello, si él se dejara.

Murray dijo:

—Ropa de trabajo.

Victor era alto, de huesos ligeros y de

aspecto pulido. En la cafetería del hotel British Exchange, a la que él y Murray se acostumbraron a ir, una camarera le dijo un día:

—¿Le importaría contestar a una pregunta? Es que hemos hecho una especie de apuesta. ¿Cuánto mide usted?

—Un metro noventa y cinco centímetros —respondió Victor.

—¿Solo eso? Creíamos que hacía lo menos dos metros diez.

Su piel era de un pálido color oliva, el cabello de un rubio oscuro, los ojos de un azul claro y brillante. Tenía los ojos un poco saltones, y nunca abría del todo los párpados. Tenía unos dientes grandes y manchados,

como sus dedos, de nicotina. Fumaba constantemente. Estaba fumando mientras miraba con perplejidad los monos de trabajo del almacén Zeigler's. Eran demasiado cortos de piernas.

Dijo que él y su mujer, que era inglesa, habían comprado una granja en las afueras de la ciudad. Murray quería hablarle sin la presencia de los dependientes que daban vueltas alrededor, estupefactos, de modo que se lo llevó calle abajo, por primera vez, al British Exchange. Conocía la granja de la que le hablaba Victor y no le parecía gran cosa. Pero Victor le dijo que no tenían la intención de cultivarla. Iban a tener caballos y a regentar una escuela de equitación. Victor pidió a

Murray su opinión sobre si eso podría o no tener éxito. ¿Había bastantes niñas ricas por allí?

—Creo que si se tiene una escuela de equitación tiene que haber niñas ricas. Son las que aprenden a montar a caballo.

—Podría anunciarlo en los diarios de la ciudad, y podrían venir en verano —dijo Murray.

—Desde luego. De colonias. Colonias ecuestres. Aquí y en Estados Unidos siempre van de colonias en verano, ¿no es cierto?

Victor parecía encantado con la idea. Todo era absurdo para él, todo era aceptable. Los inviernos..., ¿es cierto que hay heladas desde octubre hasta mayo? ¿Llega realmente la nieve

hasta los alféizares de las ventanas? ¿Se puede beber el agua del pozo sin hervirla o hay peligro de coger la fiebre tifoidea? ¿Qué clase de árboles, una vez cortados, dan más calor en la estufa?

Murray no podía recordar después qué preguntas le hizo el primer día, o si hubo alguna vez una frontera entre las preguntas prácticas y las más generales o las personales. No creyó que la hubiera..., todas venían mezcladas. Cuando Victor deseaba saber algo, preguntaba. ¿Cuándo se construyeron aquellos edificios? ¿Cuál es la religión más importante? Y... ¿se la toman muy en serio? ¿Quién es aquel hombre de aspecto importante, aquella mujer triste? ¿En qué trabaja la gente? ¿Hay



agitadores, librepensadores, gente muy rica, comunistas? ¿Qué clase de delitos se cometen, cuándo fue la última vez que hubo un asesinato, hay adulterio? ¿Jugaba Murray al golf, tenía una barca de recreo, le llamaban señor sus empleados? (No mucho, no, no.) Los ojos de Victor seguían brillando de gusto, fuera cual fuese la pregunta, fuera cual fuese la respuesta. Estiraba sus largas piernas, que le sobresalían por debajo de la mesa de la cafetería, y unía las manos en la nuca. Disfrutaba abarcándolo todo. Pronto Murray le estaba hablando de cómo su abuelo tiraba monedas a la calle, de los trajes oscuros de su padre y de los chalecos con espaldas de seda, y de su propia inclinación a convertirse en

sacerdote.

—¿Pero no llegaste a serlo?

—Perdí la fe.

A Murray siempre le parecía que tenía que sonreír al pronunciar aquello.

—Es...

—Sé lo que es.

Cuando iba a ver a Murray al almacén, Victor no preguntaba a alguno de los empleados si podía verle, sino que subía directamente al despacho, rampa arriba hasta la pequeña jaula. Tenía paredes de hierro forjado alrededor, casi tan altas como Murray, metro setenta y cinco aproximadamente. Victor intentaba subir a hurtadillas, pero, por supuesto, su presencia ya había alterado el

almacén y despertado murmullos de atención, de recelo, de excitación. Murray normalmente sabía cuándo iba a ir, pero aparentaba que no. Entonces Victor, para darle una sorpresa, apoyaba su reluciente cabeza sobre la pared, con el cuello entre dos de las puntiagudas y decorativas púas. Se reía de la tonta impresión.

Murray encontraba esto inexplicablemente halagador.

Victor tenía una historia propia, desde luego. Era diez años mayor que Murray; tenía diecinueve años cuando estalló la guerra. Entonces era estudiante en Varsovia. Había estado tomando clases de vuelo, pero todavía no tenía licencia de piloto. No obstante, fue

hasta la pista de aterrizaje en la que se encontraban los aviones de la Fuerza Aérea Polaca, él y algunos de sus amigos fueron allí casi como haciendo una travesura la mañana de la invasión alemana, y casi como una broma cogieron varios de los aviones, los hicieron despegar y volaron con ellos hasta Suecia. Después de esto, fue a Inglaterra y se unió a la Fuerza Aérea Polaca, que se había unido a la Royal Air Force. Voló en muchos bombardeos y fue derribado en Francia. Salió de apuros, se escondió en un bosque, comió patatas crudas de los campos, lo ayudó la resistencia francesa y se dirigió hacia la frontera española. Volvió a Inglaterra y se encontró, para su gran decepción, con que no

le iban a permitir volar de nuevo. Sabía demasiado. Si lo volvieran a derribar y fuese capturado e interrogado, sabría demasiado. Se quedó tan desilusionado, tan inquieto, dio tanto la lata que le dieron otro trabajo: fue enviado a Turquía, en una misión más o menos secreta, para formar parte de una red que ayudaba a polacos, y otros, que escapaban a través de los Balcanes.

Aquello era lo que había estado haciendo mientras Murray y sus amigos se construían maquetas de aeroplanos e instalaban una especie de carlinga en el cobertizo para bicicletas de la escuela, para fingir que estaban bombardeando Alemania.

—Pero ¿tú te crees realmente todo eso? —

le preguntó Barbara.

—Hubo aviones polacos que volaron hasta Suecia antes de que los alemanes pudieran alcanzarlos —decía Murray con terquedad—. Y hubo quien fue derribado en Francia y escapó.

—¿Tú crees que alguien que llama tanto la atención como Víctor podría escapar? ¿Crees que enviarían a alguien tan llamativo a una misión secreta? Te tienes que parecer más a Alec Guinness para que te envíen a una misión secreta.

—Quizá llama tanto la atención que parece inocente —dijo Murray—. Quizá parecería la última persona sobre la tierra a quien pudieran enviar a una misión secreta, y esa podría ser la

razón por la que nadie sospecharía.

Quizá por primera vez pensó que el cinismo de Barbara era automático e irritante. Era una peculiaridad que tenía, un tic.

Tuvieron esta conversación después de que Victor y Beatrice hubieran ido a cenar. Murray tenía ganas de que Victor y Barbara se conocieran. Quería presentarlos, casi presumir del uno ante el otro. Pero cuando llegó la oportunidad, no estuvieron demasiado bien. Ambos parecían darse aires de superioridad, mostrarse indiferentes, nerviosos, irónicos.

El día de la invitación a cenar, a fines de mayo, había sido anormalmente frío y lluvioso. Los niños —Felicity tenía entonces

cinco años y Adam tres— habían estado jugando dentro de la casa todo el día, estorbando a Barbara, desordenando la sala que había limpiado, y a la hora de acostarse no estaban lo suficientemente cansados para estar tranquilos. La tarde, larga y clara, no ayudaba. Hubo muchas llamadas pidiendo agua, informes sobre dolores de barriga, quejas de un perro que casi había mordido a Felicity la semana anterior. Finalmente, Adam entró corriendo en la sala solo con la parte de arriba de su pijama, chillando:

—¡Quieo eta, quieo eta!

«Eta» era la manera infantil de pedir «galleta», una palabra que ya no utilizaba normalmente. Parecía muy probable que esta



representación se la hubiera inspirado Felicity y quizá la había ensayado delante de ella. Murray le hizo salir, le llevó a la habitación de los niños y le zurró en su debidamente desnudo trasero. Luego zurró una vez el trasero de Felicity por añadidura y volvió al comedor frotándose las manos, haciendo un papel que detestaba, el de guardián enérgico. La puerta de la habitación permaneció cerrada, pero no pudo dejar fuera un prolongado y vengativo berreo.

Todo había ido mal desde el principio con aquella visita. Murray había abierto la puerta y había dicho efusivamente:

—Los castaños proyectan sus llamas y las flores brotan del espino que el viento acaricia

—refiriéndose al tiempo y pensando que Beatrice apreciaría un poema inglés.

Victor, sonriendo distraídamente, dijo:

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Es un poema —dijo Beatrice, del mismo modo que si alguien hubiese preguntado: «¿Qué es eso que cruza corriendo el camino?», y ella le hubiese respondido: «Es una marmota americana».

La alegría de Victor se apagó. Su amplia y luminosa sonrisa, su risa parecían forzadas y fuera de lugar, sin energía. Incluso la piel estaba deslustrada y del color de la masilla. Parecía la estatua del príncipe en un cuento que Murray recordaba, un cuento de niños. Al príncipe le sacan sus ojos de piedras preciosas

para venderlos y ayudar a los pobres y, finalmente, toda su piel, que es una lámina de oro, con el mismo propósito. Una pequeña golondrina le ayuda cuando está ciego y se convierte en su único amigo.

Toda la casa olía a comida. Barbara había hecho asado de cerdo. Había cocinado las patatas según una nueva receta, cortándolas en rodajas y haciéndolas al horno en una fuente untada con mantequilla. A Murray le parecieron grasientas y ligeramente crudas. Las demás verduras estaban demasiado cocidas, porque los niños la habían estado molestando y distrayendo en la cocina. El pastel de nuez era un postre demasiado copioso para la comida, y la corteza estaba

demasiado oscura. Beatrice ni siquiera lo probó. Tampoco se terminó las patatas del plato. No se rió cuando Adam hizo su desastrosa entrada. Probablemente le parecía que los niños deberían ser educados y mantenidos a raya tan estrictamente como los caballos.

Murray pensó que nunca había encontrado una mujer que estuviera loca por los caballos y que le hubiera gustado. Eran mujeres estrechas, rectas y sin sentido del humor, y normalmente no eran guapas. Beatrice tenía un cutis rosado, casi vulgar. Su pelo era opaco y canoso y lo llevaba cortado sin estilo. No se pintaba los labios..., una excentricidad que en aquellos tiempos era una declaración de

religiosidad o de desdeñoso descuido en una mujer. Su vestido suelto color seta anunciaba que nada había esperado de aquella cena y que no le había hecho concesión alguna.

Por su parte, Barbara llevaba una falda de algodón, de color amarillo, naranja y cobre, un ajustado cinturón negro, una blusa negra de escote bajo y pendientes de aro grandes y baratos. Una de las cosas de Barbara que Murray no comprendía y de la que no estaba orgulloso, en contraposición a las cosas que no comprendía pero de las que estaba orgulloso, era aquella afición que tenía por la ropa barata y provocativa. Escotes bajos, cinturones de cincha y pantalones estrechos de torero. Iba por las calles de Walley luciendo su cuerpo,

que era espléndido para el estilo de la época (o para uno de los estilos de la época, el estilo no de Audrey Hepburn, sino de Tina Louise), y la vergüenza que Murray sentía por ello era compleja e indescriptible. Sentía que ella estaba haciendo algo que no casaba con su seriedad y su reserva, con su tono cáustico. Se comportaba de una manera que su madre podría haber predicho. («Estoy segura de que es realmente una buena chica, pero no estoy segura de que haya sido muy bien educada», había dicho su madre, e incluso Murray comprendió que no se estaba refiriendo a los libros que Barbara podía haber leído o a las notas que había sacado en la escuela.) Lo más preocupante era que se comportaba de una

manera que ni siquiera ligaba con su naturaleza sexual, o con lo que Murray conocía de ella..., y él tenía que dar por sentado que lo sabía todo. No era realmente apasionada. A veces pensaba que hacía ver que era más apasionada de lo que realmente era. Eso era lo que aquella ropa le recordaba y la razón por la que no podía mencionársela a ella. Había algo de inseguro, arriesgado, excesivo en ella. Estaba dispuesto a ver muchas cosas difíciles en Barbara —su falta de caridad, quizá, o su intransigencia—, pero nada que le hiciera parecer algo ridícula, o triste.

Había un ramo de lilas en el centro de la mesa. Estaba en medio de las fuentes y

dejaban caer sus desordenadas flores sobre el mantel. Murray se puso más y más molesto al verlas y, finalmente, dijo:

—Barbara, ¿tenemos realmente que tener estas flores sobre la mesa? —con la voz de fastidio de un marido como es debido—. Ni siquiera podemos vernos para hablar.

En aquel momento nadie hablaba.

Barbara se inclinó hacia adelante, con lo que mostró impúdicamente el escote. Cogió el ramo sin decir una palabra, y produjo una ducha de lilas sobre el mantel y la fuente de carne. Uno de sus pendientes cayó y fue a parar a la salsa de manzana.

Deberían de haberse reído entonces. Pero nadie fue capaz. Barbara echó a Murray una



mirada acusadora. Él pensó que sería mejor que se levantasen entonces, que sería mejor que se levantasen de la mesa y abandonasen la comida no deseada y la inerte conversación. Podía seguir cada uno su propio camino.

Victor sacó el pendiente de la salsa de manzana con una cuchara. Lo limpió con su servilleta, se inclinó ligeramente hacia Barbara y lo dejó junto a su plato.

—He estado intentando acordarme de quién es la heroína de un libro que tú me recuerdas —dijo.

Barbara se volvió a poner el pendiente en la oreja. Beatrice miró más allá o a través de la cabeza de su marido el papel barato, pero de buen gusto —medallones color crema sobre

fondo de marfil— que la madre de Murray había elegido para la casita del jardinero.

—Es Katerina Ivanovna Verkhovtsev — dijo Victor—. Es la prometida...

—Sé quién es —respondió Barbara—. Creo que es tonta.

Murray se dio cuenta, por la brusquedad con que finalizó la frase, de que había estado a punto de decir «tonta del culo».

—Es Beatrice —dijo Murray a Barbara mientras la ayudaba a fregar los platos. Le había pedido perdón por las lilas. Le dijo que era Beatrice quien le había puesto nervioso, quien había echado a perder la noche para todos ellos—. Victor no es el mismo con ella

—dijo—. Tenía su luz escondida en un cubo.  
—Se imaginó a Beatrice descendiendo sobre Victor para apagarle. Los salientes huesos. Las deslucidas faldas.

—Podría pasar sin ninguno de los dos — dijo Barbara, y fue en aquel momento cuando hablaron de las personas llamativas y de las misiones secretas. Pero acabaron terminándose el vino y riéndose del comportamiento de Adam y Felicity.

Victor empezó a pasarse por allí por las noches. Aparentemente, la cena no había supuesto para él ruptura alguna ni dificultad en su amistad. De hecho, parecía haberle

proporcionado un gran alivio. Ahora podía decir algo sobre su matrimonio..., no una queja, tampoco una explicación, solo algo como: «Beatrice quiere...» o «Beatrice cree...» y estar seguro de que muchas cosas se entenderían.

Y al cabo de poco tiempo dijo más:

—Beatrice está impaciente porque no tengo listo el establo para los caballos, pero primero tengo que ocuparme de los problemas del desagüe y las tejas no han llegado. Así que no hay muy buen ambiente en la granja. Pero hace un verano espléndido. Soy feliz aquí.

Finalmente dijo:

—Beatrice tiene dinero, ¿sabes? De modo que se ve obligada a llamar al montador de

tuberías. No... ¿me he equivocado?

Era como Murray había sospechado.

—Se casó con ella por el dinero y ahora tiene que trabajar por él —dijo Barbara—. Pero le queda tiempo para hacer visitas.

—No puede estar trabajando día y noche —dijo Murray—. Ya no viene a tomar café durante el día.

Esa era la manera en que seguían hablando de Victor: Barbara pinchando, Murray defendiendo. Se había convertido en un juego. Murray se sentía aliviado al ver que Barbara no hacía que Victor se sintiera mal recibido; no parecía molesta cuando aparecía por las noches.

Por lo general, llegaba cuando Murray

estaba guardando la segadora, o recogiendo algunos de los juguetes de los niños, o desaguando el pequeño estanque, o cambiando el aspersor en el césped de su madre. (Su madre, como de costumbre, estaba pasando parte del verano lejos, en el valle de Okanagan.) Victor intentaba ayudar, aplicándose a estas tareas como un robot absorto y amable. Luego ponían las dos sillas de madera y linón en medio del patio y se sentaban. Podían oír a Barbara trabajando en la cocina sin encender la luz porque, decía, le daba calor. Cuando terminaba, se daba una ducha y salía al patio descalza, con las piernas al aire y su largo pelo mojado, oliendo a jabón de limón. Murray entraba en la casa y

preparaba tres tragos, con ginebra, tónica, hielo y limas. Normalmente se olvidaba de que Barbara no guardaba las limas en la nevera y tenía que gritarle preguntándole dónde estaban o si se había olvidado de comprar. Víctor dejaba libre su silla y se estiraba en la hierba, con el cigarrillo brillando en la semioscuridad. Levantaban la vista e intentaban ver un satélite..., aún una cosa rara y asombrosa de ver. Podían oír aspersores, y a veces gritos lejanos, sirenas de policía, risas. Era el sonido de los programas de televisión que procedían de las ventanas abiertas y de las puertas a lo largo de la calle. A veces se oía el golpe de las puertas al cerrarse cuando las personas dejaban aquellos programas atrás por un

momento, y voces ruidosas aunque indefinidas llamando en otros patios traseros en los que la gente se sentaba a beber algo, como hacían ellos, o a mirar el cielo. Había una sensación de vidas, perceptibles pero solitarias, flotando libres la una de la otra bajo techos de ramas de hayas y de arces delante de las casas y en los espacios despejados de detrás, exactamente igual que las personas en la misma habitación, hablando, flotan libremente al borde del sueño. El sonido de los cubitos de hielo, que tintineaban sin ser vistos, era meditabundo, reconfortante.

A veces los tres jugaban a un juego que Barbara se había inventado o que había adaptado de otro. Se llamaba Naranjas y



Manzanas y ella lo utilizaba para mantener a los niños entretenidos en los viajes en coche. Era un juego de elecciones que iba de lo muy fácil a lo muy difícil. Se podía empezar con mantequilla de cacahuete o gachas de avena, pasando a mantequilla de cacahuete o salsa de manzana, que era más difícil. Las elecciones realmente difíciles podían estar entre dos cosas que a uno le gustasen mucho, dos cosas que a uno le disgustasen mucho, o entre cosas que por alguna razón eran casi imposibles de comparar. No había modo de ganar. El placer estaba en pensar elecciones atormentadoras o en ser atormentado por ellas, y el final llegaba solo cuando alguien decía:

—Me rindo. No puedo soportarlo. Es

demasiado tonto. ¡No quiero pensar más en ello!

¿Preferirías comer maíz recién cogido en la mazorca o helado de fresas hecho en casa?

¿Te gustaría más zambullirte en un lago frío un día de muchísimo calor o entrar en una cocina caliente en la que se está cociendo pan después de haber caminado a través de un pantano en una tormenta de nieve?

¿Preferirías hacer el amor con el señor Jruschov o con el señor Eisenhower?

¿Preferirías comerte un trozo de manteca de cerdo fría o escuchar un discurso en el almuerzo de Kiwanis?

Las cosas iban mal en la granja. El agua del pozo no era segura para beber. La parte

superior de las patatas se secaba debido a una plaga. Insectos de todas clases invadían la casa y los drenajes no se habían acabado todavía. Pero parecía que aquello no era nada comparado con la malevolencia humana. Una noche, antes de que Barbara saliera a reunirse con ellos, Victor dijo a Murray:

—Ya no puedo comer en la granja. Tengo que hacer todas mis comidas en la cafetería.

—¿Es tan desagradable como para eso? — le preguntó Murray.

—No, no. Siempre es desagradable, pero lo que he descubierto ahora es peor que el desagrado.

Veneno. Victor dijo que había encontrado una botella de ácido prúsico. No sabía cuánto

tiempo hacía que Beatrice la tenía, pero no creía que hiciese mucho. No se utilizaba en la granja. Solo había un uso en el que él pudiera pensar.

—Seguro que no —dijo Murray—. No haría eso. No está loca. No es una envenenadora.

—Tú no tienes ni idea. No tienes ni idea de la clase de persona que es o qué es lo que podría hacer. Tú crees que ella no envenenaría, es una dama inglesa. Pero Inglaterra está llena de asesinos y a menudo son las damas y los caballeros y los maridos y las esposas. No puedo comer en su casa. Me pregunto si estoy seguro siquiera durmiendo allí. La otra noche me desperté junto a ella, y

en su sueño estaba tan fría como una serpiente. Me levanté y me tumbé en el suelo en la otra habitación.

Murray se acordó entonces del apartamento del vigilante, vacío desde hacía años. Estaba en el tercer piso del edificio del almacén, en la parte de atrás.

—Bueno, si realmente lo crees —dijo—. Si realmente te quieres mudar... —Y cuando Victor hubo aceptado, con sorpresa, alivio y gratitud, Murray dijo—: Barbara te lo limpiará.

En aquellos tiempos no se le ocurrió que él mismo o Victor eran capaces de barrer y fregar unas habitaciones sucias. Tampoco se le ocurrió a Barbara. Limpió el apartamento al

día siguiente, le proporcionó sábanas y toallas y unos cuantos potes y platos, aunque, desde luego, era escéptica en lo del peligro de envenenamiento.

—¿De qué le serviría muerto?

Victor encontró un trabajo de inmediato. Se convirtió en el vigilante nocturno de la instalación de superficie de la mina de sal. Le gustaba trabajar de noche. Ya no podía utilizar más el coche, de modo que se iba andando a trabajar a media noche y volvía al apartamento por la mañana. Si Murray estaba en el almacén antes de las ocho y media, oía a Victor subir por las escaleras de atrás. ¿Cómo podía dormir, a plena luz del día, en aquella pequeña cajita de una habitación debajo del

techo caliente y plano?

—Duermo de maravilla —decía Victor—. Cocino, como, duermo. Descanso. Todo es de una paz repentina.

Pero un día Murray llegó a casa inesperadamente, a media tarde.

Aquellas palabras tomaron forma en su mente después. Eran tan trilladas y sombrías. «Un día llegué a casa inesperadamente...» ¿Existe la historia de un hombre que llega inesperadamente a casa y se encuentra con una sorpresa muy agradable?

Llegó a casa inesperadamente y se encontró, no a Victor y a Barbara juntos en la cama. Victor no estaba en la casa, no había

nadie en la casa. Victor no estaba en el patio. Adam estaba en el patio, chapoteando en la piscina de plástico. No lejos de la piscina estaba Barbara tumbada sobre la colcha descolorida, manchada con el aceite solar que utilizaban cuando iban a la playa. Llevaba su traje de baño negro sin tirantes, una prenda que parecía un corsé y que, al cabo de unos cuantos años, no se consideraría en absoluto atractiva. Llegaba hasta los muslos y los unía apretándolos; ajustaba estrechamente la cintura, el estómago y las caderas y levantaba y sacaba los pechos de manera que parecían estar hechos de algo al menos tan firme como el poliestireno. Los brazos, las piernas, el pecho y los hombros se le veían blancos al



sol, aunque mostrarían un bronceado cuando entrase en casa. No estaba leyendo, aunque tenía un libro abierto junto a ella. Se hallaba echada sobre la espalda, con los brazos relajados a los lados. Murray estuvo a punto de llamarla a través de la puerta de red metálica, pero no lo hizo.

¿Por qué no? La vio levantar un brazo para protegerse los ojos. Luego levantó las caderas y cambió ligeramente de posición. El movimiento pudo haberse visto como totalmente natural, fortuito, uno de esos acomodamientos casi involuntarios que hacen nuestros cuerpos. ¿Qué le sugirió a Murray que no lo era? Una pausa o una intención, una falta de naturalidad en aquel ligero movimiento

y colocación de la carne se lo hizo ver claro —a él, que conocía el cuerpo de aquella mujer—, que ella no estaba sola. En sus pensamientos, al menos, no estaba sola.

Murray fue hasta la ventana que había encima del fregadero. El patio estaba oculto del callejón de detrás y de la plataforma de mercancías de la parte posterior del almacén por un alto seto de cedros. Pero era posible ver el patio trasero —la parte de patio en la que estaba tumbada Barbara— desde la ventana del apartamento del tercer piso. Y Murray vio a Victor sentado allí, en aquella ventana. Victor había llevado una silla hasta allí para poder sentarse y mirar a su antojo. Había algo extraño en su cara, como si tuviese

puesta una máscara de gas.

Murray fue al dormitorio y cogió los prismáticos que había comprado recientemente. (Había pensado en ir a dar paseos por el campo y enseñar a los niños a distinguir los pájaros.) Se movió lentamente por la casa. Adam estaba haciendo un ruido muy molesto fuera.

Cuando miró a Victor a través de los prismáticos, vio una cara como la suya..., una cara oculta en parte por unos prismáticos. Victor también los tenía. Victor estaba mirando a Barbara con prismáticos.

Parecía estar desnudo —al menos por lo que se podía ver de él iba desnudo—, sentado en una silla de respaldo recto en la ventana de

su calurosa habitación. Murray podía sentir el calor de la habitación, el asiento de la dura silla pegajoso por el sudor y la excitación poderosa, pero controlada y concentrada del hombre. Y mirando a Barbara podía sentir el calor por toda la superficie del cuerpo de ella, toda la energía recogida en la piel, mientras se entregaba a aquella agresión. No estaba totalmente inmóvil, había una constante agitación pasando por encima de ella, con pequeños gestos y contracciones. Movimientos, desplazamientos. Era insoportable observarlo. En presencia de su hijo, a pleno día, en su propio patio, estaba tumbada en la hierba, invitándole. Prometiéndole —no, ya estaba proporcionando

— la más exquisita colaboración. Era obsceno, subyugante e insoportable.

Murray podía verse a sí mismo: un hombre con prismáticos mirando a un hombre con prismáticos mirando a una mujer. Una escena de película. Una comedia.

No sabía adónde ir. No podía salir al patio y poner fin a aquello. No podía volver al almacén y ser consciente de lo que estaba pasando por encima de él. Salió de la casa y sacó el coche, que guardaba en el garaje de su madre, y se fue a dar una vuelta. En ese momento tenía otro grupo de palabras que añadir a «Un día llegué a casa inesperadamente: comprendí que mi vida había cambiado».

Pero no lo comprendía. Decía: «Mi vida ha cambiado, mi vida ha sido cambiada», pero no lo comprendía en absoluto.

Dio vueltas por las calles apartadas de Walley, atravesó un cruce de vías férreas y se dirigió hacia el campo. Todo parecía igual que siempre y, sin embargo, tenía la apariencia de una malévola imitación de sí mismo. Conducía con las ventanillas bajadas, intentando que le diera el aire, pero iba demasiado despacio. Circulaba a la velocidad de la ciudad fuera de los límites de la ciudad. Un camión tocó la bocina al pasar junto a él. Eso fue delante de la fábrica de ladrillos. El ruido de la bocina del camión y la luz del sol relumbrando sobre los ladrillos le sacudieron al instante, le golpearon

en la cabeza de tal modo que se quejó, como si tuviese una resaca.

La vida diaria prosiguió, rodeada por el desastre como por una alborozada línea de fuego. Sintió su casa transparente, su vida transparente —pero aún en pie—, él mismo se sintió un extraño, un observador malicioso y de pasos blandos. ¿Qué más le sería revelado?

A la hora de la cena su hija dijo:

—Mamá, ¿por qué no hemos ido a la playa ni una sola vez este verano?

Y era difícil creer que ella no lo sabía todo.

—Pero si vas —le respondió Barbara—.

Vas con la madre de Heather.

—Pero ¿por qué no vamos tú y yo y

Adam?

—A Adam y a mí nos gusta estar aquí. —  
Barbara parece muy pagada de sí y muy  
segura...—. Me he cansado de hablar con las  
madres de los demás.

—¿No te gusta la madre de Heather?

—Claro que sí.

—No, no te gusta.

—Sí que me gusta. Es solo que soy  
perezosa, Felicity. Soy poco sociable.

—No lo eres —dijo Felicity con  
satisfacción.

Se levantó de la mesa y Barbara empezó a  
describir, como para distraer a Murray, el  
campamento instalado en la playa por las  
demás madres. Sus sillas plegables y sus



sombrillas, juguetes y colchones hinchables, toallas y mudas de ropa, lociones, aceites, antisépticos. Tiritas, sombreros de sol, gaseosas, cremas para después del sol, algunos polos hechos en casa y golosinas saludables.

—Qué evitará que los pequeños salvajes gimoteen por patatas fritas —dijo Barbara—. Nunca miran el lago, a no ser que uno de sus niños esté dentro. Hablan del asma de los niños o de dónde compraron las camisetas más baratas.

Victor seguía yendo a visitarles por las noches. Todavía se sentaban en el patio de atrás y bebían ginebra. Entonces parecía que en los juegos y en las conversaciones sin objeto tanto Victor como Barbara se

subordinaran a Murray, reían agradecidos, aplaudían cualquier chiste o que avistase una estrella fugaz. A menudo les dejaba solos. Se iba a la cocina a buscar más ginebra o hielo, se iba a ver cómo estaban los niños, fingiendo que había oído llamar a uno de ellos. Se imaginaba entonces que los largos pies descalzos de Victor se deslizarían fuera de sus sandalias y rozarían, luego sobarían, las pantorrillas entregadas de Barbara, su muslo extendido. Sus manos se deslizarían por las partes de cada uno de ellos que pudieran alcanzar. Durante un peligroso instante podían tocarse las lenguas, pero cuando él volvía haciendo ruido siempre estaban prudentemente separados, manteniendo alguna

conversación engañosamente normal.

Victor tenía que marcharse antes de lo que acostumbraba para irse a trabajar a la mina de sal.

—Hacia la mina de sal —decía. Lo mismo que mucha gente decía por allí, el chiste que era literalmente cierto.

Murray le hacía entonces el amor a Barbara. Nunca había sido tan rudo con ella, o tan libre. Tenía un sentimiento de desesperación y corrupción. «Esto es destrucción», pensaba. Otra frase en su cabeza: «Esta es la destrucción del amor». Se quedaba dormido de inmediato, se despertaba y la poseía de nuevo. Ella estaba llena de una nueva docilidad y pasividad y le daba un beso

al despedirle después del desayuno con lo que a él le parecía una simpatía extraña, nueva y resplandeciente. El sol salía cada día y por las mañanas, especialmente, hería sus ojos. Bebían más por las noches, tres o cuatro copas en lugar de dos, y él les echaba más ginebra.

Cada tarde llegaba un momento en el que no podía quedarse más en el almacén, de modo que se iba en coche al campo. Circulaba por las ciudades del interior: Logan, Carstairs, Dalby Hill. A veces llegaba hasta el coto de caza que había pertenecido a su padre y que ahora le pertenecía a él. Se bajaba del coche y caminaba, o se sentaba en los escalones de la abandonada cabaña de tablas. A veces sentía

en toda su preocupación una tremenda exaltación. Le estaban robando. Le estaban liberando de su vida.

Aquel verano, como tantos otros, llegó un domingo en el que pasaron el día cogiendo moras por los caminos del campo. Murray y Barbara, y Adam y Felicity cogían moras, y de camino a casa compraron maíz dulce en el puesto de un granjero. Barbara hizo la cena anual del primer maíz en mazorca con el primer pastel de moras recién cogidas. El tiempo había cambiado incluso mientras cogían las moras, y cuando compraron el maíz la mujer del granjero estaba cerrando su puesto y había cargado en la parte trasera de

un camión lo que no había vendido. Ellos eran los últimos clientes. Las nubes eran oscuras y el viento que no habían sentido durante meses levantaba las ramas de los árboles y arrancaba las hojas secas. Unas cuantas gotas de lluvia golpearon el parabrisas y cuando llegaron a Walley circulaban en medio de un fuerte aguacero. La casa estaba tan helada que Murray puso en marcha la caldera, y con la primera ola de calor un olor a sótano se expandió por toda la casa; aquel olvidado olor a cueva de raíces, tierra, cemento húmedo.

Murray salió bajo la lluvia y recogió el aspersor y la piscina de plástico. Puso las sillas de linón debajo del alero.

—¿Se ha terminado el verano? —le dijo a

Barbara, sacudiéndose la lluvia de la cabeza.

Los niños veían Walt Disney y la ebullición del maíz empañaba las ventanas. Cenaron. Barbara lavó los platos mientras Murray llevaba a los niños a la cama. Cuando cerró la puerta y volvió a la cocina, se encontró a Barbara sentada a la mesa casi a oscuras, bebiendo café. Llevaba puesto uno de los jerséis del último invierno.

—¿Y Victor? —preguntó Murray. Encendió las luces—. ¿Dejaste alguna manta para él en el apartamento?

—No —dijo Barbara.

—Entonces tendrá frío esta noche. No está puesta la calefacción en el edificio.

—Puede venir a buscar mantas si tiene frío

—dijo Barbara.

—Él no vendría a pedir las —dijo Murray.

—¿Y por qué no?

—Simplemente no lo haría.

Murray fue al armario del vestíbulo y sacó dos pesadas mantas. Las llevó a la cocina.

—¿No crees que sería mejor que le llevases estas? —Las puso sobre la mesa, frente a ella.

—¿Y por qué no vas tú? —le replicó Barbara—. ¿Cómo sabes siquiera que está allí?

Murray fue hasta la ventana de encima del fregadero.

—Hay luz. Está.

Barbara se levantó ceremoniosamente. Se estremeció, como si se hubiese estado



dominando y en ese momento sintiese un escalofrío.

—¿Tendrás bastante con ese jersey? —le preguntó Murray—. ¿No necesitarás un abrigo? ¿No te vas a peinar?

Ella fue al dormitorio. Cuando salió llevaba su blusa blanca de satén y pantalones negros. Se había cepillado el pelo y se había pintado los labios de un tono nuevo, muy pálido. Su boca se veía blanqueada, perversa, en la cara bronceada.

Murray le preguntó:

—¿No te pones abrigo?

—No tendré tiempo de coger frío.

Él le puso las mantas en los brazos y le abrió la puerta.

—Es domingo —dijo ella—. Las puertas estarán cerradas.

—Bien —dijo Murray, y cogió otro juego de llaves del gancho de la cocina. Comprobó que ella supiera cuál abría la puerta lateral del edificio.

Siguió el rastro de la blusa hasta que desapareció, y luego caminó por toda la casa muy deprisa, respirando ruidosamente. Se detuvo en el dormitorio y cogió la ropa que ella se había quitado. Sus tejanos, su blusa y su jersey. Se los llevó a la cara, los olió y pensó: «Esto es como una obra de teatro». Quería ver si se había cambiado de bragas. Sacudió los tejanos, pero las bragas no estaban ahí. Miró en el cesto de la ropa, pero

no las vio. ¿Podía haber sido lo suficientemente astuta para haberlas puesto debajo de las cosas de los niños? ¿De qué servía ser astuta en ese momento?

Sus tejanos tenían el olor que tienen los tejanos cuando se han llevado un tiempo sin lavar: un olor no solo del cuerpo, sino también de sus trabajos. Podía oler en ellos polvos de limpiar y comida antigua. Y había harina que le había caído en ellos aquella misma noche, al hacer la masa para el pastel. El olor de la blusa era de jabón, sudor y quizá de humo. ¿Era de humo..., era de humo de cigarrillo? No estaba seguro, al olerlo de nuevo, de que fuera humo en absoluto. Pensó en su madre cuando decía que Barbara no estaba bien educada. La ropa

de su madre nunca olería de aquel modo, a su cuerpo y a su vida. Ella había querido decir que Barbara no tenía buenos modales, pero ¿no podría también haber querido decir... «fácil»? Una mujer fácil. Cuando oía a las personas decir eso, siempre se imaginaba una blusa desabrochada, ropa que se quitaba rápidamente del cuerpo, para indicar su apetito y disponibilidad. En ese momento pensaba que podría querer decir simplemente eso: fácil. Una mujer que podía soltarse, que no estaba sujeta, en quien no se podía confiar, que podía irse rodando.

Se había desprendido de su propia familia. Les había abandonado por completo. ¿No debería de haber comprendido por eso cómo

podría dejarle a él?

¿No lo había comprendido siempre?

Él había comprendido que habría sorpresas.

Volvió a la cocina. (Entró en la cocina tambaleándose.) Se sirvió medio vaso de ginebra, sin tónica ni hielo. (Se sirve medio vaso de ginebra.) Pensó en nuevas humillaciones. Su madre volvería a la vida. Se haría cargo de los niños. Los niños y él se mudarían a la casa de su madre. O quizá los niños se mudasen y él se quedase allí, bebiendo ginebra. Barbara y Victor podrían ir a verle, tratar de ser amigos. Podrían formar una familia e invitarle a ir por las noches, y él podría ir.

No. No pensarían en él. Desterrarían su

recuerdo, se irían.

De niño, Murray raramente se había metido en peleas. Era diplomático y alegre. Pero finalmente se metió en una pelea y fue derribado en el patio de la escuela de Walley, y permaneció inconsciente, probablemente, durante medio minuto. Se quedó de espaldas, aturdido, y vio por encima de él las hojas de una rama convertirse en pájaros..., negros, luego hacerse brillantes cuando el sol las atravesaba y el viento las movía. Entró a golpes en un espacio abierto y con viento, en el que cada forma era ligera y cambiante y él mismo también. Se quedó allí y pensó: «Me ha sucedido a mí».

Al tramo de setenta y ocho escalones que va desde la playa al parque que hay en lo alto de los acantilados lo llaman Escalera de la Puesta del Sol. Junto a esa escalera hay un cartel en el que desde principios de junio hasta fines de septiembre se indica cada día la hora de la puesta de sol. VEAN PONERSE EL SOL DOS VECES, dice el cartel, con una flecha que indica las escaleras. La idea es que si uno va muy deprisa subiendo la escalera pueda ver el último arco del sol desaparecer por segunda vez. Los visitantes creen que esto y la costumbre de indicar la hora de la puesta de sol deben de ser una antigua tradición de Walley. En realidad es un nuevo truco inventado por la Cámara de Comercio.

El paseo entablado también es nuevo. El anticuado estrado para orquesta del parque es nuevo. Nunca hubo allí un estrado para orquesta. Todo este encanto y artificio gusta a los visitantes (Murray difícilmente puede estar en contra; él mismo está en la industria turística) y actualmente le gusta también a la gente de la ciudad. Durante aquel verano de los años sesenta, cuando Murray pasaba tanto tiempo dando vueltas en coche por el campo, parecía como si todo lo de un tiempo anterior fuera destruido, barrido, echado a perder, descuidado. La nueva maquinaria estaba destruyendo el modelo de las granjas, se cortaban los árboles para hacer carreteras más anchas, se abandonaban los almacenes, las



escuelas y las casas de pueblo. Toda persona viva parecía estar ansiosa de aparcamientos, centros comerciales y céspedes urbanos tan lisos como la pintura. Murray tuvo que reconocer que estaba desfasado, que había valorado, como si fueran definitivas, cosas que eran solo accidentales y temporales.

De ese reconocimiento, sin duda, surgió la orgía de destruir y renovar en la que iba a caer unos cuantos meses más tarde.

Y ahora parece como si el mundo hubiese reconocido la antigua manera de pensar de Murray. La gente está restaurando viejas casas y construyendo casas nuevas con verandas al estilo antiguo. Es difícil encontrar a alguien que no esté a favor de los árboles

que dan sombra, de los grandes almacenes, las bombas, establos, columpios, rincones y grietas. Pero ni el mismo Murray puede recordar del todo el placer que sentía por esas cosas, ni encontrar demasiado refugio.

Cuando hubo llegado más allá del final del paseo entablado, hasta donde los cedros se acercan a la playa, se sentó en una piedra. Primero observó lo extraña y bonita que era aquella piedra, con una raya que la atravesaba como si hubiese sido dividida diagonalmente y las mitades unidas de nuevo, con no demasiada exactitud...; el dibujo estaba mellado. Sabía bastante geología para comprender que la línea era una falla, y que la piedra debía de proceder del escudo

precámbrico que estaba a unos ciento sesenta kilómetros de allí. Era roca formada antes del último período glacial: era mucho más vieja que la orilla en la que se asentaba. Fíjate en la forma en que ha sido doblada, así como dividida; la capa de arriba endurecida en oleadas como nata superpuesta.

Dejó de interesarse por la piedra y se sentó en ella. Ahora está, mirando el lago. Una línea azul turquesa en el horizonte, delgada como si estuviese trazada con tinta turquesa, luego un azul claro hacia el rompeolas, que cambia gradualmente en ondas de verde y plata al romper sobre la arena. La Mer Douce, habían llamado los franceses a este lago. Pero, desde luego, podía cambiar de color en una hora; se

podía volver feo según el viento y lo que se agitase desde el fondo.

La gente se sentaba y observaba el lago, nunca observaba así un ondulante campo de hierba o las mieses. ¿Por qué, cuando el movimiento es el mismo? Debe de ser el arrastre, el desgaste, lo que les impulsa. El agua que vuelve constantemente..., desgastando, alterando la playa.

Una cosa similar le ocurre a una persona que muere de esa clase de muerte. Ha visto a su padre, ha visto a otros. Un desgastarse, un desaparecer..., una fina capa tras otra hasta encontrar el hueso.

No mira en aquella dirección, pero sabe cuándo aparece Barbara. Se vuelve y la ve

arriba de las escaleras. Alta, con su abrigo de otoño tejido a mano, de lana color trigo, empieza a bajar sin la menor prisa o especial vacilación, sin agarrarse a la barandilla..., su habitual aire deliberado aunque indiferente. Su manera de caminar no le permite deducir nada.

Cuando Barbara abrió la puerta de atrás tenía el pelo mojado por la lluvia, pegajoso, y su blusa de satén ruinosamente manchada.

—¿Qué haces? —le preguntó—. ¿Qué estás bebiendo? ¿Es ginebra sola?

Luego Murray dijo lo que ninguno de ellos mencionó ni olvidó nunca.

—¿No te deseaba? —le preguntó.

Barbara fue hasta la mesa y le apretó la cabeza contra el húmedo satén y los crueles botones pequeños, la apretó despiadadamente entre sus duros pechos.

—Nunca hablaremos de esto —dijo—. Nunca lo haremos. ¿De acuerdo?

En ese momento, él pudo oler en ella el humo de cigarrillo y el olor de la piel extraña. Ella le agarró hasta que él repitió lo que ella dijo.

—De acuerdo.

Y ella se atuvo a lo que había dicho, incluso cuando él le dijo que Victor se había ido en el autobús de la mañana y había dejado una nota dirigida a ambos. Ella no pidió ver ni tocar la nota, no preguntó qué decía en ella.

(«Estoy muy agradecido y ahora que tengo bastante dinero creo que es hora de que me vaya a seguir mi vida en otra parte. He pensado ir a Montreal, donde disfrutaré hablando francés.»)

Al final de la escalera Barbara se inclina y recoge algo blanco. Ella y Murray caminan el uno hacia el otro por el paseo entablado y al cabo de un minuto Murray puede ver lo que es: un globo blanco, algo desinflado y arrugado.

—Mira esto —le dice Barbara cuando llega a su lado. Lee una tarjeta atada a la cuerda del globo—: «Anthony Burler, doce años. Escuela

Elemental Joliet, Crompton, Illinois. 15 de octubre». Eso es de hace tres días. ¿Puede haber llegado hasta aquí en solo tres días?

»Estoy bien —dice luego—. No era nada. No era nada malo. No hay que preocuparse.

—No —dice Murray. La coge por los brazos. Respira el frondoso olor de cocina de su pelo blanco y negro.

—¿Estás temblando? —le pregunta.

Él no piensa que sea así.

Fácilmente, sin culpa, como una pareja que lleva años casada, él anula el mensaje que fulguraba cuando la vio en lo alto de la escalera: «No me decepciones de nuevo».

Mira la tarjeta en su mano y le dice:

—Hay más. «Libro favorito: *El último*



*mohicano».*

—Oh, eso es para el profesor —dice Barbara con la risa familiar, que rechaza y promete en su voz—. Es una mentira.

# Fotografías del hielo

Tres semanas antes de morir —ahogado en un accidente de barca en un lago cuyo nombre nadie le había oído mencionar—, Austin Cobbett se quedó absorto ante un triple espejo en Crawford's, una tienda de ropa masculina de Logan, mirándose, con una camisa deportiva color burdeos y un par de pantalones a cuadros escoceses, color crema, marrón y vino tinto. Ambos inarrugables.

—Escúcheme —le decía Jerry Crawford—. Con la camisa más oscura y los pantalones más claros no se puede equivocar. Es juvenil.

Austin se carcajeó.

—¿Ha oído alguna vez la expresión «mona vestida de seda»?

—Refiriéndose a las damas —dijo Jerry—. De todos modos, ahora ha cambiado todo. Ya no hay ropa para hombres mayores, ni ropa para mujeres mayores. La moda es para todo el mundo.

Cuando Austin se acostumbró a lo que llevaba puesto, Jerry intentó convencerle de que se comprase un pañuelo de colores complementarios y un jersey color crema. Austin necesitaba taparse todo lo que pudiera. Desde que muriera su mujer, hacía casi un año, y consiguieran por fin un nuevo pastor para la Iglesia unificada —Austin, que tenía más de setenta años, estaba oficialmente

retirado, pero había seguido pendiente y haciendo las veces de pastor mientras discutían si contrataban a otro hombre y cuánto le pagarían—, había perdido peso, sus músculos se habían encogido, y estaba adquiriendo la figura barriguda y derrumbada de un viejo. Tenía muy marcadas las venas del cuello, la nariz se le había hecho más larga y las mejillas le colgaban. Era un correoso gallo viejo..., correoso y fuerte, y lo bastante animoso para prepararse para un segundo matrimonio.

—Tendremos que acortar los pantalones — dijo Jerry—. Nos dará tiempo, ¿verdad? ¿Cuándo será el feliz día?

Austin iba a casarse en Hawai, donde su

esposa, su futura esposa, vivía. Había fijado la fecha hacía un par de semanas.

Phil Stadelman del Toronto Dominion Bank entró y no reconoció a Austin por detrás, aunque Austin había sido su anterior pastor. Nunca le había visto con ropa como aquella.

Phil contó su chiste sobre el sida y la gente de Newfoundland... Jerry no pudo evitarlo.

Entonces Austin se dio la vuelta y en lugar de decir: «Bueno, no sé sus compañeros, pero me es difícil considerar el sida como un asunto de risa» o «Me pregunto qué clase de chistes cuentan en Newfoundland sobre la gente del distrito de Huron», dijo:

—Es divertido.

Y se rió.

«Es divertido.» Luego le pidió a Phil que opinase sobre su ropa.

—¿Crees que se reirán cuando me vean llegar a Hawai?

Karin lo oyó cuando fue hasta el quiosco de rosquillas a tomarse un café después de terminar su tarea vespertina como guardia del paso de peatones. Se sentó al mostrador y oyó hablar a los hombres en una mesa detrás de él. Dio la vuelta al taburete y dijo:

—Escuchen, yo podría habérselo dicho. Está cambiado. Le veo cada día y podría habérselo dicho.

Karin es una mujer alta y delgada, de piel

áspera y voz ronca, con el pelo rubio, oscurecido unos cinco centímetros en las raíces. Se lo está dejando crecer oscuro y ya ha llegado hasta donde se lo podría dejar corto, pero no se lo corta. Antes era una muchacha rubia y larguirucha, tímida y bonita, que se paseaba en el asiento trasero de la moto de su marido. Se ha hecho un poco rara..., no demasiado, o no sería una guardia de paso de peatones, ni siquiera con la recomendación de Austin Cobbett. Interrumpe las conversaciones. Parece que solo se pone tejanos y un viejo chaquetón tres cuartos azul marino. Muestra una expresión dura y recelosa y tiene un motivo de rencor público contra su ex marido. Le escribe cosas en el

coche: «Falso cristiano. Besa el culo postizo. Brent Duprey es una víbora». Nadie sabe que ella escribió «Lázaro mamón», porque volvió atrás —esto lo hace por la noche— y lo borró con la manga. ¿Por qué? Le pareció peligroso, algo que podría causarle problemas, un problema de una especie vagamente sobrenatural, no de una charla con el comisario de policía, y ella nada tiene contra el Lázaro de la Biblia, solo contra la Casa de Lázaro, que es el sitio que Brent dirige y en el que vive ahora.

Karin vive donde ella y Brent vivieron juntos durante los últimos meses: encima de la ferretería, en la parte de atrás, un espacio grande con una alcoba —la del niño— y una



cocina al fondo. Pasa mucho tiempo en casa de Austin, limpiándola, dejándolo todo dispuesto para su partida hacia Hawai. La casa en la que él vive todavía es la antigua casa parroquial, en la calle Pondicherry. La Iglesia ha construido una casa para el nuevo pastor, bastante bonita, con un patio y un garaje doble (ahora las esposas de los pastores trabajan a menudo; es una gran ayuda si pueden conseguir trabajo como enfermeras o maestras, y en ese caso se necesitan dos coches). La antigua casa parroquial es una casa de ladrillo blanco grisáceo con un adorno pintado de azul en la galería y en la fachada lateral. Precisa mucho trabajo. Aislarla, limpiarla con un chorro de arena, volver a

pintarla, poner marcos nuevos a las ventanas, baldosas nuevas en el cuarto de baño. Cuando regresa a su casa por la noche, a veces Karin se pone a pensar en qué le haría a aquella casa si fuese suya y tuviese el dinero.

Austin le enseña una fotografía de Sheila Brothers, la mujer con quien se va a casar. En realidad es una fotografía de los tres: Austin, su mujer y Sheila Brothers, delante de un edificio de madera y unos pinos. Un refugio en el que él —ellos— conocieron a Sheila. Austin lleva puesta su camisa negra de pastor y el cuello vuelto; parece taimado con su sonrisa tímida y pastoral. Su mujer mira hacia otra parte, pero el gran lazo de su pañuelo

floreado le revolotea contra el cuello. Ahuecado pelo blanco. Delgada figura. Elegante. Sheila Brothers —la señora Brothers, viuda— mira de frente y es la única que parece realmente animada. Pelo rubio corto, peinado alrededor del rostro de un modo práctico, pantalones marrones, niqui, con sus abultados pechos y su vientre aparentemente plano plano, va de frente al encuentro de la cámara, y no parece preocupada por cómo la capte.

—Se la ve feliz —dice Karin.

—Bueno, entonces no sabía que iba a casarse conmigo.

Él le enseña una postal de la ciudad en la que vive Sheila. La ciudad en la que vivirá en

Hawai. También una fotografía de la casa de ella. La calle principal de la ciudad tiene una hilera de palmeras que bajan por el centro, tiene edificios bajos, blancos o rosados, farolas con cestos rebosantes de flores y por encima un cielo de un profundo color turquesa en el que el nombre de la ciudad (un nombre hawaiano que no hay esperanza de poder pronunciar ni recordar) está escrito con letras ondeantes como una cinta de seda. El nombre que ondeaba en el cielo parecía tan posible como cualquier otra cosa en él. En cuanto a la casa, apenas podía distinguirse, solo un trozo de balcón entre los árboles y los matorrales llenos de flores rosas y doradas. Pero delante de ella estaba la playa, con la arena tan limpia

como la nata y las olas rompiendo, brillantes como joyas. Por allí Austin Cobbett pasearía con la amable Sheila. No era de extrañar que necesitase ropa nueva.

Austin quiere que Karin lo tire todo. Incluso sus libros, su vieja máquina de escribir, las fotografías de su mujer y de sus hijos. Su hijo vive en Denver, su hija en Montreal. Les ha escrito, ha hablado con ellos por teléfono, les ha dicho que le pidan lo que quieran. Su hijo quiere los muebles del comedor, que un camión de mudanzas recogerá la próxima semana. Su hija le dijo que ella no quería nada. (Karin cree que puede reconsiderarlo; la gente siempre quiere «algo».) Todos los

muebles, libros, cuadros, alfombras, platos, potes y sartenes tienen que ir a subasta. El coche de Austin también será subastado, y su segadora eléctrica, y el quitanieves que le regaló su hijo las navidades pasadas. Esto será vendido después de que Austin se vaya a Hawai, y el dinero deberá ir a la Casa de Lázaro. Austin puso en marcha la Casa de Lázaro cuando era pastor. Solo que él no la llamó así; él le puso el nombre de Casa del Cambio Total. Pero ahora han decidido — Brent Duprey ha decidido— que sería mejor que tuviera un nombre más religioso, más cristiano.

Al principio Austin decidió darles todas esas cosas para utilizarlas en o por la Casa. Luego

pensó que mostraría mayor respeto si les daba el dinero para que se lo gastaran como quisieran, comprando lo que les gustase, en lugar de utilizar los platos de su esposa y de sentarse en el sofá de cretona de ésta.

—¿Y si cogen el dinero y compran billetes de lotería con él? —le pregunta Karin—. ¿No cree que será una gran tentación para ellos?

—No se llega a ninguna parte en la vida sin tentaciones —le dice Austin con su exasperante sonrisita—. ¿Y si les toca la lotería?

—Brent Duprey es una víbora.

Brent ha asumido todo el control de la Casa de Lázaro que Austin puso en marcha. Era un lugar para que estuviesen las personas que

querían dejar de beber o que querían dejar algún otro modo de vida en el que se encontrasen; ahora es como un lugar nuevo, con sesiones de rezo, canto, gemidos y confesiones que duran toda la noche. Así es como Brent se apoderó de ella..., haciéndose más religioso que Austin. Austin hizo que Brent dejase de beber; tiró y tiró de Brent hasta que le sacó de la vida que llevaba y lo metió en una nueva dirigiendo esa Casa con dinero de la Iglesia, del gobierno, etc., y cometió un gran error. Lo cometió al pensar que podía retenerle allí. Brent, una vez iniciado en el camino de santidad, se le adelantó rápidamente, al instante se adelantó a la prudente religión de Austin y lo separó de la



gente de su propia parroquia que quería una cristiandad más estricta y feroz. Austin fue sustituido en la Casa de Lázaro y en la Iglesia aproximadamente al mismo tiempo y Brent dominó al nuevo pastor sin dificultad. Y a pesar de eso, o por eso, Austin quiere dejar el dinero a la Casa de Lázaro.

—¿Quién puede decir que el camino de Brent no está más cercano a Dios que el mío, después de todo? —pregunta.

Karin dice ahora cualquier cosa a cualquiera. Le responde a Austin:

—No me haga vomitar.

Austin le dice que se asegure de tomar buena nota del tiempo, para que le pague todo ese trabajo, y también que si hay algo que le

guste especialmente, que se lo diga, para poder discutirlo.

—Dentro de lo razonable —le dice—. Si dijese que quieres el coche o la máquina quitanieves, me temo que me vería obligado a decirte que no, porque eso sería estafar a los muchachos que hay en la Casa de Lázaro. ¿Qué te parece el aspirador?

¿Es así como él la ve..., como alguien que siempre está pensando en limpiar casas? De todos modos, el aspirador es prácticamente una antigüedad.

—Apuesto algo a que sé lo que Brent le dijo cuando usted le comentó que yo me iba a hacer cargo de todo esto —dice—. Apuesto algo a que dijo: «¿No va a poner a un abogado

para que la controle?»). ¡A que lo hizo! A que sí.

En lugar de responder a eso, Austin dice:

—¿Por qué iba a confiar en un abogado más de lo que confío en ti?

—¿Es eso lo que le respondió?

—Te lo digo a ti. Uno confía o no confía, en mi opinión. Cuando uno decide que va a confiar, tiene que empezar en ese mismo momento.

Austin raramente menciona a Dios. No obstante, se percibe la mención de Dios rondar por el filo de frases como esa, y hace que te sientas tan incómodo (Karin tiene la sensación de desmoronarse a lo largo de su espina dorsal) que solo deseas que lo hubiese

mencionado y olvidarlo.

Cuatro años antes, Karin y Brent todavía estaban casados y aún no habían tenido el niño, ni se habían trasladado a la casa de encima de la ferretería. Estaban viviendo en el antiguo matadero. Aquel era un edificio de apartamentos barato que pertenecía a Morris Fordyce, pero en realidad había sido antiguamente un matadero. Cuando el tiempo era húmedo, Karin podía oler a cerdo, y siempre sentía otro olor que creía que era sangre. Brent olfateó las paredes, se agachó y olió el suelo, pero no pudo oler lo que ella olía. ¿Cómo podía oler algo más que los efluvios de su aliento de borracho que le

subían de sus propias tripas? Brent era entonces un borracho, pero no un borracho embrutecido. Jugaba al hockey en el equipo VMT (veteranos de no más de treinta); era bastante más mayor que Karin, y afirmaba que nunca había jugado sobrio. Trabajó durante un tiempo para la Compañía Constructora Fordyce, y luego trabajó para la ciudad, cortando árboles. Bebía en el trabajo cuando podía, y después del trabajo bebía en el Club de Pesca y Caza, o en el Bar Motel Refugio Verde, que llamaban el Asilo Verdinoso. Una noche puso en marcha un bulldozer que estaba fuera del Asilo Verdinoso y lo llevó hasta el Club de Pesca y Caza atravesando toda la ciudad. Por supuesto, lo

cogieron y lo acusaron de conducción temeraria de un bulldozer, una gran broma en la ciudad. Ninguno de los que se rieron de la gracia se presentó a pagar la multa. Y Brent se fue haciendo más salvaje. Otra noche desarmó la escalera que llevaba a su apartamento. No golpeó los escalones en un ataque de cólera; los quitó cuidadosa y metódicamente, escalones y soportes, uno a uno, bajando de espaldas mientras lo hacía y dejando a Karin maldiciendo en lo alto. Primero ella se rió — ella llevaba también unas cuantas cervezas en aquel momento—, luego, cuando se dio cuenta de que lo hacía en serio y de que la estaba dejando aislada allí, empezó a maldecir. Vecinos cobardes se asomaban a las puertas

detrás de él.

Brent volvió a casa a la tarde siguiente y se quedó asombrado, o lo fingió.

—¿Qué le ha pasado a la escalera? —gritó, pisando fuerte por el zaguán, torciendo su cara arrugada, exhausta y exaltada, con los ojos azules que le estallaban y su sonrisa inocente e integrante.

—¡Maldito sea ese tal Morris! ¡Malditas sean las escaleras que desaparecen! Le voy a moler a palos. ¡Maldito cabrón!

Karin estaba arriba, no tenía comida, salvo un paquete de Krispis sin leche y una lata de judías blancas. Pensó en telefonar a alguien para que fuese con una escalera, pero estaba demasiado furiosa y era demasiado tozuda. Si

Brent quería matarla de hambre, pues muy bien, se moriría de hambre.

Aquello fue realmente el principio del fin, el cambio. Brent fue a ver a Morris Fordyce para molerlo a palos y decirle que le iba a demandar y Morris habló con él en un tono aleccionador y razonable, hasta que Brent decidió no demandarlo ni molerlo a palos, sino suicidarse. Morris llamó entonces a Austin Cobbett, porque Austin tenía fama de saber cómo tratar con gente que estaba desesperada. Austin no le dijo entonces a Brent que dejara de beber, ni que fuera a la iglesia, pero le hizo desistir de suicidarse. Luego, un par de años después, cuando murió el niño, llamaron a Austin porque era el único pastor que



conocían. Cuando fue a verles para hablar del funeral, Brent se había bebido todo lo que había en la casa y había salido a buscar más. Austin fue tras él y pasó los siguientes cinco días —con una pequeña pausa para enterrar al niño— solo con él y su borrachera. Luego pasó la semana siguiente cuidándolo mientras se le pasaba, y el mes siguiente hablando con él o acompañándolo hasta que Brent decidió que ya no bebería más, que se había puesto en contacto con Dios. Austin dijo que Brent quería decir con eso que se había puesto en contacto con la plenitud de su propia vida y con la capacidad de su yo más profundo. Brent dijo que no había sido él ni por un instante; había sido Dios.

Karin fue durante un tiempo con Brent a la iglesia de Austin; no le importaba. Pudo ver, sin embargo, que no iba a ser suficiente para retener a Brent. Le vio ponerse en pie de un salto para cantar los himnos, balanceando los brazos y apretando los puños, todo su cuerpo achispado. Era igual que cuando se había tomado tres o cuatro cervezas, cuando ya no había manera de que pudiera dejar de ir a buscar más. Estaba que estallaba. Y muy pronto se liberó de la influencia de Austin y se llevó con él a una buena parte de la iglesia. Mucha gente había deseado aquel relajamiento, más ruido, más oración y más canto y no tanta reposada charla persuasiva; lo habían estado esperando durante mucho

tiempo.

Nada de aquello le sorprendió. No le sorprendió que Brent aprendiese a rellenar papeles y a causar la impresión adecuada y conseguir dinero del gobierno; no le sorprendió que tomase posesión de la Casa del Cambio Total, en la que Austin le había metido, ni que echase a patadas a Austin. Siempre había estado lleno de posibilidades. Realmente no le sorprendió que en ese momento se pusiera tan furioso con ella porque se bebiera una cerveza y fumase un cigarrillo, como antes cuando ella quería dejar la juerga e irse a la cama a las dos. Le dijo que le daba una semana para que se decidiese. Ya no más bebidas ni más cigarrillos, Cristo como

su Salvador. Una semana. Karin le dijo que no se preocupase por la semana. Cuando Brent se hubo marchado, ella dejó de fumar, casi dejó de beber y también dejó de ir a la iglesia de Austin. Lo dejó casi todo, excepto un gradual y latente rencor hacia Brent, que crecía y crecía. Un día Austin la paró en la calle y ella creyó que iba a decirle alguna cosa amable, personal y reprobatoria, por su rencor o por haber dejado la iglesia, pero todo lo que hizo fue pedirle que fuera a ayudarle a cuidar a su mujer, que volvía del hospital a casa aquella semana.

Austin está hablando por teléfono con su hija en Montreal. Se llama Megan. Tiene unos

treinta años, es soltera y productora de televisión.

—La vida guarda muchas sorpresas en la manga —dice Austin—. Ya sabes que esto nada tiene que ver con tu madre. Es una vida totalmente nueva. Pero lamento... No, no. Solo quiero decir que hay más de una manera de amar a Dios, y complacerse en el mundo es seguramente una de ellas. Esta es una revelación que me ha llegado bastante tarde. Demasiado tarde para que le fuera de alguna utilidad a tu madre... No. La culpa es un pecado y una tentación. Les he dicho eso a muchas pobres almas que querían revolcarse en ella. Lamentarlo es otra cosa. ¿Cómo podrías pasar toda una larga vida y escapar de

ello?

«Yo tenía razón —está pensando Karin—; Megan quiere algo.» Pero al cabo de un poco más de charla (Austin dice que podría aficionarse al golf, no te rías, y que Sheila pertenece a un club en el que se dedican a leer obras de teatro; él espera ser una estrella en eso, después de todas sus arengas desde el púlpito) la conversación llega a su fin. Austin entra en la cocina —el teléfono está en el vestíbulo principal; esta es una casa antigua— para ver a Karin, que está limpiando los armarios altos.

—Los padres y los hijos, Karin —dice suspirando, suspirando jocosamente—. Oh, qué red tan enmarañada tejemos cuando

tenemos hijos. Luego ellos siempre quieren que seamos los mismos, quieren que seamos padres... Les trastorna terriblemente que hagamos algo que ellos no creían que fuésemos a hacer. Terriblemente.

—Supongo que se acostumbrará —dice Karin, sin demasiada simpatía.

—Ya lo creo, ya lo creo que sí. Pobre Megan.

Luego dice que va a ir al norte de la ciudad a cortarse el pelo. No quiere posponerlo, porque parece y se siente muy ridículo con el pelo recién cortado. Su boca se tuerce hacia abajo al sonreír...: primero hacia arriba, luego hacia abajo. Ese desliz hacia abajo es lo que es perceptible en él en cualquier sitio...: la cara

que cae hacia las carnosidades del cuello, el pecho vaciado y amontonado en aquella brusca y singular barriguita. La corriente ha dejado canales secos, profundas arrugas. No obstante Austin habla —hablar es su perversidad— como si lo hiciera desde un cuerpo que es ligero y hábil, y un placer llevar consigo.

Al cabo de muy poco tiempo el teléfono suena de nuevo y Karin tiene que bajarse de la escalera para cogerlo.

—Karin, ¿eres tú? Soy Megan.

—Tu padre acaba de salir a cortarse el pelo.

—Muy bien, muy bien. Me alegro. Así puedo hablar contigo. Esperaba tener una oportunidad para hacerlo.



—Oh —dice Karin.

—Karin, escucha. Sé que me estoy comportando exactamente de la forma en que se supone que los hijos mayores se comportan en esta situación. No me gusta. No me gusta en mí misma, pero no puedo evitarlo. Estoy recelosa. Me pregunto qué es lo que ocurre. ¿Está bien? ¿A ti qué te parece? ¿Qué piensas de esa mujer con la que va a casarse?

—Todo lo que he visto de ella es su fotografía —dice Karin.

—Estoy muy ocupada ahora y me es imposible dejarlo todo para ir a casa y tener una charla sincera con mi padre. De todos modos, es muy difícil hablar con él. Hace todos los sonidos adecuados, parece muy

predispuesto, pero en realidad es muy cerrado. Nunca ha sido en absoluto alguien que se rija por motivos personales, ¿entiendes lo que quiero decir? Nunca ha hecho antes nada por un motivo de tipo «personal». Siempre ha hecho cosas «para» alguien. Siempre le ha gustado encontrar personas que «necesitaran» que se hiciera algo por ellas, mucho. Bueno, tú ya lo sabes. Incluso el llevarte a casa, ya sabes, para cuidar de mamá..., no fue exactamente por mi madre ni por él que lo hizo.

Karin puede imaginarse a Megan: el pelo largo, oscuro, liso, con raya en medio y peinado sobre los hombros, los ojos muy maquillados, la piel bronceada y la boca

pintada en un tono pálido, el cuerpo relleno y elegantemente vestido. ¿No traería su voz esa imagen a la mente aun cuando nunca la hubieras visto? Aquella afabilidad, aquella gran sinceridad. Una nota correcta en cada palabra y pequeños intervalos apreciativos en medio. Habla como si se estuviera escuchando. Demasiado, realmente. ¿Estaría borracha?

—Enfrentémonos a ello, Karin. Mamá era una esnob. —(Sí, está borracha)—. Bueno, tenía que tener algo. Llevada de una casucha a otra, siempre haciendo el bien. Hacer el bien no era lo suyo en absoluto. De modo que ahora, «ahora», lo deja todo y se va a la vida fácil. ¡A Hawai! ¿No es una cosa rufa?

—Rufa.

Karin ha oído esa palabra en televisión y ha oído a gente, en su mayoría adolescentes, decirla, y sabe que no es de la rifa de la iglesia de lo que está hablando Megan. No obstante, es en eso en lo que la palabra le hace pensar... en las rifas de la iglesia que la madre de Megan acostumbraba organizar, intentando darles siempre algo de distinción y hacer las cosas distintas. Sombrillas a rayas y un café en la acera un año, té de Devonshire y una glorieta de rosas al siguiente. Luego piensa en la madre de Megan, sentada en el sofá de cretona de la sala de estar, débil y amarillenta después de la quimioterapia, con uno de aquellos pañuelos acolchados y alegres alrededor de su cabeza casi calva. Aún podía

mirar a Karin con una ligera y formal sorpresa cuando entraba en la sala. «¿Querías algo, Karin?» Lo que se suponía que Karin debía preguntarle a ella, ella se lo preguntaba a Karin.

«Rufa. Rifa. Esnob.» Cuando Megan le tiró aquella indirecta, Karin debería haber dicho al menos: «Lo sé». Todo lo que se le ocurre decir es:

—Megan, esto te está costando dinero.

—¡Dinero, Karin! Estamos hablando de mi «padre». ¡Estamos hablando de si mi padre está en su sano juicio o ha perdido la cabeza, Karin!

Un día después, una llamada desde Denver.

Don, el hijo de Austin, llama para decir a su padre que es mejor que olviden lo del mobiliario del comedor, porque el coste del envío es demasiado alto. Austin está de acuerdo con él. El dinero puede gastarse mejor, dice. ¿Qué son los muebles? Luego se le cede la palabra a Austin para que explique lo de la subasta y lo que está haciendo Karin.

—Desde luego, desde luego, ningún problema —dice Austin—. Harán una lista de todo lo que tengan y de por cuánto se vendió. Pueden enviarte fácilmente una copia. Creo que tienen un ordenador. Ya no estamos en la Edad Media por aquí...

»Sí —dice Austin—, esperaba que comprendieras así lo del dinero. Es un

proyecto que me es muy caro. Y tú y tu hermana tenéis la vida resuelta. Tengo mucha suerte con mis hijos...

»El retiro y mi pensión de pastor —dice—. ¿Qué más podría necesitar? Y esa dama, esa dama, te lo puedo decir, Sheila..., no anda mal de dinero, si lo puedo decir así... —Se ríe con bastante malicia de algo que le dice su hijo.

Después de colgar, le dice a Karin:

—Bueno, mi hijo está preocupado por mis finanzas y mi hija está preocupada por mi estado mental. Mi estado emocional-mental. La manera masculina y femenina de mirar las cosas. La manera masculina y femenina de expresar su preocupación. En el fondo es lo mismo. Cambia el viejo orden y cede el lugar

a otro nuevo.

De todos modos, Don no recordaría todo lo que hay en la casa. ¿Cómo podría? Estuvo allí el día del funeral y su mujer no se encontraba con él; se sentía demasiado embarazada para ir. No podría contar con ella. Los hombres no recuerdan bien esas cosas. Solo pedía la lista para que pareciese que estaba al tanto de todo y que sería mejor que nadie intentase engañarle. O engañar a su padre.

Había cosas que Karin se iba a quedar y nadie tenía por qué saber de dónde las había sacado. Nadie subía a su casa. Un plato con un diseño de inspiración china. Las cortinas floreadas azules y grises. Una jarra pequeña y ancha de vidrio color rubí con tapadera de



plata. Un mantel de damasco blanco, un mantel que ella había planchado hasta que brillaba como un helado campo nevado y las enormes servilletas que hacían juego con él. Solo el mantel pesaba tanto como un niño y las servilletas caerían desplomadas de las copas de vino como azucenas..., si uno tenía copas de vino. Para empezar, ya se había llevado a casa seis cucharas de plata en el bolsillo del abrigo. Sabe lo bastante para no deshacer el servicio de té de plata o los platos buenos. Pero a algunos platos de postre de cristal rosado ya les ha echado el ojo. Puede imaginarse su casa transformada, con todas esas cosas en ella. Más aún, puede percibir la calma y la felicidad que la embargarían.

Sentada en una sala así arreglada, no necesitaría salir. No necesitaría pensar en Brent, ni en las maneras de atormentarlo. Una persona en una habitación así podría volverse y tumbar a cualquiera que intentase entrometerse.

¿Querías algo?

El lunes de la última semana de Austin —se suponía que se iba a ir en avión a Hawai el sábado—, comenzó la primera gran tormenta del invierno. El viento llegaba del oeste, por encima del lago; hubo una tempestad de nieve que duró todo el día y toda la noche. El lunes y el martes las escuelas se cerraron, así que Karin no tuvo que trabajar como guardia.

Pero ella no podía soportar estar encerrada; se puso su chaquetón tres cuartos, se envolvió la cabeza y parte de la cara con un pañuelo de lana y anduvo con dificultad por las calles llenas de nieve hasta la casa parroquial.

La casa está fría, el viento entra por las puertas y las ventanas. En el armario de la cocina que da a la pared del lado oeste los platos parecen de hielo. Austin está vestido, pero echado en el sofá de la sala, envuelto en varias colchas y mantas. No está leyendo, ni viendo la televisión, ni echando una siestecita, por lo que ella puede ver... solo mira fijamente. Ella le prepara una taza de café instantáneo.

—¿Cree que esto habrá terminado para el

sábado? —le pregunta. Tiene la sensación de que si no se va el sábado, podría no irse. Todo podría quedar en suspenso, todos los planes podrían tambalearse.

—Terminará a su debido tiempo —le dice él—. No estoy preocupado.

El bebé de Karin murió durante una tormenta de nieve. Por la tarde, cuando Brent estaba bebiendo con su amigo Rob y viendo la televisión, Karin dijo que el niño estaba enfermo y que necesitaba dinero para coger un taxi y llevarlo al hospital. Brent le dijo que se largase. Pensó que ella tan solo intentaba molestarle. Y en parte así era..., el niño solo había vomitado una vez, había lloriqueado y no parecía estar muy caliente. Luego, a la

hora de la cena, cuando Rob se hubo marchado, Brent fue a coger al niño para jugar con él, sin recordar que estaba enfermo.

—¡Este niño está como un carbón encendido! —le gritó a Karin, y quiso saber por qué no había ido al médico, por qué no había llevado al niño al hospital.

—Tú me dirás por qué —le respondió Karin, y empezaron a pelear—. Dijiste que no necesitaba ir —dijo Karin—. De acuerdo, pues, no necesita ir.

Brent llamó a la compañía de taxis, pero los taxis no salían a causa de la tormenta, de la que hasta entonces ni él ni Karin se habían dado cuenta. Telefoneó al hospital y les preguntó qué debía hacer y ellos le dijeron que

le hiciera bajar la fiebre envolviendo al bebé en toallas húmedas. Eso hicieron, y hacia medianoche la tormenta se calmó y los quitanieves salieron a la calle y ellos llevaron al niño al hospital. Pero murió. Probablemente habría muerto sin importar lo que hubiesen hecho, tenía meningitis. Aun cuando hubiese sido un precioso y mimado bebé en un hogar en el que el padre no se emborrachase y la madre y el padre no se peleasen, podría haber muerto; probablemente habría muerto, de todos modos.

Brent, no obstante, quería que fuese culpa suya. A veces quería que fuese culpa de los dos. Para él aquella confesión era como chupar golosinas. Karin le dijo que se callara,

le dijo que cerrase la boca.

Dijo:

—Habría muerto de todos modos.

Cuando la tormenta pasa, el martes por la tarde, Karin se pone el abrigo, sale y limpia el camino de la casa parroquial con una pala. La temperatura parece estar descendiendo todavía más, el cielo está claro. Austin dice que van a ir al lago a mirar el hielo. Si hay una gran tormenta como esa a principios de la temporada, el viento levanta las olas en la playa y se hielan allí. Hay hielo por todas partes, con formas inverosímiles. La gente baja y hace fotos. A menudo el papel recoge lo mejor de ellas. Austin también quiere hacer algunas fotos. Dice que será algo para mostrar

a la gente en Hawai. De modo que Karin también limpia el coche con la pala, y salen, Austin conduce con mucho cuidado. No hay nadie más allí abajo. Hace demasiado frío. Austin se apoya en Karin mientras avanzan con dificultad por el paseo entablado... o por donde debe de estar, debajo de la nieve. Láminas de hielo caen al suelo desde las cargadas ramas de los sauces y el sol brilla a través de ellas desde el oeste; son como paredes de perlas. El hielo se entrelaza por el alambre de la alta valla para formar una especie de panal. Las olas se han helado al tocar la playa, y han formado montículos y grutas, un paisaje fantástico, hasta la superficie del agua que abarca la vista. Y



todos los aparatos de la zona de juegos, los columpios y las barras de los niños, han sido transformados por el hielo, adornados con tubos de órgano o enterrados en lo que parecen estatuas medio esculpidas, formas de hielo que podrían ser personas, animales, ángeles o monstruos, dejados sin acabar.

Karin está nerviosa cuando Austin está de pie, solo, para hacer las fotos. Le parece tembloroso... y ¿qué pasaría si se cayera? Se podría romper una pierna, una cadera. Las personas mayores se rompen una cadera y eso es el final para ellas. Incluso el quitarse los guantes para manejar la cámara parece arriesgado. Un pulgar helado puede ser suficiente para hacerle quedar allí, para que

pierda su avión.

Al volver al coche, tiene que frotarse y soplarse las manos. La deja conducir a ella. Si algo terrible le ocurriese, ¿vendría aquí Sheila Brothers, la reemplazaría en su cuidado, se instalaría en la casa parroquial, anularía las órdenes que él ha dado?

—Aquí hace un tiempo extraño —dice—. Arriba, al norte de Ontario, es suave, incluso los pequeños lagos están abiertos, las temperaturas están por encima de cero. Y aquí nos encontramos en las garras del frío y el viento viene directamente de la zona de las praderas.

—Le dará lo mismo cuando llegue a Hawai —le dice Karin con firmeza—. El norte de

Ontario, la zona de las praderas o esto, estará usted encantado de estar fuera. ¿Ella nunca le llama?

—¿Quién? —pregunta Austin.

—Ella. La señora Brothers.

—Oh, Sheila. Me llama tarde por las noches. Es mucho más temprano en Hawai.

El teléfono suena cuando Karin está sola en casa la mañana antes de que Austin se vaya. La voz de un hombre, indecisa y malhumorada.

—No está aquí ahora —le dice Karin. Austin ha ido al banco—. Le puedo decir que le llame cuando llegue.

—Bueno, es una conferencia —dice el

hombre—. Esto es el lago Shaft.

—El lago Shaft —dice Karin, buscando un lápiz alrededor del teléfono.

—Solo queríamos saber. Estábamos solo comprobando que tuviésemos bien la hora de su llegada. Alguien tiene que ir a buscarle en coche. Llega a Thunder Bay a las tres en punto, ¿es eso?

Karin ha dejado de buscar un lápiz. Finalmente dice:

—Supongo que sí. Por lo que sé. Si volviera usted a llamar sobre el mediodía, él estaría aquí.

—No estoy seguro de poder estar cerca de un teléfono a mediodía. Estoy en el hotel ahora, pero tengo que ir a otro sitio. Es mejor

que le deje el recado. Alguien irá a buscarle al aeropuerto de Thunder Bay mañana a las tres. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dice Karin.

—Puede usted decirle que también le hemos conseguido un lugar donde vivir.

—Oh, de acuerdo —dice Karin.

—Es un remolque. Dijo que no le importaría vivir en un remolque. ¿Sabe?, hace mucho que no hemos tenido aquí a un pastor.

—Ah —dice Karin—. De acuerdo, sí. Se lo diré.

En cuanto cuelga busca el número de Megan en la lista que está encima del teléfono y lo marca. Llama tres o cuatro veces y entonces sale la voz de Megan, más enérgica

que la última vez que Karin la oyó. Enérgica, pero guasona.

«La señora de la casa lamenta no poder atender su llamada en este momento, pero si deja usted su nombre, mensaje y número de teléfono intentará telefonarle lo más pronto posible.»

Karin ya ha empezado a decir que lo siente, pero que aquello es importante, cuando la interrumpe un pitido, y se da cuenta de que es una de esas máquinas. Empieza de nuevo, hablando rápidamente, pero con claridad después de una profunda inspiración.

—Solo quería decírtelo. Solo quería que lo supieras. Tu padre está bien. Está bien de salud, y mentalmente está estupendo y todo.

De modo. De modo que no tienes que preocuparte. Se va a Hawai mañana. Estaba pensando..., solo estaba pensando en nuestra conversación telefónica. Así que pensé que te iba a decir que no te preocupases. Habla Karin.

Y acaba de decir todo aquello a tiempo, cuando oye a Austin en la puerta. Antes de que él pueda preguntar o preguntarse qué está haciendo allí en el vestíbulo, ella le dispara una serie de preguntas. ¿Ha ido al banco? ¿Le ha dolido el pecho a causa del frío? ¿Cuándo vendría el camión de la subasta? ¿Cuándo querían las personas de la junta las llaves de la casa parroquial? ¿Iba a telefonar a Don y a Megan antes de irse, cuando llegase allí, o

qué?

Sí. No. El lunes el camión. El martes las llaves, pero sin prisa..., si ella no había terminado, entonces el miércoles estaría bien. Ya no más llamadas telefónicas. Él y sus hijos se habían dicho todo lo que necesitaban decirse. Cuando llegue allí, les escribiré una carta. Les escribiré una carta a cada uno.

—¿Después de casarse?

—Sí, bueno. Quizá antes.

Ha dejado su abrigo sobre la baranda. Luego ella le ve extender una mano para mantener el equilibrio, agarrándose a la barandilla. Hace ver que está perdiendo el tiempo con su abrigo.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta ella—.



¿Quiere una taza de café?

Por un momento, él no dice nada. La mirada va más allá. ¿Cómo puede alguien creer que este tambaleante anciano, cuyo cuerpo parece estar encogiéndose día a día, esté camino de casarse con una viuda que está bien de dinero y de pasar sus días, de ahora en adelante, paseando por una playa soleada? No es propio de él hacer una cosa así, nunca. Tiene la intención de agotarse rápida, rápidamente, con personas tan desagradecidas como sea posible, tan desagradecidas como Brent. Entretanto les engaña a todos haciéndoles creer que ha cambiado. De otro modo, alguien podría evitar que se fuera. Escabulléndose, engañándoles, disfrutando

con ello.

Pero realmente está buscando algo en el abrigo. Saca una petaca de whisky.

—Pon un poco de esto en un vaso para mí —dice—. Olvídate del café. Es solo una precaución. Contra la debilidad. Por el frío.

Está sentado en los escalones cuando le lleva el whisky. Se lo bebe tembloroso. Mueve la cabeza hacia atrás y hacia adelante como si intentase aclarársela. Se levanta.

—Mucho mejor —dice—. Oh, muchísimo mejor. Ahora, sobre esas fotografías del hielo, Karin. Me preguntaba si las podrías recoger la próxima semana. ¿Si te dejo el dinero? Aún no están.

Aunque acaba de llegar del frío, está

blanco. Si se pusiera una vela detrás de su cara, brillaría a través de ella como si fuera de cera o de porcelana fina.

—Tendrá que dejarme su dirección —le dice—. Dónde enviarlas.

—Guárdalas hasta que te escriba. Eso será lo mejor.

Así que ha terminado con todo un rollo de fotografías del hielo, junto con todas aquellas otras cosas que había decidido conseguir. Las fotografías muestran el cielo más azul de lo que nunca lo fue, pero el entretejido de la valla y la forma de los tubos de órgano no se ven tan claramente. Se necesitaría que hubiera una figura humana, también, para mostrar el

tamaño de las cosas. Debería haber cogido la cámara y haber fotografiado la de Austin, que ha desaparecido. Ha desaparecido tan completamente como el hielo, a menos que el cuerpo sea arrojado a la playa en primavera. Un deshielo, un ahogamiento, y ambos desaparecen. Karin mira esas fotografías de las pálidas y deformes monstruosidades de hielo, esas fotografías que tomó Austin, tan a menudo que tiene la sensación de que él está en ellas, a pesar de todo. Es un vacío en ellas, pero brillante.

Ella cree ahora que él lo sabía. Al final supo que ella había caído en la cuenta, que comprendía lo que estaba preparando. No importa lo solo que estés, ni lo mañoso y

decidido que seas, ¿no necesitas que una persona lo sepa? Ella podía ser esa persona. Cada uno de ellos sabía lo que el otro maquinaba, y no lo dijo, y eso era un vínculo más allá de lo normal. Cada vez que piensa en ello, se siente aprobada..., algo de lo más inesperado.

Pone una de las fotografías en un sobre y se la envía a Megan. (Ella rompió la lista de direcciones y números de teléfonos que había en la pared, por si acaso.) Le envía otra a Don. Y otra, con el sello y la dirección, al otro lado de la ciudad, a Brent. Nada escribe en las fotografías, ni adjunta nota alguna. No va a volver a molestar a una sola de esas personas. El hecho es que no pasará mucho tiempo

hasta que se vaya de allí.

Solo quiere asombrarles.

## Bondad y misericordia

Bugs le dijo adiós a la tierra que iba desapareciendo, un dedo azul oscuro de Labrador. El barco estaba atravesando el estrecho de Belle Isle, al tercer día de haber salido de Montreal.

—Ahora tengo que llegar hasta los blancos farallones de Dover —dijo ella. Hizo una mueca, poniendo los ojos en blanco y la boca, pequeña y hábil, su boca de cantante, como si tuviese que aceptar algún fastidio—. O se acabó, y a alimentar a los peces.

Bugs se estaba muriendo, pero había sido una mujer de piel blanca, muy delgada antes

de empezar aquello, de modo que no había una diferencia chocante. Su pelo, de un plateado brillante, se lo había cortado muy corto su hija Averill. Su palidez no era en modo alguno cadavérica, y las blusas sueltas y las túnicas que Averill había hecho para ella ocultaban el estado de sus brazos y de la parte superior de su cuerpo. Ocasionales expresiones de cansancio y de congoja se mezclaban con una antigua expresión suya: una melancolía crónica y no exenta de humor. No se la veía mal en absoluto, y su tos estaba bajo control.

—Eso es una broma —le dijo a Averill, que pagaba el viaje con el dinero que le había dejado un padre que nunca había visto, para



que le recordara. Cuando hicieron los preparativos, no sabían lo que iba a suceder..., o si iba a suceder tan pronto como en ese momento parecía posible.

—En realidad, tengo la intención de rondar por aquí los próximos años haciendo desgraciada tu vida años —dijo Bugs—. Tengo mejor aspecto, ¿no crees? Al menos, por la mañana. Estoy comiendo. Estaba pensando en empezar a dar pequeños paseos. Ayer fui hasta la barandilla cuando no estabas aquí.

Tenían un camarote en la cubierta de botes, con una tumbona para que Bugs se instalara en el exterior. Había un banco debajo de la ventana del camarote, ocupado ahora por

Averill y por las mañanas por el catedrático de la Universidad de Toronto a quien Bugs llamaba su admirador, o «ese tonto erudito».

Eso sucedía en un buque noruego de pasajeros, a finales de los años setenta, en el mes de julio. Durante todo el trayecto, cruzando el Atlántico Norte, el tiempo fue soleado, el mar llano y brillante como un espejo.

El nombre verdadero de Bugs, por supuesto, era June. Su nombre verdadero, y su nombre de cantante, June Rodgers. Hacía un año y tres meses que no cantaba en público. Durante los últimos ocho meses no había ido al Conservatorio a dar clases. Tenía unos

cuantos estudiantes que iban a su piso de la calle Huron por las tardes y los sábados, para que Averill pudiera acompañarles al piano. Averill trabajaba en el Conservatorio, en las oficinas. Iba a comer a casa cada día en bicicleta, para ver si Bugs estaba bien. No decía que lo hacía por esa razón. Tenía la excusa de su comida especial: leche descremada, germen de trigo y un plátano, triturados en la batidora. Averill intentaba a menudo perder peso.

Bugs había cantado en las bodas, había sido la solista pagada en los coros de la iglesia, había cantado el *Mesías* y *La Pasión según san Mateo* y piezas de Gilbert y Sullivan. Había cantado papeles de apoyo en

producciones de óperas de Toronto con famosas estrellas importadas. Hubo un tiempo, en los años cincuenta, en el que compartía un programa de radio con un popular tenor borracho, que había hecho que les despidieran a los dos. El nombre de June Rodgers había sido bastante conocido mientras Averill crecía. Era bastante conocido al menos entre las personas que Averill normalmente trataba. Fue una sorpresa para Averill, más que para Bugs, encontrarse con gente a quien le resultaba desconocido.

Las personas del barco no lo habían reconocido. Casi la mitad de los aproximadamente treinta pasajeros eran canadienses, la mayoría de ellos de los

alrededores de Toronto, pero no lo habían reconocido.

—Mi madre cantó el papel de Zerlina —dijo Averill durante su primera conversación con el catedrático—. En *Don Giovanni*, en 1964.

Ella entonces tenía diez años y recordaba la ocasión llena de gloria. Recelo, nervios, crisis..., un dolor de garganta curado por el yoga. Un traje de campesina con una falda fruncida rosa y dorada sobre montones de enaguas. Gloria.

—Cariño, Zerlina no es una palabra familiar —le dijo Bugs después—. Y también los catedráticos son tontos. Son más tontos de lo normal. Podría ser amable y decir que

conocen cosas que nosotros no conocemos, pero, por lo que a mí respecta, no saben una mierda.

Pero dejó que el profesor se sentara a su lado y le contara cosas suyas cada mañana. Le contaba a Averill lo que había aprendido. Él paseaba por cubierta durante una hora antes de desayunar. En casa caminaba nueve kilómetros y medio al día. Había originado cierto escándalo en la universidad hacía unos años al casarse con su joven esposa —su estúpida esposa, decía Bugs—, cuyo nombre era Leslie. Se había creado enemigos, originado envidias y descontento entre sus colegas con aquella frivolidad, y luego por divorciarse de su esposa y casarse con esa

chica que era un año más joven que su hijo mayor. Desde entonces, algunas personas estaban decididas a cargárselo, y lo hicieron. Era biólogo, pero había ideado una especie de curso de ciencia general —él lo llamaba curso de alfabetización científica— para estudiantes de humanidades: un curso animado, que no asustaba, y que esperaba fuese un modesto adelanto. Consiguió la aprobación de los de arriba, pero el curso fue boicoteado por miembros de su propio departamento, que idearon toda clase de requisitos y prerrequisitos engorrosos y tontos. Él se retiró pronto.

—Creo que eso fue —dijo Bugs—. No podía mantener la mente en eso. También las

mujeres jóvenes pueden ser unas parejas muy frustrantes para hombres mayores. La juventud puede ser aburrida. Oh, sí. Con una mujer mayor un hombre puede relajarse. Los ritmos de los pensamientos y recuerdos de ella... sí, los ritmos de sus pensamientos y recuerdos estarán más en armonía con los de él. ¡Qué asco!

Al fondo de la cubierta la joven esposa, Leslie, estaba sentada haciendo una funda a punto de aguja para una silla del comedor. Era la tercera funda que hacía. Necesitaba seis en total. Las dos mujeres con las que se sentaba estaban encantadas de admirar su dibujo —se llamaba Rosa Tudor— y hablaban de las fundas de punto de aguja que habían hecho.



Explicaban cómo hacían juego con el mobiliario de sus casas. Leslie estaba sentada en medio de ellas, algo protegida. Era una chica tierna, de piel rosada y de cabello castaño, cuya juventud se estaba marchitando. Invitaba a la amabilidad, pero Bugs no había sido muy amable con ella cuando sacó la labor de su bolsa.

—Oh, Dios mío —dijo Bugs. Levantó las manos y movió sus dedos flacos—. Estas manos —dijo, y superó un ataque de tos—, estas manos han hecho muchas cosas de las que no me siento orgullosa, pero debo decir que nunca han cogido una aguja de hacer punto, ni una aguja de bordar, ni un ganchillo, ni siquiera han cosido un botón si había un

imperdible a mano.

El marido de Leslie se rió.

Averill pensó que lo que Bugs decía no era totalmente cierto. Había sido Bugs quien la había enseñado a coser. Bugs y Averill se tomaban un serio interés por la ropa y estaban muy atentas a la moda, de una manera festiva y no sometida. Algunas de sus mejores horas juntas las habían pasado cortando tela, uniéndola con agujas e inspirándose.

Las túnicas, las blusas sueltas que Bugs llevaba en el barco eran retales de seda, terciopelo, algodón de un estampado brillante y encaje hecho a ganchillo..., todo de viejos vestidos, cortinas y manteles que Averill había encontrado en tiendas de segunda mano. Esas

creaciones fueron muy admiradas por Jeanine, una mujer estadounidense del barco que iba haciendo amigos fervorosamente.

—¿Dónde encontró estas espléndidas cosas? —le preguntó Jeanine, y Bugs dijo:

—Averill. Averill las ha hecho. ¿Verdad que es hábil?

—Es un genio —respondió Jeanine—. Eres un genio, Averill.

—Debería hacer trajes para el teatro —dijo Bugs—. Se lo digo siempre.

—Sí, ¿por qué no lo haces? —le preguntó Jeanine.

Averill se sonrojó y no se le ocurrió nada que decir, nada que calmara a Bugs y a Jeanine, que le estaban sonriendo.

Bugs dijo:

—Pero estoy igual de contenta de que no lo haga. Estoy encantada de que esté aquí. Averill es mi tesoro.

Paseando por cubierta, lejos de Bugs, Jeanine le preguntó a Averill:

—¿Te importaría decirme cuántos años tienes?

Averill le dijo que veintitrés y Jeanine suspiró. Dijo que ella tenía cuarenta y dos. Estaba casada, pero no iba acompañada de su marido. Tenía un rostro largo y bronceado, con unos labios brillantes de un rosa malva y el pelo a la altura de los hombros, grueso y liso como un tablón de roble. Dijo que la gente le decía a menudo que parecía que fuera de

California, pero en realidad era de Wisconsin. Era de una pequeña ciudad de Wisconsin, donde había sido azafata de un programa telefónico de radio. Su voz era baja y persuasiva y llena de satisfacción, aunque revelase un problema, una pena, una vergüenza.

—Tu madre es encantadora —dijo.

—La gente piensa eso de ella o no puede soportarla —dijo Averill.

—¿Hace mucho que está enferma?

—Se está recuperando —dijo Averill—.

Tuvo una neumonía la primavera pasada.

Eso era lo que habían quedado en decir.

Jeanine estaba más deseosa de hacerse amiga de Bugs que Bugs lo estaba de ser

amiga suya. No obstante, Bugs cayó en su habitual media intimidad, e hizo algunas confidencias sobre el profesor y reveló el apodo que había pensado para él: Doctor Fausto. El apodo de su esposa era Rosa Tudor. A Jeanine estos apodos le parecieron apropiados y divertidos.

—Oh, encantadores —dijo.

Ella no sabía el apodo que Bugs le había puesto: Gatito Encantador.

Averill paseaba por cubierta y escuchaba hablar a la gente. Pensaba que los viajes por mar, tal como se creía, permitían huir de todo y cómo el «todo» quería decir, presumiblemente, su propia vida, la manera en que la vivías, la persona que eras en casa. No

obstante, en todas las conversaciones oía que las personas estaban haciendo exactamente lo contrario. Se estaban afirmando, hablando de sus trabajos, de sus hijos, de sus jardines y de sus comedores. Se ofrecían recetas para el pastel de fruta y para montones de estiércol. También maneras de tratar a las nueras o las inversiones. Cuentos de enfermedades, traiciones, bienes inmuebles. Dije. Hice. Siempre creo. Bien, yo no sé usted, pero yo.

Averill, al pasar por delante con su rostro vuelto hacia el mar, se preguntaba cómo se llegaba a hacer eso. ¿Cómo aprendías a ser tan tozudo e insistente y a reclamar tu turno?

«Lo hice todo el otoño pasado en azul y ostra.»

«Me temo que nunca he sido capaz de ver los encantos de la ópera.»

Ese último era el catedrático, imaginándose que podía poner a Bugs en su lugar. ¿Y por qué decía que se temía?

Averill no llegó a caminar sola mucho rato. Tenía su propio admirador, que se le acercaba y la interrumpía en la barandilla. Era un artista, un artista canadiense de Montreal, que se sentaba frente a ella en el comedor. Cuando le preguntaron, en la primera comida, qué clase de cuadros pintaba, dijo que su último trabajo era una figura de dos metros setenta y cinco centímetros, totalmente envuelta en vendas, con citas de la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Qué



interesante, dijeron algunos estadounidenses educados, y el artista respondió, con una tirante sonrisa despectiva, que estaba encantado de que lo pensasen.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jeanine, con su hábil respuesta de entrevistadora ante la hostilidad (una especial amabilidad en la modulación de la voz, una sonrisa más viva e interesada)—, ¿por qué no utilizó usted citas canadienses de alguna clase?

—Sí, yo también me estaba preguntando lo mismo —dijo Averill. A veces intentaba intervenir en las conversaciones de ese modo, intentaba repetir o extender las cosas que otras personas decían. Por lo general no funcionaba.

Las citas canadienses resultaron ser un tema difícil con el artista. Los críticos lo habían censurado por aquello mismo, lo habían acusado de falta de nacionalismo, sin entender el verdadero significado que él le quería dar. Ignoró a Jeanine, pero siguió a Averill desde la mesa y la arengó durante lo que le parecieron horas, enamorándose terriblemente de ella mientras tanto. A la mañana siguiente la estaba esperando para ir a desayunar con ella y después le preguntó si había hecho alguna vez de modelo.

—¿Yo? —dijo Averill—. Estoy demasiado gorda.

Él le aclaró que no quería decir vestida. Si hubiese sido otra clase de artista, dijo —ella

dedujo que la otra clase era la que él despreciaba—, la habría escogido inmediatamente como modelo. Sus gruesos muslos dorados —llevaba pantalones cortos, que no volvió a ponerse—, su pelo largo como de azúcar caramelizado, sus hombros cuadrados y su cintura sin marcar. Una figura de diosa, una tez de diosa, una diosa de la cosecha. Le dijo que tenía un ceño puro e infantil.

Averill pensó que tenía que acordarse de seguir sonriendo.

Él era un hombre rechoncho, atezado y de aspecto irritable. Bugs lo llamaba Toulouse-Lautrec.

Los hombres se habían enamorado de

Averill con anterioridad. Dos veces había prometido casarse con ellos y luego había tenido que faltar a su promesa. Se había acostado con aquellos con los que se había prometido y con dos o tres más. En realidad, con tres más. Había tenido un aborto. No era frígida —ella no lo creía así—, pero había algo en su participación en el sexo que era educado y terrible, y era siempre un alivio cuando se separaban de ella.

Trataba al artista concediéndole una conversación a primeras horas del día, cuando se sentía fuerte y casi despreocupada. No se sentaba con él, y durante la tarde y la noche lo mantenía a una prudente distancia. Parte de su estrategia era hacer amistad con Jeanine.

Aquello estaba bien mientras Jeanine hablase de su propia vida y no pasase a la de Averill.

—Tu madre es una mujer elegante y encantadora —decía Jeanine—. Pero las personas encantadoras pueden ser muy manipuladoras. No vives con ella, ¿verdad?

Averill respondió que sí, y Jeanine dijo:

—Oh, lo siento. Espero no ser demasiado entrometida. Espero no haberte ofendido.

Averill solo estaba realmente perpleja, de una manera que le era conocida. ¿Por qué la gente daba tan rápidamente por sentado que era tonta?

—¿Sabes?, estoy tan acostumbrada a hacer entrevistas a la gente —dijo Jeanine— que soy muy mala manteniendo una conversación

ordinaria. He olvidado cómo comunicarme en una situación no profesional. Soy demasiado brusca y demasiado «interesada». Necesito ayuda en esto.

El objetivo de hacer aquel viaje, dijo, era volver a la normalidad y descubrir quién era en realidad cuando no estaba charlando delante de un micrófono. Y para saber quién era fuera de su matrimonio. Era un acuerdo entre su esposo y ella, dijo, que de cuando en cuando hicieran esos pequeños viajes lejos el uno del otro, para comprobar los límites de la relación.

Averill podía oír lo que Bugs habría dicho sobre eso. «Comprobar los límites de la relación —diría Bugs—. Ella quiere decir

acostarse con alguien a bordo del barco.»

Jeanine decía que no descartaba un romance a bordo. Es decir, antes de haber echado un vistazo a los hombres disponibles, no lo descartaba. Una vez echado el vistazo, se resignó. ¿Quién podía ser? El artista era pequeño, feo y antiestadounidense. Eso en sí mismo no lo habría descartado del todo, pero estaba locamente enamorado de Averill. El catedrático tenía una esposa a bordo... Jeanine no iba a andar por ahí copulando por los armarios de ropa blanca. Además era muy pedante, tenía pequeñas verrugas granulosas en los párpados y había hecho amistad con Bugs. Todos los demás hombres estaban excluidos por una u otra razón..., tenían con

ellos a sus esposas, o eran demasiado viejos para gustarle, o demasiado jóvenes para que ella les gustase, o estaban interesados los unos en los otros o en miembros de la tripulación. Tendría que utilizar el tiempo para hacerle una buena revisión a su piel y para leer un libro durante todo el recorrido.

—¿A quién escogerías, a pesar de todo —le dijo a Averill—, si estuvieses escogiendo para mí?

—¿Y el capitán? —dijo Averill.

—Espléndido —dijo Jeanine—. Una probabilidad remota, pero espléndido.

Se enteró de que la edad del capitán estaba bien, tenía cuarenta y cuatro años. Estaba casado, pero su esposa había vuelto a Bergen.



Tenía tres hijos ya mayores, o casi. No era noruego, sino escocés, nacido en Edimburgo. Se hizo a la mar a la edad de dieciséis años y había capitaneado aquel buque durante diez. Jeanine se enteró de todo aquello preguntádoselo. Le dijo que iba a escribir un artículo para una revista sobre buques de pasajeros. (Podría ser que lo hiciera realmente.) Él la invitó a ver el barco, incluido su propio camarote. Ella consideró aquello una buena señal.

Su camarote estaba immaculado. Había una fotografía de una mujer voluminosa, de agradable aspecto, con un jersey grueso. El libro que él estaba leyendo era de John le Carré.

—No mostrará por ella ni el menor interés —dijo Bugs—. Es demasiado astuto para ella. Un escocés astuto.

Averill no lo había pensado dos veces antes de revelar las confidencias de Jeanine, si es que eran confidencias. Estaba acostumbrada a llevar a casa toda la información, en pequeños chismes animados: a casa en el piso de la calle Huron, al camarote de la cubierta de botes, a Bugs. Todos revueltos en el pote de los chismes. La misma Bugs era una maravilla incitando a la gente: conseguía pródigas revelaciones embrolladas de fuentes inverosímiles. Hasta donde sabía Averill, no había mantenido nada en secreto.

Bugs decía que Jeanine era de un tipo que

ya había visto antes. Ostentación en la superficie y catástrofe por debajo. Un error hacerse demasiado amiga de ella, le dijo a Averill, pero ella misma siguió siendo bastante amiga. Ella le contaba a Jeanine historias que Averill ya había oído antes.

Habló del padre de Averill, a quien no describió como un pelmazo, ni como un admirador, sino como un cauteloso y viejo maricón. Viejo para la manera de pensar de Bugs... a los cuarenta años que él tenía. Era médico en Nueva York. Bugs estaba viviendo allí, era una cantante joven que intentaba empezar. Fue a verle por un dolor de garganta, porque los dolores de garganta eran la obsesión de su vida.

—Un otorrinolaringólogo —dijo Bugs—. ¿Cómo iba yo a saber que no se pararía allí?

Tenía familia. Desde luego. Fue a Toronto una vez, para una conferencia médica. Vio a Averill.

—Ella estaba de pie en su cuna y cuando lo vio dio alaridos como un espíritu. Le dije: «¿Crees que ha heredado mi voz?». Pero no estaba para bromas. Lo aterrorizó. A un viejo maricón tan cauteloso. Creo que solo se equivocó una vez.

»Siempre he hablado mal —dice Bugs—. Me gusta. Me gustaba mucho antes de que fuese tan habitual. Cuando Averill acababa de empezar a ir a la escuela, la profesora me telefoneó y me pidió que fuese a hablar con

ella. Dijo que estaba preocupada por algunas palabras que Averill utilizaba. Cuando Averill rompía el lápiz, o cualquier cosa, decía mierda. O quizá joder. Decía lo que acostumbraba oírme decir a mí en casa. Nunca le llamé la atención. Solo pensé que ella se daría cuenta. ¿Y cómo iba a hacerlo? Pobre Averill. Yo era una pésima madre. Y eso no es lo peor. ¿Crees que le confesé a aquella profesora y le dije que lo copiaba de mí? ¡Por supuesto que no! Me comporté como una dama. “Oh, cielos. Oh, le agradezco tanto que me lo haya dicho.” Dios mío. Soy una persona horrible. Averill siempre lo ha sabido. ¿Verdad que sí, Averill?

Averill dijo que sí.

Al cuarto día, Bugs dejó de bajar al comedor a cenar.

—Noto que me mareo un poco a esa hora —dijo—. No quiero resultar molesta para el catedrático. Puede no estar tan encantado con las mujeres mayores como dice.

Dijo que ya comía suficiente a la hora del desayuno y de la comida.

—El desayuno ha sido siempre mi mejor comida. Y aquí hago un desayuno copioso.

Averill volvió de la cena con panecillos y fruta.

—Estupendo —dijo Bugs—. Más tarde. Tenía que dormir apoyada.

—Quizá la enfermera tenga oxígeno —dijo Averill. No había médico en el barco, pero

había una enfermera. Bugs no quiso verla. No quería oxígeno.

—Estos no son malos —dijo de sus ataques de tos—. No son tan malos como parecen. Solo pequeños espasmos. He estado pensando... que son un castigo, ¿por qué? Nunca he fumado. He pensado que quizá... ¿por cantar en la iglesia y no creer? Pero no. Creo... *Sonido de la música.* María. A Dios no le gusta.

Averill y Jeanine jugaban a póquer por las noches con el artista y el primer oficial noruego. Averill iba unas cuantas veces a la cubierta de botes para ver cómo se encontraba Bugs. Bugs estaba dormida, o se hacía la

dormida, con la fruta y los panecillos junto a su cama, intactos. Averill se retiró pronto del juego. No se fue inmediatamente a la cama, aunque había insistido mucho en que tenía mucho sueño que no podía mantener los ojos abiertos. Se metió en el camarote para coger los panecillos que Bugs no se había comido y luego salió a cubierta. Se sentó en el banco de debajo de la ventana. La ventana estaba siempre totalmente abierta a la cálida y silenciosa noche. Averill se sentó allí y se comió los panecillos tan sosegadamente como pudo, mordiéndolo cuidadosamente la corteza crujiente y deliciosa. El aire del mar le abría tanto el apetito como se suponía que debía hacerlo. O quizá era el que hubiese alguien



enamorado de ella..., la tensión. En esas circunstancias ella normalmente engordaba.

Podía oír respirar a Bugs. Pequeñas agitaciones y paradas, aceleraciones irregulares, dificultades, ronquidos y auténticas carreras. Podía oír a Bugs medio despierta, cambiando de posición, forcejeando y apoyándose un poco más arriba de la cama. Y podía observar al capitán cuando salía para dar su paseo. No sabía si él la veía. Nunca daba señales de ello. Nunca miraba hacia donde ella estaba. Miraba siempre al frente. Hacía ejercicio por la noche, cuando había menores posibilidades de tener que ser sociable. Arriba y abajo, arriba y abajo, junto a la baranda. Averill se quedó quieta..., se

sentía como un zorro entre la maleza. Un animal nocturno, vigilándole. Pero no creía que él se sobresaltase si se moviera o le llamara. Seguramente estaba alerta a todo lo del barco. Sabía que ella estaba allí, pero podía ignorarla, por cortesía, o por su propio sentido de la confianza.

Pensó en los planes de Jeanine con respecto a él y estuvo de acuerdo con Bugs en que se hallaban destinados al fracaso. Averill se sentiría decepcionada si no se hallasen destinados al fracaso. El capitán no le parecía un hombre necesitado. No necesitaba molestar, ni adular, ni provocar, ni abordar. Nada de aquellos mírame, escúchame, admírame, dame. Nada de todo eso. Tenía

otras cosas en la cabeza. El barco, el mar, el tiempo, la carga, su tripulación, sus obligaciones. Los pasajeros debían de ser para él historia vieja. Carga de otra clase, que exigía otro tipo de atención. Frívolos o enfermos, lujuriosos o apenados, curiosos, impacientes, maliciosos, distantes...; ya los habría visto a todos antes. Sabría cosas de ellos enseguida, pero nunca más de lo que necesitaba saber. Ya conocería a Jeanine. Una vieja historia.

¿Cómo decidía cuándo entraba? ¿Medía el tiempo, contaba los pasos? Tenía el pelo gris, las espaldas rectas, el cuerpo grueso alrededor de la cintura, y la barriga hablaba, no de indulgencia, sino de una apacible autoridad.

Bugs no había inventado apodo alguno para él. Le había llamado escocés astuto, pero no se había interesado más. No había en él pequeñas manías que Bugs pudiera captar, no había ostentación que invitara, no había capas resplandecientes de las cuales desprenderse. Era un hombre hecho hacía mucho tiempo, que no se hacía momento a momento, utilizando a quienquiera que pudiera encontrar durante el proceso.

Una noche, antes de que apareciese el capitán, Averill oyó cantar. Oyó cantar a Bugs. Oyó a Bugs despertarse, restablecerse y comenzar a cantar.

A veces, en los últimos meses, Bugs había cantado una frase durante una lección, había

cantado en voz baja, con gran cuidado y por necesidad, para demostrar algo. En ese momento no cantaba así. Cantaba mesuradamente, como lo hacía cuando practicaba, guardando su potencia para la representación. Pero cantaba correcta y adecuadamente, con intacta, o casi intacta, dulzura.

«*Vedrai carino*», cantaba Bugs, como cantaba mientras ponía la mesa o miraba por la ventana del piso cuando llovía, en un ligero esbozo que podía completarse exquisitamente si así lo decidía. En aquellos tiempos podría haber estado esperando a alguien, o tratando de alcanzar una felicidad improbable, o simplemente ejercitándose para un concierto.

*Vedrai carino,  
Se sei buonino,  
Che bel remedio,  
Ti voglio da.*

Los pensamientos de Averill se detuvieron cuando empezó la canción, y su cuerpo se puso tenso, como durante una crisis. Pero no hubo llamada para ella; se quedó donde estaba. Después del primer momento de alarma, sintió exactamente lo mismo, lo mismo que siempre sentía cuando cantaba su madre. Las puertas se abrían sin esfuerzo, más allá estaba el espacio iluminado, una revelación de bondad y de gravedad. Una alegría deseable y dichosa, y una gravedad, un juego de bondad que nada te pedía. Nada más

que aceptar aquel brillante orden. Eso lo alteraba todo, y en el momento en que Bugs dejaba de cantar, desaparecía. Desaparecía. Parecía que la misma Bugs se lo hubiese llevado. Bugs podía dar a entender que era solo un truco, nada más. Podía dar a entender que una estaba un poco loca por advertirlo. Era un don que Bugs estaba obligada a ofrecer a todo el mundo.

Eso es. Eso es todo. No hay de qué.

Nada especial.

Bugs tenía aquel secreto, que exhibía con total franqueza, y luego protegía absolutamente... de Averill, como de todo el mundo.

«Averill no es especialmente aficionada a la

música, gracias a Dios.»

El capitán llegó a cubierta cuando Bugs terminó de cantar. Podría haber captado el final, o haber estado esperando amablemente en la sombra hasta que terminó. Él caminaba y Averill lo observaba, como de costumbre.

Averill podía cantar mentalmente. Pero ni siquiera mentalmente cantaba las canciones que asociaba con Bugs. Ninguna de las canciones de Zerlina, ni las partes de soprano de los oratorios, ni siquiera «Adiós a Nueva Escocia» o alguna de las canciones populares de las que Bugs se burlaba por su sensiblería, aunque las cantaba de manera angelical. Averill cantaba un himno. Apenas sabía de dónde procedía. No lo había aprendido de



Bugs. A Bugs no le gustaban los himnos, hablando en términos generales. Averill debía de haberlo aprendido en la iglesia, cuando era niña, y tenía que acompañar a Bugs cuando esta cantaba un solo.

Era el himno que empieza «El Señor es mi pastor». Averill no sabía que era de un salmo..., no había ido a la iglesia lo bastante a menudo para saber de salmos. Se sabía toda la letra del himno, que tenía que admitir que estaba llena de un egoísmo tenaz, de un júbilo sincero y, especialmente en un verso, de una especie de infantil placer malicioso:

*Has provisto mi mesa,  
en presencia de mis enemigos.*

Cuán alegre, segura e irracionalmente cantaba aquella letra la voz de falsete de Averill, mientras observaba la marcha del capitán por delante de ella, y después, cuando ella misma paseaba tranquilamente junto a la barandilla.

*La bondad y la misericordia  
me acompañarán toda la vida;  
y en la casa de Dios para siempre  
estará mi morada.*

Su silencioso canto arropaba la historia que se contaba a sí misma, y que alargaba un poco cada día en cubierta. (Averill se contaba a menudo historias; esta actividad le parecía tan inevitable como soñar.) Su canto era una

barrera entre el mundo que había en su cabeza y el mundo exterior, entre su cuerpo y el asalto de las estrellas, el espejo negro del Atlántico Norte.

Bugs dejó de bajar a comer. Todavía iba a desayunar y estaba animada entonces, y aproximadamente durante una hora después. Decía que no se sentía peor, que estaba cansada de escuchar y de hablar. No volvió a cantar, al menos no mientras Averill pudiera oírla.

La novena noche, la última en mar abierto, antes de que atracaran en Tilbury, Jeanine dio

una fiesta en su camarote. Jeanine tenía el mejor y más grande camarote de la cubierta de botes. Ofreció champán, que había llevado a bordo con este propósito, y whisky y vino, así como caviar, uvas, montones de salmón ahumado, *steak tartare*, queso y hojaldres, de los inesperados recursos de la cocina.

—Estoy derrochando —dijo—. Estoy tirando la casa por la ventana. Me voy a pasear por Europa con una mochila a la espalda robando huevos de los gallineros. No importa. Tomaré vuestras direcciones y cuando esté sin un céntimo iré a quedarme con vosotros. ¡No os riáis!

Bugs tenía la intención de ir a la fiesta. Se había quedado en cama todo el día, sin

siquiera ir a desayunar, para ahorrar fuerzas. Se levantó y se lavó, luego se apoyó contra los almohadones para maquillarse. Lo hizo maravillosamente, ojos y demás. Se cepilló el cabello, se peinó y se puso laca. Se vistió con el suntuoso vestido de solista que Averill le había hecho..., de corte casi recto, pero amplio y largo, de seda color púrpura oscuro, y con unas mangas amplias forradas con más seda, rosa y plata tornasolada.

—Berenjena —dijo Bugs. Se volvió para que el vestido se acampanase a la altura del dobladillo. El giro la hizo tambalear y tuvo que sentarse—. Debería hacerme las uñas —dijo—. Pero esperaré un poco. Estoy demasiado nerviosa.

—Yo te las puedo hacer —dijo Averill. Se estaba recogiendo el pelo con horquillas.

—¿Me las harías? Pero no creo, no creo que vaya después de todo. Creo que será mejor que me quede aquí y descanse. Mañana tengo que estar en buena forma. Desembarcamos.

Averill la ayudó a quitarse el vestido, a lavarse la cara y a volver a ponerse el camisón. La ayudó a meterse en la cama.

—Es un crimen por el vestido —dijo Bugs—. No ir. Se merece salir. Deberías llevarlo tú. Póntelo, por favor.

Averill no creía que el color púrpura la favoreciese, pero acabó dejando su propio vestido verde y poniéndose el de Bugs. Fue

por el corredor hasta la fiesta, sintiéndose extraña, desafiante y absurda. Era correcto, todo el mundo se había esmerado a la hora de vestirse, algunos bastante. Incluso los hombres se habían engalanado de algún modo. El artista llevaba una vieja chaqueta de esmoquin con los tejanos y el catedrático se presentó con un traje blanco de corte un tanto flojo, con aspecto de dandi de una plantación. El vestido de Jeanine era negro y breve y lo llevaba con medias de costura negras y una muy considerable cantidad de joyas de oro. Leslie iba envuelta en tafetán, con rosas rojas y rosas sobre un fondo crema. Sobre su culo curvilíneo, la tela estaba recogida en una enorme rosa, cuyos pétalos el catedrático

estaba continuamente tocando, retorciendo y arreglando del mejor modo posible. Parecía que estuviera nuevamente fascinado por ella. Ella estaba tranquila y orgullosa, floreciendo tímidamente.

—¿Su madre no viene a la fiesta? — preguntó el catedrático a Averill.

—Las fiestas la aburren —le respondió Averill.

—Tengo la impresión de que la aburren muchas cosas —dijo el catedrático—. Lo he observado en los artistas que actúan, y es comprensible. Tienen que concentrarse mucho en sí mismos.

—¿Qué es esto... la Estatua de la Libertad? —dijo el artista, rozando la seda del vestido de



Averill—. ¿Hay ahí dentro una mujer?

Averill había oído que había estado hablando de ella con Jeanine últimamente, preguntándose si quizá era lesbiana, y Bugs no era su madre sino su rica y celosa amante.

—¿Hay una mujer o un trozo de cemento?  
—preguntó entallando la seda en su cadera.

A Averill no le importaba. Aquella era la última noche que tendría que verle. Y ella estaba bebiendo. Le gustaba beber. Le gustaba especialmente beber champán. Le hacía sentirse no excitada, sino borrosa e indulgente.

Habló con el primer oficial, que estaba prometido a una chica de las montañas y que mostraba una agradable falta de interés amoroso por ella.

Habló con la cocinera, una mujer guapa que anteriormente había enseñado inglés en institutos de segunda enseñanza noruegos y que en ese momento estaba resuelta a tener una vida más aventurera. Jeanine había dicho a Averill que se creía que la cocinera y el artista dormían juntos, y cierto desafío e ironía en la cordialidad de la cocinera le hizo pensar a Averill que podía ser cierto.

Habló con Leslie, quien le dijo que antes había sido arpista. Había sido una arpista joven que tocaba música a la hora de la cena en un hotel, y el catedrático la había descubierto detrás de los helechos. No había sido estudiante, como la gente creía. Fue después de que se enredasen cuando el

catedrático hizo que se matriculase en algunos cursos, para desarrollar su mente. Se rió tontamente por encima de su caja de champán y dijo que no había funcionado. Que se había resistido al desarrollo mental, pero que había dejado el arpa.

Jeanine habló a Averill con una voz tan baja y confidencial como pudo.

—¿Cómo te las arreglarás con ella? —le preguntó—. ¿Qué harás en Inglaterra? ¿Cómo puedes subirte a un tren con ella? Esto es serio.

—No te preocupes —le contestó Averill.

—No he sido franca contigo —dijo Jeanine—. Tengo que ir al cuarto de baño, pero quiero decirte algo cuando salga.

Averill esperaba que Jeanine no intentase hacerle más revelaciones acerca del artista, o darle más consejos acerca de Bugs. No lo hizo. Cuando salió del cuarto de baño empezó a hablar de sí misma. Dijo que no estaba haciendo unas pequeñas vacaciones, como había dicho. La habían echado. Su marido la había dejado por una imbécil cachonda que trabajaba como recepcionista en la radio. Ser recepcionista incluía el hacerse las uñas y de vez en cuando contestar al teléfono. El marido consideraba que él y Jeanine deberían seguir siendo amigos, y que él iría a visitarla, se serviría vino y le explicaría los lindos modales de su querida. Cómo se sentaba en la cama, desnuda, haciéndose —¿qué otra cosa?— las

ñas. Quería que Jeanine se riera con él y lo compadeciera por su insensato y entortolado amor. Y ella lo hizo... Jeanine lo hizo. Una y otra vez ella accedió a lo que él quería y escuchó sus historias y vio cómo desaparecía su vino. Él dijo que la quería —a Jeanine— como si fuera la hermana que nunca tuvo. Pero en ese momento Jeanine quería arrancarle de su vida de raíz. Se había levantado y se iba. Quería vivir.

Todavía tenía el ojo puesto en el capitán, aunque era el último momento. Él había dejado de beber champán y estaba bebiendo whisky.

La cocinera había llevado una bandeja de café para aquellos que no bebían, o querían

que se les pasara pronto la embriaguez. Cuando alguien finalmente tomó una taza, la leche resultó estar cortada probablemente por haber estado un rato en la habitación caliente. Sin sonrojarse, la cocinera se la llevó, con la promesa de regresar con leche fresca.

—Estará buena en los creps por la mañana —dijo—. Con azúcar moreno, sobre los creps.

Jeanine dijo que alguien le había dicho una vez que cuando la leche se cortaba se podía sospechar que había un cadáver en el barco.

—Pensé que era una especie de superstición —dijo Jeanine—. Pero él dijo que no, que había una razón. El hielo. Han utilizado todo el hielo para conservar el

cuerpo, por eso se corta la leche. Dijo que sabía que había sucedido en un buque, en el trópico.

Preguntaron al capitán, riendo, si había tal problema a bordo.

Dijo que, que él supiera, no.

—Y tenemos mucho sitio en la nevera — dijo.

—De todos modos, ustedes los entierran en el mar, ¿no es así? —le preguntó Jeanine—. Ustedes pueden casar o enterrar en el mar, ¿verdad? ¿O realmente los refrigeran y los envían a casa?

—Hacemos lo que impone el caso — respondió el capitán.

Pero ¿le había sucedido a él?, se le

preguntó... ¿Se guardaban los cuerpos?  
¿Había habido entierros en el mar?

—Una vez un joven, uno de la tripulación, murió de apendicitis. Por lo que sabíamos no tenía familia, y lo enterramos en el mar.

—Esa es una expresión curiosa, cuando se piensa en ella —dijo Leslie, que se reía tontamente de todo—. Enterrado en el mar.

—En otra ocasión... —dijo el capitán—, en otra ocasión fue una dama.

Entonces les explicó a Jeanine y a Averill, y a unos cuantos que estaban alrededor, una historia. (A Leslie no, su marido se la llevó.)

El capitán dijo que una vez en ese barco había dos hermanas que viajaban juntas. Era en un viaje distinto, hacía unos cuantos años,



en el Atlántico Sur. Las hermanas parecían llevarse veinte años, pero era solo porque una de ellas estaba muy enferma. Podía no haber sido la mayor..., quizá ni siquiera fuese la mayor. Probablemente ambas tuvieran unos treinta y tantos años. Ninguna de ellas estaba casada. La que no estaba enferma era muy guapa.

—La mujer más hermosa que he visto en mi vida —dijo el capitán hablando con solemnidad, como si describiera una vista o un edificio.

Era muy hermosa, pero a nadie prestaba atención excepto a su hermana, que guardaba cama en el camarote, probablemente enferma del corazón. La otra acostumbraba salir fuera

por la noche y sentarse en el banco junto a la ventana de su camarote. Podía andar hasta la barandilla y volver, pero nunca se alejaba de la ventana. El capitán suponía que se quedaba a una distancia desde donde pudiera oír a su hermana, en caso de que la necesitase. (En aquel tiempo no había personal médico a bordo.) Él podía verla allí sentada cuando salía a dar su paseo nocturno, pero hacía ver que no la veía, porque a él le parecía que ella no quería que la vieran, ni tener que saludar.

Pero una noche, cuando pasó por delante, oyó que le llamaba. Le llamaba tan quedo que apenas la oyó. Se dirigió hacia el banco y ella dijo: «Capitán, lo siento, mi hermana acaba de morir».

Lo siento, mi hermana acaba de morir.

Ella le llevó hasta el camarote, y estaba absolutamente en lo cierto. Su hermana estaba en la cama junto a la puerta. Tenía los ojos medio abiertos, acababa de morir.

—Las cosas estaban un poco desordenadas, como están a veces en tales ocasiones —dijo el capitán—. Y por el modo en que reaccionó ante eso, supe que no estaba en el camarote cuando sucedió, estaba fuera.

Ni el capitán ni la mujer dijeron una palabra. Se pusieron a trabajar juntos para arreglar las cosas, limpiaron el cuerpo, lo arreglaron y le cerraron los ojos. Cuando hubieron terminado, el capitán le preguntó a quién debía notificárselo. «A nadie —dijo la

mujer—. A nadie. No hay nadie más que nosotras dos», le dijo. «Entonces, ¿querrá enterrar el cuerpo en el mar?», le preguntó el capitán, y ella le dijo que sí. «Mañana —le dijo él—, mañana por la mañana», y ella preguntó: «¿Por qué tenemos que esperar? ¿No podríamos hacerlo ahora?».

Por supuesto, era una buena idea, aunque el capitán no se lo habría recomendado. Cuanto menos enterados estuviesen los demás pasajeros, e incluso la tripulación, de una muerte a bordo, mejor. Y hacía un tiempo caluroso, verano en el Atlántico Sur. Envolvieron el cuerpo en una de las sábanas y entre los dos lo hicieron pasar a través de la ventana, que estaba totalmente abierta para

ventilar el camarote. La hermana muerta era ligera, y estaba enflaquecida. La llevaron hasta la barandilla. Entonces el capitán dijo que iría a buscar unas cuerdas para sujetar la sábana al cuerpo con el fin de que no se cayera cuando lo arrojaran por la borda. «¿No podríamos utilizar pañuelos?», le preguntó ella, y fue corriendo al camarote y salió con un surtido de pañuelos y cintas, muy bonitos. Él sujetó con ellos la sábana al cuerpo y dijo que iría a buscar su libro para leer la oración de difuntos. La mujer se rió y dijo: «¿De qué le sirve el libro aquí? Está demasiado oscuro para leer». Vio que temía que la dejaran sola con el cadáver. Tenía razón, también, en que estaba demasiado oscuro para leer. Podía

haber cogido una linterna. No sabía si había pensado en ello siquiera. Realmente él no quería dejarla, no le gustaba el estado en que se encontraba.

Él le preguntó qué debía decir, entonces. ¿Alguna plegaria?

«Diga lo que quiera», le respondió, y él recitó la oración del Padre Nuestro —no recordaba si ella se le había unido—, y luego algo parecido a: Señor Jesucristo, en Tu nombre encomendamos a esta mujer a las profundidades; ten piedad de su alma. Algo así. Cogieron el cuerpo y lo arrojaron por encima de la barandilla. Apenas un sordo chapoteo.

Ella le preguntó si aquello era todo, y él le

dijo que sí. Solo tenía que rellenar unos papeles y hacer el certificado de defunción. «¿De qué murió? —le preguntó—. ¿Fue de un ataque al corazón?» Se preguntó bajo qué hechizo había estado para no haberle hecho antes esa pregunta. «Oh —dijo ella—. Yo la maté».

—¡Lo sabía! —gritó Jeanine—. ¡Sabía que era un asesinato!

El capitán se llevó de nuevo a la mujer al banco bajo la ventana del camarote, en ese momento todo iluminado como en Navidad, y preguntó a la mujer que qué quería decir. Dijo que había estado allí sentada, donde estaba en aquel momento, y oyó llamar a su hermana. Sabía que su hermana estaba mal. Sabía lo

que era..., su hermana necesitaba una inyección. No se movió. Intentó moverse..., es decir, pensaba todo el rato en moverse; se vio yendo al camarote y sacando la aguja, se vio haciendo aquello, pero no se movía. Se esforzó por hacerlo, pero no lo hizo. Se quedó sentada como una piedra. No podía moverse del mismo modo que en un sueño uno no puede escapar de algún peligro. Se quedó sentada, escuchando, hasta que supo que su hermana había muerto. Luego llegó el capitán y ella le llamó.

El capitán le dijo que ella no había matado a su hermana.

«¿No habría muerto su hermana de todos modos? —dijo—. ¿No habría muerto muy



pronto? ¿Si no aquella misma noche, muy pronto?» «¡Oh, sí! —le dijo ella—. Probablemente.» «Probablemente, no —dijo el capitán—. Seguro. Probablemente, no..., con toda seguridad.»

«Pondría ataque al corazón en el certificado de defunción, y eso sería todo.»

«De modo que ahora debe usted tener calma —añadió—. Ahora ya sabe que todo está bien.»

Pronunció «calma» con marcado acento escocés, como para rimar con «arma».

«Sí —dijo la mujer, sabía que aquella parte estaría bien—. No lo siento —agregó—. Pero creo que debes recordar lo que has hecho.»

—Después se dirigió a la barandilla —dijo

el capitán— y, por supuesto, yo fui con ella porque no estaba seguro de lo que quería hacer, y cantó un himno. Eso fue todo. Supongo que fue su contribución a la ceremonia. Cantó de modo que apenas se le podía oír, pero el himno era uno que yo sabía. No puedo recordarlo, pero yo lo sabía perfectamente.

—Bondad y misericordia toda la vida — cantó entonces Averill, mesuradamente pero con seguridad, de modo que Jeanine le apretó la cintura y exclamó:

—Bien, ¡champán, Sally!

El capitán mostró un momento de sorpresa. Luego dijo:

—Creo que pudo haber sido ese. —Podía

estar cediendo algo, un rincón de su historia, a Averill—. Ese pudo haber sido.

Averill dijo:

—Es el único himno que conozco.

—Pero ¿eso es todo? —preguntó Jeanine—. ¿No había involucrada alguna fortuna familiar, ni estaban las dos enamoradas del mismo hombre? ¿No? Supongo que no era televisión.

El capitán dijo que no, que no era televisión.

Averill creía que conocía el resto. ¿Cómo podía no conocerlo? Era su historia. Sabía que después de que la mujer hubo cantado el himno, el capitán le apartó la mano de la barandilla, se la llevó a la boca y la besó. Le

besó el dorso, luego la palma. La mano que, no hacía mucho, había hecho su servicio a la muerta.

En algunas versiones de la historia, eso fue todo lo que hizo, era suficiente. En otras versiones, no se quedó tan fácilmente satisfecho. Ni tampoco ella. Ella entró con él, por el pasillo, hasta el iluminado camarote, y allí él le hizo el amor en la misma cama que, según él, acababan de deshacer y vaciar, enviando a su ocupante y a una de las sábanas al fondo del océano. Cayeron en aquella cama porque no podían esperar a llegar a la otra debajo de la ventana, no podían esperar para abalanzarse a hacer el amor, que continuaron haciendo hasta el amanecer, y que les duraría

hasta el resto de sus vidas.

A veces apagaban la luz, a veces no les importaba.

El capitán lo había explicado como si la madre y la hija fueran hermanas, había transportado el buque al Atlántico Sur y había omitido el final —así como también había añadido varios detalles de su propia invención—, pero Averill creía que era su historia la que él había contado. Era la historia que se había estado contando noche tras noche en cubierta, su historia absolutamente secreta, que volvía a ella. Ella la había inventado y él la había tomado y la había explicado, tranquilamente.

Crear que una cosa así pudiera suceder hacía que se sintiese ingrátida, diferente y

radiante, como un pez iluminado en el agua.

Bugs no murió aquella noche. Murió dos semanas después, en el Hospital Real, en Edimburgo. Consiguió llegar hasta allí en tren.

Averill no se encontraba con ella cuando murió. Estaba a un par de manzanas de distancia, comiéndose una patata cocida en un establecimiento de comidas preparadas.

Bugs hizo una de sus últimas observaciones coherentes sobre el Hospital Real. Dijo: «¿No suena a *Viejo Mundo?*».

Averill, al salir a comer después de haber estado en la habitación del hospital todo el día, se había sorprendido de que hubiera todavía tanta luz en el cielo y de que hubiera tanta

gente animada y alegremente vestida en las calles, hablando francés y alemán, y probablemente montones de otras lenguas que no podía reconocer. Cada año, en aquella época, la ciudad natal del capitán celebraba un festival.

Averill llevó el cadáver de Bugs a su país en avión, para hacerle un funeral con buena música, en Toronto. Se encontró sentada junto a otro canadiense que volvía de Escocia, un joven que lo había hecho en un famoso torneo de golf de aficionados y que no lo había hecho tan bien como esperaba. El fracaso y la pérdida les hicieron ser amables el

uno con el otro, y se quedaron fácilmente encantados por la ignorancia del otro del mundo del deporte y de la música. Puesto que él vivía en Toronto, fue fácil para el joven presentarse en el funeral. En poco tiempo él y Averill se casaron. Al cabo de un tiempo eran menos amables y estaban menos encantados y Averill empezó a pensar que había escogido a su esposo principalmente porque Bugs habría considerado la elección descabellada. Se divorciaron.

Pero Averill encontró a otro hombre, bastante mayor que ella, profesor de teatro de instituto de segunda enseñanza y director de escena. Se podía confiar más en su talento que en su buena voluntad; tenía unos modales



informales, inquietantemente impertinentes e irónicos. Encantaba a la gente o provocaba su notable antipatía. Había intentado mantenerse libre de enredos.

El embarazo de Averill, no obstante, les indujo a casarse. Ambos esperaban tener una hija.

Averill nunca volvió a ver ni a saber de ninguna de las personas que iban en el barco.

Averill acepta la oferta del capitán. Se siente absuelta y afortunada. Se desliza en su vestido negro de seda como un pez rutilante.

Ella y el capitán se dan las buenas noches. Se estrechan la mano ceremoniosamente. La piel de sus manos tiembla al tocarse.



# Oh, de qué sirve

## I

### El tuerto

Están en el comedor. Sobre el suelo barnizado no hay nada, excepto una alfombra delante de la vitrina de la porcelana. No hay muchos muebles: una mesa larga, algunas sillas, el piano, la vitrina de la porcelana. En la parte interior de las ventanas, todos los postigos de madera están cerrados. Estos postigos están pintados de un azul apagado, de un azul grisáceo. Parte de su pintura, y de la de los marcos de las ventanas, se ha descascarillado.

Joan la ha ayudado a desprenderse en parte, utilizando las uñas.

Hace un día muy caluroso en Logan. El mundo de más allá de los postigos nada en luz blanca; los árboles y las colinas distantes se han vuelto transparentes; los perros buscan la cercanía de los pozos y de los charcos alrededor de las fuentes.

Alguna amiga de su madre está allí. ¿Es la maestra de escuela Gussie Toll, o la mujer del encargado de la gasolinera? Las amigas de su madre son mujeres vivarachas, a menudo fugaces, desorientadas e independientes de actitud, si no de hecho.

Sobre la mesa, bajo el ventilador, las dos

mujeres han extendido cartas y se están diciendo la buenaventura. Hablan y ríen de un modo que a Joan le parece provocador, misterioso. Morris está en el suelo, escribiendo en una libreta. Está apuntando cuántos ejemplares de la revista *New Liberty* ha vendido aquella semana, quién ha pagado y quién le debe aún dinero. Es un muchacho de unos quince años, de aspecto fornido, jovial pero reservado, que lleva gafas con un cristal oscuro.

Cuando Morris tenía cuatro años, estaba dando una vuelta por la hierba alta al final del patio, cerca del arroyo, y se tropezó con un

rastrillo que habían dejado allí, con las púas hacia arriba. Tropezó, cayó sobre las púas, y se hizo un mal corte en la frente y en un párpado, y el globo ocular resultó rozado. Desde que Joan recuerda —ella era un bebé cuando sucedió— él ha tenido una cicatriz, ha estado ciego de un ojo y ha llevado gafas con una lente ahumada.

Un vagabundo dejó el rastrillo allí. Eso dijo su madre. Le dijo al vagabundo que le daría un bocadillo si barría las hojas de debajo de los nogales. Ella le dio el rastrillo y, cuando volvió a mirar, él se había ido. Se cansó de barrer, suponía ella, o se enfadó con ella por haberle pedido que trabajase primero. Ella se olvidó de ir a buscar el rastrillo. No tenía

hombre alguno que la ayudase en absoluto. En algo menos de medio año tuvo que sufrir estas tres cosas: el nacimiento de Joan, la muerte de su esposo en un accidente de coche —había estado bebiendo, creía ella, pero no estaba borracho— y la caída de Morris sobre el rastrillo.

Nunca llevó a Morris a un médico de Toronto, a un especialista, para que le curasen mejor la cicatriz ni para que la aconsejaran sobre el ojo. No tenía dinero. Pero ¿no habría podido pedir prestado? (Joan, cuando creció, se lo preguntaba), ¿no habría podido ir al Club de Leones a pedirles que le ayudasen, como ayudaban a veces a los pobres en una emergencia? No. No podía. Ella no creía que

ni ella ni sus hijos fuesen pobres como lo eran las personas a quienes ayudaban en el Club de Leones. Vivían en una casa grande. Eran propietarios, que cobraban alquiler de tres pequeñas casas al otro lado de la calle. Todavía eran dueños del almacén de madera, aunque a veces solo tenían un empleado. (A su madre le gustaba llamarse Ma Fordyce, como una viuda de un serial de radio, Ma Perkins, que también era dueña de un almacén de madera.) No estaban en la situación de las personas que eran realmente pobres.

Lo que más le cuesta entender a Joan es por qué el mismo Morris nunca ha hecho nada. Morris tiene ahora mucho dinero. Y ya ni siquiera sería cuestión de dinero. Morris



paga las primas del seguro médico del gobierno, como todo el mundo. Tiene lo que a Joan le parecen ideas muy de derechas sobre la sobreprotección, la responsabilidad individual y la inconveniencia de la mayoría de los impuestos, pero paga. ¿No tendría sentido para él recuperar algo? ¿Un trabajo más limpio en el párpado? ¿Uno de esos ojos artificiales nuevos y realistas, cuya sensibilidad mágica les permite moverse al unísono con el otro, con el ojo de verdad? Todo lo que eso supondría sería un viaje a una clínica, algo de incomodidad, unas molestias y una pequeña pérdida de tiempo.

Todo lo que supondría sería que Morris admitiera que le gustaría cambiar. Que no es

vergonzoso intentar entregar el distintivo que la mala suerte le ha colgado a uno.

Su madre y la amiga están bebiendo ron y Coca-Cola. Hay un relajamiento en la casa que podría sorprender a la mayoría de las personas con las que Joan y Morris van a la escuela. Su madre fuma, bebe ron y Coca-Cola en los calurosos días de verano y deja que Morris fume y conduzca el coche a los doce años. (A él no le gusta el ron.) Su madre no menciona la desgracia. Ella cuenta lo del vagabundo y lo del rastrillo, pero el ojo de Morris podría igualmente ser ahora un adorno especial. Les hace creer que forman parte de un mundo especial. No porque su abuelo

pusiera en marcha el almacén de madera — ella se ríe de eso, dice que solo era un leñador que tuvo suerte, y que ella misma no era nadie, llegó a la ciudad como empleada de un banco—, tampoco por su casa grande, fría e inmanejable, sino por algo privado, limitado, en su pequeña familia. Tiene que ver con la manera en que hacen bromas y hablan de la gente. Tienen apodos secretos —su madre se ha inventado la mayoría de ellos— para casi todo el mundo en la ciudad. Y sabe mucha poesía, de la escuela o de alguna otra parte. Hace un par de versos sobre alguien, y en su composición hay siempre algo absurdo e inolvidable. Mira por la ventana, recita un fragmento de poesía y saben quién ha pasado.

A veces lo suelta mientras da vueltas a las gachas que comen de vez en cuando para cenar y también para desayunar, porque son baratas.

Los chistes de Morris son juegos de palabras. Es insistente y socarrón y su madre hace ver que la saca de sus casillas. Una vez le dijo que si no paraba le vaciaría el azucarero en el puré de patatas. Él no paró y ella lo hizo.

Hay un olor en la casa Fordyce, y procede del yeso y del papel de las paredes de las habitaciones que se mantienen cerradas, de los pájaros muertos en las chimeneas que no se utilizan, o de los ratones cuyos excrementos, parecidos a semillas, encuentran en el armario

de la ropa blanca. Las puertas de madera de la arcada que hay entre el comedor y la sala de estar están cerradas, y solo se utiliza el comedor. Un tabique barato aísla la sala lateral de la delantera. No compran carbón ni reparan la achacosa caldera. Calientan las habitaciones en las que viven con dos estufas, quemando restos del almacén de madera. Nada de esto es importante, ni sus privaciones, ni sus dificultades, ni sus economías. ¿Qué es lo importante? Las bromas y la suerte. Tienen suerte de ser el fruto de un matrimonio cuya felicidad duró cinco años y se pregonó en las fiestas, los bailes y en escapadas maravillosas. Hay recuerdos por todos lados: discos de fonógrafo y vestidos delicados y sin forma,

hechos de telas como crespón de seda de color albaricoque y moaré de seda color esmeralda, y un cesto de picnic con un termo de metal. Esa felicidad no era de las tranquilas; comportaba beber mucho, vestirse con elegancia, amigos —en su mayoría de otros lugares, incluso de Toronto— que ahora han desaparecido, muchos de ellos, también, afectados por la tragedia, por la repentina pobreza de esos años, por las complicaciones.

Oyen golpear la aldaba en la puerta principal, de una manera que no emplearía nadie con modales.

—Ya sé, ya se quién será —dice su madre—. Será la señora Lunática Buttler, ¿qué os

apostáis? —Se quita las zapatillas de lona y abre cuidadosamente las puertas de la arcada, sin hacer el menor ruido. Se dirige de puntillas hacia la ventana delantera de la sala de estar que ya no se utiliza, desde la que puede echar una ojeada a través de los postigos y ver el porche delantero—. ¡Mecachis! —dice—. Es ella.

La señora Buttler vive en una de las tres casas de bloques de cemento del otro lado de la calle. Es una inquilina. Tiene el pelo blanco, pero ella se lo recoge bajo un turbante hecho de pedazos de terciopelo de distintos colores. Lleva un abrigo largo y negro. Tiene la costumbre de parar a los niños por la calle y preguntarles cosas: ¿Acabas de salir ahora de

la escuela? ¿Te tuviste que quedar? ¿Sabe tu madre que mascas chicle? ¿Has tirado chapas de botella en mi patio?

—¡Oh, mecachis! —dice su madre—. No hay persona a quien menos me gustaría ver.

La señora Buttler no es una visita constante. Llega irregularmente, con alguna larga relación disparatada de quejas, con algunas novedades urgentes y horribles. Muchas mentiras. Luego, durante varias semanas, pasa por delante de la casa sin mirarla, con unos pasos largos y rápidos y la cabeza echada hacia adelante, que le restan toda la dignidad de su negro atuendo. Se la ve preocupada y ultrajada, murmurando para sí.

La aldaba suena de nuevo y su madre se



dirige caminando pausadamente hacia la entrada del vestíbulo principal. Allí se detiene. En uno de los lados de la enorme puerta principal hay una hoja de cristal de colores con un dibujo tan complicado que es difícil ver a través de él, y en el otro, en el que la hoja de cristal de colores se ha roto —una noche que estuvimos celebrando algo con exageración, les ha dicho la madre— hay una chapa de madera. Su madre se queda en la entrada, ladrando. Guau, guau, guau, ladra, como un perrito furioso encerrado solo en la casa. La cabeza con turbante de la señora Buttler se apoya contra el cristal para intentar ver el interior. No puede. El perrito ladra más fuerte. Un frenesí de ladridos —excitación

furiosa— en el que su madre intercala las palabras váyase, váyase, váyase. Y señora lunática, señora lunática, señora lunática. Váyase, señora lunática, váyase.

La señora Buttler se queda fuera un momento, muy acalorada. Impide que pase la luz a través del cristal.

En su visita siguiente dice:

—No sabía que tuvieran un perro.

—No tenemos —responde su madre—.

Nunca hemos tenido un perro. A menudo pienso que me gustaría tenerlo, pero nunca hemos tenido.

—Pues vine aquí un día y no había nadie en casa. No vino nadie a abrir la puerta y, podría jurarlo, oí a un perro que ladraba.

—Quizá tenga usted un problema en el oído, señora Buttler —dice su madre a continuación—. Debería ir al médico.

Más tarde les dice su madre:

—Creo que podría convertirme fácilmente en perro. Creo que mi nombre sería Skippy.

Pusieron un apodo a la señora Buttler: señora Buncler, señora Buncle, y finalmente señora Carbunclo. Le iba. Sin saber exactamente qué era un carbunclo, Joan comprendía que el nombre le iba, pues se identificaba notablemente con algo lleno de bultos, apagado, desagradable, difícil de tratar, en el rostro y el carácter de su vecina.

La señora Carbunclo tenía una hija, Matilda. No tenía marido, solo esta hija. Cuando los Fordyce se sentaban en la terraza lateral después de cenar —su madre fumando y Morris también, como el hombre de la casa — podían ver a Matilda por la esquina, camino de la confitería que estaba abierta hasta tarde, o yendo a sacar un libro de la biblioteca antes de que cerrase. Nunca iba en compañía de alguna amiga. ¿Quién llevaría una amiga a una casa gobernada por la señora Carbunclo? Pero Matilda no parecía solitaria, ni tímida, ni infeliz. Iba maravillosamente vestida. La señora Carbunclo sabía coser. De hecho, así era como ganaba el dinero que ganase, cortando, cosiendo y haciendo

arreglos para la tienda de ropa de señoras y caballeros Gillespie. Vestía a Matilda con colores pálidos, a menudo con medias largas de color blanco.

—Rapunzel, Rapunzel, suelta tu pelo dorado —dice suavemente su madre al ver pasar a Matilda—. ¿Cómo puede ser la hija de la señora Carbunclo? ¡Decidme!

Su madre dice que hay algo sospechoso. No le sorprendería en absoluto, pero «en absoluto», enterarse de que Matilda es en realidad la hija de alguna chica rica, o la hija de alguna pasión adúltera y que a la señora Carbunclo le pagan para que la críe. Quizá, por otra parte, Matilda fue raptada cuando era un bebé y nada sabe de ello.

—Esas cosas pasan —dice su madre.

La belleza de Matilda, que inspiró esta conversación, era realmente digna de una princesa cautiva. La belleza de las ilustraciones de los libros de cuentos. Cabello largo, ondulado y flotante, de color castaño claro con destellos dorados, que se llamaba rubio en los tiempos en que no había otras rubias que las más descaradas rubias artificiales. La piel rosada y blanca, los ojos grandes y dulces. «Un dechado de humanidad» era una expresión que le venía misteriosamente a la cabeza cuando pensaba en Matilda. Y había algo dulce en el azul de los ojos de Matilda, y en su piel, y en el conjunto de su aspecto. Algo dulce, frío y

amable..., posiblemente algo estúpido. ¿No tienen todas esas princesas de cuento un velo suave, un velo de estupidez sobre la rubia belleza, un aire de sacrificio inconsciente, de benevolencia desvalida? Todo esto aparecía en Matilda a la edad de doce o trece años. Tenía la edad de Morris, iba a la clase de Morris en la escuela. Pero le iba bastante bien, de modo que parecía que no era en absoluto tonta. Se la conocía por ser campeona de ortografía.

Joan recogía toda la información que podía encontrar sobre Matilda y se familiarizaba con cada uno de los atuendos que llevaba. Maquinaba para encontrársela y, como vivían en la misma manzana, se la encontraba a

menudo. Desfallecida de amor, Joan advertía cada cambio en el aspecto de Matilda. ¿Llevaba hoy el cabello suelto, por encima de los hombros, o lo llevaba recogido? ¿Se había pintado las uñas con una laca transparente? ¿Llevaba puesta la blusa de rayón color azul pálido con el diminuto ribete de puntilla alrededor del cuello, que le daba una apariencia suave y extraña, o la camisa blanca de algodón almidonada, que la convertía en una estudiante aplicada? Matilda poseía un collar de cuentas de cristal, rosa claro, cuya visión, en el cuello de Matilda, le producía a Joan un sudor delicado en la parte interior de los brazos.

Anteriormente Joan había inventado otros



nombres para ella. «Matilda» le traía a la mente cortinas deslucidas, marquesinas de tiendas de campaña grises, una mujer vieja de piel floja. ¿Y Sharon? ¿Lilliane? ¿Elizabeth? Después, Joan no sabía cómo, el nombre de Matilda se transformó. Empezó a brillar como la plata. La «il» del nombre era plata. Pero no metálica. En la mente de Joan el nombre brillaba en ese momento como un pliegue de satén.

La cuestión de los saludos era sumamente importante, y a Joan le latía el pulso en el cuello mientras esperaba. Matilda, por supuesto, debía hablar primero. Podía decir «Hola», que era alegre e implicaba camaradería, u «Hola, ¿qué tal?», que era

más cortés y más personal. De vez en cuando decía «Hola, Joan», lo que indicaba una atención especial y una mirada provocativa que hacía que los ojos de Joan se llenasen inmediatamente de lágrimas y depositaba en ella una carga vergonzosa y exquisita de felicidad.

Este amor disminuyó, por supuesto. Como otras pruebas y emociones, llegó a su fin, y el interés de Joan por Matilda Buttler volvió a la normalidad. Matilda también cambió. Cuando Joan estaba en la escuela de segunda enseñanza, Matilda ya trabajaba. Consiguió un empleo en el bufete de un abogado; era auxiliar administrativa. Puesto que ya ganaba

su propio sueldo y estaba parcialmente fuera del control de su madre —solo parcialmente porque todavía vivía en casa—, cambió de estilo. Parecía que quisiera ser menos una princesa y más como todo el mundo. Se cortó el pelo y lo llevaba a la moda del momento. Empezó a maquillarse, a pintarse los labios de un color rojo brillante que endurecía la forma de su boca. Se vestía como las demás chicas, con faldas largas y ajustadas con un corte y blusas de lazos flojos en el cuello, y zapatos de bailarina. Perdió su palidez y su indiferencia. Joan, que tenía la intención de conseguir una beca para estudiar arte y arqueología en la Universidad de Toronto, recibió a esta Matilda con serenidad. Y el

último jirón de su adoración se esfumó cuando Matilda empezó a aparecer con un novio.

El novio era un hombre de aspecto agradable, unos diez años mayor que ella. Tenía el pelo oscuro que le clareaba, un bigote fino y una expresión bastante hostil, recelosa y resuelta. Era muy alto y se inclinaba hacia Matilda, con el brazo alrededor de su cintura, cuando paseaban por la calle. Paseaban mucho por la calle porque la señora Carbunclo le había cogido mucha aversión y no le dejaba entrar en casa. Al principio no tenía coche. Luego sí. Se decía que era o bien piloto de avión o bien camarero de un restaurante elegante, y no se sabía dónde lo había conocido Matilda. Cuando caminaban, de

hecho llevaba el brazo por debajo de la cintura de Matilda; sus dedos extendidos reposaban tranquilamente sobre el hueso de su cadera. A Joan le parecía que aquella mano atrevida y firme tenía algo que ver con su expresión sombría y desafiante.

Pero antes de esto, antes de que Matilda consiguiera un empleo o se cortase el pelo, sucedió algo que le mostró a Joan (para entonces hacía mucho que había dejado de estar enamorada) un aspecto, o un efecto, de la belleza de Matilda que ella no se había imaginado. Vio que aquella belleza la marcaba —en Logan, en todo caso— como podría hacerlo una cojera, o un defecto del habla. La aislaba, más severamente, quizá, que una

ligera deformidad, porque no podía ser vista como un oprobio. Cuando se dio cuenta de ello, no se sorprendió demasiado, aunque seguía siendo decepcionante ver que Matilda, en cuanto le fue posible, hizo todo lo que pudo para camuflar, o librarse, de aquella belleza.

La señora Buttler, la señora Carbunclo, cuando invade su cocina, como lo hace de vez en cuando, nunca se quita su abrigo negro ni su turbante de terciopelo multicolor. «Eso es para que no pierdas la esperanza», dice su madre. La esperanza de que está a punto de irse, de que se va a librar de ella en menos de tres horas. También es para tapar el atroz

atuendo que lleva debajo. Al tener aquel abrigo, y estar deseando llevarlo todos los días del año, la señora Carbunclo no tiene que cambiarse de vestido. Emanan de ella un olor... alcanforado, sofocante.

Llega a media perorata, cargando en su charla... contra algo que le ha ocurrido, contra alguna persona que la ha ultrajado, como si una estuviese segura de saber qué o quién ha sido. Como si su vida estuviese en las noticias y una no hubiese escuchado el último par de comunicados. Joan siempre está deseosa de escuchar la primera media hora más o menos de este informe, o andanada, con preferencia desde fuera de la habitación, para poder escabullirse cuando las cosas empiezan a

ponerse repetitivas. Si una intenta escabullirse desde donde la señora Carbunclo pueda verla, es capaz de preguntar sarcásticamente adónde vas con tanta prisa, o de acusarte de no creerle.

Joan está haciendo eso, escuchando desde el comedor, mientras hace ver que practica su pieza de piano para el concierto de Navidad de la escuela pública. Joan está en el último curso de la escuela primaria y Matilda está en su último año de segunda enseñanza. (Morris lo dejará, después de Navidad, para encargarse del almacén de madera.) Es un sábado de mediados de diciembre por la mañana, cielo gris y escarcha de hierro. Esta noche se celebra el baile de Navidad de la escuela de



segunda enseñanza, el único baile formal del año en el arsenal de la ciudad.

Es el director de la escuela de segunda enseñanza quien se ha puesto en malas relaciones con la señora Carbunclo. Es un hombre corriente llamado Archibald Moore a quien sus alumnos acostumbran llamar Archie Balls, o Archie Balls More, o Archie More Balls.\* La señora Carbunclo dice que no sirve para el trabajo. Dice que se le puede comprar y que todo el mundo lo sabe; no se puede aprobar la escuela de segunda enseñanza a menos que le sueltes dinero.

—Pero los exámenes los califican en Toronto —dice la madre de Joan, como si estuviera auténticamente perpleja.

Por un rato, disfruta apurando las cosas, con leves objeciones y preguntas.

—Está confabulado también con ellos —dice la señora Carbunclo—. Con ellos también.

Sigue diciendo que si el dinero no hubiese cambiado de manos él nunca habría salido de la escuela de segunda enseñanza. Es muy tonto. Un ignorante. No puede solucionar los problemas de la pizarra ni traducir el latín. Tiene que tener un libro con las frases escritas en inglés en la parte de arriba. Y también, hace unos cuantos años, dejó embarazada a una chica.

—¡Oh, yo no lo había oído nunca! —dice la madre de Joan, muy cortés.

—Se echó tierra sobre el asunto. Tuvo que pagar.

—¿Le llevó eso todas las ganancias que había hecho con los exámenes?

—Tendría que haberlo azotado.

Joan toca suavemente el piano —«Jesús, alegría del deseo del hombre» es la pieza, y muy difícil— porque espera oír el nombre de la chica, o quizá cómo se desembarazaron de la criatura. (Una vez la señora Carbunclo describió el modo en que cierto médico de la ciudad se desembarazaba de los niños, los productos de sus propios arranques licenciosos.) Pero la señora Carbunclo da vueltas a la raíz de su agravio, que parece ser algo sobre el baile. Archibald Moore no ha

organizado el baile de la manera adecuada. Debería hacer que todos sacasen los nombres de las parejas a tomar. O debería hacer que todos fueran sin parejas. O lo uno o lo otro. De esa manera, Matilda podría ir. Matilda no tiene pareja —ningún chico se lo ha pedido— y dice que no irá sola. La señora Carbunclo dice que irá. Dice que la hará ir. La razón por la que la hará ir es porque el vestido ha costado mucho dinero. La señora Carbunclo enumera: el coste del tul, el tafetán, las lentejuelas, las ballenas en el talle —es sin tirantes—, la cremallera de cincuenta centímetros. Ella misma ha hecho ese vestido, echándole incontables horas de trabajo, y Matilda se lo ha puesto una vez. Se lo puso

anoche en la obra de la escuela de segunda enseñanza en el teatro del ayuntamiento, y eso es todo. Ella dice que no se lo pondrá esta noche, que no irá al baile, porque nadie se lo ha pedido. Todo es culpa de Archibald Moore, el estafador, el fornicador, el ignorante.

Joan y su madre vieron a Matilda anoche. Morris no fue..., ya no quiere salir con ellas por las noches. Prefiere escuchar la radio o garabatear números, que probablemente tengan que ver con el almacén de madera, en una libreta especial. Matilda hizo el papel de una modelo de la que un joven se enamora. Su madre dijo a Morris cuando llegó a casa que había sido listo por no ir, que era una obra infinitamente tonta. Matilda no hablaba, desde

luego, pero se mantenía quieta durante mucho rato, mostrando un bello perfil. El vestido era maravilloso..., una nube de nieve con lentejuelas de plata brillando como escarcha.

La señora Carbunclo ha dicho a Matilda que tiene que ir. Con pareja o sin ella, tiene que ir. Tiene que ponerse su vestido y un abrigo y estar en la puerta a las nueve. La puerta estará cerrada con llave hasta las once, hora en que la señora Carbunclo se va a la cama.

Pero Matilda sigue diciendo que no irá. Dice que se sentará en el cobertizo del carbón en la parte trasera del patio. Ya no es el cobertizo del carbón, es simplemente una barraca. La señora Carbunclo ya no puede

comprar carbón, del mismo modo que los Fordyce tampoco pueden.

—Se helará —dice la madre de Joan, realmente preocupada por la conversación por primera vez.

—Le estará bien empleado —dice la señora Carbunclo.

La madre de Joan mira el reloj y dice que siente ser descortés pero que acaba de acordarse de que tiene una cita en la ciudad. Tiene que irse a empastar un diente, y debe darse prisa..., se ve en la obligación de pedirle que la disculpe.

De esta manera echan a la señora Carbunclo —quien dice que es la primera vez que oye hablar de hacerse empastar un diente

un sábado— y la madre de Joan telefonea de inmediato al almacén de madera para decirle a Morris que vaya a casa.

Entonces empieza la primera discusión —la primera discusión en serio— que Joan haya oído entre Morris y su madre. Morris le dice una y otra vez que no. No hará lo que su madre quiere que haga. Parece como si no hubiera modo de convencerlo, de ordenárselo. No parece un muchacho hablando con su madre, sino un hombre hablando con su mujer. Un hombre que sabe más que ella y que está preparado para todos los trucos que ella utilizará para lograr que ceda.

—Bueno, creo que eres muy egoísta —dice su madre—. Creo que no puedes pensar en



nadie más que en ti mismo. Estoy muy decepcionada contigo. ¿Te gustaría ser esa pobre chica con su lunática madre? ¿Sentada en el cobertizo del carbón? Hay cosas que un caballero haría, ¿sabes? Tu padre habría sabido qué hacer.

Morris no responde.

—No es como si le propusieras matrimonio ni nada por el estilo. ¿Qué te va a costar? —le dice su madre despectivamente—. ¿Dos dólares cada uno?

Morris le dice en voz baja que no es eso.

—¿Te pido muy a menudo que hagas algo que no quieres hacer? ¿Lo hago? Te trato como a un hombre hecho y derecho. Tienes toda clase de libertad. Bien, ahora te pido que

hagas algo para demostrar que realmente puedes actuar como un adulto y merecer tu libertad, y ¿qué tengo que oír de ti?

Eso sigue un rato más, y Morris se resiste. Joan no ve cómo va a ganar su madre y se sorprende de que no abandone. No lo hace.

—Tampoco hace falta que des la excusa de que no sabes bailar, porque sabes, yo misma te enseñé. ¡Eres un excelente bailarín!

Luego, qué sorpresa, Morris debió de acceder, porque a continuación Joan oye a su madre que dice:

—Ve a ponerte un jersey limpio. —Las botas de Morris suenan pesadamente en la escalera de atrás y su madre le grita—: ¡Estarás encantado de haber hecho esto! ¡No

lo lamentarás!

Abre la puerta del comedor y le dice a Joan:

—No oigo que aquí se toque mucho el piano. ¿Tan buena eres que ya puedes dejar de practicar? La última vez que te oí tocar esa pieza entera fue horrible.

Joan empieza de nuevo desde el principio. Pero, cuando Morris baja la escalera y cierra la puerta de un portazo y su madre, en la cocina, pone la radio, abre la alacena y empieza a reunir algo para la comida, se interrumpe. Joan se levanta de la banqueta del piano y atraviesa el comedor sin hacer ruido, cruza la puerta hacia el vestíbulo, y se dirige hacia la puerta principal. Pone la cara contra el cristal de colores. No se puede ver a través de

este cristal, porque el vestíbulo está oscuro, pero si se pone el ojo en el sitio adecuado se puede ver lo que hay fuera. Hay más rojo que cualquier otro color, de modo que escoge una visión roja, aunque ha conseguido cada uno de los colores en su momento: azul, dorado y verde; incluso aunque haya solo una pequeña hoja, ha ideado una manera de mirar a través.

La casa de bloques de cemento gris al otro lado de la calle se ha vuelto de color lavanda. Morris está en la puerta. Se abre la puerta y Joan no puede ver quién la ha abierto. ¿Ha sido Matilda o ha sido la señora Carbuncló? Los árboles rígidos y pelados y el arbusto de lilas junto a la puerta de aquella casa son de un rojo oscuro, como de sangre. El jersey

bueno de Morris, de color amarillo, es un bulto rojo dorado, un semáforo, en la puerta.

En la parte de atrás de la casa, la madre de Joan está cantando con la radio. No tiene conocimiento de peligro alguno. Entre la puerta principal, la escena del exterior, y su madre cantando en la cocina, Joan siente la oscuridad, la frialdad, la fragilidad y la transitoriedad de aquellas habitaciones medio vacías y altas de su casa. Es solo un lugar para ser juzgado como otros lugares..., no es algo especial. No es una protección. Ella siente esto porque se le ocurre que su madre puede estar equivocada. En aquella ocasión (y en otras, por lo que toca a su fe y sus suposiciones) puede estar equivocada.

Es la señora Carbunclo. Morris ha dado la vuelta, baja por el camino y ella viene tras él. Morris baja los dos escalones hasta la acera, cruza la calle rápidamente sin mirar a su alrededor. No corre, lleva las manos en los bolsillos, y su cara rosada de ojos rojos sonrío para demostrar que nada de lo que está ocurriendo lo ha cogido por sorpresa. La señora Carbunclo lleva la bata de estar por casa, suelta, deshilachada y poco vista, su pelo rosa está alborotado como el de un fantasma; en lo alto de la escalera se detiene y le grita, de modo que Joan puede oírla a través de la puerta:

—¡No estamos tan mal para necesitar que un tuerto lleve a mi hija al baile!

## II

### Brasas de hielo

Para Joan, Morris tiene el aspecto del vigilante cuando le ve fuera, delante del edificio de pisos, cortando la hierba. Lleva pantalones de trabajo de un verde apagado, una camisa a cuadros escoceses y, por supuesto, sus gafas, con los cristales ahumados. Parece un hombre competente, incluso autoritario, pero responsable ante alguien más. Viéndole con una cuadrilla de sus propios trabajadores —ha añadido el negocio de la construcción al almacén de madera—, probablemente se le tomaría por el capataz, un capataz lince, justo, con una sólida pero limitada ambición. No por

el jefe. No por el propietario del edificio de apartamentos. Tiene la cara redonda y está parcialmente calvo, con un bronceado reciente y nuevas pecas en la parte delantera de su cuero cabelludo. Fuerte, pero empezando a cargarse de espaldas, o ¿se le ve así solamente cuando está empujando la segadora? ¿Adquieren un aspecto peculiar los solteros, los hijos solteros..., los hijos solteros que han cuidado de los padres mayores, especialmente de las madres? ¿Una mirada ensimismada y paciente que llega casi a la humildad? Ella cree que es casi como si estuviera yendo a visitar a un tío.

Es 1972, y la misma Joan parece más joven que diez años antes. Lleva largo el oscuro pelo



negro, puesto por detrás de las orejas; se pinta los ojos, pero no la boca, se viste con voluminosos algodones suaves y brillantes o animadas túnicas pequeñas que le cubren solo unos diez centímetros de muslo. Ella cree que puede salir airoso —espera poder salir airoso — porque es una mujer alta, de cintura estrecha, con piernas largas y bien formadas.

Su madre está muerta. Morris ha vendido la casa y ha construido, o reconstruido, este y otros edificios de apartamentos. Las personas que compraron la casa la están convirtiendo en un hospital particular. Joan le ha dicho a su esposo que quiere ir a su casa, es decir, que quiere volver a Logan, para ayudar a Morris a instalarse, pero ella sabe, de hecho, que él ya

estará instalado; con su comprensión de las cosas, Morris siempre parecía instalado. En todo lo que necesita que Joan le ayude es en clasificar algunas cajas y baúles, llenos de ropa, libros, platos, cuadros, cortinas, que no quiere, o para los que no tiene sitio y que ha almacenado temporalmente en el sótano de su edificio.

Joan hace años que está casada. Su marido es periodista. Viven en Ottawa. La gente conoce su nombre, incluso conocen su aspecto, o el aspecto que tenía hace cinco años, por su fotografía en la parte superior de una columna de última página en una revista. Joan está acostumbrada a que la identifiquen como su esposa, aquí y en todas partes. Pero

en Logan esa identificación comporta un orgullo especial. A la mayoría de la gente de aquí no les importa el juicio del periodista, que consideran cínico, ni tampoco sus opiniones, pero están encantados de que una chica de su ciudad se haya unido a una persona famosa, o medio famosa.

Le ha dicho a su esposo que se quedará allí durante una semana. Es domingo por la tarde cuando llega, un domingo de fines de mayo, en el que Morris corta la primera hierba del año. Tiene pensado irse el viernes y pasar el sábado y el domingo en Toronto. Si su esposo se enterase de que no ha pasado toda la semana con Morris, tiene una historia preparada: que decidió, cuando Morris ya no

la necesitaba, visitar a una amiga que conoce desde que iban a la facultad. Quizá debería contar esa historia de todos modos..., sería más seguro. Le preocupa si debería hacerle la confidencia a su amiga.

Es la primera vez que hace algo así.

El edificio de apartamentos se adentra bastante en el terreno y sus ventanas dan al aparcamiento o a la iglesia baptista. Antiguamente había aquí un cobertizo, para que los granjeros dejaran sus caballos durante el servicio eclesiástico. Es un edificio de ladrillo rojo. Sin balcones. Sencillo, sencillo.

Joan abraza a Morris. Huele a cigarrillos, gasolina, a camisa suave, usada y sudorosa, y a hierba recién cortada.

—Oh, Morris, ¿sabes qué deberías hacer?  
—grita por encima del sonido de la segadora  
—. Deberías ponerte un parche en el ojo.  
¡Entonces te parecerías a Moshé Dayán!

Cada mañana Joan va andando hasta la oficina de Correos. Está esperando una carta de un hombre de Toronto, cuyo nombre es John Brolier. Ella le escribió y le dio el nombre de Morris, el nombre de Logan, el número del apartado de Correos de Morris. Logan ha crecido, pero todavía es demasiado pequeño para tener reparto domiciliario.

El lunes por la mañana, apenas espera carta. El martes, espera una. El miércoles, le

parece que debería tener todas las expectativas razonables. Cada día se siente decepcionada. Cada día la sospecha de que se ha puesto en ridículo —una sensación de estar aislada y de no ser deseada— se acerca cada vez más a la superficie. Le ha tomado la palabra a un hombre, cuando él no tenía la intención. Él se lo ha vuelto a pensar.

La oficina de Correos a la que va es un edificio bajo de ladrillo rosáceo. El antiguo, el que le hacía pensar en un castillo, ha sido derruido. El aspecto de la ciudad ha cambiado enormemente. No se han derribado muchas casas, pero la mayoría de ellas han sido mejoradas. Laterales de aluminio, ladrillo limpiado con chorro de arena, tejados

relucientes, ventanas con doble cristal, terrazas derribadas o cerradas como porches. Y los jardines amplios y silvestres han desaparecido (eran realmente solares dobles) y los terrenos sobrantes se han vendido y se ha construido en ellos. Hay casas nuevas entre las antiguas. Estas son todas de estilo de barrio periférico, largas y bajas, o de dos niveles. Los patios están arreglados y correctamente diseñados, con grupos de arbustos ornamentales, y macizos redondos y en forma de media luna. La antigua costumbre de cultivar flores como verduras, en una hilera junto a las judías o a las patatas, parece haberse olvidado. Han cortado muchos de los grandes árboles de sombra. Probablemente se

estaban haciendo viejos y peligrosos. Las casas destartadas, la hierba crecida, las aceras rotas, la profunda sombra, las calles sin asfaltar, llenas de polvo o de charcos, todo esto, que recuerda Joan, ya no se encuentra. La ciudad parece llena de gente, disminuida, con tantas fincas engalanadas, con tanto arreglo deliberado. La ciudad de su infancia, aquel fortuito y soñador Logan, era solo una fase de Logan. Sus vallas de madera inclinadas, los muros en los que el sol levantaba ampollas y las malas hierbas en flor no eran la expresión permanente de lo que podía ser la ciudad. Y las personas como la señora Buttler, trajeadas, obsesionadas, parecían estar ligadas a aquella vieja ciudad y



ser ya imposibles.

El apartamento de Morris tiene un dormitorio, que le ha cedido a Joan. Él duerme en el sofá de la sala de estar. Un apartamento de dos dormitorios habría sido más adecuado para cuando tuviese visitas. Pero probablemente él no tiene intención de recibir visitas, ni muchas ni muy a menudo. Y él no querría perderse el alquiler del apartamento más grande. Debió de considerar coger uno de los apartamentos de soltero del sótano, para cobrar también el alquiler del piso de un dormitorio, pero debió de pensar que eso sería ir demasiado lejos. Parecería tacaño, llamaría la atención. Sería una especie de complacencia para consigo

mismo que era mejor evitar.

El mobiliario del apartamento procede de la casa en la que Morris vivía con su madre, pero pocos muebles son de los tiempos en los que Joan vivía en casa. Todo lo que parecía una antigüedad ha sido vendido y reemplazado por muebles bastante duraderos y cómodos que Morris ha podido comprar en cantidad. Joan ve algunas cosas que le ha enviado como regalo de cumpleaños y de Navidad. No le van tanto, ni le dan tanta vida a las cosas como ella esperaba.

Un grabado de la iglesia de Saint Giles recuerda el año que ella y su esposo pasaron en Gran Bretaña..., su propia desconcertante añoranza de posgraduada y su impresión

transatlántica. Y aquí, sobre la bandeja de cristal, encima de la mesita para el café, correcta y prominentemente exhibido, hay un libro que le envió a Morris. Es una historia de la maquinaria. Hay croquis y planos de máquinas, desde los tiempos anteriores a la fotografía, desde la época de Grecia y de Egipto. Luego hay fotografías del siglo XIX hasta nuestros días: máquinas de carreteras, de granjas, de fábricas, a veces tomadas a distancia, a veces en el horizonte, a veces en primer plano y vistas desde arriba. Algunas fotografías subrayan el funcionamiento de las máquinas, minucioso y prodigioso; otras procuran que las máquinas parezcan tan espléndidas como castillos o tan emocionantes

como monstruos. «¡Qué libro tan maravilloso para mi hermano! —recuerda haber dicho Joan a la amiga que estaba con ella en la librería—. Mi hermano está loco por la maquinaria.» Loco por la maquinaria; eso fue lo que dijo.

Ahora se pregunta qué pensó realmente Morris de aquel libro. ¿Le gustaba? No debía de disgustarle realmente. Podía sentirse perplejo por él, podía darle poca importancia. Porque no era cierto que estuviera loco por la maquinaria. La utilizaba..., para eso era la maquinaria.

Morris la lleva en coche de paseo en las largas tardes de primavera. La lleva a dar vueltas por la ciudad y por el campo, donde

ella puede ver qué campos tan enormes, qué extensiones de maíz, de judías, de trigo o de tréboles han permitido crear esas máquinas a los granjeros, qué enormes céspedes como parques han formado las segadoras. Matas de lilas florecen por encima de los sótanos de las casas de labranza abandonadas. «Las granjas se han consolidado», le dice Morris. Él sabe lo que valen. No solo las casas y los edificios, sino también los campos y los árboles; las zonas reservadas para la conservación del bosque y las colinas aparecen en su mente con un valor efectivo y la historia de ese valor unida a ellos, del mismo modo que cada una de las personas que menciona es definida como alguien que ha prosperado o que no ha

prosperado. Esa manera de ver las cosas no se lleva en estos tiempos, se la considera poco imaginativa y anticuada, insensible y destructiva. Morris no es consciente de esto y su charla sobre el dinero prosigue con un tranquilo deleite. De vez en cuando hace un juego de palabras. Se ríe entre dientes al contar ciertas transacciones arriesgadas o fracasos costosos.

Mientras Joan escucha a Morris, y habla un poco, una corriente subterránea, familiar e irresistible arrastra sus pensamientos. Piensa en John Brolier. Es un geólogo que había trabajado para una compañía de petróleo y que ahora da clases —de ciencia y de teatro— en lo que se llama una escuela alternativa. Era

una persona que prosperaba, y ahora no prospera. Joan le conoció en una cena en Ottawa hace un par de meses. Él había ido a visitar a unos amigos que también eran amigos de ella. A él no le acompañaba su mujer, pero había llevado a dos de sus hijos. Le dijo a Joan que si se levantaba bastante temprano a la mañana siguiente la llevaría a ver algo llamado «brasas de hielo», en el río Ottawa.

Piensa en su rostro y en su voz y se pregunta qué pudo obligarla en aquel momento a desear a aquel hombre. No parece tener mucho que ver con su matrimonio. Su matrimonio le parece bastante espacioso; ella y su esposo se han entretajido, desarrollando un lenguaje, una historia, una manera de ver

las cosas. Hablan siempre. Pero también se dejan solos. Las miserias y las cosas desagradables que emergían durante los primeros años se han aliviado o han disminuido.

Lo que ella quiere de John Brolier parece ser lo que querría una persona de quien no hubiera oído hablar en su matrimonio, ni quizá antes de su vida. ¿Qué es lo que tiene? Ella no cree que él sea especialmente inteligente y no está segura de que se pueda confiar en él. (Su marido es inteligente y digno de confianza.) No es tan bien parecido como su esposo, no es un hombre tan «atractivo». Con todo, atrae a Joan, y ella ya tiene la sospecha de que ha atraído a otras mujeres. Por su intensidad, una



especie de severidad, una profunda seriedad, todo concentrado en el sexo. Su interés no será satisfecho demasiado rápidamente, rechazado demasiado alegremente. Ella percibe eso, siente su promesa al respecto, aunque hasta ahora no esté segura de nada.

Su marido fue incluido en la invitación para ir a ver las «brasas de hielo», pero solo Joan se levantó y fue con el coche hasta la orilla del río. Allí se encontró con John Brolier y sus dos hijos y con los dos hijos de sus anfitriones, en el amanecer glacial, rosado e inmovilizado por la nieve, del invierno. Y realmente él le contó lo de las «brasas de hielo», cómo se forman sobre los rápidos sin ni siquiera tener la oportunidad de congelarse

sólidamente, y cómo, cuando son arrastradas hacia un lugar profundo, se amontonan de inmediato, espléndidamente. Explicó que así fue como habían descubierto dónde se encontraban los agujeros profundos en el lecho del río. Y dijo:

—Mira, si puedes escaparte alguna vez, si te es posible, ¿me lo harás saber? Tengo muchas ganas de verte. Lo sabes. Lo deseo, mucho.

Le dio un trozo de papel que ya debía de tener preparado. Con el número de un apartado de Correos escrito en él, de una oficina de Correos de Toronto. Ni siquiera le rozó los dedos. Sus hijos iban haciendo cabriolas por los alrededores, intentando

llamar su atención. ¿Cuándo podremos ir a patinar? ¿Podremos ir al museo de aviones de guerra? ¿Podemos ir a ver el bombardero Lancaster? (Joan se guardó esto para decírselo a su marido, a quien le gustaría en vista del pacifismo de John Brolier.)

Se lo dijo a su marido, y él bromeó.

—Creo que ese pelmazo con corte de pelo monjil te ha tomado simpatía —le dijo.

¿Cómo podía creer su marido que era capaz de enamorarse de un hombre que llevaba un flequillo de pelo ralo peinado hacia abajo sobre la frente, que tenía unos hombros bastante estrechos y un agujero entre los dientes delanteros, cinco hijos de dos esposas, unos ingresos insuficientes, una manera de

hablar nerviosa y pedante, y un interés declarado por los escritos de Alan Watts? (Incluso cuando llegó el momento en que tuvo que creerlo, no pudo.)

Cuando ella le escribió, mencionó un almuerzo, una copa, o un café. No le dijo cuánto tiempo tenía libre. «Quizá eso será todo lo que sucederá», piensa. Después de todo, irá a ver a su amiga. Se ha puesto, aunque prudentemente, a la disposición de ese hombre. Cuando se dirige hacia la oficina de Correos, inspeccionando su aspecto en los escaparates, se siente suelta, en peligro. Ha hecho eso y apenas sabe por qué. Solo sabe que no puede volver a la vida que llevaba ni a la persona que era antes de ir al río aquel

domingo por la mañana. Su vida de ir de compras y cuidar de la casa, de hacer el amor con su marido, de trabajar a tiempo parcial en la librería de la galería de arte, y las cenas, fiestas y salidas a esquiar a Camp Fortune..., ella no puede aceptar aquello como su única vida, no puede continuarla sin el secreto que la sustenta. Cree que realmente quiere seguir con ella y, para ello, debe tener esta otra. ¿Esta otra qué? Esta investigación..., en su interior, todavía lo considera una investigación.

Dicho así, lo que estaba maquinando podría parecer propio de alguien insensible. Pero ¿cómo puede llamarse insensible a una persona que va cada mañana a la oficina de Correos en un estado de temor tal que tiembla

y retiene el aliento al girar la llave en la cerradura y que vuelve al apartamento de Morris sintiéndose tan vacía, confusa y desolada? A menos que esto también sea parte de lo que está investigando.

Desde luego, tiene que detenerse a hablar con la gente de su hijo, de su hija, de su marido y de su vida en Ottawa. Tiene que reconocer a amigos de la escuela de segunda enseñanza, recordar su infancia, y todo eso le resulta fastidioso e irritante. Las mismas casas, cuando pasa por delante, con sus patios arreglados y brillantes amapolas y peonías en flor, le parecen aburridas hasta el punto de hastiarla. Las voces de las personas que hablan con ella la hieren por ásperas, estúpidas

y presumidas. Siente como si hubiese sido apartada a algún rincón del mundo donde la vida real y los pensamientos, el tumulto y la energía de los últimos años no hubieran penetrado en absoluto. Tampoco han penetrado muy eficazmente en Ottawa, pero allí, al menos, la gente ha oído rumores, han intentado imitar, han intuido lo que podría llamarse profundos, y también triviales, cambios de moda. (Joan y su marido, de hecho, se ríen de algunas de esas personas, de aquellas que adoptan tendencias, van a grupos de encuentro y a sanadores holísticos, y dejan la bebida por la droga.) Aquí apenas se ha oído hablar de los cambios triviales. De vuelta en Ottawa a la semana siguiente, y sintiéndose

especialmente benevolente con su esposo, deseosa de llenar su tiempo juntos con charla, Joan dirá: «Habría estado hasta agradecida si alguien me hubiese dado un bocadillo de alfalfa germinada. De veras. Era así de horrible».

—No, no tengo sitio —es lo que dice Joan mientras ella y Morris examinan las cajas. Hay ahí cosas que había pensado que querría, pero no las quiere—. No, no puedo pensar en dónde ponerlas.

No, dice, a los vestidos de baile de su madre, a la frágil seda y al crespón de seda cubierto de telarañas. Se rompería la primera vez que cualquiera se los pusiera, y Claire, su hija, nunca se interesará por esa clase de



cosas..., quiere ser preparadora de caballos. No a las cinco copas de vino que no se rompieron, y no a los ejemplares encuadernados en cuero de *Lever and Lover*, de George Borrow, A.S.M. Hutchinson.

—Tengo demasiadas cosas ahora —dice tristemente mientras Morris pone todo esto en el montón que ha de ir a la sala de subastas.

Morris sacude la pequeña alfombra que estaba en el suelo delante de la vitrina de la porcelana, puesta de modo que no le diera el sol, y que se daba por sentado que no debían pisar porque era valiosa.

—Vi una exactamente igual hace un par de meses —dice ella—. Fue en una tienda de segunda mano, ni siquiera en una tienda de

antigüedades. Estaba allí buscando tebeos y carteles viejos para el cumpleaños de Rob. Vi una exactamente igual. Al principio ni siquiera recordaba dónde la había visto antes. Luego me disgusté mucho. Como si solo tuviera que existir una de ellas en el mundo.

—¿Cuánto pedían por ella? —pregunta Morris.

—No lo sé. Estaba en mejor estado que esta.

Ella no comprende aún que no quiere llevarse nada a Ottawa porque ella misma no va a quedarse en aquella casa mucho tiempo más. El tiempo de acumular, de adquirir y arreglar, de rellenar los rincones de su vida ha llegado a su fin. (Volverá, al cabo de unos

años, y deseará haber guardado al menos las copas de vino.) En Ottawa, en septiembre, su marido le preguntará si todavía quiere comprar muebles de mimbre para el cuarto orientado al sol, y si quiere ir a la cestería en la que hacen liquidación de existencias del verano. Un estremecimiento de disgusto la recorrerá entonces —con solo pensar en mirar sillas y mesas, pagarlas, ponerlas en el cuarto— y finalmente sabrá qué ocurre.

El viernes por la mañana hay una carta en el apartado de Correos con el nombre de Joan escrito a máquina. No mira el matasellos, rompe el sobre con gratitud, la recorre ávidamente con la mirada, lee sin comprender. Parece una carta en cadena. Una parodia de

una carta en cadena, una broma. Si rompe la cadena, dice, le sucederá UNA ESPANTOSA CALAMIDAD. Las uñas se le pudrirán y los dientes se le cubrirán de musgo. Verrugas grandes como coliflores le brotarán en la barbilla y sus amigos la evitarán. «¿Qué puede ser esto?», piensa Joan. ¿Una clave con la que a John Brolier le ha parecido adecuado escribirle? Luego se le ocurre mirar el matasellos, lo hace, y ve que la carta viene de Ottawa. Es de su hijo, evidentemente. A Rob le encantan estas bromas. Su padre ha debido de escribir a máquina el sobre para él.

Piensa en cómo se habrá deleitado su hijo al cerrar el sobre y en su propio estado mental cuando lo abrió.

Falsedad y confusión.

Muy entrada ya la tarde, ella y Morris abren el baúl que han dejado para lo último. Ella saca un traje de etiqueta, un traje de etiqueta de hombre, todavía con una funda de plástico, como si no se lo hubieran puesto desde que lo limpiaran.

—Esto debe de ser de papá —dice ella—. Mira, el viejo traje de etiqueta de papá.

—No, eso es mío —dice Morris. Le coge el traje, lo sacude para sacarle el plástico y se queda sosteniéndolo delante de él por encima de los brazos—. Es mi viejo traje de «pingüino»..., debería estar colgado en el armario.

—¿Para qué te lo compraste? —le pregunta

Joan—. ¿Para una boda?

Algunos de los trabajadores de Morris llevan vidas mucho más ostentosas y ceremoniosas que la suya, y le invitan a bodas exquisitas.

—Eso, y otras cosas, lo tengo para salir con Matilda —dice Morris—. A cenas con baile y a esas cosas a las que hay que ir muy vestido.

—¿Con Matilda? —le pregunta Joan—. ¿Con Matilda «Buttler»?

—Eso es. No utiliza su nombre de casada. —Morris parece estar respondiendo a una pregunta ligeramente diferente, no a la pregunta que Joan quería hacer—. En rigor, supongo que no tiene nombre de casada.

Joan oye de nuevo la historia que, acaba de

recordar, ya ha oído antes (o leído en las animadas y largas cartas de su madre): Matilda Buttler se fugó para casarse con su novio. La expresión «se fugó» es de su madre, y Morris parece utilizarla con un énfasis inconsciente, con el respeto de un hijo; es como si la única manera en la que pudiese hablar de esto correctamente, o tuviese el derecho a hablar de ello, fuese con el lenguaje de su madre. Matilda se fugó y se casó con aquel hombre del bigote y resultó que las sospechas de su madre, sus desmedidas acusaciones, tenían por una vez algún fundamento. El novio resultó ser bígamo. Tenía esposa en Inglaterra, que era de donde procedía. Después de haber estado con Matilda durante

tres o cuatro años —afortunadamente no tuvieron hijos—, la otra mujer, la mujer verdadera, lo localizó. El matrimonio con Matilda fue anulado, Matilda volvió a Logan, volvió para vivir con su madre, y consiguió un empleo en el Palacio de Justicia.

—¿Cómo pudo hacerlo? —dice Joan—. ¡Una tontería tan grande!

—Bueno. Era joven —dice Morris con un rastro de obstinación o de incomodidad en la voz.

—No me refiero a «eso». Me refiero a lo de volver.

—Bueno, tenía a su madre —dice Morris, aparentemente sin ironía—. Supongo que no tenía a nadie más.



Asomado por encima de Joan, con su lente oscura en el ojo y el traje puesto como un cuerpo por encima de los brazos, se le ve melancólico y preocupado. El rostro y el cuello se le han sonrojado de manera desigual, están moteados. Le tiembla ligeramente la barbilla y se muerde el labio inferior. ¿Sabe cómo le delata su apariencia? Cuando empieza a hablar de nuevo, es con un tono racional, explicativo. Dice que le parece que a Matilda no le importaba mucho dónde vivía. En cierto modo, según ella, su vida estaba acabada. Y ahí era donde él, Morris, entraba en escena. Porque de cuando en cuando Matilda tenía que asistir a actos oficiales. Banquetes políticos. Banquetes de jubilación. Actos

oficiales. Formaba parte de su trabajo y no sería conveniente que no fuese. Pero también era violento para ella ir sola; necesitaba un acompañante. Y no podía ir con un hombre que se hiciese ilusiones, que no comprendiese cómo estaban las cosas. Que no comprendiese que la vida de Matilda, o una determinada parte de la vida de Matilda, se había acabado. Necesitaba a alguien que lo comprendiese todo y que no necesitase explicaciones.

—Y ese soy yo —dijo Morris.

—¿Por qué piensa así? —dice Joan—. No es tan mayor. Seguro que todavía es guapa. No fue culpa suya. ¿Está enamorada de él todavía?

—No creo que deba hacerle preguntas.

—¡Oh, Morris! —dice Joan con una voz cariñosa y reprobadora que la sorprende—. Apuesto a que sí. Sigue enamorada de él.

Morris sale a colgar su traje de etiqueta en un armario del piso, donde puede esperar el próximo requerimiento para ser el acompañante de Matilda.

En la cama aquella noche, despierta, mirando hacia la farola de la calle, que ilumina a través de las hojas nuevas la torre cuadrada y achaparrada de la iglesia baptista, Joan tiene algo en que pensar además de su propia situación. (También piensa en ella, desde luego.) Se imagina a Morris y a Matilda bailando. Los ve en las salas de baile del Holiday Inn, en las pistas de baile de clubes de

golf, donde sea que se celebren las fiestas. Con sus trajes de etiqueta pasados de moda, el pelo de Matilda crepado y lacado, la cara de Morris brillando por el sudor del esfuerzo cortés. Pero quizá no sea un esfuerzo; quizá bailan muy bien juntos. Son tan terrible y perfectamente medidos, cada uno de ellos con defectos tercamente conservados y aceptados de todo corazón. Defectos que podrían con mucha facilidad pasar por alto o corregir. Pero nunca lo harán. Morris enamorado de Matilda, de ese modo austero, insatisfecho y de toda la vida, y ella enamorada de su bígamo, obsesionada tercamente con su propio error y oprobio. En la imaginación de Joan bailan, tranquilos y

absurdos, románticos. ¿Quién si no Morris, después de todo, con la cabeza llena de hipotecas y contratos, podría convertirse en un romántico así?

Ella lo envidia. Los envidia.

Ha cogido la costumbre de acostarse con el recuerdo de la voz de John Brolier, de su voz impaciente y baja cuando dijo: «Lo deseo, mucho». O se imagina su rostro; «era un rostro medieval», piensa..., largo, pálido y huesudo, con la sonrisa que ella rechaza como táctica, los sobrios y brillantes ojos oscuros, nada desechables. Su imaginación no funciona esta noche, no le abre las puertas a un territorio brumoso y tierno. No es capaz de situarse en otro lugar más que aquí, en la dura

cama individual del apartamento de Morris, en su vida real y aparente. Y nada de lo que funciona para Morris y Matilda va a funcionar para ella. Ni el sacrificio, ni la exaltación de deseos frustrados, ni ninguna clase de irresolución exagerada. Ella no se va a quedar satisfecha así.

Lo sabe, y sabe lo que tendrá que hacer. Da rienda suelta a su imaginación..., inadmisiblemente y vergonzosamente, da rienda suelta a su imaginación, buscando torpemente la imagen del próximo amante.

Eso no será necesario.

Lo que Joan ha olvidado completamente es que el correo llega en sábado a las oficinas de

Correos de las ciudades pequeñas. El sábado no es aquí un día sin correo. Morris ha ido a ver lo que hay en su apartado de Correos; le entrega la carta. La carta indica una hora y un lugar. Es muy breve y está firmada solo con las iniciales de John Brolier. Esto es inteligente, desde luego. Tal brevedad, tal precaución no son del todo del agrado de Joan, pero en su alivio, en su transformación, no medita sobre ello.

Le cuenta a Morris la historia que pensaba contarle si la carta hubiese llegado antes. La ha invitado su amiga de la facultad, que se ha enterado de que estaba allí. Mientras se lava el pelo y hace las maletas, Morris le lleva el coche hasta la gasolinera barata del norte de la

ciudad y llena el depósito.

Cuando se despide de Morris, ella no ve en su cara la menor sospecha. Quizá cierta desilusión. Son dos días menos para estar con alguien, dos días más para estar solo. Él no admitiría ese sentimiento. Quizá ella se lo imagina. Se lo imagina porque tiene la sensación de que le está diciendo adiós a su esposo y a sus hijos, a todas las personas que la conocen, excepto al hombre con quien se va a encontrar. Todos así de fácil e impecablemente engañados. Y ella siente remordimiento, seguro. Está impresionada por la inocencia en que viven; reconoce un irreparable desgarró en su vida. Esto es auténtico; su dolor y su culpa en este



momento son auténticos, y nunca desaparecerán del todo. Pero tampoco obstaculizarán su camino. Está más que encantada; siente que no tiene otra elección que ir.

### III

#### Rose Matilda

Ruth Ann Leatherby va con Joan y con Morris al cementerio. A Joan eso la sorprende un poco, pero Morris y Ruth Ann lo dan por sentado. Ruth Ann es la contable de Morris. Joan ha oído hablar de ella durante años, y quizá incluso la haya visto antes. Ruth Ann es una de esas mujeres de aspecto agradable,

tamaño mediano y mediana edad, cuyo aspecto no se recuerda. Vive ahora en uno de los pisos de soltera en el sótano del edificio de Morris. Está casada, pero su marido no ha aparecido en mucho tiempo. Es católica, de modo que no ha pensado en obtener el divorcio. Hay alguna tragedia en su pasado (¿un incendio, un niño?), pero ha sido completamente asimilado y no se menciona.

Es Ruth Ann quien compró los bulbos de jacinto para plantarlos en las tumbas de sus padres. Había oído decir a Morris que sería bonito que allí creciera alguna planta y, cuando vio los bulbos en venta en el supermercado, compró unos cuantos. «Una mujer-esposa», piensa Joan, observándola.

Las mujeres-esposas son atentas pero serenas, dedicadas pero frías. ¿A qué se dedican?

Joan vive ahora en Toronto. Hace doce años que está divorciada. Trabaja como directora de una librería especializada en libros de arte. Es un trabajo agradable, aunque no muy bien remunerado; ha tenido suerte. También tiene la suerte —ella sabe que la gente dice que tiene suerte, para ser una mujer de su edad— de tener un amante, un amante-amigo: Geoffrey. No viven juntos, se ven durante los fines de semana y dos o tres veces a la semana. Geoffrey es actor. Tiene talento, es alegre, adaptable, pobre. Un fin de semana al mes lo pasa en Montreal con una mujer con la que vivía y con su hijo. Esos fines de

semana Joan va a ver a sus hijos, que han crecido y la han perdonado. Su hijo también es actor; de hecho, así fue como conoció a Geoffrey. Su hija es periodista, como su padre. Y, ¿qué es lo que hay que perdonar? Muchos padres se divorciaron, la mayoría de ellos naufragaron por aventuras, y aproximadamente al mismo tiempo. Parece ser que muchos matrimonios que comenzaron en los años cincuenta sin recelos, o sin recelos de los que alguien pudiera tener conocimiento, estallaron a principios de los setenta con muchas complicaciones espectaculares (y ahora parece que innecesarias y desmedidas). Joan piensa en su propia historia de amor sin pesar, pero con algo de asombro. Es como si

una vez se hubiese dedicado a la caída libre.

Y a veces va a ver a Morris. A veces hace que Morris le hable de las cosas que le parecían incomprensibles, aburridas y tristes. La peculiar estructura de ingresos, pensiones, hipotecas, préstamos, inversiones y herencias que Morris ve debajo de cada vida humana..., eso le interesa. Todavía le resulta más o menos incomprensible, pero su existencia ya no le parece un triste engaño. De algún modo la tranquiliza. Siente curiosidad por saber por qué la gente cree eso.

Esta mujer con suerte, Joan, con su trabajo, su amante y su aspecto llamativo, más comentado ahora que nunca antes en su vida —está tan delgada como cuando tenía catorce

años y lleva un mechón, una cola de zorra, de un blanco plateado en su cortísimo pelo—, es consciente de un nuevo peligro, de una amenaza que no había imaginado cuando era más joven. Ella no habría podido imaginarlo aunque alguien se lo hubiera descrito. Y es difícil de describir. La amenaza es un cambio, pero no la clase de cambio sobre el que te advierten. Es solo esto, que de repente, sin aviso, Joan tiene tendencia a pensar: Escombros. Escombros. Una puede mirar calle abajo y puede ver las sombras, la luz, los muros de ladrillo, el camión aparcado debajo de un árbol, el perro tumbado en la acera, el toldo del verano oscuro, o el montón de nieve pardusco..., puede ver todas estas cosas en su

estado de separación temporal, todas conectadas por debajo de esa forma tan preocupante, satisfactoria, necesaria e indescriptible. O puede ver escombros. Estados pasajeros, una variedad inútil de estados pasajeros. Escombros.

Joan quiere mantener a raya esa idea de los escombros. Ahora se fija en todas las maneras en las que la gente parece hacerlo. Actuar es una excelente manera..., lo ha aprendido estando con Geoffrey. Aunque hay resquicios en el actuar. En la vida que lleva Morris, o en su modo de ver las cosas, parece haber menos oportunidad para los resquicios.

Mientras van por la calle en coche, se da

cuenta de que están reapareciendo muchas de las viejas casas; las puertas y los porches que hace quince o veinte años eran notables reformas modernas están dando paso a las tradicionales verandas y a los montantes de abanico. Una buena cosa, seguramente. Ruth Ann apunta esta característica y aquella, y Joan lo aprueba, pero cree que aquí hay algo forzado, meticuloso.

Morris detiene el coche en un cruce. Una anciana cruza la calle en medio de la manzana que tienen delante. Cruza la calle en diagonal, a zancadas, sin mirar si viene alguien. Con un paso resuelto, inconsciente, incluso despectivo, de algún modo familiar. La anciana no está en peligro; no hay otro coche



en la calle y nadie más circula, solo un par de chicas jóvenes en bicicleta. La anciana no es realmente tan mayor. Estos días Joan está constantemente modificando sus impresiones sobre si las personas son mayores o no tan mayores. Esa mujer tiene el pelo blanco hasta los hombros y lleva una blusa holgada y pantalones grises. Apenas es suficiente para aquel día, que es luminoso pero frío.

—Ahí va Matilda —dice Ruth Ann. La forma en que dice «Matilda», sin apellido, con un tono tolerante, divertido y distante, proclama que Matilda es un personaje.

—¡Matilda! —dice Joan volviéndose hacia Morris— ¿Es esa Matilda? ¿Qué le ha pasado?

Es Ruth Ann quien contesta, desde el asiento posterior.

—Empezó a volverse rara. ¿Cuándo fue? ¿Hace un par de años? Empezó a ir desaliñada, y a imaginarse que la gente se llevaba cosas de su mesa en el trabajo, y le decías algo perfectamente amable y ella te contestaba con malos modos. Podía estar en su maquillaje.

—¿En su maquillaje? —pregunta Joan.

—Herencia —dice Morris, y se ríen.

—Eso es lo que he querido decir —dice Ruth Ann—. Su madre estuvo al otro lado de la calle en el hospital de ancianos durante años, antes de morir... estaba completamente fuera de sus cabales. E incluso antes de

ingresar allí se la veía escondiéndose por el patio; parecía una bruja. Con todo, Matilda recibió una pequeña pensión cuando dejaron que se fuera del Palacio de Justicia. Solo da vueltas por ahí. A veces te habla de la manera más amable, y otras veces no te dice una palabra. Y nunca se arregla. Se la veía tan guapa antes.

Joan no debería estar tan sorprendida, tan desconcertada. Las personas cambian. Desaparecen, y para hacerlo no todas se mueren. Algunos se mueren: John Brolier ha muerto. Cuando Joan se enteró de eso, algunos meses después de que sucediera, sintió una punzada, pero no una punzada tan fuerte como cuando una vez oyó decir a una

mujer en una fiesta: «Oh, John Brolier, sí. ¿No era aquel que siempre estaba intentando seducirte queriéndote llevar a ver alguna maravilla natural? ¡Dios, qué molesto era!».

—Es dueña de la casa —dice Morris—. Se la vendí hace unos cinco años. Y tiene esa pequeña pensión. Si puede resistir hasta que tenga sesenta y cinco años, estará bien.

Morris remueve la tierra que hay delante de la lápida; Joan y Ruth Ann plantan los bulbos. La tierra está fría, pero no ha helado. Largos rayos de sol caen entre los podados cedros y los susurrantes álamos, que todavía retienen muchas hojas doradas, sobre la abundante hierba verde.

—Escucha eso —dice Joan, levantando la vista hacia las hojas—. Parece agua.

—A la gente le gusta —dice Morris—. Es un sonido muy popular.\*

Joan y Ruth Ann se quejan a la vez y Joan dice:

—No sabía que seguías haciendo eso, Morris.

—No para —dice Ruth Ann.

Se lavan las manos en una fuente y leen unos cuantos nombres en las lápidas.

—Rose Matilda —dice Morris.

Por un momento Joan piensa que es otro nombre que ha leído, y luego se da cuenta de que él está pensando todavía en Matilda Buttler.

—Aquel poema sobre ella que mamá acostumbraba recitar —dice—. Rose Matilda.

—Rapunzel —dice Joan—. Así es como solía llamarla mamá. «Rapunzel, Rapunzel, suelta tu pelo dorado.»

—Ya sé que decía eso. También decía «Rose Matilda». Era el principio de un poema.

—Suena como una loción —dice Ruth Ann—. ¿No es una loción para la piel? ¿Rose Emulsion?

—¡Oh, de qué sirve...! —dice Morris firmemente—. Ese era el comienzo. «Oh, de qué sirve.»

—Desde luego, yo apenas sé poemas —dice Ruth Ann, flexible y desenvuelta. Le dice

a Joan—: ¿Te dice algo a ti?

«Tiene unos ojos realmente bonitos — piensa Joan—, ojos marrones que pueden mirar suave y perspicazmente a la vez.»

—Sí —dice Joan—. Pero no puedo acordarme de lo que sigue.

Morris las ha engañado un poco a todas ellas, a estas tres mujeres. A Joan, a Ruth Ann y a Matilda. Morris no es deshonesto habitualmente, no es tan imprudente, pero de vez en cuando lo hace en su provecho. Engañó a Joan hace mucho tiempo, cuando vendió la casa. Ella obtuvo unos mil dólares menos de los que debería haber conseguido. Él pensó que lo cubriría con las cosas que

escogiese para llevarse a su casa de Ottawa. Luego ella no escogió nada. Más tarde, cuando ella y su esposo se separaron y vivía independiente, Morris pensó en enviarle un talón con la explicación de que había habido un error. Pero encontró un trabajo y no parecía ir mal de dinero. De todos modos, ella casi no sabe qué hacer con el dinero..., casi no sabe cómo hacerlo trabajar. Abandonó la idea.

La manera en que engañó a Ruth Ann era más complicada y tenía que ver con persuadirla para que se declarase empleada suya a tiempo parcial cuando no lo era. Eso le libraba de pagarle a ella ciertas prestaciones. A él no le sorprendería que ella hubiera deducido todo aquello y hubiera hecho algunos



pequeños ajustes por sí misma. Eso era lo que ella haría: no decir nunca una palabra, no discutir, pero recuperar lo suyo con calma. Y mientras ella solo recuperase lo que era suyo —pronto se daría cuenta de si era algo más— él tampoco diría una palabra. Tanto ella como él creían que si la gente no mira para sí, lo que pierden es culpa suya. De todos modos, tiene intención de hacerse cargo de Ruth Ann con el tiempo.

Si Joan descubriese lo que hizo, probablemente tampoco diría una palabra. Lo interesante, para ella, no sería el dinero. Le falta algún instinto a ese respecto. Lo interesante sería: ¿por qué? Se preocuparía por eso y obtendría un curioso placer. El acto

de su hermano se alojaría en su mente como un cristal duro: un objeto extraño, pequeño, refractario a la luz, un pedacito de tesoro ajeno.

No engañó a Matilda cuando le vendió la casa. La consiguió a muy buen precio. Pero le dijo que el calentador de agua que había puesto aproximadamente un año antes era nuevo, y, por supuesto, no lo era. Nunca compraba aparatos ni materiales nuevos cuando reparaba las casas que poseía. En junio pasado se cumplieron tres años desde que Matilda le dijera, en el baile de una cena en el Valhalla Inn:

—Mi calentador de agua se estropeó. Tuve que reponerlo.

En aquel momento no estaban bailando. Se hallaban sentados a una mesa redonda, con otra gente, bajo una bóveda de globos flotantes. Bebían whisky.

—No debería haberse estropeado —dijo Morris.

—No, puesto que pusiste uno nuevo —dijo Matilda, sonriendo—. ¿Sabes qué pienso?

Él se quedó mirándola, esperando.

—¡Creo que deberíamos bailar otra pieza antes de tomar otro trago!

Bailaron. Siempre habían bailado juntos con facilidad, y a menudo con algún toque especial. Pero esa vez Morris notó que el cuerpo de Matilda estaba más pesado y más rígido; sus respuestas eran tardías, y además

exageradas. Era extraño que su cuerpo pareciese mal dispuesto cuando estaba sonriendo y hablándole con tanta animación y moviendo la cabeza y los hombros con todos los ademanes de un encanto coqueto. Aquello también era nuevo, no era en absoluto a lo que él estaba acostumbrado por parte de ella. Año tras año había bailado con él con una docilidad lánguida y un rostro serio, sin apenas hablar. Luego, cuando se había tomado unas cuantas copas, le hablaba de sus preocupaciones secretas. De su preocupación. Que era siempre la misma. Era Ron, el inglés. Esperaba saber de él. Se quedaba allí, y había vuelto allí, para que él supiera dónde encontrarla. Tenía la esperanza, pero dudaba

de que se divorciase de su mujer. Se lo había prometido, pero no creía en él. Finalmente volvió a saber de él. Le decía que estaba de viaje y que volvería a escribirle. Y lo hizo. Le decía que iba a hacerle una visita. Las cartas las habrían echado al correo en Canadá, desde ciudades distintas y lejanas. Luego ya no tuvo más noticias. Se preguntaba si estaría vivo; pensó en agencias de detectives. Dijo que con nadie hablaba de esto excepto con Morris. Su amor era su aflicción, que a nadie más le estaba permitido ver.

Morris nunca le ofreció consejo, nunca puso sobre ella una mano reconfortante excepto cuando era oportuno, al bailar. Sabía exactamente cómo debía asimilar lo que ella

decía. Tampoco sentía compasión. Respetaba todas las opciones que ella había escogido.

Era cierto que el tono había cambiado antes de la noche en el Valhalla Inn. Había tomado un aire sarcástico, una acidez que a él le hacía daño y que a ella no le iba. Pero aquella fue la noche en que él percibió que todo se había roto; su larga complicidad, la estable armonía de su baile. Eran como otras parejas de mediana edad, haciendo ver que se movían con ligereza y placer, deseosos de no dejar que el momento se hundiera. Ella no mencionó a Ron, y Morris, por descontado, no preguntó. Empezó a formarse en su mente el pensamiento de que ella por fin le había visto. Había visto a Ron o se había enterado

de que estaba muerto. Era más probable que lo hubiese visto.

—Sé cómo puedes devolverme lo de ese calentador —le dijo en broma—. ¡Me podrías poner el césped! ¿Cuándo se ha sembrado ese césped que tengo? Tiene un aspecto horrible; está plagado de malas hierbas. Me gustaría tener un buen césped. Estoy pensando en arreglar la casa. Me gustaría ponerle contraventanas color burdeos para contrarrestar el efecto de todo ese gris. Me gustaría una ventana grande en el lateral. Estoy harta de ver el hospital de ancianos. ¡Oh, Morris! ¿Sabes que han cortado tus nogales? ¡Han nivelado el jardín y han vallado el riachuelo!

Llevaba un vestido largo de color azul pavo real que hacía frufú. Piedras azules en discos de plata pendían de sus orejas. Llevaba el pelo tieso y sin brillo, como algodón de azúcar. Había marcas en la carne de la parte superior de sus brazos; su aliento olía a whisky. Su perfume, su maquillaje y su sonrisa, todo le hablaba de falsedad, resolución y miseria. Ella había perdido interés en su aflicción. Había perdido el ánimo para seguir como estaba. Y en su necia y ofuscada locura había perdido el amor de Morris.

—Si te pasas la semana que viene con semillas de césped y me enseñas cómo hacerlo, te invitaré a un trago —le dijo—. Incluso te daré de cenar. Me avergüenza



pensar que en todos estos años nunca te hayas sentado a mi mesa.

—Tendrás que removerlo todo y empezar de nuevo.

—¡Removerlo todo! ¿Por qué no vienes el miércoles? ¿O es esa tu noche con Ruth Ann Leatherby?

Estaba borracha. Dejó caer la cabeza sobre su hombro y él sintió el duro bulto de su pendiente que le presionaba a través de la chaqueta y le llegaba a la carne.

A la semana siguiente envió a uno de sus hombres para remover la tierra y sembrar el césped de Matilda, gratis. El hombre no se quedó mucho rato. Según él, Matilda salió y le gritó que se marchara de su propiedad, que

qué se creía que estaba haciendo allí, que ella podía cuidar de su propio jardín.

—Será mejor que te largues —le dijo ella.

«Que te largues.» Morris recordaba que su madre utilizaba esa expresión. Y la madre de Matilda la había utilizado, también, en sus viejos tiempos de vigor y malquerencia. La señora Buttler, la señora Carbunclo. Lárgate de aquí. Tuerto.

No vio a Matilda durante un tiempo después de aquello. No se la encontró. Si tenía que hacer algún recado en el Palacio de Justicia, enviaba a Ruth Ann. Se enteró de que se estaban produciendo cambios, y de que no iban en la dirección de las contraventanas color burdeos, ni del arreglo de la casa.

—¡Oh, de qué sirve la raza dotada de cetro!  
—dice Joan de repente cuando van de regreso al apartamento. Y en cuanto llegan allí se dirige a la estantería..., es la misma estantería antigua con puertas de cristal. Morris no la vendió, aunque es casi demasiado alta para su sala de estar. Encuentra la *Antología de poesía inglesa* de su madre.

—Los primeros versos —dice, acercándose al lomo del libro.

—Siéntate y ponte cómoda, ¿quieres? —le dice Ruth Ann, entrando con las bebidas de media tarde. Morris toma whisky con agua, Joan y Ruth Ann ron blanco con soda. El gusto por esa bebida se ha convertido en una broma, en un vínculo esperanzador entre las

dos mujeres, que comprenden que van a necesitar algo.

Joan se sienta y bebe, complacida. Baja el dedo por la página.

—«Oh, de qué, oh, de qué...» —murmura.

—«¡Oh, de qué la forma divina!» —dice Morris, con un gran suspiro de alivio y satisfacción.

Se les enseñaba a ser especiales, piensa Joan, sin gran pesar. Fragmentos de poesía, el primer sorbo de alcohol, la luz tardía de una tarde de octubre; quizá sea esto lo que la hace sentirse en paz, indulgente. Se les inculcó una delicada y especial consideración por sí mismos, lo que les hacía salir y coger lo que querían, ya fuera amor o dinero. Pero eso no

es del todo cierto, ¿o sí? Morris ha sido muy disciplinado en el amor, y abstemio. Y así ha sido ella con el dinero..., en cuestiones de dinero ha seguido siendo torpe, virginal.

Hay un problema, no obstante, un tropiezo en su inesperado placer. No puede encontrar el verso.

—No está aquí —dice—. ¿Cómo puede no estar aquí? Todo lo que mamá sabía estaba aquí. —Bebe otro sorbo formal y se queda mirando fijamente la página. Luego dice—: ¡Lo sé! ¡Lo sé! —Y al cabo de unos instantes lo tiene; se lo está leyendo a ellos, con una voz llena de festiva emoción:

*¡Ah, de qué sirve la raza dotada de cetro,  
ah, de qué la forma divina!*

*¡De qué toda virtud, toda gracia,  
Rose Aymler —Rose Matilda—, todas eran tuyas!*

Morris se ha quitado la gafas. Ahora lo hace delante de Joan. Quizá empezó a hacerlo antes delante de Ruth Ann. Se frota la cicatriz como si le picase. Su ojo está oscuro, vetado de gris. No es penoso mirarlo. Bajo su envoltura de tejido cicatrizado, es tan inocuo como una ciruela o una piedra.

—De modo que es eso —dice Morris—. Así que no estaba equivocado.

## De otro modo

Georgia hizo una vez un curso de escritura creativa, y lo que el profesor le dijo fue: «Demasiadas cosas. Hay demasiadas cosas al mismo tiempo, y también demasiadas personas. Piense —le dijo—. ¿Qué es lo importante? ¿A qué quiere que prestemos atención? Piense».

Finalmente escribió una historia sobre su abuelo cuando mataba pollos, y al profesor pareció gustarle. Georgia la encontraba falsa. Hizo una larga lista de todas las cosas que había dejado fuera y la entregó como apéndice de la historia. El profesor le dijo que esperaba

demasiado, tanto de sí misma como del procedimiento, y que estaba agotándolo.

El curso no fue una pérdida total, porque Georgia y el profesor acabaron viviendo juntos. Aún viven juntos, en Ontario, en una granja. Venden frambuesas y dirigen un pequeño negocio editorial. Cuando Georgia puede reunir el dinero, va a Vancouver a visitar a sus hijos. Este sábado otoñal ha cogido el transbordador para cruzar hasta Victoria, donde antes vivía. Lo hizo por un impulso en el que realmente no cree, y hacia media tarde, cuando sube andando por el camino particular de la espléndida casa de piedra a la que antes iba a visitar a Maya, ya se siente en un terreno movedizo.



Cuando telefoneó a Raymond, no estaba segura de que le pidiera que fuera a su casa. Ni siquiera estaba segura de querer ir allí. No tenía ni idea de si sería bien recibida. Pero Raymond abre la puerta antes de que pueda tocar el timbre, la coge por los hombros y le da dos besos (¿verdad que antes no lo hacía?), y le presenta a su mujer Anne. Dice que le ha contado lo amigos que eran, Georgia y Ben y él y Maya. Grandes amigos.

Maya ha muerto. Georgia y Ben hace tiempo que se divorciaron.

Van a sentarse en lo que Maya acostumbraba llamar, con cierta alegría apagada, «el cuarto de la familia».

Una noche Raymond dijo a Ben y a

Georgia que parecía que Maya no iba a poder tener hijos.

—Hacemos todo lo que podemos —dijo—. Utilizamos almohadas y todo lo demás. Pero no hay suerte.

—Escucha, viejo, no se hace con almohadas —dijo Ben casi chillando. Todos estaban un poco borrachos—. Creí que eras un experto en todos los aparatos, pero ya veo que tú y yo vamos a tener que mantener una pequeña charla.

Raymond era tocólogo y ginecólogo.

Para entonces Georgia sabía todo acerca del aborto en Seattle, que había sido planeado por el amante de Maya, Harvey. Harvey era también médico, cirujano. El sombrío

apartamento del ruinoso edificio, la malhumorada mujer que estaba tejiendo un jersey, el médico que llegó en mangas de camisa con una bolsa de color marrón que Maya históricamente pensó que debía de contener las herramientas de su oficio. En realidad contenía su almuerzo, un bocadillo de huevo y cebolla. Maya tuvo aquel aliento sobre su rostro mientras él y la señora Defarge estuvieron trabajando en ella.

Maya y Georgia se sonrieron mutuamente, recatadas, mientras sus maridos continuaban su humorística conversación.

El pelo rizado y castaño de Raymond se ha convertido en una pelusa blanca, y su cara tiene arrugas. Pero no le ha sucedido nada

terrible, ni bolsas, ni papada, ni cara roja por el alcohol, ni una inclinación sarcástica de derrota. Todavía es delgado, recto, de hombros angulosos; aún huele a fresco y va immaculado, vestido de una manera apropiada y cara. Será un anciano frágil y elegante, con la sonrisa complaciente de un muchacho.

—Hay en ambos esa especie de brillo —dijo Maya una vez con aire displicente—. Quizá deberíamos ponerlos a remojo en vinagre —añadió.

El cuarto ha cambiado más de lo que ha cambiado Raymond. Un sofá de cuero color marfil ha sustituido al canapé tapizado de Maya y, desde luego, todo el antiguo y desordenado rincón del opio, los cojines de

Maya, la cortadera argentina y el espléndido elefante multicolor, con los diminutos espejitos cosidos..., todo eso ha desaparecido. El cuarto es beige y marfil, uniforme y cómodo, como la nueva esposa rubia, que se sienta en el brazo del sillón de Raymond, que pone el brazo de él a su alrededor, colocando su mano en el muslo. Lleva pantalones largos de apariencia vistosa y un jersey con aplicaciones color crema sobre blanco y joyas de oro. Raymond le da un par de palmadas enérgicas y provocadoras.

—¿Vas a salir? —le pregunta—. ¿De compras, quizá?

—De acuerdo —le dice la esposa—. Viejos tiempos —dice sonriendo a Georgia—. De

acuerdo —dice—, realmente tengo que ir de compras.

Cuando se ha ido, Raymond sirve unos tragos para Georgia y para él.

—Anne es muy aprensiva con el alcohol —dice—. No pone sal en la mesa. Quitó todas las cortinas de la casa para librarse del olor de los cigarrillos de Maya. Ya sé lo que debes estar pensando: el amigo Raymond ha encontrado una rubia atractiva. Pero realmente es una chica muy seria y muy formal. Estaba en mi consulta, ¿sabes?, bastante antes de que Maya muriese. Quiero decir que estaba «trabajando» en mi consulta. ¡No es lo que parece! Tampoco es tan joven como parece. Tiene treinta y seis años.

Georgia había pensado que tenía cuarenta. Ya está cansada de la visita, pero tiene que contar algo sobre ella. No, no está casada. Sí, trabaja. Ella y el amigo con quien vive tienen una granja y un negocio editorial. Algo precario que no da mucho dinero. Interesante. Sí, vive con un amigo.

—Yo he perdido toda pista de Ben —dice Raymond—. Lo último que he oído es que vivía en un barco.

—Su mujer y él navegan por la Costa Oeste cada verano —dice Georgia—. En invierno se van a Hawai. La Marina deja que la gente se retire pronto.

—Estupendo —replica Raymond.

Ver a Raymond ha hecho que Georgia

piense que no tiene ni idea del aspecto que Ben ofrece ahora. ¿Se le habrá puesto el pelo blanco, le habrá engordado la barriga? Ambas cosas le han sucedido a ella: se ha convertido en una mujer gruesa, con una saludable piel aceitunada, un penacho de pelo blanco, que lleva ropa suelta y bastante vulgar. Cuando piensa en Ben, lo ve todavía como un guapo oficial de la Marina, con un aspecto impecable de marinero; entusiasta, serio y retraído. El aspecto de alguien que anhelaba, valientemente, que le dieran órdenes. Sus hijos deben de tener fotografías de él por ahí..., ambos lo ven, pasan las vacaciones en su barco. Quizá quiten las fotografías cuando ella va de visita. Quizá piensan ocultarle esas



imágenes a alguien que le hirió.

De camino hacia la casa de Maya —la casa de Raymond—, Georgia pasó por delante de otra casa, lo que habría podido evitar fácilmente. Una casa en Oak Bay. En realidad tuvo que apartarse de su camino para verla.

Era todavía la casa acerca de la que ella y Ben habían leído en las columnas de inmuebles del *Colonist* de Victoria. Casita espaciosa bajo pintorescos robles. Madroños, cerezos silvestres, bancos interiores al pie de las ventanas, ventanas con cristales romboidales, con carácter. Georgia se quedó en la puerta sintiendo un dolor muy predecible. Allí Ben había cortado el césped, allí los niños habían hecho sus caminos y sus

escondites en los matorrales y habían hecho un cementerio para los pájaros y las serpientes que mataba el gato negro, Dominó. Podía recordar perfectamente el interior de la casa: los suelos de roble que ella y Ben habían lijado laboriosamente, las paredes que habían pintado, la habitación en la que había estado echada, con mucho dolor y calmantes, después de que le hubieran sacado la muela del juicio. Ben le estuvo leyendo *Dublineses* en voz alta. No podía recordar el título de la historia. Era sobre un joven tímido y poético, con una esposa bonita y despreciable.

—Pobre tío —dijo Ben cuando la hubo acabado.

A Ben le gustaba la literatura de ficción, lo

cual era sorprendente en un hombre a quien también le gustaba el deporte y había sido famoso en la escuela.

Debería haberse alejado de aquel barrio. Por todos los lugares por los que pasaba, bajo los castaños con sus hojas planas y doradas, los madroños de ramas rojas y los altos robles que evocaban historias de hadas, bosques europeos, leñadores, brujas..., por todas partes sus pasos la censuraban diciéndole «para qué, para qué, para qué». Este reproche era exactamente lo que ella esperaba, era lo que ella buscaba, y había algo despreciable en hacer aquello. Algo despreciable e inútil. Ella lo sabía, pero «para qué, para qué, para qué, agravio y pérdida, agravio y pérdida», seguían

repitiendo sus necios y reprobadores pies.

Raymond quiere que Georgia vea el jardín, que dice que fue hecho para Maya durante sus últimos meses de vida. Maya lo diseñó, luego se tumbó en el canapé de tapicería —al que prendió fuego dos veces, dice Raymond, al dormirse con un cigarrillo encendido— y pudo ver cómo tomaba forma.

Georgia ve un estanque, un estanque ribeteado de piedras con una isla en medio. La cabeza de una bestia de aspecto feroz (¿un macho cabrío de las montañas?) se alza en la isla, arrojando agua. Alrededor del estanque, una floresta de margaritas Shasta, dalias de color rosa y púrpura, pinos y cipreses enanos, y otros árboles en miniatura de brillantes hojas

rojas. En la isla, ahora que la ve más de cerca, hay paredes de piedra cubiertas de musgo, las ruinas de una torre diminuta.

—Contrató a un joven para que hiciera el trabajo —dice Raymond—. Se tumbaba allí y lo observaba. Le llevó todo el verano. Simplemente se tumbaba allí todo el día y observaba cómo hacía su jardín. Luego él entraba, tomaban el té y hablaban de ello. ¿Sabes?, Maya no solo diseñó ese jardín. Se lo imaginaba. Ella le contaba lo que había estado imaginando y él partía de eso. Quiero decir que esto no era solo un jardín para ellos. El estanque era un lago de este país para el que tenían algún nombre, y alrededor del lago había bosques y territorios en los que vivían

distintas tribus y bandos. ¿Te lo puedes imaginar?

—Sí —dice Georgia.

—Maya tenía una imaginación deslumbrante. Podía haber escrito literatura fantástica o ciencia ficción. Cualquier cosa. Era una persona creativa, sin lugar a dudas. Pero era imposible hacer que utilizara seriamente su creatividad. Ese macho cabrío era uno de los dioses de aquel país, y la isla era como un lugar sagrado con un antiguo templo. Puedes ver las ruinas. Tenían la religión completamente desarrollada. Oh, y la literatura, los poemas, las leyendas y la historia... todo. Tenían una canción que cantaba la reina. Por supuesto, se suponía que

era una traducción de aquella lengua. También tenían una explicación para algo de eso. Había habido una reina encerrada en esas ruinas, en ese templo. No me acuerdo por qué. Probablemente iban a sacrificarla. Iban a arrancarle el corazón o alguna otra cosa horrible. Todo era complicado y melodramático, pero piensa en el esfuerzo realizado. En la creatividad. El joven era artista de profesión. Creo que él se consideraba un artista. De hecho, no sé cómo lo consiguió. Ella conocía gente. Él se mantenía haciendo estas cosas, me imagino. Hizo un buen trabajo. Puso las cañerías, todo. Se presentaba cada día. Cada día, cuando había terminado entraba, y tomaba el té y

charlaba con ella. Bueno, en mi opinión, no solo tomaban el té. Que yo sepa, no solo té. Él traía algo de sustancia, fumaban un poco. Le dije a Maya que debería tomar nota de todo.

»Pero, en cuanto terminó, se fue. Se marchó. No sé. Quizá encontró otro trabajo. No creí que fuese asunto mío preguntar. Pero sí creía que aunque hubiese encontrado otro trabajo habría podido volver a visitarla de vez en cuando. O, si se hubiese ido de viaje a alguna parte, podría haberle escrito cartas. Pensaba que podría haberlo hecho. Esperaba todo eso de él. No debería haber dejado de ser asunto suyo. No, según mi parecer. Habría sido amable por su parte hacerle pensar que no había sido solo una... una amistad



alquilada, ¿comprendes?, desde el principio.

Raymond sonríe. No puede reprimir la sonrisa, o quizá no sea consciente de ella.

—Porque esa es la conclusión a la que debió de llegar ella —le dice—. Después de todo aquel tiempo agradable imaginando juntos y animándose el uno al otro. Debió de sentirse desilusionada. Así debió de sentirse. Incluso en aquella fase, algo así le importaría muchísimo. Tú lo sabes y yo lo sé, Georgia. Le importaría. Podría haberla tratado con algo más de amabilidad. No habría tenido que ser por mucho tiempo.

Maya murió hace un año, en otoño, pero Georgia no se enteró hasta Navidad. Se enteró

de la noticia por la tarjeta de Navidad de Hilda. Hilda, que estaba casada con Harvey, está casada ahora con otro médico, en una ciudad del interior de Columbia Británica. Unos cuantos años antes, ella y Georgia, las dos forasteras, se encontraron por casualidad en una calle de Vancouver, y desde entonces se escriben de vez en cuando.

«Desde luego, tú conocías a Maya mucho mejor que yo —le escribía Hilda—. Pero me ha sorprendido lo muy a menudo que he pensado en ella. He pensado en todos nosotros, en realidad, en cómo éramos hace aproximadamente quince años, y creo que éramos exactamente igual de vulnerables, en algunos aspectos, que los chavales con sus

viajes de ácido y todo eso, que se suponía que dejaban marca para toda la vida. ¿No fuimos marcadas, todas nosotras, al destruir nuestros matrimonios y salir en busca de aventura? Desde luego, Maya no destrozó su matrimonio, ella precisamente siguió donde estaba, de modo que no tiene demasiado sentido lo que estoy diciendo. Pero Maya me parecía la persona más vulnerable de todas, con tanto talento y tan frágil. Recuerdo que apenas podía soportar mirar aquella vena de su sien donde se hacía la raya del pelo.»

«Qué carta tan extraña para ser de Hilda», pensó Georgia. Recordaba los caros vestidos camiseros a cuadros color pastel, su cabello corto, rubio y bien arreglado, sus buenos

modales. ¿Realmente creía Hilda que había destrozado su matrimonio al salir en busca de aventuras bajo la influencia de la droga, la música rock y los trajes revolucionarios? La impresión de Georgia era que Hilda había dejado a Harvey cuando se enteró de lo que estaba tramando, o de algo de lo que estaba tramando, y se fue a aquella ciudad del interior en la que sensatamente continuó con su antigua profesión de enfermera y a su debido tiempo se casó con otro médico, presumiblemente más fiable. Maya y Georgia nunca consideraron a Hilda una mujer igual que ellas. Hilda y Maya no habían sido íntimas, tenían razones especiales para no serlo. Pero Hilda le había seguido la pista;

supo de la muerte de Maya, escribió aquellas generosas palabras. Sin Hilda, Georgia no se habría enterado. Estaría pensando todavía que algún día podría escribirle a Maya, que llegaría un momento en que su amistad podría reanudarse.

La primera vez que Ben y Georgia fueron a casa de Maya, estaban allí Harvey y Hilda. Maya había organizado una cena para los seis. Georgia y Ben se habían trasladado recientemente a Victoria, y Ben había telefoneado a Raymond, que había sido amigo suyo en la escuela. Ben no había conocido a Maya, pero le dijo a Georgia que había oído decir que era muy inteligente, y extraña. Pero

era rica, una heredera, de modo que podía serlo con impunidad.

Georgia gruñó al enterarse de que Maya era rica, y volvió a gruñir al ver la casa; la gran casa de piedra con el césped en terraplenes, los arbustos podados y el camino circular.

Georgia y Ben procedían de la misma pequeña ciudad de Ontario, y tenían el mismo tipo de familia. Fue una chiripa que Ben asistiese a una buena escuela privada; el dinero procedía de una tía abuela. Ya de jovencita, cuando estaba orgullosa de ser la novia de Ben y más orgullosa de lo que le gustaba revelar de que la invitaran a los bailes de aquella escuela, Georgia tenía una pobre opinión de las chicas que conocía allí. Creía

que las chicas ricas estaban mimadas y eran tontas. Las llamaba bobas. Ella se consideraba una chica —y después una mujer— a quien no le gustaban demasiado las demás chicas ni las demás mujeres. Llamaba a las otras esposas de la Marina «las “damas” de la Marina». A Ben a veces le divertían sus opiniones sobre la gente y otras veces le preguntaba si era necesario ser tan crítica.

Tenía la impresión, le dijo él, de que Maya le gustaría. Aquello no predisponía a Georgia en favor de Maya. Pero resultó que Ben tenía razón. Estuvo feliz entonces de haber dado con alguien como Maya para ofrecérsela a Georgia, de haber encontrado una pareja con quien él y Georgia pudieran relacionarse con

agrado como amigos.

—Será bueno para nosotros tener algunos amigos que no sean de la Marina —dijo—. Alguna esposa a la que ver de vez en cuando y que no sea tan convencional. No puedes decir que Maya sea convencional.

Georgia no pudo. La casa era más o menos lo que había esperado —pronto se enteró de que Maya la llamaba «la fortaleza acogedora del barrio»—, pero Maya resultó ser una sorpresa. Abrió ella misma la puerta, descalza, con una túnica suelta de una tosca tela marrón que parecía arpillera. Tenía el pelo largo y lacio, con la raya a un lado. Era casi el mismo color castaño apagado que la túnica. No llevaba pintados los labios y su piel era áspera



y pálida, con señales como tenues huellas de pájaro en los huecos de las mejillas. Esa falta de color, esa aspereza de textura, parecía en ella una espléndida afirmación de calidad. Cuán indiferente se la veía, cuán arrogante e indiferente, con los pies descalzos, las uñas de los pies sin pintar, con su excéntrica túnica. Lo único que se había hecho en la cara era pintarse de azul las cejas (quitarse todos los pelos de las cejas, de hecho, y pintarse la piel de azul). No una línea arqueada, solo una ligera mancha de azul encima de cada ojo, como una vena hinchada.

Georgia, con su oscuro cabello cardado, los ojos pintados al estilo de la época, y los pechos prominentes, a la moda, encontró todo

aquello desconcertante y fantástico.

Harvey fue la otra persona cuyo aspecto Georgia encontró impresionante. Era un hombre bajo de anchos hombros, con algo de barriga, abultados ojos azules y una expresión belicosa. Procedía de Lancashire. Su pelo gris era escaso por la parte superior, pero lo llevaba largo a los lados, peinado sobre las orejas de un modo que le hacía parecer más un artista que un cirujano.

—Ni siquiera me parece lo suficientemente limpio para ser un cirujano —le dijo luego Georgia a Ben—. ¿No pensarías que es algo así como escultor? ¿Con las uñas llenas de arena? Supongo que tratará mal a las mujeres —Se estaba acordando de cómo le había

mirado el pecho—. No como Raymond —dijo—. Raymond adora a Maya. Y es extremadamente limpio.

(«Raymond tiene el aspecto por el que andan locas todas las madres», le diría Maya a Georgia, con una exactitud fulminante, unas cuantas semanas después.)

La comida que Maya sirvió no era mejor de lo que uno esperaría en una cena familiar, y los pesados tenedores de plata estaban ligeramente deslustrados. Pero Raymond sirvió un buen vino del que le habría gustado hablar. No consiguió interrumpir a Harvey, que contaba historias de hospital, escandalosas e indiscretas, y que fue imperturbablemente atroz sobre la necrofilia y la masturbación.

Más tarde, en la sala de estar, el café se hizo y se sirvió con ceremonia. Raymond atrajo la atención de todo el mundo mientras molía los granos en un molinillo turco. Habló de la importancia de los aceites aromáticos. Harvey, interrumpido a media anécdota, observaba con una sonrisa afectada y poco amable; Hilda, con educada atención. Fue Maya quien dio a su esposo un ánimo radiante, detrás de él, como un acólito, ayudándole dócil y elegantemente. Sirvió el café en preciosas tacitas turcas, que ella y Raymond habían comprado en una tienda de San Francisco, junto con el molinillo de café. Escuchó recatadamente a Raymond hablar de la tienda, como si recordara otros placeres de

vacaciones.

Harvey e Hilda fueron los primeros en irse. Maya, colgada del hombro de Raymond, les dijo adiós. Pero se soltó cuando se hubieron marchado, abandonando su resbaladiza gracia y su comportamiento de esposa. Se estiró despreocupada y desgarbadamente sobre el sofá y dijo:

—Ahora no os vayáis. Nadie tiene media posibilidad de hablar mientras está Harvey..., hay que hablar después.

Y Georgia comprendió. Comprendió que Maya esperaba que no la dejaran sola con el esposo a quien ella había incitado —con los propósitos que fuera— con sus ostentosas atenciones. Vio que Maya estaba melancólica

y llena de un temor familiar al final de la cena. Raymond estaba feliz. Se sentó en el extremo del sofá, tras levantar los pies de Maya poco dispuestos a dejarle sitio. Frotó uno de sus pies entre las manos.

—¡Qué salvaje! —dijo Raymond—. Esta es una mujer que no quiere llevar zapatos.

—¡Coñac! —dijo Maya, levantándose de golpe—. Sabía que había algo más en las cenas. ¡Se bebe coñac!

—Él la quiere, pero ella no le quiere a él —le dijo Georgia a Ben, después de haber hecho una observación sobre la adoración de Raymond por Maya y sobre su limpieza.

Pero Ben, que quizá no escuchaba con atención, pensó que ella hablaba de Harvey y

de Hilda.

—No, no, no. Ahí creo que es al revés. Es difícil saberlo con los ingleses. Maya estaba fingiendo para ellos. Tengo una idea acerca de por qué.

—Tú tienes una idea acerca de todas las cosas —le dijo Ben.

Georgia y Maya se hicieron amigas en dos niveles. En el primer nivel eran amigas como esposas; en el segundo, por sí mismas. En el primer nivel cenaban en sus respectivas casas y escuchaban a sus esposos hablar de sus días escolares. Sobre las bromas y las peleas, las conspiraciones y los desastres, los matones y las víctimas. Compañeros de escuela y

profesores aterradores o dignos de compasión, regalos y humillaciones. Maya preguntaba si estaban seguros de no haber leído todo aquello en un libro.

—Parece un cuento —dijo—. Un cuento de niños sobre la escuela.

Ellos dijeron que de lo que trataban todos los libros era de las experiencias. Cuando habían hablado lo suficiente sobre la escuela, hablaban de películas, política, personalidades públicas, lugares a los que habían ido o querían ir. Maya y Georgia podían entonces unírseles. Ben y Raymond no creían en lo de dejar a las mujeres fuera de la conversación. Creían que las mujeres eran tan inteligentes como los hombres.



En el segundo nivel, Georgia y Maya hablaban en sus respectivas cocinas, tomando café. O iban a almorzar a la ciudad. Había dos lugares, y solo dos, donde a Maya le gustaba comer. Uno era el Moghul's Court, un sórdido y enorme bar de un hotel de ferrocarril, grande y tétrico. El Moghul's Court tenía cortinas de terciopelo de color calabaza comidas por las polillas y helechos desecados, y camareros con turbantes. Maya siempre se arreglaba para ir allí, con vestidos flojos de seda, guantes blancos no muy limpios y sombreros asombrosos que encontraba en tiendas de segunda mano. Se hacía pasar por una viuda que había servido con su marido en varios puestos fronterizos del Imperio.

Hablaba con tono aflautado a los taciturnos camareros preguntando: «¿Podría usted tener la amabilidad de...?», y luego les decía que habían sido muy, pero que muy amables.

Ella y Georgia se inventaron la historia de la viuda del Imperio y Georgia fue introducida en ella como una malhumorada compañera a sueldo, socialista en el fondo de su corazón, llamada señorita Amy Jukes. El nombre de la viuda era señora Allegra Forbes-Bellyea. Su esposo había sido Nigel Forbes-Bellyea. A veces sir Nigel. Más de una lluviosa tarde en el Moghul's Court la pasaron inventándose los horrores de la luna de miel de los Forbes-Bellyea, en un húmedo hotel del País de Gales.

El otro sitio que a Maya le gustaba era un restaurante hippie en la calle Blanshard, en el que te sentabas sobre sucios cojines de felpa atados a la parte superior de unos tocones, comías arroz integral con verduras viscosas y bebías sidra turbia. (En el Moghul's Court Maya y Georgia bebían solo ginebra.) Cuando comían en el restaurante hippie, llevaban bonitos, largos y baratos vestidos de algodón indio y hacían ver que eran refugiadas de una comuna en la que ambas habían sido las acompañantes o concubinas de un cantante de folk llamado Bill Bones. Se inventaron varias canciones para Bill Bones, todas suaves, tiernas e inocentes, que contrastaban terriblemente con el comportamiento codicioso

y libertino de Bill Bones, quien tenía unos hábitos personales muy curiosos.

Cuando no estaban haciendo estos juegos, hablaban precipitadamente de sus vidas, infancias, problemas, esposos.

—Era un lugar horrible —decía Maya—. Aquella escuela.

Georgia asentía.

—Había chicos pobres en la escuela de niños ricos —decía Maya—, de modo que tenían que trabajar duro. Tenían que ser un honor para sus familias.

Georgia no habría pensado que la familia de Ben fuese pobre, pero sabía que había distintos modos de considerar esas cosas.

Maya decía que siempre que tenían gente a

cenar, o por la noche, Raymond escogía antes todos los discos que le parecían apropiados y los ponía en un orden conveniente.

—Creo que un día repartirá temas de conversación en la puerta —dijo Maya.

Georgia reveló que Ben escribía una carta cada semana a la tía abuela que le había enviado a la escuela.

—¿Es una carta agradable? —preguntó Maya.

—Sí. Oh, sí, es muy agradable.

Se miraron sombríamente la una a la otra y se rieron. Luego admitieron lo que pesaba sobre ellas. Era la inocencia de aquellos esposos; su inocencia sincera, decente, firme y satisfecha. Eso es una cosa molesta y también

desalentadora. Hace de la intimidación algo rutinario.

—Pero ¿te sientes mal hablando así? —preguntó Georgia.

—Desde luego —dijo Maya sonriendo y mostrando sus grandes y perfectos dientes; el producto de un trabajo dental caro desde antes de que ella se encargase de su propio aspecto—. Tengo otra razón para sentirme mal —dijo—. Pero no sé. Me siento y no me siento mal.

—Ya lo sé —dijo Georgia, que hasta aquel momento no lo había sabido con seguridad.

—Eres muy inteligente —dijo Maya—. O yo soy muy poco sutil. ¿Qué opinas de él?

—Muchos problemas —dijo Georgia sensatamente. Estuvo encantada con esa

respuesta, que no mostraba lo halagada que se sentía por la revelación, ni cuán embriagadora encontraba aquella conversación.

—Tú no eres solo una sureña —dijo Maya, y le contó la historia del aborto—. Voy a romper con él —le dijo—. Un día de estos.

Pero siguió viendo a Harvey. Durante la comida contaba hechos muy decepcionantes acerca de él, y luego anunciaba que tenía que irse, que se iba a encontrar con él en un motel de la calle Gorge, o en la cabaña que él tenía en el lago Prospect.

—Hay que fregar —dijo.

Había dejado a Raymond una vez. No por Harvey. Se había fugado con un músico. Con un pianista —nórdico y de aspecto

somnoliento, pero de mal genio— de sus tiempos de dama de sociedad, o de funciones a beneficio de la sinfónica. Viajó con él durante cinco semanas y él la dejó en un hotel de Cincinnati. Ella empezó entonces a sufrir de horribles dolores de pecho, apropiados para un corazón roto. Lo que realmente tenía era un ataque de vesícula biliar. Llamaron a Raymond y él fue y se la llevó del hospital. Pasaron unas cortas vacaciones en México antes de volver a casa.

—Ahí se acabó para mí —dijo Maya—. Aquel fue mi verdadero y desesperado amor. Nunca más.

¿Y qué era Harvey, entonces?

—Ejercicio —respondió Maya.



Georgia encontró un trabajo a tiempo parcial en una librería, donde trabajaba varias tardes a la semana. Ben se marchó en su crucero anual. El verano resultó ser extraordinariamente soleado para la costa Oeste. Georgia se desenredó el pelo, dejó de utilizar la mayor parte de su maquillaje y se compró un par de vestidos cortos sin mangas. Sentada en su taburete en la parte delantera de la librería, mostrando sus hombros morenos y desnudos y sus fuertes piernas morenas, parecía una colegiala inteligente, pero llena de energía y de opiniones atrevidas. A las personas que entraban en la tienda les gustaba ver a una chica —una mujer— como Georgia. Les gustaba hablar con ella. La mayoría de ellas

iban solas. No eran exactamente personas solitarias, pero no tenían con quién hablar de libros. Georgia enchufaba el calentador de agua de detrás de la mesa y preparaba tazas de té de frambuesa. Algunos clientes predilectos llevaban sus propias tazas. Maya iba a verla y se quedaba en la parte de atrás, divertida y envidiosa.

—¿Sabes lo que has hecho? —le dijo a Georgia—. Has hecho un salón. ¡Oh, cuánto me gustaría tener un trabajo como este! Incluso me gustaría tener un trabajo corriente en una tienda corriente en la que hay que doblar y encontrar cosas para la gente y dar el cambio y decir muchas gracias, y hoy hace más frío, ¿lloverá?

—Podrías encontrar un trabajo así —le dijo Georgia.

—No, no podría. No tengo disciplina. Me educaron demasiado mal. Ni siquiera puedo llevar la casa sin la señora Hanna, la señora Cheng y Sadie.

Era cierto. Maya tenía muchos criados para ser una mujer moderna, aunque iban a horas distintas, hacían cosas independientes y no se parecían al personal de una casa antigua. Incluso lo que comían en las cenas, que parecía mostrar su propio toque indiferente, había sido preparado por alguien.

Por lo general, Maya estaba ocupada por las tardes. Georgia estaba encantada, porque en realidad no quería que Maya fuese a la

tienda a pedir títulos estrafalarios que ella misma se había inventado, lo que convertía el empleo de Georgia allí en una especie de broma. Georgia se tomaba la librería en serio. Le tenía un cariño serio y secreto que no podía explicar. Era una tienda larga y estrecha con una entrada anticuada en forma de embudo entre dos escaparates en ángulo. Desde su taburete de detrás del mostrador Georgia podía ver los reflejos de un escaparate reflejados en el otro. Aquella calle no estaba engalanada para recibir turistas. Era una calle amplia que iba de este a oeste, llena a primeras horas de la tarde de una débil luz amarilla, una luz reflejada desde los pálidos edificios de estuco que no eran muy altos,

sencillos escaparates frontales, aceras casi vacías. Georgia encontraba liberadora aquella sencillez después de las calles sombreadas y sinuosas, los patios floridos y los escaparates rodeados de enredaderas de Oak Bay. Allí los libros podían hacer valer sus méritos como no podían hacerlo en una tienda de la ciudad más artificiosa y tentadora. Largas hileras consecutivas de libros de bolsillo. (La mayoría de los Penguin entonces todavía tenían sus tapas de color naranja y blanco o azul y blanco, sin dibujos ni fotografías, solamente los títulos, sin adornar y sin explicar.) La librería era una avenida recta de generosidad, de promesas plausibles. Algunos libros que Georgia no había leído, y que probablemente

nunca leería, eran importantes para ella, por la grandeza o el misterio de sus títulos. *Elogio de la locura. Las raíces de la casualidad. El florecimiento de Nueva Inglaterra. Ideas e integridades.*

A veces se levantaba y ponía los libros en un orden más estricto. La literatura de ficción estaba puesta en los estantes por orden alfabético, por autores, lo cual era sensato, pero no muy interesante. No obstante, los libros de historia, la filosofía, la psicología y demás libros de ciencia estaban colocados según ciertas reglas complicadas y encantadoras —que tenían que ver con la cronología y el contenido— que Georgia captaba de inmediato y que incluso ampliaba.

No necesitaba leer mucho de un libro para enterarse. Se formaba fácilmente un juicio, casi de inmediato, como por instinto.

A veces la tienda estaba vacía y notaba una gran calma. Entonces no importaban ni siquiera los libros. Se sentaba en el taburete y observaba la calle: paciente, expectante, ella sola, en un estado sutilmente equilibrado y disperso.

Ella vio el reflejo de Miles —su fantasma con casco aparcando la motocicleta en el bordillo— antes de verle a él. Creía haber reparado en su valeroso perfil, en su palidez, en su polvoriento pelo rojo (él se quitó el casco y se sacudió el pelo antes de entrar en la librería) y su forma de moverse, rápida,

indolente, insolente y atropellada, incluso en el cristal.

No fue una sorpresa que pronto comenzase a hablar con ella, como hacían otros. Le dijo que era buzo. Buscaba naufragios, aviones perdidos y cadáveres. Había sido contratado por una pareja rica de Victoria que estaba planeando un crucero en busca de un tesoro. Sus nombres y el destino eran secretos. La búsqueda de tesoros era una cosa de locos. Él lo había hecho antes. Su hogar estaba en Seattle, donde tenía una esposa y una hija pequeña.

Todo lo que le dijo podía muy bien haber sido una mentira.

Le mostró fotografías de libros, fotografías



y dibujos, de moluscos, de medusas, de un buque de guerra portugués, sargazos, el pez volador del Caribe, el cinturón de Venus. Le indicó qué fotografías eran fieles y cuáles eran falsas. Luego se fue y ya no le prestó más atención, incluso salió de la tienda mientras estaba ocupada con un cliente. No se despidió siquiera. Pero fue otra tarde y le habló de un hombre ahogado atrapado en la cabina de un barco, mirando por la acuosa ventana con interés. Con su forma de prestarle atención y de evitarla, sus conversaciones impersonales desde muy cerca, su merodeo absorto, y su aspecto serio, prolijo y de ojos grises, pronto tuvo a Georgia en un estado de perturbación que no era desagradable. Se ausentó dos

noches seguidas, y luego entró y le preguntó, bruscamente, si le gustaría que la llevase a casa en su motocicleta.

Georgia dijo que sí. Nunca en su vida había montado en una motocicleta. Su coche estaba en el aparcamiento; sabía lo que tenía que ocurrir.

Ella le dijo dónde vivía.

—A solo unas cuantas manzanas por encima de la playa —dijo.

—Iremos a la playa entonces. Iremos y nos sentaremos en los troncos.

Eso fue lo que hicieron. Se sentaron un momento en los troncos. Luego, aunque la playa no estaba totalmente a oscuras ni completamente desierta, hicieron el amor al

imperfecto abrigo de unos arbustos de retama. Georgia se fue andando a casa, una mujer fortalecida y aligerada, en absoluto enamorada, favorecida por el universo.

—Mi coche no arrancaba —le dijo a la canguro, una abuela de un poco más abajo de la calle—. He venido andando todo el camino. El paseo ha sido magnífico. Magnífico. Lo he disfrutado mucho.

Tenía el pelo alborotado, los labios hinchados y la ropa llena de arena.

Su vida se llenó de esas mentiras. Aparcaba su coche junto a lejanas playas, en caminos forestales oportunamente cercanos a la ciudad, en las carreteras sinuosas y apartadas de la

península Saanich. El mapa de la ciudad que había tenido en la cabeza hasta entonces, con sus caminos para ir de compras, al trabajo y a casa de los amigos, fue cubierto con otro mapa, de caminos tortuosos seguidos con miedo —vergüenza no— y nerviosismo, de frágiles refugios, de escondrijos temporales en los que ella y Miles hacían el amor, a menudo a una distancia desde donde se podía oír el tráfico que circulaba, un grupo que iba de excursión o un picnic familiar. Y la misma Georgia, vigilando a sus hijos en el cruce, o apreciando en el supermercado la magnífica forma de un limón en su mano, contenía a otra mujer que solo unas cuantas horas antes había estado gimiendo y forcejeando en los

helechos, en la arena, o en el suelo raso, o durante una tempestad en su propio coche, que había sido conducido firme y gloriosamente sin conciencia, llevado a la deriva, y una vez había recuperado la sensatez se había dirigido de nuevo hacia su casa. ¿Era aquella una historia corriente? Georgia miró a las demás mujeres del supermercado. Buscó señales... de languidez u ostentación, una sensación de drama en la manera de vestir de una mujer, un ritmo especial en sus movimientos.

—¿Cuántas? —le preguntó a Maya.

—Dios sabe —le respondió Maya—. Haz un estudio.

Los problemas empezaron, quizá, en cuanto

se dijeron que se amaban. ¿Por qué hicieron aquello: definir, exagerar, confundir lo que fuera que sintieran? Parecía algo obligado, eso era todo..., exactamente como si los cambios, las variaciones y las elaboraciones en el acto de hacer el amor pudieran ser algo obligado. Era un modo de ir más allá. De manera que lo dijeron y aquella noche Georgia no pudo dormir. No lamentaba lo que había dicho, ni pensaba que era una mentira, aunque sabía que era absurdo. Pensó en el modo en que Miles buscaba que le mirase a los ojos mientras le hacía el amor, algo que Ben no hacía adrede, y pensó en cómo sus ojos, al principio brillantes y desafiantes, se volvían turbios, sosegados y sombríos. De aquella

manera ella confiaba en él: era la única manera. Pensaba en ser botada a un mar gris, profundo, siniestro y magnífico. Amor.

—No sabía que iba a suceder esto —dijo en la cocina de Maya al día siguiente, bebiendo café. El día era caluroso, pero se había puesto un jersey para acurrucarse. Se sentía débil y sumisa.

—No. Y no lo sabes —le dijo Maya de un modo bastante brusco—. ¿Lo dijo también él? ¿Dijo que te quería, también?

Sí, dijo Georgia, sí, desde luego.

—Cuidado, entonces. Ten cuidado la próxima vez. Cuando se ha dicho eso, la siguiente vez es siempre muy delicada.

Y así fue. La siguiente vez se abrió una

grieta. Al principio simplemente la examinaron para ver si estaba allí. Era casi como una diversión nueva para ellos. Pero se hizo cada vez más ancha. Antes de que fuera dicha palabra alguna para confirmar que estaba allí, Georgia sintió cómo se ensanchaba, fríamente, aunque necesitaba con urgencia que se cerrase. ¿Sentía él lo mismo? Ella no lo sabía. También él parecía frío..., pálido, prudente, resplandeciente con algún nuevo propósito malicioso.

Estaban temerariamente sentados, entrada la noche, en el coche de Georgia, entre los demás amantes en Clover Point.

—Todas las personas que hay en esos coches están haciendo lo mismo que nosotros



—había dicho Miles—. ¿No te excita esa idea?

Había dicho eso en el momento preciso de su ritual en el que la última vez se habían sentido llevados a hablar, en tono angustiado y solemne, de amor.

—¿Piensas alguna vez en eso? —le dijo—. Quiero decir que podríamos empezar con Ben y Laura. ¿Te imaginas alguna vez cómo sería contigo y conmigo y Ben y Laura?

Laura era su mujer, que estaba en su casa en Seattle. No había hablado antes de ella, excepto para decirle su nombre a Georgia. Él había hablado de Ben de un modo que no le gustó a Georgia, pero que pasó por alto.

«¿Qué cree Ben que haces para divertirte

mientras él está fuera cruzando el océano azul?», le preguntó.

«Cuando él vuelve, ¿os lo pasáis normalmente en grande Ben y tú?»

«¿Le gusta a Ben esa ropa tanto como a mí?»

Hablaba como si él y Ben fuesen de algún modo amigos, o al menos socios, copropietarios.

—Tú y yo y Ben y Laura —dijo en un tono que a Georgia le pareció insistente y artificialmente lascivo, socarrón, irónico—. Esparce la alegría a tu alrededor.

Intentó acariciarla, haciendo ver que no se daba cuenta de lo ofendida, de lo amargamente herida que estaba. Hizo una

descripción de los generosos intercambios que tendrían lugar entre los cuatro en la cama. Le preguntó si se excitaba. Ella le dijo que no, asqueada.

—Ah, lo estás, pero no lo reconocerás. — Su voz, sus caricias se hicieron más intimidantes—. ¿Qué hay tan especial en ti? —le preguntó suave y despectivamente, dándole un fuerte apretón en los pechos—. Georgia, ¿por qué crees que eres una reina?

—Eres cruel y lo sabes —dijo Georgia apartándole las manos—. ¿Por qué te estás portando así?

—Cariño, no soy cruel —dijo Miles con voz marrullera y remedando ternura—. Me estoy poniendo cachondo. Estoy caliente otra

vez, eso es todo.

Empezó a manosear a Georgia, a disponerla para su uso. Ella le dijo que se bajara del coche.

—Remilgada —le dijo con la misma voz tierna, artificial y odiosa, como si estuviera lamiendo fanáticamente algo asqueroso—. Eres una puta remilgada.

Georgia le dijo que se apoyaría en el claxon si no paraba. Se apoyaría en el claxon si no salía del coche. Gritaría para que alguien llamara a la policía. Ella se apoyó sobre el claxon mientras forcejeaban. Él la apartó gimoteando una palabrota como las que le había oído decir en otros momentos, cuando querían decir algo distinto. Se bajó.

No podía creer que hubiera estallado tanta inquina, que las cosas hubieran cambiado tan asombrosamente. Cuando pensó en ello después, mucho tiempo después, pensó que quizá había actuado así por una cuestión de conciencia, para distinguirla de Laura. O para borrar lo que le había dicho la última vez. Para humillarla porque estaba asustado. Quizá. O quizá todo aquello le pareciese simplemente un cambio hacia delante, y auténticamente interesante, en sus relaciones sexuales.

Le habría gustado hablarlo con Maya. Pero la posibilidad de hablar de algo con Maya había desaparecido. Su amistad había llegado repentinamente a su fin.

La noche después del incidente en Clover Point, Georgia estaba sentada en el suelo de la sala de estar, jugando a las cartas con sus hijos para que les entrara sueño. El teléfono sonó, y ella estaba segura de que era Miles. Había estado pensando todo el día en que llamaría, que tendría que llamar para dar una explicación, o para pedirle perdón, para decirle que la había estado probando, en cierto modo, o que se había trastornado temporalmente por circunstancias que ella desconocía. Ella no le perdonaría de inmediato, pero no colgaría.

Era Maya.

—Adivina qué cosa tan extraña ha sucedido —dijo Maya—. Miles me telefoneó. TU Miles. No pasa nada, Raymond no está aquí.

¿Cómo sabía siquiera mi nombre?

—No lo sé —dijo Georgia.

Ella se lo había dicho, por supuesto. Ella le había brindado a la desbordante Maya para su diversión, o para indicar lo novata que era en aquel juego..., un premio relativamente casto.

—Dice que quiere hablar conmigo —dijo Maya—. ¿Qué opinas? ¿Qué le pasa? ¿Os habéis peleado?... ¿Sí? Bueno, probablemente quiere que yo te convenza de que hagáis las paces. Debo decir que ha escogido la noche adecuada. Raymond está en el hospital. Tiene de parto a aquella mujer que tanto le cuesta; quizá tenga que hacerle una cesárea. Te telefonaré y te contaré cómo va, ¿quieres?

Al cabo de un par de horas, cuando hacía

ya rato que los niños se habían dormido, Georgia empezó a esperar la llamada de Maya. Estuvo viendo las noticias en la televisión para apartar su mente de la espera. Descolgó el teléfono para asegurarse de que había tono de marcar. Apagó la televisión después de las noticias y luego volvió a encenderla. Empezó a ver una película; la estuvo viendo durante tres pausas publicitarias sin ir a la cocina para mirar el reloj.

A las doce y media de la noche salió, se metió en su coche y se dirigió hacia la casa de Maya. No tenía ni idea de lo que haría allí. Y no hizo mucho. Rodó por el camino circular con las luces apagadas. La casa estaba a oscuras. Pudo ver que el garaje estaba abierto



y que el coche de Raymond no se encontraba allí. No se veía por ninguna parte la motocicleta.

Había dejado solos a sus hijos, las puertas sin llave. Nada les sucedió. No se despertaron ni descubrieron su deserción. Ningún ladrón, ni merodeador, ni asesino la sorprendió a su vuelta. Aquello era una suerte que ni siquiera apreció. Al irse había dejado la puerta abierta y las luces encendidas, y al volver apenas reconoció su locura, aunque cerró la puerta, apagó algunas luces y se tumbó en el sofá de la sala de estar. No durmió. Se quedó quieta, como si el menor movimiento fuese a agudizar su sufrimiento, hasta que vio que el día empezaba a clarear y oyó que los pájaros se

despertaban. Tenía las piernas entumecidas. Se levantó, fue hasta el teléfono y volvió a comprobar el tono de marcar. Caminó con dificultad hacia la cocina, puso agua a calentar y se dijo las palabras «una parálisis de dolor».

«Una parálisis de dolor.» ¿En qué estaba pensando? Eso era lo que ella sentiría, cómo podría describir la manera en que se sentiría, si uno de sus hijos hubiera muerto. El dolor es para las cosas serias, para las pérdidas importantes. Ella lo sabía. No habría malvendido una hora de la vida de sus hijos para conseguir la llamada telefónica a las diez de la noche anterior, para haber escuchado decir a Maya: «Georgia, está desesperado. Lo siente. Te quiere mucho».

No. Pero parecía que dicha llamada telefónica le habría dado una felicidad que ninguna mirada ni palabra de sus hijos podían darle. Que nada podría darle, nunca más.

Telefoneó a Maya antes de las nueve. Mientras marcaba, pensó que podía haber aún alguna excusa, y rogó por ella. Que el teléfono de Maya hubiera estado temporalmente estropeado. Que Maya se hubiera puesto enferma aquella noche. Que Raymond hubiese tenido un accidente de coche a su vuelta del hospital.

Todas estas posibilidades desaparecieron al primer sonido de la voz de Maya, que era somnoliento (¿que hacía ver que era somnoliento?) y suave, lleno de engaño.

—¿Georgia? ¿Eres Georgia? Oh, pensaba que era Raymond. Se tuvo que quedar en el hospital por si aquella pobre mujer necesitaba una cesárea. Me iba a llamar...

—Anoche me dijiste... —dijo Georgia.

—Me iba a llamar... ¡Oh, Georgia, tenía que haberte llamado! Ahora me acuerdo. Sí. Tenía que haberte llamado, pero pensé que probablemente fuese demasiado tarde. Pensé que el teléfono podría despertar a los niños. Pensé que era mejor dejarlo para hoy.

—¿Qué hora era?

—No era terriblemente tarde. Solo lo pensé.

—¿Qué sucedió?

—¿Qué quieres decir con «qué sucedió»?

—preguntó Maya riendo, como una dama en

una obra de teatro ridícula—. Georgia, ¿estás nerviosa?

—¿Qué sucedió?

—Oh, Georgia —dijo Maya quejándose magnánimamente, pero mostrando cierto nerviosismo—. Georgia, lo siento. No fue nada. No fue absolutamente nada. He sido despreciable, pero no quería serlo. Le invité a una cerveza. ¿No es eso lo que se hace cuando alguien llega a tu casa en motocicleta? Se le invita a una cerveza. Pero entonces él empezó muy arrogante y dijo que solo bebía whisky escocés. Y dijo que solo bebería whisky si yo le acompañaba. Pensé que era bastante despótico. Que tenía una actitud muy despótica. Pero yo lo hice realmente por ti,

Georgia..., yo quería saber lo que tenía en la cabeza. De modo que le pedí que pusiera la motocicleta detrás del garaje y le invité a sentarse en el jardín de atrás. Era por si oía llegar el coche de Raymond, para que pudiese salir por la parte de atrás y que se fuera andando por el camino con la motocicleta. No voy a descargarle nada «nuevo» a Raymond llegados a este punto. Quiero decir ni siquiera algo inocente, que es como esto empezó.

Georgia, con los dientes castañeteándole, colgó el teléfono. Nunca volvió a hablar con Maya. Maya apareció en su puerta, desde luego, un momento después, y Georgia tuvo que dejarla entrar porque los niños estaban jugando en el jardín. Maya se sentó

contritamente a la mesa de la cocina y preguntó si podía fumar. Georgia no le respondió. Maya dijo que fumaría de todos modos y que esperaba que no le molestara. Georgia hizo como si Maya no estuviese allí. Mientras Maya fumaba, Georgia limpió la cocina, desmontó las piezas y volvió a montarlas. Limpió las encimeras, sacó brillo a los grifos y arregló el cajón de los cubiertos. Fregó el suelo alrededor de los pies de Maya. Trabajaba con energía, concienzudamente, y no miró a Maya. Al principio no estaba segura de poder mantener aquello. Pero se le hizo cada vez más fácil. Cuanto más seria se ponía Maya, cuanto más se apartaba de la protesta prudente, de la confesión medio divertida,

para acercarse a un sentimiento de pesar sincero y temeroso, más determinada estaba Georgia en su propósito, más encarnizadamente satisfecha en su corazón. Tuvo buen cuidado, no obstante, de no parecer ceñuda. Se movía con ligereza. Casi canturreaba.

Cogió un cuchillo para rascar la grasa que había entre las baldosas cercanas a la cocina. Había dejado que las cosas fuesen por mal camino.

Maya fumó un cigarrillo detrás de otro y los apagaba en un platillo que ella misma había ido a buscar al armario. Dijo:

—Georgia, esto es una tontería. Te lo aseguro, él no lo vale. No era nada. Todo fue



whisky y oportunidad.

Dijo:

—Lo siento de veras. De verdad. Sé que no me crees. ¿Qué puedo decirte para que me creas?

Y:

—Georgia, escúchame. Me estás humillando. Bien. Bien. Quizá me lo merezca. Me lo merezco. Pero después de que me hayas humillado lo suficiente volveremos a ser amigas y nos reiremos de esto. Cuando seamos unas damas viejas, te juro que nos reiremos. No podremos acordarnos de cómo se llama. Le llamaremos el jeque de la motocicleta. Seguro.

Luego:

—Georgia, ¿qué quieres que haga? ¿Quieres que me arroje al suelo? Estoy a punto de hacerlo. Estoy intentando no llorar y no puedo. Estoy llorando, Georgia. ¿De acuerdo?

Había empezado a llorar. Georgia se puso los guantes de goma y empezó a limpiar el horno.

—Tú ganas —dijo Maya—. Cogeré mis cigarrillos y me iré a casa.

Telefoneó unas cuantas veces. Georgia le colgó. Miles telefoneó, y Georgia también le colgó. Le pareció que sonaba cauteloso pero pagado de sí mismo. Volvió a llamar y su voz temblaba, como si estuviese luchando solo por candor y humildad, puro amor. Georgia colgó

de inmediato. Se sintió violada, inquieta.

Maya le escribió una carta que decía, en parte: «Supongo que sabes que Miles vuelve a Seattle y a cualquiera que fuese el fuego del hogar que aún mantenga vivo. Parece que la cosa del tesoro ha fracasado. Pero sabías que en algún momento él tendría que marcharse y te habrías sentido fatal entonces, así que ahora ya habrás acabado con ese sentimiento. De manera que, ¿no está bien ya? No lo digo para excusarme. Sé que fui débil y horrible. Pero ¿no podríamos dejarlo atrás ahora?».

Seguía diciendo que ella y Raymond se iban a tomar unas vacaciones, largo tiempo proyectadas, a Grecia y Turquía, y que esperaba recibir una nota de Georgia antes de

irse. Pero que si no la recibía intentaría comprender lo que Georgia le estaba diciendo y que no se convertiría en una pesada escribiéndole de nuevo.

Mantuvo su palabra. No volvió a escribir. Envío, desde Turquía, un bonito trozo de tela a rayas lo suficientemente grande para hacer un mantel. Georgia lo dobló y lo guardó. Lo dejó para que Ben se lo encontrara después de que ella se mudase, unos cuantos meses más tarde.

—Soy feliz —le dice Raymond a Georgia—. Soy muy feliz y el motivo es que estoy contento de ser una persona corriente con una vida tranquila y corriente. No busco una

revelación ni un drama extraordinario, ni un mesías del sexo opuesto. No voy por ahí pensando en cómo hacer las cosas más interesantes. Te lo puedo decir francamente, creo que Maya cometió un error. No quiero decir que no estuviese muy dotada y que no fuese muy inteligente y creativa y todo eso, pero estaba buscando algo..., quizá estaba buscando algo que simplemente no está ahí. Y tenía tendencia a despreciar lo que poseía. Es cierto. No deseaba los privilegios que poseía. Viajábamos, por ejemplo, y no quería estar en un hotel confortable. No. Tenía que hacer un viaje largo que implicase ir subido en pobres y míseros burros y beber leche agria para desayunar. Supongo que parezco muy

anticuado. Bueno, supongo que lo soy. Soy anticuado. ¿Sabes? Tenía una plata tan bonita. Una plata magnífica. Su familia la había ido heredando. Y no se molestaba en limpiarla ni en que la mujer de la limpieza lo hiciera. La envolvió en plástico y la guardó. La guardó... como si fuera una deshonra. ¿Cómo crees que se imaginaba a sí misma? ¿Como una especie de hippie, quizá? ¿Como una especie de espíritu libre? Ni siquiera se daba cuenta de que era su dinero lo que la mantenía a flote. Te lo digo de veras, algunos de los espíritus libres que he visto entrar y salir de esta casa no hubieran permanecido mucho tiempo a su alrededor si no hubiese existido el dinero.

»Hice todo lo que pude —dijo Raymond—.

Yo no me escabullí y la dejé, como su príncipe del país de la fantasía.

Georgia obtuvo un vengativo placer al romper con Maya. Estaba encantada con la manera controlada en que lo había hecho. Haciéndose la sorda. Le sorprendió verse capaz de un control tal, de un castigo tan extremadamente cuidadoso. Castigó a Maya. Castigó a Miles, a través de Maya, todo lo que pudo. Lo que tenía que hacer, y ella lo sabía, era restregarse hasta el fondo, arrancarse toda adicción a los dones de aquellos dos prodigios descoloridos. Miles y Maya. Los dos escurridizos, brillantes..., mentirosos, seductores, maquinadores. Pero uno habría pensado que,

después de tanta mortificación, ella habría corrido de nuevo hacia su matrimonio, habría cerrado las puertas con llave y habría apreciado lo que tenía como no lo había hecho antes.

No fue lo que sucedió. Rompió con Ben. Al cabo de un año, se había marchado. Su modo de romper fue penoso y cruel. Le contó lo de Miles, aunque salvó su orgullo dejando fuera la parte entre Miles y Maya. No se preocupó —apenas tenía ganas— de evitar la dureza. La noche en que esperaba que Maya le telefonease, algún espíritu amargo y frívolo entró en ella. Se vio como una persona rodeada de fraude y viviendo del fraude. Por haber sido infiel tan fácilmente, su matrimonio



era un fraude. Por haber llegado tan lejos tan rápidamente, era un fraude. Temía entonces una vida como la de Maya. Y temía igualmente una vida como la suya propia antes de que aquello sucediera. No podía hacer otra cosa que destruir. Una energía fría iba creciendo en ella, tenía que echar abajo su casa.

Con Ben había entrado, cuando los dos eran muy jóvenes, en un mundo de ceremonia, de seguridad, de gestos, de disimulo. Apariencias ingenuas. Más que apariencias. Tretas ingenuas. (Cuando se fue pensó que nunca más utilizaría tretas.) Había sido feliz allí, de vez en cuando. Había estado triste, inquieta, desconcertada y feliz. Pero

dijo con mucha vehemencia: nunca, nunca. «Nunca fui feliz», dijo.

La gente siempre lo dice. La gente hace cambios trascendentales, pero no los cambios que se imagina.

Es igual, Georgia sabe que no es sincero su remordimiento por la manera en que cambió de vida. Es real y deshonesto. Al escuchar a Raymond sabe que, hiciera lo que hiciese, tendría que volver a hacerlo. Tendría que volver a hacerlo, en el supuesto de que tuviera que ser la persona que era.

Raymond no quiere que Georgia se vaya. No quiere separarse de ella. Se ofrece a llevarla en coche al centro. Cuando se haya

ido, no podrá hablar de Maya. Probablemente Anne le ha dicho que no quiere oír nada más acerca de Maya.

—Gracias por venir —le dice en el umbral—. ¿Estás segura de que no quieres que te lleve? ¿Estás segura de que no puedes quedarte a cenar?

Georgia le recuerda de nuevo lo del autobús, lo del último transbordador. Le dice que no, que no, que realmente tiene ganas de caminar. Solo está a unos tres kilómetros. La caída de la tarde es muy bonita, Victoria es muy bonita. «Lo había olvidado», dice ella.

Raymond le dice una vez más:

—Gracias por venir.

—Gracias por los tragos —le dice Georgia

—. Gracias también. Supongo que nunca nos creemos que vayamos a morirnos.

—Ya, ya —dice Raymond.

—No. Quiero decir que nunca nos comportamos..., que nunca nos comportamos como si creyésemos que vamos a morirnos.

Raymond sonrío cada vez más y le pone una mano en el hombro.

—¿Cómo deberíamos comportarnos? —le pregunta.

—De otro modo —le responde Georgia, poniendo un énfasis absurdo en las palabras, queriendo decir que su respuesta es tan poco convincente que solo puede ofrecerla como una broma.

Raymond la abraza, y luego la implica en

un largo y frío beso. Se pega a ella con un apetito que es fuerte pero poco convincente. Una parodia de pasión cuya intención ninguno de ellos, seguramente, intentará entender.

No piensa en ello mientras vuelve caminando a la ciudad, por las calles llenas de hojas amarillas, con sus olores y sus silencios de otoño. Más allá de Clever Point, los acantilados coronados de retama, las montañas al otro lado del agua. Las montañas de la península Olimpyc, reunidas como un telón de fondo chillón, un recortable de papel de seda de color arco iris. No piensa en Raymond, ni en Miles, ni en Maya, ni siquiera en Ben.

Piensa en sentarse en el almacén por las

tardes. En la luz de la calle, en los complicados reflejos en las ventanas. En la claridad accidental.

# El día de la peluca

Cuando su madre estaba muriéndose en el hospital de Walley, Anita volvió a casa para cuidar de ella, aunque ya no trabajaba como enfermera. Un día la paró por el pasillo una mujer baja, de hombros y caderas anchos, con el pelo corto y canoso.

—Me he enterado de que estabas aquí, Anita —dijo aquella mujer con una risa que parecía agresiva y desconcertada a la vez—. ¡No te quedes tan pasmada!

Era Margot, a quien Anita no había visto durante más de treinta años.

—Quiero que vengas a mi casa —dijo

Margot—. Date un respiro. Ven pronto.

Anita se tomó un día libre y fue a verla. Margot y su esposo habían construido una casa nueva que daba al puerto, en un lugar donde antes no había más que matorrales bajos y senderos secretos de niños. Estaba hecha de ladrillo gris y era larga y baja. Pero lo suficientemente alta, sugirió Anita, lo suficientemente alta para fastidiar la excelente panorámica de las bonitas casas de más de cien años que hay al otro lado de la calle.

—Cretinos —dijo Margot—. Presentaron una demanda contra nosotros. Fueron al Comité.

Pero el marido de Margot ya había inclinado al Comité a su favor.



Al marido de Margot le había ido bien. Anita ya se había enterado. Poseía una flota de autobuses que llevaba a los niños a la escuela y a las personas mayores a ver las flores en Niágara y las hojas de otoño en Haliburton. A veces llevaban clubes de solteros y personas que estaban de vacaciones en viajes más aventureros: a Nashville o a Las Vegas.

Margot le fue enseñando la casa. La cocina estaba hecha en color almendra —Anita se equivocó al llamarlo crema—, con un ribete azul verdoso y amarillo pálido. Margot dijo que todo aquel aire natural de la madera era anticuado. No entraron en la sala de estar, con su alfombra rosa, sus sillas de seda a rayas y

metros y metros de cortinas color verde pálido, con mucha caída, y decoradas con figuras. La admiraron desde el umbral, exquisita, oscura, intacta. La habitación principal y su baño estaban decorados en blanco y oro y rojo amapola. Había un jacuzzi y un sauna.

—A mí me habría gustado algo menos brillante —dijo Margot—. Pero no se puede pedir a un hombre que duerma con colores pasteles.

Anita le preguntó si había pensado alguna vez en trabajar.

Margot echó hacia atrás la cabeza y dio un bufido entre risas.

—¿Bromeas? De todos modos tengo un

trabajo. Espera a ver los gigantes que tengo que alimentar. Además, esta casa no funciona exactamente con un motor mágico.

Sacó una jarra de sangría de la nevera y la puso sobre una bandeja, con dos vasos a juego.

—¿Te gusta esto? Estupendo. Nos sentaremos y beberemos fuera.

Margot llevaba unos pantalones cortos de flores verdes y una camiseta a juego. Tenía las piernas gruesas y desfiguradas con venas hinchadas, la carne de la parte superior de sus brazos estaba abultada, su piel era morena, manchada de lunares, curtida por tanto sol.

—¿Cómo es que estás delgada todavía? — le preguntó divertida. Dio un capirotazo al

pelo de Anita—. ¿Cómo es que no tienes canas? ¿Con ayuda química? Estás muy guapa.

Lo dice sin envidia, como si hablase con alguien más joven que ella, todavía no probada, e inexperta.

Parecía que todo su cuidado, toda su vanidad, fuese a parar a la casa.

Margot y Anita crecieron en granjas de Ashfield Township. Anita vivía en una especie de cobertizo, expuesto a las corrientes de aire, de una casa de ladrillo en la que no se había empapelado ni puesto linóleo nuevo en veinte años; pero en el salón había una estufa que se podía encender, y ella se sentaba allí en paz y

tranquilidad para hacer sus deberes. Margot a menudo hacía sus deberes sentada en la cama que tenía que compartir con dos hermanas menores. Anita raramente iba a casa de Margot, por lo llena que estaba, por la confusión que había y por el terrible genio del padre de Margot. Una vez fue allí cuando estaban preparando patos para llevar al mercado. Había plumas flotando por todas partes. Había plumas en la jarra de la leche y un horrible olor a plumas quemándose en la estufa. La sangre estaba encharcada en el hule de la mesa y goteaba sobre el suelo.

Margot raramente iba a casa de Anita, porque, sin decirlo exactamente, la madre de Anita desaprobaba la amistad. Cuando la

madre de Anita miraba a Margot, parecía estar sumándolo todo: la sangre y las plumas, el tubo de la estufa que pasaba por todo el techo de la cocina, el padre de Margot diciendo a gritos que iba a zurrar a alguien en el culo.

Pero ellas se encontraban cada mañana, luchando con la cabeza baja contra la nieve que soplaba del lago Huron, o caminando todo lo aprisa que podían antes del amanecer a través de un mundo de campos blancos, pantanos helados, cielo rosa, estrellas evanescentes y un frío horroroso. Más allá del hielo del lago podían ver una cinta de agua abierta, de color azul oscuro o azul verdoso, según la luz. Apretados contra el pecho llevaban las libretas, los libros de texto, los

deberes. Llevaban las faldas, las blusas y los jerséis que habían sido adquiridos con dificultad —en el caso de Margot había habido subterfugios y golpes— y que se mantenían decentes a base de mucho esfuerzo. Llevaban el escudo de la escuela de segunda enseñanza de Walley, a la que se dirigían, y se saludaban con alivio. Se habían levantado en habitaciones oscuras y frías, con las ventanas blancas de escarcha, y se habían puesto la ropa interior debajo de los camiones, mientras en la cocina se oían los golpes de las tapas de las estufas, se cerraban los reguladores del tiro y las hermanas iban corriendo a vestirse abajo. Margot y su madre se turnaban para salir al establo a ordeñar las

vacas y bajar el heno con la horca. El padre les hacía trabajar mucho a todas y Margot decía que pensarían que estaba enfermo si no azotaba a alguien antes del desayuno. Anita podía considerarse afortunada por tener hermanos que hacían el trabajo del establo y un padre que por lo general no pegaba a nadie. Pero con todo, ella sentía, esas mañanas, como si hubiera emergido de aguas oscuras y profundas.

—Piensa en el café —se decían la una a la otra, luchando por llegar a la tienda de la carretera, un refugio destartalado. Té fuerte, una infusión oscura al estilo campesino, era lo que bebían en sus casas.

Teresa Gault abría la tienda antes de las



ocho para dejarlas entrar. Apretadas contra la puerta, veían encenderse los fluorescentes, chorros azules que salían de los extremos de los tubos, que vacilaban, casi se apagaban y luego resplandecían en blanco. Teresa llegaba sonriendo como una azafata, dando un rodeo a la caja registradora, con una bata acolchada de satén de un rojo cereza que se apretaba al cuello, como si eso pudiera protegerla del viento helado cuando abriese la puerta. Sus cejas eran alas negras hechas con un lápiz, y utilizaba otro lápiz —uno rojo— para perfilar la boca. El arco de su labio superior parecía recortado con tijeras.

Qué alivio, qué gusto daba entonces entrar, ir hacia la luz, oler la estufa de petróleo, poner

los libros sobre el mostrador, sacar las manos de los guantes y quitarse el dolor frotándose los dedos. Después se inclinaban hacia adelante y se frotaban las piernas, el palmo aproximadamente que llevaban desnudo y que estaba entumecido y en peligro de congelación. No llevaban medias, porque no estaba de moda. Llevaban calcetines a la altura del tobillo dentro de las botas (los zapatos de cordones los dejaban en la escuela). Las faldas eran largas —era el invierno de 1948-1949—, pero quedaba todavía un trozo crucial de pierna sin proteger. Algunas chicas del campo llevaban medias debajo de los calcetines. Algunas incluso llevaban pantalones de esquiar que se

abultaban debajo de las faldas. Margot y Anita no lo harían nunca. Se arriesgarían a congelarse antes que exponerse a que se rieran de ellas por unos artilugios tan rústicos.

Teresa les llevaba tazas de café, de café negro y caliente, muy dulce y muy fuerte. Se maravillaba de la valentía de ambas. Les tocaba las mejillas o las manos con un dedo, daba un pequeño grito y le entraba un escalofrío.

—¡Como el hielo! ¡Como el hielo!

Para ella era increíble que alguien pudiera salir al exterior en el invierno canadiense, y mucho menos caminar un kilómetro y medio. Lo que ellas hacían cada día para ir a la escuela las hacía heroicas y singulares a sus

ojos, y algo extravagantes.

Especialmente porque eran chicas. Quería saber si aquel frío interfería en sus períodos.

—¿No congelará los huevos? —fue lo que dijo realmente.

Margot y Anita se lo imaginaban y después insistían en prevenirse la una a la otra de que no se les congelaran los huevos. Teresa no era vulgar..., solo era extranjera. Reuel la había conocido y se había casado con ella en el extranjero, en Alsacia-Lorena, y después de que volviera a casa ella le siguió en el barco con todas las demás esposas de guerra. Era Reuel quien conducía el autobús de la escuela aquel año en que Margot y Anita tenían diecisiete y estaban en el duodécimo curso. Su

recorrido comenzaba allí, en la tienda y en la gasolinera que los Gaults habían comprado en la carretera de Kincardine, a la vista del lago.

Teresa les hablaba de sus dos abortos. El primero se produjo en Walley, antes de que se trasladasen allí y antes de tener coche. Reuel la cogió rápidamente en brazos y la llevó al hospital. (Pensar que Reuel la llevara en brazos causaba una conmoción tan agradable en el cuerpo de Anita que para experimentarla estaba casi dispuesta a aguantar la agonía que Teresa decía haber sufrido.) La segunda vez sucedió allí en la tienda. Reuel, que estaba trabajando en el garaje, no podía oír sus débiles gritos, tirada en el suelo sobre la sangre. Un cliente entró y la encontró.

«Gracias a Dios», dijo Teresa, por Reuel más que por sí misma. Reuel nunca se lo habría perdonado. Sus párpados aleteaban y bajaba devotamente la mirada cuando se refería a Reuel y a su vida íntima juntos.

Mientras Teresa hablaba, Reuel entraba y salía de la tienda. Salía y ponía en marcha el motor, luego dejaba que se calentase el autobús y volvía a entrar en la vivienda, sin dar señales de reparar en ninguna de ellas, y sin ni siquiera responder a Teresa, que se interrumpía para preguntarle si había olvidado los cigarrillos, o si quería más café, o que quizá debería coger unos guantes más gruesos. Se sacudía la nieve de las botas de una manera que era más un anuncio de su

presencia que una muestra de preocupación por los suelos. Su cuerpo alto, al dar zancadas, formaba un abanico de aire frío detrás de él y el faldón de su abrigo de piel con capucha generalmente conseguía tirar algo al suelo: cajas de golosinas o latas de maíz colocadas de manera caprichosa por Teresa. No se volvía para mirar.

Teresa decía que tenía veintiocho años, la misma edad que Reuel. Todo el mundo creía que era mayor, que tenía hasta diez años más. Margot y Anita la examinaron de cerca y decidieron que parecía quemada. Algo en su piel, especialmente en la raya del cabello y alrededor de la boca y de los ojos, hacía pensar en un pastel que se había dejado en el

horno demasiado tiempo, de modo que no estaba chamuscado, sino marrón oscuro alrededor de los bordes. Tenía el pelo fino, como si estuviera afectado por la misma sequedad o fiebre, y era demasiado negro..., ellas estaban seguras de que era teñido. Era baja y de huesos pequeños, con unas muñecas y unos pies diminutos, pero su cuerpo parecía abombado por debajo de la cintura, como si nunca se hubiera recuperado de aquellos breves y calamitosos embarazos. Su olor era como el de algo dulce cociéndose: mermelada aromática.

Preguntaba cualquier cosa, del mismo modo que contaba cualquier cosa. Preguntó a Margot y a Anita si ya salían con chicos.



—Oh, ¿por qué no? ¿No os dejan vuestros padres? Yo atraía a los chicos cuando tenía catorce años, pero mi padre no me dejaba. Llegaban y silbaban debajo de mi ventana y él los ahuyentaba. Deberíais depilaros las cejas. Las dos. Eso os haría estar más guapas. A los chicos les gusta una chica cuando se arregla. Eso es algo que yo nunca olvido. Cuando estaba en el barco cruzando el océano Atlántico con las demás esposas, me pasé todo el tiempo preparándome para mi esposo. Algunas de aquellas mujeres solo se sentaban y jugaban a las cartas. ¡Yo no! Yo me lavaba el pelo, me ponía un aceite de belleza para suavizar la piel y frotaba y frotaba con una piedra para hacer desaparecer las zonas

ásperas de mis pies. Me he olvidado de cómo las llamáis..., las zonas ásperas de la piel de los pies... Y me pintaba las uñas, me depilaba las cejas ¡y me arreglaba como si fuera un premio! Para cuando mi esposo se encontrara conmigo en Halifax. Mientras, todas aquellas se sentaban, jugaban a las cartas y explicaban chismes, se contaban chismes las unas de las otras.

Ellas habían oído una historia distinta del segundo aborto de Teresa. Habían oído que sucedió porque Reuel le dijo que estaba harto de ella y que quería que volviera a Europa, y en su desesperación ella se había arrojado contra una mesa y había perdido al niño.

Reuel se detenía en carreteras secundarias y en las puertas de las granjas para recoger a los estudiantes que estaban esperándolo, golpeando el suelo con los pies para mantenerse calientes o peleándose en los bancos de nieve. Margot y Anita eran las únicas chicas de su edad que iban aquel año en el autobús. La mayoría eran chicos de los cursos noveno y décimo. Podían haber sido difíciles de manejar, pero Reuel los dominaba incluso mientras subían los escalones.

—Ya basta. Rápido. Arriba, si tenéis que subir.

Y si comenzaba alguna riña en el autobús, cualquier griterío, arrebatina o pelea, o incluso cualquier movimiento de asiento a asiento o

demasiadas risas y charlas en voz alta, Reuelles llamaba la atención: «¡Portaos bien si no queréis caminar! ¡Sí, el de ahí..., tú!».

Una vez hizo bajar a un chico por fumar, a kilómetros de distancia de Walley. El propio Reuel fumaba todo el rato. Tenía una tapa de bote de mayonesa en el tablero de instrumentos como cenicero. Nadie le desafiaba, nunca, por nada de lo que hiciese. Su genio era bien conocido. Se creía que, por naturaleza, tenía que ver con su pelo rojo.

La gente decía que era pelirrojo, pero Margot y Anita observaron que solo su bigote y el pelo de encima de sus orejas era rojo. El resto, el cabello que le disminuía en las sienes, pero que era grueso y ondulado en el resto,

especialmente en la parte posterior, que era la zona que ellas veían más a menudo..., el resto era de un color tostado parecido a la piel de un zorro que una mañana vieron cruzar la carretera blanca. Y el pelo de sus espesas cejas, el vello de sus brazos y del dorso de su mano, era todavía más descolorido, aunque brillaba con cualquier luz. ¿Cómo había conservado su fuego el bigote? Ellas hablaban de eso. Discutían con detalle, fríamente, todo lo relacionado con su persona. ¿Era guapo o no lo era? Tenía la piel arrebolada y manchada de los pelirrojos, una frente alta y brillante, ojos de color claro que parecían feroces pero indiferentes. Decidieron que no era guapo. En realidad, tenía un aspecto

peculiar.

Pero cuando Anita estaba cerca de él tenía una sensación de controlada desesperación por toda la superficie de la piel. Era algo parecido al comienzo lejano de un estornudo. Esa sensación era mucho peor cuando tenía que bajarse del autobús y él estaba de pie junto al escalón. El nerviosismo le pasaba rápidamente de adelante a atrás al pasar junto a él. Nunca habló de esto con Margot, cuyo desprecio por los hombres le parecía más firme que el suyo propio. La madre de Margot temía tanto que el padre le hiciera el amor como los niños temían sus bofetadas y patadas, y una vez durmió toda la noche en el granero, con el cerrojo echado, para evitarlo. Margot llamaba

«tener plan» a hacer el amor. Hablaba en términos despectivos del «plan» de Teresa con Reuel. Pero a Anita se le había ocurrido que aquel desprecio de Margot, su hosquedad y desdén, podían ser algo que los hombres encontrasen atractivo. Margot podía ser atractiva de una manera que ella no lo era. Nada tenía que ver con la belleza. Anita pensaba que ella era más bonita, aunque estaba claro que Teresa no daría muchos puntos a ninguna de las dos. Tenía que ver con una languidez descarada que Margot mostraba a veces al moverse, con la seria anchura de sus caderas, la curva de su vientre, ya de mujer, y una mirada que le pasaba por los grandes ojos castaños; una mirada

desafiante e indefensa a la vez, que no casaba con nada de lo que Anita le había oído decir.

Cuando llegaban a Walley, el día había comenzado. Ya no se veía ninguna estrella, ni un rastro de rosa en el cielo. La ciudad, con sus edificios, calles y rutinas interponiéndose, se levantaba como una barricada contra el mundo tempestuoso o todavía helado en el que se habían despertado. Por supuesto, sus casas eran también barricadas, y también lo era la tienda, pero estas no eran nada comparadas con la ciudad. En cuanto se adentraban una manzana en la ciudad, era como si el campo no existiese. Los grandes montones de nieve en las carreteras y el viento que se precipitaba y aullaba a través de los



árboles, eso no existía. En la ciudad una tenía que comportarse como si siempre hubiera estado en ella. Los estudiantes de la ciudad, que en ese momento atestaban las calles de los alrededores de la escuela de segunda enseñanza, llevaban vidas de privilegio y comodidad. Se levantaban a las ocho en casas con dormitorios y cuartos de baño con calefacción. (Ese no era siempre el caso, pero Margot y Anita así lo creían.) Tenían tendencia a no saber tu nombre, pero esperaban que tú supieras el suyo, y tú lo sabías.

La escuela era como una fortaleza, con sus ventanas estrechas y sus defensas decorativas de ladrillo rojo oscuro, con su largo tramo de

escalera y sus puertas amedrentadoras, y las palabras latinas escritas en piedra: *Scientia Atque Probitas*. Cuando cruzaban aquellas puertas, aproximadamente a las nueve menos cuarto, habían hecho todo el camino desde casa, y la casa y todas las etapas del viaje parecían inverosímiles. Los efectos del café se habían disipado. Las sorprendían nerviosos bostezos bajo las duras luces del salón de actos. Por delante se extendían las exigencias del día: latín, inglés, geometría, química, historia, francés, geografía, gimnasia. Los timbres sonaban diez minutos antes de la hora, lo que las libraba brevemente. Hacia arriba, hacia abajo, agarrando libros y tinteros, hacían su angustiado camino, bajo las luces colgantes

y las fotografías de la realeza y de educadores muertos. Los paneles de madera, barnizados cada verano, tenían el mismo brillo despiadado que las gafas del director. La humillación era inminente. Les dolía el estómago y les amenazaba con gruñir según avanzaba la mañana. Temían el sudor bajo los brazos y la sangre en las faldas. Temblaban cuando iban a las clases de inglés o de geometría, no porque fuesen mal en esas clases —el hecho es que iban bastante bien en casi todo—, sino por el peligro de que se les pidiera que se levantaran y leyeran algo, recitasen un poema de memoria o escribieran la solución de un problema en la pizarra, delante de la clase. «Delante de la clase...»,

esas eran unas palabras espantosas para ellas.

Luego, tres veces por semana, tenían gimnasia; un problema especial para Margot, que no había podido conseguir de su padre el dinero para comprarse un equipo. Tenía que decir que se lo había dejado en casa, o pedir uno prestado a alguna chica que hubiera sido excusada. Pero cuando conseguía ponerse uno era capaz de desentumecerse y correr por el gimnasio, pasándoselo bien, gritando para que le pasaran la pelota de baloncesto, mientras que Anita se ponía rígida a causa de la timidez y dejaba que la pelota le diera en la cabeza.

Había momentos mejores. A mediodía iban caminando hasta el centro y miraban los escaparates de un precioso almacén

alfombrado que solo vendía trajes de novia y de noche. Anita planeaba una boda en primavera, con damas de honor vestidas de seda rosa y verde y sobrefaldas de organza blanca. La boda de Margot iba a celebrarse en otoño, con las damas de honor vestidas de terciopelo color melocotón. En Woolworth's miraban los lápices de labios y los pendientes. Entraban corriendo en la perfumería y se rociaban con colonia de muestra. Si tenían algún dinero para comprar algo que necesitaran sus madres, se gastaban parte del cambio en colas de cereza o arropía. Nunca podían ser profundamente infelices, porque estaban seguras de que algo notable iba a sucederles. Llegarían a ser heroínas;

seguramente, alguna clase de amor y poder las estaba esperando.

Teresa, cuando volvían, las recibía con café, o con chocolate caliente y nata. Buscaba en un paquete de galletas de la tienda y les daba bollos de malvavisco espolvoreados de coco coloreado. Les echaba una ojeada a los libros y les preguntaba qué deberes tenían. Mencionaran lo que mencionasen, ella también lo había estudiado. En todas las clases había sido una estrella.

—Inglés... ¡Unas notas excelentes en inglés! Pero yo no sabía entonces que me enamoraría y que vendría a Canadá. ¡Canadá! ¡Yo creo que solo los osos polares viven en Canadá!

Reuel no entraba. Estaba con el autobús o con algo del garaje. Su humor era normalmente bastante bueno cuando subían al autobús. «¡Arriba todo el mundo! —gritaba—. ¡Abróchense los cinturones! ¡Ajústense las máscaras de oxígeno! ¡Recen sus oraciones! ¡Nos dirigimos hacia la carretera!» Luego canturreaba en medio del ruido del autobús, mientras se alejaban de la ciudad. Más cerca de casa su buen humor desaparecía y recuperaba el de por la mañana, con su frialdad y desprecio no explícito. Era posible que dijera «Ya hemos llegado, señoritas..., el final de un día perfecto» mientras bajaban del autobús. O podía no decir palabra. Pero, dentro, Teresa tenía mucha cháchara.

Aquellos días de escuela de los que hablaba llevaban a aventuras de la época de guerra: un soldado alemán escondido en el jardín, a quien ella le había llevado un poco de sopa de col; luego los primeros estadounidenses que vio, estadounidenses negros, que llegaban en tanques y creaban una impresión absurda y maravillosa de que los tanques y los hombres estaban unidos de alguna manera. Luego de su vestido de novia de la época de la guerra, hecho con un mantel de encaje de su madre. Rosas rosas prendidas de su pelo. Desgraciadamente, el vestido había sido convertido en trapos para utilizar en el garaje. ¿Cómo podía saberlo Reuel?

A veces Teresa estaba muy metida en



conversar con un cliente. Entonces no había invitación ni bebidas calientes; todo lo que recibían era un ademán con la mano, como si estuviese pasando por delante de ellas en un carruaje de ceremonia. Escuchaban trozos de las mismas historias. La del soldado alemán, la de los negros estadounidenses, la de otro alemán a quien destrozó una bomba y cuya pierna, dentro de la bota, acabó en la puerta de la iglesia, donde se quedó, y todo el mundo pasaba por allí para verla. Las novias del barco. El asombro de Teresa por el mucho tiempo que llevaba llegar desde Halifax hasta allí en tren. Los abortos.

La oyeron decir que Reuel tenía miedo de tener otro hijo, por ella.

—De modo que ahora siempre utiliza preservativos.

Había gente que decía que ya no entraba en aquella tienda, porque uno nunca sabía qué iba a tener que oír, ni cuándo iba a salir de ella.

Siempre, excepto cuando hacía muy mal tiempo, Margot y Anita se quedaban un rato en el lugar en el que tenían que separarse. Alargaban un poco más el día hablando. Cualquier asunto servía. ¿Estaba mejor el profesor de geografía con o sin bigote? ¿Teresa y Reuel seguían teniendo su plan en realidad, como Teresa daba a entender? Hablaban con tanta facilidad y tan continuamente que parecía que hablaban de

todo. Pero había cosas que no revelaban.

Anita mantenía en secreto dos ambiciones tuyas, que a nadie revelaba. Una de ellas —ser arqueóloga— era demasiado rara, y la otra —ser modelo— demasiado presuntuosa. Margot contaba su ambición, que era ser enfermera. No se necesitaba dinero para serlo —no como para ir a la universidad—, y cuando te graduabas, podías ir a cualquier parte en busca de trabajo. A Nueva York, a Hawai..., podías ir tan lejos como quisieras.

Lo que Margot no explicaba realmente, pensaba Anita, era cómo debía ser en realidad en su casa, con su padre. Según ella, era como una película cómica. Su padre fuera de sí, un cómico desventurado, corriendo en una

persecución vana —de la veloz y burlona Margot—; golpeando puertas y cerrándolas con llave —el granero—, gritándole terribles amenazas y blandiendo por encima de su cabeza cualquier arma que pudiera coger...: una silla, un hacha pequeña o un trozo de leña. Tropezaba con sus propios pies y confundía sus propias acusaciones. Y no importaba lo que hiciera, Margot se reía. Se reía, le despreciaba, se le anticipaba. Nunca, ella nunca vertía ni una lágrima, ni gritaba aterrorizada. No como su madre. Eso decía ella.

Después de graduarse como enfermera, Anita se fue a trabajar a Yukon. Allí conoció a un

médico y se casó con él. Ese debería de haber sido el final de su historia, un final feliz, también, según se consideraban las cosas en Walley. Pero se divorció y se mudó. Volvió a trabajar, ahorró dinero y fue a la Universidad de Columbia Británica, donde estudió antropología. Cuando volvió a casa para cuidar de su madre, acababa de terminar su tesis doctoral. No tenía hijos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora que ya has terminado? —le preguntó Margot.

Las personas que aprobaban el rumbo que había tomado Anita en la vida normalmente le decían eso. A menudo una mujer mayor decía: «¡Bravo por ti!» u «Ojalá hubiera tenido el valor de hacer eso cuando todavía

era lo suficientemente joven para que importase». La aprobación procedía a veces de sectores inverosímiles. No se encontraba en todas partes, por supuesto. La madre de Anita no lo veía así y esa era la causa por la que, durante muchos años, Anita no había vuelto a casa. Incluso en su actual estado de hundimiento y alucinación su madre la había reconocido y había reunido fuerzas para murmurar:

—Vacía.

Anita se inclinó un poco más.

—La «vida» —dijo su madre—. «Vacía.»

Pero otra vez, cuando Anita hubo curado sus llagas, dijo:

—Encantada. Encantada de tener... «una

hija».

Margot no parecía aprobar ni desaprobar. Parecía perpleja, de un modo indolente. Anita empezó a hablarle de las cosas que podría hacer, pero siempre les interrumpían. Los hijos de Margot habían llegado con amigos. Los hijos eran altos, con los cabellos de un rojo variable. Dos de ellos estaban en el instituto y uno había vuelto de la facultad. Había otro incluso mayor, que estaba casado y vivía en el Oeste. Margot era abuela. Sus hijos mantenían con ella conversaciones a gritos sobre el paradero de sus ropas y sobre la comida, cerveza y bebidas sin alcohol que había en casa, y también sobre qué coches iban a salir, adónde y a qué horas. Todos

fueron a bañarse en la piscina junto a la casa y Margot gritó:

—¡Que nadie se atreva a entrar en esa piscina si lleva puesto un bronceador!

Uno de los hijos le respondió:

—Nadie se ha puesto —con una gran demostración de cansancio y de paciencia.

—Bueno, pues alguien se lo puso ayer y se metió con él en la piscina —le respondió Margot—. De modo que supongo que fue alguien que entró sin ser visto y que venía de la playa, ¿eh?

Su hija Debbie llegó a casa de su clase de baile y les mostró el vestido que iba a usar cuando la escuela de danza pusiera en escena un programa en el centro comercial. Ella tenía



que personificar a una libélula. Tenía diez años, era morena de pelo y rechoncha, como Margot.

—Una libélula bastante corpulenta —dijo Margot, recostándose en la hamaca. Su hija no despertaba en ella la energía batalladora que despertaban sus hijos. Debbie probó un sorbo de sangría y Margot le dijo que se fuera.

—Vete a buscar algo para beber en la nevera —le dijo—. Escucha, esta es una visita mía, ¿de acuerdo? ¿Por qué no vas a llamar por teléfono a Rosalie?

Debbie se fue arrastrando una queja automática.

—Me gustaría que no fuese limonada rosa. ¿Por qué haces siempre limonada rosa?

Margot se levantó y cerró las puertas correderas que daban a la cocina.

—Paz —dijo—. Bebe. Dentro de un rato prepararé unos bocadillos.

La primavera en esa parte de Ontario llega de pronto. El hielo se rompe en pedazos que se desprenden y se abren paso a empellones por los ríos y por la orilla del lago; se desliza por debajo de la línea de flotación en el estanque y vuelve verde el agua. La nieve se funde y los ríos se desbordan, y sin que te des cuenta llega un día en el que la gente se abre el abrigo y mete la bufanda y los guantes en los bolsillos. Hay todavía nieve en los bosques

cuando salen los jevenes y aparece el trigo de primavera.

Teresa no prefería la primavera al invierno. El lago era demasiado grande, los campos demasiado anchos y el tráfico iba demasiado deprisa por la carretera. Las mañanas se habían hecho suaves, Margot y Anita no necesitaban el cobijo de la tienda. Estaban cansadas de Teresa. Anita leyó en una revista que el café le quitaba el color a la piel. Hablaban de si los abortos podían causar cambios químicos en el cerebro. Se quedaban fuera de la tienda, preguntándose si deberían entrar, solo por educación. Teresa iba hasta la puerta y las saludaba con la mano, apareciendo de súbito. Ellas le devolvían el

saludo con un ligero movimiento de la mano del modo en que Reuel devolvía el saludo cada mañana..., levantando una mano del volante en el último momento antes de entrar en la carretera.

Una tarde, Reuel estaba cantando en el autobús después de haber dejado a los demás pasajeros.

—Se enteró de que el mundo era redondo-o—cantaba—. Y de que podía encontrar un la-ra-la.

Cantaba una palabra del segundo verso tan bajito que no podían captarla. Lo hacía adrede, para tomarles el pelo. Luego volvió a cantarla, en voz alta y clara para que no hubiera error.

*Se enteró de que el mundo era redondo-o,  
y de que podía encontrar un rabo-o.*

No se miraron la una a la otra ni dijeron palabra hasta que estuvieron caminando carretera abajo. Entonces Margot dijo:

—Vaya un descarado que tiene, cantando esa canción delante de nosotras. Vaya «descarado» —dijo, escupiendo la palabra como si fuera el gusano de una manzana.

Pero al día siguiente, poco antes de que el autobús llegara al final de su recorrido, Margot empezó a canturrear. Invitó a Anita a que se le uniera, dándole golpes en el costado y haciéndole señas con los ojos. Canturrearon la melodía de la canción de Reuel, y luego empezaron a poner palabras en la melodía,

apagando una palabra y cantando claramente la siguiente, hasta que finalmente reunieron el coraje de cantar los dos versos, suave y dulcemente, como si fuera «Jesús me ama».

*Se enteró de que el mundo era redondo-o  
y de que podía encontrar un rabo-o.*

Reuel no dijo una palabra. Ni las miró. Bajó del autobús antes que ellas y no las esperó a la puerta. No obstante, menos de una hora antes, en el camino de la escuela, había estado genial. Uno de los otros conductores había mirado a Margot y a Anita y había dicho: «Vaya carga que llevas», y Reuel le había dicho: «Los ojos al frente, Buster», moviéndose de manera que el otro conductor

no pudiera observar cómo subían al autobús.

A la mañana siguiente, antes de dejar atrás la tienda, les dio una conferencia.

—Supongo que hoy llevaré en mi autobús a un par de damas, no como ayer. Que una chica diga ciertas cosas no es lo mismo que las diga un hombre. Lo mismo ocurre con una mujer que se emborracha. Si una chica se emborracha o dice marranadas, uno enseguida sabe que tiene problemas. Pensad en esto.

Anita se preguntaba si habían hecho el tonto. ¿Habían ido demasiado lejos? Lo habían hecho enfadar y quizá lo habían disgustado, habían hecho que estuviera harto de ellas, del mismo modo que estaba harto de Teresa. Ella se sentía avergonzada y

arrepentida, y al mismo tiempo pensaba que Reuel no era justo. Le hizo una mueca a Margot para indicárselo, bajando las comisuras de la boca. Pero Margot no se dio por enterada. Iba dando golpecitos con las puntas de los dedos juntas, mirando recatada y cínicamente la parte posterior de la cabeza de Reuel.

Anita se despertó por la noche con un dolor increíble. Al principio pensó que la había despertado alguna calamidad, como un árbol caído sobre la casa, o llamas que subían a través del entablado de madera del suelo. Eso sucedió poco antes del final del curso escolar. Se había encontrado mal la noche anterior,



pero toda la familia se había quejado de lo mismo y le había echado la culpa al olor a pintura y a aguarrás. La madre de Anita estaba pintando el linóleo, como hacía cada año por esas fechas.

Anita había gritado de dolor antes de despertarse totalmente, de modo que todo el mundo se había despertado. Su padre no creía oportuno telefonar al médico antes del amanecer, pero su madre lo llamó de todos modos. El médico dijo que llevasen a Anita a Walley, al hospital. Allí la operó y le quitó un apéndice perforado, que en unas cuantas horas podía haberla matado. Estuvo muy enferma durante algunos días después de la operación y tuvo que quedarse casi tres

semanas en el hospital. Hasta los últimos días no pudo recibir más visitas que las de su madre.

Aquello fue un drama para la familia. El padre de Anita no tenía dinero para pagar la operación y la estancia en el hospital; tendría que vender una cosecha de arces. A su madre se le atribuyó, con razón, el mérito de haber salvado la vida de Anita, y mientras vivió lo mencionó, añadiendo a menudo que lo hizo contraviniendo las órdenes de su marido. (En realidad fue solo en contra de su consejo.) En un frenesí de independencia y amor propio empezó a conducir el coche, algo que no había hecho durante años. Visitaba a Anita cada tarde y le llevaba noticias de casa. Había

acabado de pintar el linóleo con un dibujo en blanco y amarillo hecho con una esponja sobre un fondo verde oscuro. Daba la impresión de ser un prado distante sembrado de florecillas. El supervisor de la leche la había felicitado el día que se quedó a cenar. Un ternero tardío había nacido al otro lado del arroyo y nadie podía imaginarse cómo había llegado la vaca hasta allí. La madre selva del seto estaba en flor, así que le llevó un ramo y requisó un jarrón a las enfermeras. Anita nunca había visto antes su sociabilidad excitada de aquel modo por alguien de la familia.

Anita era feliz, a pesar de la debilidad y del dolor persistente. Se había producido tanta

conmoción para evitar que muriese... Incluso la venta de los arces la había complacido, la había hecho sentirse única y apreciada como un tesoro. La gente era amable y no le pedía nada, y ella tomó posesión de aquella amabilidad y la extendió a todo lo que la rodeaba. Perdonaba a todas las personas en las que podía pensar: al director con sus relucientes gafas, a los chicos del autobús que olían mal, al injusto Reuel y a la charlatana Teresa y a las chicas ricas con jerséis de lana de oveja y a su propia familia y al padre de Margot, que debía de sufrir con su comportamiento violento. No se cansaba de mirar todo el día las delgadas y amarillentas cortinas de la ventana, ni las ramas y el tronco

de un árbol que podía ver. Era un fresno, con severas líneas de aspecto aterciopelado en la corteza y hojas de fino aspecto que estaban perdiendo su fragilidad y su nítido verde primaveral, y que se hacían más gruesas y más oscuras al alcanzar la madurez del verano. Le parecía que todo lo que se hacía o crecía en el mundo merecía felicitaciones.

Luego pensó que aquella disposición de ánimo podía deberse a las pastillas que le daban para el dolor. Pero quizá no totalmente.

La habían puesto en una habitación individual a causa de lo mal que se encontraba. (Su padre dijo a su madre que preguntase cuánto más les costaría aquello, pero su madre no creía que se lo fueran a

cobrar, puesto que ellos no lo habían pedido.) Las enfermeras le llevaban revistas que ella miraba, pero no podía leerlas por estar demasiado deslumbrada y cómodamente distraída. No se daba cuenta de si el tiempo pasaba rápido o despacio, y no le importaba. A veces soñaba o se imaginaba que Reuel la visitaba. Él le demostraba una sombría ternura, una muda pasión. Él la quería pero renunciaba a ella, y le acariciaba el cabello.

Un par de días antes de su regreso a casa, su madre llegó con la cara brillante por el calor del verano, que por entonces caía sobre ellos, y por algún otro acontecimiento. Se quedó al pie de la cama de Anita y dijo:

—Siempre he sabido que tú pensabas que

yo no era justa.

Para entonces Anita sentía que su felicidad tenía fugas. La habían visitado sus hermanos, que dieron golpes contra la cama; su padre, que pareció sorprendido de que ella esperase que le diera un beso, y su tía, que dijo que después de una operación como aquella una persona se ponía siempre gorda. En ese momento el rostro de su madre, la voz de su madre, llegaba empujándola como un puño a través de la niebla.

Su madre hablaba de Margot. Anita lo supo inmediatamente por una contracción de la boca.

—Siempre has pensado que yo no era justa con tu amiga Margot. Nunca fui melindrosa

con esa chica y tú creías que yo no era justa. Sé que lo pensabas. Y ahora sale. Resulta que yo no estaba tan equivocada después de todo. Pude verlo en ella desde que era pequeña. Yo podía ver lo que tú no veías. Que tenía una vena oculta y que estaba obsesionada por el sexo.

Su madre pronunciaba cada frase por separado, en voz alta e imprudente. Anita no la miraba a los ojos. Miraba el pequeño lunar marrón debajo de una ventana de la nariz. Parecía cada vez más repugnante.

Su madre se serenó un poco y dijo que el último día de clase Reuel había llevado a Margot a Kincardine en el autobús de la escuela al final del recorrido. Desde que Anita



se puso enferma habían estado solos en el autobús al principio y al final del recorrido. Todo lo que hicieron en Kincardine, decían ellos, fue comer patatas fritas. ¡Qué descaro! Utilizar un autobús escolar para sus viajesitos y su mala conducta. Volvieron aquella noche, pero Margot no fue a casa. No había vuelto a casa todavía. Su padre había ido a la tienda y había golpeado los surtidores de gasolina y los había roto, esparciendo cristales hasta la carretera. Telefonó a la policía por lo de Margot, y Reuel les telefoneó por lo de los surtidores de gasolina. La policía era amiga de Reuel y en ese momento el padre de Margot se veía obligado a mantener la paz. Margot seguía en la tienda, supuestamente para evitar

una paliza.

—Eso es todo, pues —dijo Anita—. Maldito y estúpido chismorreo.

Pues no. Pues no. Y no maldigas, señorita.

Su madre dijo que había mantenido a Anita en la ignorancia. Todo aquello había sucedido y ella no le había dicho nada. Le había concedido a Margot el beneficio de la duda. Pero ahora no había duda. La noticia era que Teresa había intentado envenenarse. Se había repuesto. La tienda estaba cerrada. Teresa seguía viviendo allí, pero Reuel se había llevado a Margot con él y estaban viviendo allí, en Walley. En un cuarto interior en alguna parte, en casa de unos amigos de Reuel. Estaban viviendo juntos. Reuel salía para ir a

trabajar al garaje cada día, así que se podía decir que estaba viviendo con las dos. ¿Se le permitiría que llevara el autobús de la escuela en el futuro? No era probable. Todo el mundo decía que Margot debía de estar embarazada. Lejía fue lo que tomó Teresa.

—Y Margot nunca confió en ti —dijo la madre de Anita—. No te ha enviado ninguna nota ni nada en todo el tiempo que has estado aquí. Y se supone que es tu amiga.

Anita tenía la sensación de que su madre estaba enfadada con ella no solo por haber sido amiga de Margot, una chica que se había deshonrado, sino también por otra razón. Tenía la sensación de que su madre veía lo mismo que ella podía ver: Anita inepta, no

considerada, pasada por alto, no solo por Margot, sino por la vida. ¿No sentía su madre una furiosa decepción de que no fuese Anita la elegida, la envuelta en el drama, la convertida en mujer y arrastrada inexorablemente por ese oleaje de la vida? Nunca admitiría una cosa así. Y Anita no podía admitir que sentía un gran fracaso. Era una niña, una ignorante, traicionada por Margot, que había resultado saber mucho. Dijo de mal humor:

—Estoy cansada de hablar.

Fingió que se dormía, para que su madre tuviera que marcharse.

Luego se quedó despierta. Se quedó despierta toda la noche. La enfermera que fue a la mañana siguiente dijo:

—Bueno, ¡no tienes aspecto de ser lo peor de la tierra! ¿Te está molestando ese corte? ¿Quieres que vea si puedes volver a tomar pastillas?

—Estoy harta de estar aquí —dijo Anita.

—¿De veras? Bueno, solo te queda un día más y podrás volver a casa.

—No quiero decir de estar en el hospital —dijo Anita—. Quiero decir aquí. Quiero irme a vivir a otra parte.

La enfermera no pareció sorprenderse.

—¿Has llegado al duodécimo curso? —le preguntó—. Bueno, pues puedes hacer formación profesional. Hazte enfermera. El único gasto es comprar el equipo, porque quizá tengas que trabajar gratis mientras te

están enseñando. Luego puedes irte y encontrar trabajo en cualquier sitio. Puedes ir a cualquier lugar del mundo.

Eso era lo que Margot le había dicho. Y entonces Anita era quien iba a convertirse en enfermera, no Margot. Se decidió aquel día. Pero le parecía que era secundario. Habría preferido ser la elegida. Habría preferido haber sido atrapada por un hombre y su deseo y por el destino que él hubiese planeado para ella. Habría preferido ser materia de escándalo.

—¿Quieres saber? —dijo Margot—, ¿quieres saber cómo conseguí esta casa en realidad? Quiero decir..., no fui detrás de ella hasta que vi que podíamos pagarla. Pero ya

sabes que con los hombres... siempre hay algo más que puede pasar delante. Dediqué mi tiempo a vivir en casuchas. Vivimos en una casa en la que solo había aquello..., ¿sabes, aquel material que se pone debajo del revestimiento de los suelos? ¿Aquel material marrón y peludo que parece la piel arrancada de alguna bestia? Solo con mirarlo puedes sentir cosas que se arrastran sobre ti. De todos modos, siempre estaba mareada. Estaba embarazada de Joe. Esto estaba detrás de donde está el Toyota, solo que entonces el Toyota no estaba. Reuel conocía al propietario. Desde luego, nos lo dejaron barato.

Pero llegó un día, dijo Margot. Llegó un

día, hacía aproximadamente cinco años. Debbie todavía no iba a la escuela. Era junio. Reuel iba a salir el fin de semana, de pesca, al norte de Ontario. Río French arriba, en el norte de Ontario. Margot había recibido una llamada telefónica de la que no habló a nadie.

—¿Es la señora Gault?

Margot dijo que sí.

—¿Es la señora de Reuel Gault?

—Sí —dijo Margot, y la voz (era la voz de una mujer, o quizá la de una chica joven, embozada y riéndose sofocadamente) le preguntó si quería saber dónde podía encontrar a su marido aquel fin de semana—. Dígamelo —dijo Margot.

—¿Por qué no mira en Georgian Pines?



—Bien —dijo Margot—. ¿Dónde está eso?

—Oh, es un camping —dijo la voz—. Es un lugar realmente bonito. ¿No lo conoce? Está en Wasaga Beach. Compruébelo.

Estaba a unos ciento sesenta kilómetros en coche. Margot hizo los preparativos para el domingo. Tenía que conseguir una canguro para Debbie. No podía contar con la canguro habitual, Lana, porque se iba a hacer un viaje de fin de semana a Toronto, con los miembros de la banda de la escuela de segunda enseñanza. Pudo conseguir una amiga de Lana que no era miembro de la banda. Esto le encantó, porque tenía miedo de encontrar a Reuel con la madre de Lana, Dorothy Slote. Dorothy Slote le llevaba los libros a Reuel.

Estaba divorciada y era tan conocida en Walley por sus numerosos asuntos amorosos que los chicos de la escuela de segunda enseñanza le gritaban desde los coches, por la calle: «Dorothy Slot está caliente para ser montada». A veces se referían a ella como Dorothy Slut.\* Margot lo sentía por Lana, por eso había empezado a contratarla para que cuidara de Debbie. Lana no iba a ser tan guapa como su madre, y era tímida y no demasiado inteligente. Margot siempre le hacía un pequeño obsequio por Navidad.

El sábado por la tarde Margot fue en coche hasta Kincardine. Salió solo por un par de horas, de modo que dejó que Joe y su novia llevaran a Debbie a la playa. En Kincardine

alquiló otro coche: una camioneta, dio la casualidad, un viejo y estropeado cacharro azul como los que llevaban los hippies. También compró unos cuantos vestidos baratos y una peluca bastante cara, que parecía real. Los dejó en la camioneta, aparcada detrás del supermercado. El domingo por la mañana fue con su coche hasta allí, lo dejó en el aparcamiento, se metió en la camioneta, se cambió de ropa, se puso la peluca, se maquilló un poco más. Luego siguió dirigiéndose al norte.

La peluca era de un bonito color castaño claro, rizada por la parte de arriba y de pelo largo y liso por detrás. La ropa consistía en unos pantalones ajustados de dril de algodón

rosa y una camiseta a rayas blancas y rosas. Margot estaba entonces más delgada, aunque no realmente delgada. También se puso sandalias de búfalo, pendientes largos y una gafas de sol rosas y grandes. Una obra de ingeniería.

—No me dejé nada —dijo Margot—. Me pinté los ojos a lo Cleopatra. Creo que ni mis propios hijos me habrían reconocido. En lo que me equivoqué fue en los pantalones, que eran demasiado ajustados y daban demasiado calor. Entre los pantalones y la peluca, casi me matan. Porque hacía un día de un calor abrasador. Y me era muy difícil aparcar la camioneta, porque nunca antes había conducido una. Por lo demás, ningún

problema.

Fue por la carretera 21 arriba, la Bluewater, con la ventanilla bajada para que le diera la brisa del lago, con el pelo largo flotando y la radio puesta en una emisora de rock, para conseguir la debida disposición de ánimo. ¿La disposición de ánimo para qué? No tenía ni idea. Se fumó un cigarrillo tras otro, en un intento de calmar su nerviosismo. Los hombres que iban solos en los coches le tocaban el claxon. Por supuesto, la carretera iba llena; por supuesto Wasaga Beach estaba abarrotada en un domingo de junio caluroso y soleado como aquel. Por los alrededores de la playa el tráfico avanzaba muy lentamente, y el olor de las patatas fritas y de las barbacoas del

mediodía pesaba como una manta. Le llevó un rato encontrar el camping, pero lo encontró, pagó la cuota del día y entró. Fue dando vueltas y vueltas por el aparcamiento, intentando ver el coche de Reuel. No lo vio. Luego se le ocurrió que el aparcamiento debía de ser solo para visitantes del día. Encontró una plaza libre y aparcó.

Entonces tuvo que explorar todo el terreno, a pie. Primero anduvo por toda la zona del camping. Caravanas, tiendas, gente sentada fuera de las caravanas y de las tiendas bebiendo cerveza, jugando a las cartas y haciendo barbacoas, más o menos lo que harían en casa. Había un campo de juegos central, con columpios y toboganes llenos,

niños lanzando discos y bebés en la arena. Un puesto de refrescos, en el que Margot se tomó una Coca-Cola. Estaba demasiado nerviosa para comer algo. Le parecía extraño estar en un lugar para familias y no formar parte de ninguna.

Nadie le silbó ni le hizo el menor comentario. Había muchas chicas de cabello largo presumiendo más que ella. Y había que admitir que lo que ellas tenían estaba en mejores condiciones para ser enseñado.

Anduvo por los caminos arenosos debajo de los pinos, lejos de las caravanas. Llegó a una parte del camping que parecía un antiguo lugar de veraneo, que probablemente estaba allí mucho antes de que alguien pensara en

caravanas. La sombra de los grandes pinos fue un alivio para ella. El suelo estaba marrón por las agujas; la tierra dura se había convertido en un manto blando y peludo. Había cabañas dobles y cabañas individuales, pintadas de color verde oscuro. Junto a ellas, mesas de picnic. Chimeneas de piedra. Cubos de plantas en plena floración. Era bonito.

Había coches aparcados junto a algunas de las cabañas, pero el de Reuel no estaba allí. No vio a nadie por allí, quizá las personas que se alojaban en las cabañas eran de las que bajaban a la playa. Al otro lado de la carretera había un sitio con un banco, una fuente y un cubo de basura. Se sentó en el banco a descansar.



Y salió él. Reuel. Salió de la cabaña justo al otro lado de donde ella estaba sentada. Justo delante de sus narices. Llevaba puesto su traje de baño y tenía un par de toallas colgadas al hombro. Caminaba de modo indolente y arrastraba los pies. Un michelín rebosaba por encima de la cintura del traje de baño. «¡Ponte derecho, al menos!», tenía ganas de gritarle Margot. ¿Se arrastraba de aquel modo porque se sentía furtivo y avergonzado? ¿O solo agotado por el feliz ejercicio? ¿O hacía tiempo que caminaba arrastrándose y ella no se había dado cuenta? Su cuerpo fuerte y grande se estaba convirtiendo en algo parecido a las natillas.

Se metió en el coche aparcado junto a la

cabaña, y ella supo que estaba buscando sus cigarrillos. Lo supo porque en el mismo momento ella estaba revolviendo en su bolso en busca de los suyos. «Si esto fuese una película —pensó—, si esto fuese solo una película, él cruzaría la carretera con una linterna, deseando vivamente ayudar a la perdida y bonita chica. Sin reconocerla, mientras la audiencia contenía su aliento. Luego empezaría a reconocerla y sentiría horror..., incredulidad y horror. Mientras ella, la esposa, permanecería sentada, fría y satisfecha, aspirando profundamente su cigarrillo.» Pero nada de aquello sucedió, desde luego, nada de eso sucedió; él ni siquiera miró al otro lado de la carretera. Ella

se quedó sentada, sudando con sus pantalones de dril de algodón, y las manos le temblaban tanto que tuvo que tirar el cigarrillo.

El coche no era el de él. ¿Qué clase de coche llevaba Dorothy Slut?

Quizá estuviera con otra persona, alguien completamente desconocido para Margot, con una extraña. Alguna extraña que se imaginaba que lo conocía tan bien como su mujer.

No, no. Una desconocida no. Una extraña no. Ni mucho menos una extraña. La puerta de la cabaña volvió a abrirse y allí estaba Lana Slote. Lana, que se suponía que estaba en Toronto con la banda. No podía hacer de canguro de Debbie. Lana, por quien Margot siempre había sentido pena y con quien había

sido tan amable porque pensaba que la chica era algo solitaria, o desgraciada. Porque pensaba que se notaba que Lana había sido criada mayormente por los abuelos. Lana parecía anticuada, prematuramente seria sin ser inteligente, y con una salud no demasiado buena, como si le fuese permitido vivir de bebidas sin alcohol, cereales con azúcar y gachas de maíz enlatado, patatas fritas y macarrones con queso que aquella gente mayor preparaba para cenar. Cogía resfriados malos que se complicaban con el asma, su cutis era apagado y pálido. Pero tenía una fornida y atractiva figura, bien desarrollada por delante y por detrás, y mejillas de ardilla cuando sonreía, y un cabello sedoso, liso y

rubio natural. Era tan dócil que incluso Debbie podía dominarla, y los chicos pensaban que era un hazmerreír.

Lana llevaba un traje de baño que su abuela habría podido escoger para ella. Una blusa fruncida por encima de sus pechos pequeños y juntos, y una falda floreada. Sus piernas eran achaparradas y no estaban bronceadas. Se quedó allí en el escalón, como si tuviera miedo de salir, miedo de aparecer con traje de baño, o simplemente miedo de aparecer. Reuel tuvo que acercarse y darle un pequeño y amoroso azote para que se moviera. Con numerosas y prolongadas palmaditas colocó una de las toallas alrededor de los hombros de ella. Puso su mejilla sobre su lisa y rubia cabeza y luego

restregó la nariz por su pelo, sin duda para oler su fragancia de bebé. Margot lo observó todo.

Se fueron, bajaron por el camino hacia la playa, guardando la distancia respetablemente. Padre e hija.

Margot se dio cuenta entonces de que el coche era alquilado. De un sitio de Walkerton. «Qué curioso —pensó—, si hubiese sido alquilado en Kincardine...», en el mismo sitio donde ella había alquilado la camioneta. Ella quería dejarle una nota bajo el limpiaparabrisas, pero no tenía en qué escribir. Tenía una pluma, pero no tenía papel. Sin embargo, sobre la hierba junto al cubo de la basura descubrió una bolsa de Kentucky Fried

Chicken. Solo tenía una mancha de grasa. La rasgó en pedazos y sobre los pedazos escribió, con letras de imprenta, estos mensajes:

SERÁ MEJOR QUE TE ANDES CON CUIDADO,  
O PODRÍAS TERMINAR EN LA CÁRCEL.

LA BRIGADA DEL VICIO TE COGERÁ  
SI NO TE ANDAS CON CUIDADO.

LOS PERVERTIDOS NO PROSPERAN.

DE TAL MADRE, TAL HIJA.

SERÁ MEJOR QUE LA ECHES AL RÍO FRENCH,  
NO HA CRECIDO DEL TODO.

VERGÜENZA.

VERGÜENZA.

Escribió otra que decía BESTIA GORDA E INMUNDA CON TU IMBÉCIL CON CARA DE NIÑA, pero la rompió; no le gustaba el tono. Era histérico. Enganchó las notas donde estaba segura de que las encontrarían: debajo del limpiaparabrisas, en la rendija de la puerta, sujeta con piedras sobre la mesa de picnic. Luego se fue corriendo, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Condujo tan mal, al principio, que casi mata un perro antes de salir del aparcamiento. No confiaba en sí misma como para ir por la carretera principal,



de modo que cogió carreteras secundarias, caminos de gravilla, y se fue repitiendo que debía ir más despacio. Ella deseaba ir deprisa. Deseaba marcharse. Se sentía a punto de estallar, de estallar y de hacerse pedazos. ¿Era buena o era horrible la manera en que se sentía? No lo sabía. Sentía como si le hubieran cortado las amarras, nada le importaba, se sentía tan ligera como una hoja de hierba.

Pero acabó en Kincardine. Se cambió de ropa, se quitó la peluca y se limpió frotando el maquillaje de los ojos. Puso la ropa y la peluca en el cubo de la basura del supermercado —no sin pensar que era una lástima— y volvió a la camioneta. Quería ir al

hotel para beber algo, pero tuvo miedo de que pudiera repercutir en su conducción. Y tenía miedo de lo que pudiera hacer si algún hombre la veía beber sola y se acercaba a ella con cualquier comentario. Aunque solo dijera: «¡Qué día tan caluroso!», ella podría gritarle, podría intentar arañarle la cara.

El hogar. Los hijos. Pagar a la canguro. Una amiga de Lana. ¿Podría ser ella quien había telefoneado? Ir a buscar comida preparada para cenar. Pizza... Kentucky Fried Chicken no, ya no podrá volver a pensar en él sin acordarse. Luego se quedó hasta tarde, esperando. Tomó unas copas. Algunas ideas le estallaban continuamente en la cabeza.

Abogado. Divorcio. Castigo. Le golpeaban como un gong y luego se desvanecían sin darle la menor idea de cómo proceder. ¿Qué debería hacer primero, qué debería hacer a continuación, cómo debería seguir su vida? Todos los niños tenían compromisos de una u otra clase, los chicos tenían trabajos de verano, a Debbie iban a operarla del oído. No se los podía llevar, tendría que hacerlo todo ella sola, frente al chismorreó de todo el mundo..., del que ya había tenido suficiente con anterioridad. Ella y Reuel estaban también invitados a una gran fiesta de cumpleaños el fin de semana siguiente; tenía que comprar el regalo. Un hombre iba a ir a revisar los desagües.

Reuel tardaba tanto en llegar a casa que empezó a temer que hubiese sufrido un accidente. Habría tenido que dar la vuelta por Orangeville para dejar a Lana en casa de su tía. Hizo creer que era un profesor de la escuela de segunda enseñanza que llevaba a un miembro de la banda. (Al profesor de verdad, mientras tanto, le habían dicho que la tía de Lana estaba enferma y que Lana había ido a Orangeville para cuidarla.) El estómago de Reuel no estaba bien, naturalmente, después de aquellas notas. Se sentó a la mesa de la cocina, mascando pastillas y bebiendo leche. Margot hizo café para estar sobria para el combate.

Reuel dijo que todo era inocente. Una

excursión para la chica. Como Margot, se había compadecido de ella. Inocente.

Margot se rió de eso. Se reía, contándolo.

—Yo le dije: «¡Inocente! ¡Ya conozco a tu inocente! ¿Con quién crees que estás hablando?», le pregunté «¿con Teresa?». Y él dijo: «¿Quién?». No exactamente. Por un instante se quedó en blanco, antes de recordar. Dijo: «¿Quién?».

Margot pensó entonces: «¿Qué castigo? ¿Por quién?». Pensó que probablemente se casaría con aquella chica, que seguramente tendrían hijos y que muy pronto no habría dinero ni para empezar.

Antes de irse a la cama, a una hora intempestiva de la mañana, ella había obtenido

la promesa de la casa.

—Porque llega un momento con los hombres en que realmente no quieren pelear. Prefieren emplear subterfugios. Lo puse contra las cuerdas y conseguí todo lo que quería. Si más tarde rechazaba algo, todo lo que yo tenía que decir era: «¡El día de la peluca!». Se lo conté todo, lo de la peluca, la camioneta, dónde me senté y todo lo demás. Yo lo diría delante de los niños o de cualquiera y nadie sabría de qué hablaba. ¡Pero él sí lo sabría! Reuel lo sabría. ¡El día de la peluca! Todavía lo digo de vez en cuando, siempre que creo que es apropiado.

Pescó un trozo de naranja de su vaso, lo chupó y luego lo masticó.

—He puesto un poco de otra cosa en esto además del vino —dijo—. He puesto también un poco de vodka. ¿Lo notas? —Estiró los brazos y las piernas al sol—. Siempre que creo que es... apropiado.

Anita pensó que Margot podía haber dejado la vanidad, pero que probablemente no habría renunciado al sexo. Margot era capaz de ver el sexo sin cuerpos hermosos o sin sentimientos cariñosos. Una paliza saludable.

Y Reuel, ¿a qué había renunciado él? Lo que hiciese, no lo haría hasta estar preparado. Con eso, precisamente, tenía que vérselas toda la dura negociación de Margot: con que Reuel estuviera preparado o no. Eso era algo que él nunca se sentiría obligado a contarle.

«De modo que una mujer como Margot puede ser engañada todavía —eso era lo que Anita pensaba, con un placer momentáneo, con una perfidia absolutamente cómoda— por un hombre como Reuel.»

—Ahora tú —le dijo Margot con una gran satisfacción—. Yo te he contado algo. Ahora cuéntame tú. Dime por qué decidiste dejar a tu marido.

Anita le contó lo que había sucedido en un restaurante de Columbia Británica. Anita y su esposo, de vacaciones, fueron a un restaurante de la carretera, y Anita vio allí a un hombre que le recordaba a un hombre del que había estado enamorada —no, quizá sería mejor que dijera encaprichada— durante años y años. El



hombre del restaurante tenía un rostro grueso, de tez pálida, con una expresión desdeñosa y evasiva, que podía haber sido una copia gris del rostro del hombre a quien había amado, y su cuerpo, de piernas largas, podía haber sido una copia del cuerpo de aquel hombre si hubiese estado tocado por el letargo. Anita apenas era capaz de moverse cuando llegó el momento de dejar el restaurante. Comprendió esa expresión; sentía que se iba de mala gana, que iba rompiendo vínculos y ataduras. Todo el camino de subida hasta la carretera de la isla, entre las hileras oscuras y cerradas de altos pinos y abetos, y en el transbordador, hasta Prince Rupert, sintió un absurdo dolor de separación. Decidió que si podía sentir un

dolor así, si podía sentir más por un fantasma de lo que nunca podría sentir en su matrimonio, era mejor que se marchase.

Y así se lo dijo a Margot. Fue más difícil que eso, desde luego, y no tan claro.

—Entonces, ¿te fuiste y encontraste a ese otro hombre? —le preguntó Margot.

—No. Era unilateral. No podía.

—¿Otra persona entonces?

—Y otra, y otra —dijo Anita sonriendo. La otra noche, cuando estaba sentada junto a la cama de su madre, esperando para ponerle una inyección, había pensado en hombres, poniendo los nombres uno a continuación del otro como para pasar el rato, del mismo modo en que uno nombraría los grandes ríos del

mundo, o las capitales, o los hijos de la reina Victoria. Sentía pesar por algunos de ellos, pero no arrepentimiento. Afecto, de hecho, que emanaba de la metódica enumeración. Una satisfacción que se acumulaba.

—Bueno, esa es una manera —dijo Margot firmemente—. Pero a mí me parece rara. Así es. Quiero decir... que no puedo verle la utilidad, si no te casas con ellos. —Hizo una pausa—. ¿Sabes lo que hago a veces? —Se levantó rápidamente y fue hasta las puertas correderas. Escuchó, luego abrió la puerta y metió la cabeza. Volvió y se sentó—. Solo estoy comprobando que Debbie no se esté llenando los oídos —dijo—. Los chicos, puedes decir cualquier cosa terriblemente

personal delante de ellos y daría lo mismo que hablases en hindú, porque nunca escuchan. Pero las chicas sí. Debbie escucha...

»Te contaré lo que hago —dijo—. Voy a ver a Teresa.

—¿Está todavía allí? —preguntó Anita muy sorprendida—. ¿Está Teresa todavía en la tienda?

—¿Qué tienda? —preguntó Margot—. ¡Oh, no! No, no. La tienda ha desaparecido, la gasolinera ha desaparecido. Fueron derribadas hace años. Teresa está en el County Home. Tienen ahora allí lo que llaman el ala de psiquiatría. Lo raro es que trabajó allí durante años, llevando bandejas, limpiando y haciendo esto y aquello para ellos. Luego comenzó a

tener ella misma temporadas raras. De modo que ahora a veces está como trabajando allí y a veces solo está allí, si entiendes lo que quiero decir. Cuando se trastorna, nunca da el menor problema. Solo está bastante confusa. Y charla, charla, charla, charla. Como siempre, solo que más. Todo lo que se le ocurre hacer es hablar, hablar, hablar y arreglarse. Si vas a verla, siempre quiere que le lleves algún aceite de baño, perfume o maquillaje. La última vez que fui le llevé un poco de eso que aclara el pelo. Pensé que era arriesgarse, porque era algo complicado para que ella lo utilizara. Pero leyó las indicaciones y lo hizo bien. No le quedó mal. Lo que quiero decir con lo de confusa es que se

imagina que está en el barco. En el barco con las esposas de la guerra. Que las lleva a todas a Canadá.

—Las esposas de la guerra —dijo Anita. Las vio coronadas con plumas blancas, impetuosas e inmaculadas. Pensaba en gorras militares.

Ella no necesitaba verla, durante años no tuvo ni el menor deseo de verla. Un hombre te arruina la vida durante un tiempo incontrolable y después, un día, no hay nada, solo un agujero donde él estaba, es inexplicable.

—¿Sabes lo que me acaba de venir a la mente en este instante? —le dijo Margot—. El aspecto que tenía la tienda por las mañanas. Y nosotras llegando, medio congeladas.

Luego añadió con voz apagada y desconfiada:

—Acostumbraba venir y dar golpes a la puerta. Ahí fuera. Ahí fuera, cuando Reuel estaba conmigo en la habitación. Era horrible. No sé. No sé..., ¿crees que era amor?

Desde allí arriba, en el porche, los dos largos brazos del rompeolas parecen cerillas flotantes. Las torres, las pirámides y las cintas transportadoras de la mina de sal parecen juguetes grandes y sólidos. El lago brilla como si fuese oropel. Todo parece brillante, distinto e inofensivo. Hechizado.

—Todos estamos en el barco —dice Margot—. Ella cree que todos estamos en el barco. Pero es a ella a quien Reuel va a ir a

buscar a Halifax, afortunada ella.

Margot y Anita han llegado hasta aquí.  
Todavía no están dispuestas a dejar de hablar.  
Son totalmente felices.



\* *Pierogi* (también *pirogi*): empanadas rellenas de carne, queso, puré de patatas, etc. (*N. de la T.*)

\* Vamos atolondradamente / recogiendo aguileña,  
sanguinaria / y hierbabuena silvestre / a manos llenas.

\* Rosas blancas frías como la nieve / florecen donde  
esos «ángeles» yacen. / ¿Reposan, simplemente, allí  
abajo / o, quizá por un milagro de Dios, vuelan?

\* Aquí donde el río se encuentra con el mar de tierra adentro, / extendiendo sus azules faldas desde el solemne bosque, / pienso en pájaros y en animales y en hombres desaparecidos, / cuyas moradas puntiagudas se yerguen en esta pálida arena.

\* Los gitanos se han marchado. / Su campamento está desierto. / Oh, ahora regatearé descaradamente / en la feria de los gitanos.

\* Me siento en el fondo del sueño, / como en el suelo  
del mar. / E irreales ciudadanos de la profundidad / me  
saludan con amabilidad.

\* Sueño contigo por la noche, / te visito durante el día.  
/ Padre, madre, / hermana, hermano, / ¿no tenéis nada  
que decir?

\* *Archie Balls: Archie Pelotas, Archie Balls More: Archie Pelotas Más. Archie More Balls: Archie Más Pelotas. (N. de la T.)*



\* Juego de palabras intraducible entre *poplar* «álamo» y *popular* «popular», de sonido similar, aunque no idéntico. (*N. de la T.*)

\* *Slot*: «ranura», *Slut*: «prostituta». (*N. de la T.*)

Título original: *Friend of My Youth*

Edición en formato digital: agosto de 2011

© 1990, Alice Munro

© 2010, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Esperanza Pérez Moreno, por la traducción

Diseño de la cubierta: Yolanda Artola / Random House Mondadori, S. A.

Ilustración de la cubierta: "CROWN 48X48" de Anne Siems

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y

por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9989-647-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



Random House  
Mondadori

Consulte nuestro catálogo en: [www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre [Random House](#), división editorial de [Bertelsmann AG](#), la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y [Mondadori](#), editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en [www.randomhousemondadori.com](http://www.randomhousemondadori.com).

